



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año XXXVI, Vol. CCXII, Núm. 3 (mayo-junio de 1977).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

3

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
México 12. D. F.
Apartado Postal 963
México 1, D. F.
Teléfono 575-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXXVI

3

MAYO-JUNIO
1977

INDICE

Pág. 3

AHORA SOMOS UN NUEVO GRUPO BANCARIO



SOCIEDAD MEXICANA
DE CREDITO INDUSTRIAL S. A.
CREDITO INDUSTRIAL - Financiera

BANCO MEXICANO S. A.
Banco de México - Banco de México

ASOCIACION HIPOTECARIA MEXICANA S. A.
ASOCIACION DE SEGUROS - Seguros - Seguros

FINANCIERA COMERCIAL
MEXICANA S. A.
FINANCIERA COMERCIAL - Financiera

CON EL AFAN DE OFRECER A NUESTROS
CLIENTES LOS SERVICIOS BANCARIOS
Y FINANCIEROS EN FORMA COORDINADA.
EN EL GRUPO BANCARIO SOMEX,
CON FIRME ACTITUD, ESTAMOS RENOVANDO
NUESTROS ESFUERZOS PARA
SATISFACER LAS NECESIDADES BANCARIAS
Y FINANCIERAS DEL USUARIO DE ESTOS
SERVICIOS Y AL MISMO TIEMPO,
INCREMENTAR NUESTRA PARTICIPACION
EN EL DESARROLLO ECONOMICO DE MEXICO.

GRUPO BANCARIO

FABRICAS DE PAPEL
DE TUXTEPEC, S. A.

CON MADERA DE LOS BOSQUES DEL
ESTADO DE OAXACA, EN SU PLANTA
EN TUXTEPEX, OAX., ELABORA PARA
EL SERVICIO DEL PUEBLO DE MEXICO
PAPELES PERIODICO Y PARA CUADER-
NOS DE LOS LIBROS DE TEXTO UNICO.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO

Revista Latinoamericana de Economía

Publicación trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
de la Universidad Nacional Autónoma de México

México, D. F. Año VII, No. 28 Noviembre 1976-Enero 1977

Director: *Arturo Bonilla Sánchez*
Secretario: *Juvenio Wing Shum*

C O N T E N I D O :

ANUESTROS LECTORES: La trascendencia del pensamiento de
Adam Smith.

ENSAYOS Y ARTICULOS

Julio Gómez Padilla

La economía política de Adam Smith como ciencia social.

Donald Castillo R.

Adam Smith en el pensamiento marxista.

José Valenzuela Feijóo

Adam Smith y la idea del trabajo productivo e improductivo.

Arturo Guillén Romo

Excedente y acumulación de capital en Adam Smith.

Benjamín Retchkiman Kirk

Adam Smith, el estado y las finanzas gubernamentales.

José Luis Ceceña Cervantes

El orden natural smithiano y la planificación.

Ricardo Torres Gaitán

La teoría del comercio internacional de Adam Smith.

Andre Gunder Frank

Adam Smith y el tercer mundo.

D. F. Maza Zavala

El liberalismo smithiano y la política económica de América Latina.

Donald D. Weiss

Marx versus Smith sobre la división del trabajo.

SUSCRIPCIONES: República Mexicana, anual 100 pesos, estudiantes 85 pesos (sólo en el local del IIEc). Exterior, anual 10 dólares EUA.

El envío al exterior por correo aéreo registrado cuesta 4 dólares.

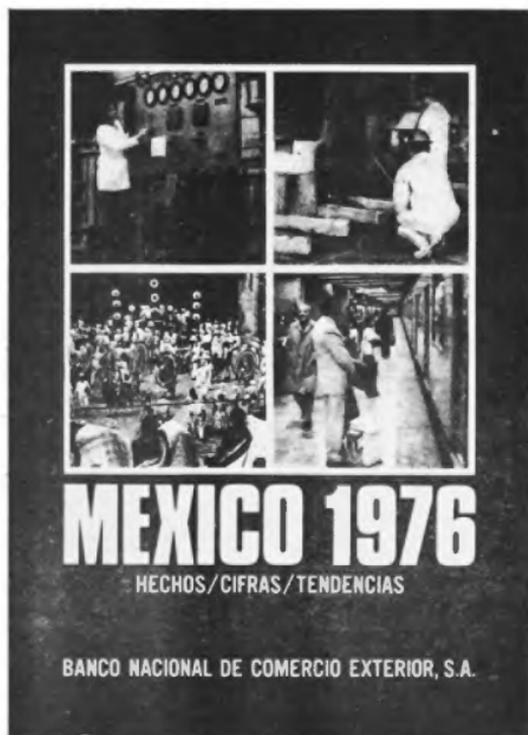
E.U.A. por año; al interior del país, 20 pesos.

Números atrasados disponibles: 5, 6, 7, 9 y siguientes.

Por cada suscripción anual será enviado un ejemplar del Índice General por Autores y Temas de los primeros 20 números.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS. Apartado Postal 20-721, México 20, D. F.

México al alcance de todos en el libro de consulta indispensable



Edición completamente renovada:

- Visión histórica
- El territorio y sus recursos
- La población
- Las instituciones
- La política internacional
- El camino del desarrollo
- El Estado en la economía
- El desarrollo regional
- Las actividades agropecuarias
- El sector industrial
- Relaciones económicas internacionales
- El sector financiero
- Finanzas públicas
- Comunicaciones y transportes
- Política de trabajo y bienestar social
- Educación
- Las artes
- La evolución de las artes populares
- Sitios y actividades de interés turístico

\$ 100.00

Para el exterior **Dis. 8.00**

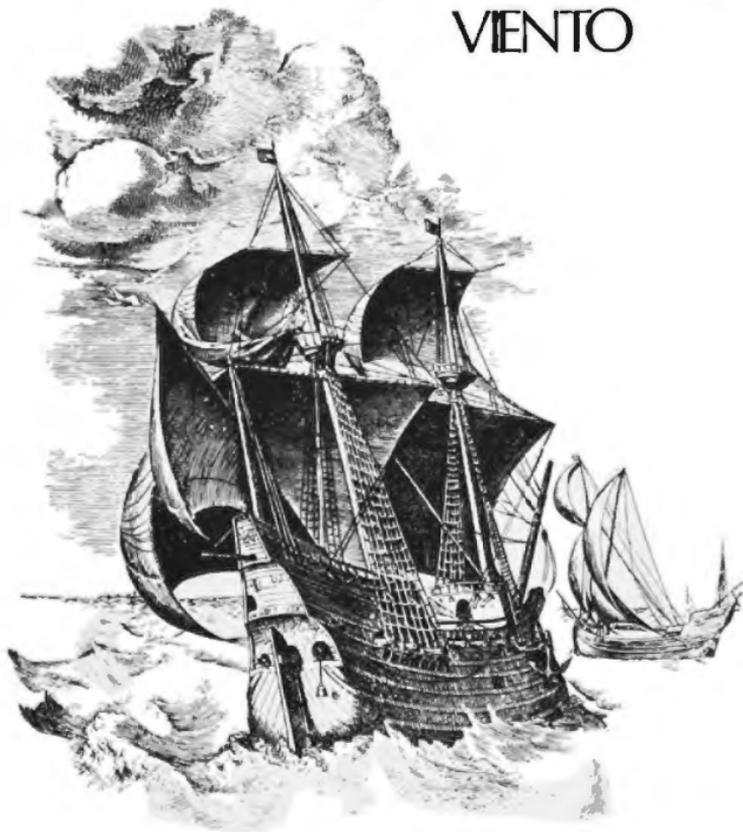
(Edición en inglés: Dis. 12.00)

Envíe cheque o giro postal al

Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A.

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Av. Chapultepec 230, 2o. piso, México 7, D.F.

PARA UN
BUEN NAVEGANTE
NO HAY MAL
VIENTO



BANCO DEL ATLANTICO
todo un océano de posibilidades



100,000

**inversionistas fortalecen
nuestro desarrollo...**



...y multiplican su dinero



que les produce hasta 13.44% anual neto

El valor por acción Nacional Financiera S.A. supera 23,000 millones de pesos de sus clientes, e programas industriales que generan riqueza nacional y que fortalecen el desarrollo y el fortalecimiento de nuestra economía.

Tal es así que las inversiones que han sido otorgadas a los clientes de este grupo de empresas, de las más productivas del mundo, están hoy en día dando gran fruto.

Así que su inversión en Nacional Financiera S.A. es una inversión que produce un alto rendimiento.



nacional financiera, s. a.

Hotel la Capota 31 México • D.F. Plaza de la Reforma 136 • Cua. Pem. • Av. Universidad 1800 (Plaza Universidad)
realiza las grandes propuestas nacionales



ETLA, S. A.
FILIAL DE
FABRICAS DE PAPEL
DE TUXTEPEC, S. A.

CON MADERA DEL ESTADO DE OAXACA
FABRICA CABAÑAS DESMONTABLES,
MUEBLES ESCOLARES, PARQUET,
LAMBRINES, MADERA ASERRADA
DEFLEMADA.

UN NUEVO LIBRO

DIAZ MIRON O LA EXPLORACION DE LA REBELDIA

por

MARIA RAMONA REY

La autora trabajó conscienzadamente y durante largo tiempo en este importantísimo libro sobre el gran poeta veracruzano. Su lectura gratificará ampliamente a cualquier lector.

—oOo—

PRECIOS:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares U.S.</i>
México	110.00	
Extranjero		6.50

—oOo—

De venta en las principales librerías

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

NOVEDADES

- **EL CONFLICTO INTERNACIONAL EN TORNO AL PETROLEO DE MEXICO**

Jorge Basurto

La historia oculta de la expropiación del petróleo en México, basada en el estudio de los archivos del **Foreign Office** británico.

- **EL EMPLEO EN AMERICA LATINA**

Clasco

Contiene los trabajos presentados al Seminario sobre Problemas del Empleo en América Latina, que reunió en mayo de 1975 a los miembros del grupo Ocupación-Desocupación del Consejo Latinoamericano de las Ciencias Sociales.

- **LA RENTA DEL SUELO Y EL DESARROLLO AGRARIO ARGENTINO**

Guillermo Flichman

Un estudio sobre el desarrollo agrario del capitalismo argentino que aporta elementos importantes para reconsiderar el problema de la especificidad de "lo agrario" en el desarrollo del capitalismo en general.

- **POLITICA Y BLOQUES DE PODER**

José A. Silva Michelena

Muestra cómo las transformaciones en la política mundial han afectado las alternativas del desarrollo en la periferia capitalista y en particular, en América Latina.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN
SIGLO XXI EDITORES, S.A.

Ave. Cerro del Agua 248. Tel. 550-30-11

México 20, D.F.



Renault 17



Renault 15

¿Va usted a Europa? viaje en **RENAULT** nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama **RENAULT** para que usted escoja (**RENAULT** 4, 6, 8, 12 y 12 quayin, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

tiene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Si lo recibe en España, bajo matrícula TT española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el impuesto de lujo. Por ejemplo, el **RENAULT** 12 paga 32.525.00 Pesetas y otros gastos menores insignificantes.

AUTOS FRANCIA, S. A. Serapio Rendón 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srta. Andión.

OBRAS
COMPLETAS
DE
MARIANO
AZUELA

NOVELAS
LOS PEQUEÑOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS
LOS PEQUEÑOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS
LOS PEQUEÑOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS
LOS PEQUEÑOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS

Letras mexicanas
MEXICO DE 1937 SA DE ECONOMÍA S. A.

OBRAS
COMPLETAS
DE
MARIANO
AZUELA

NOVELAS
LOS PEQUEÑOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS
LOS PEQUEÑOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS
LOS PEQUEÑOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS
LOS PEQUEÑOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS

Letras mexicanas
MEXICO DE 1937 SA DE ECONOMÍA S. A.



1a.

REIMPRESION

3 Tomos

\$ 600.00

OBRAS
COMPLETAS
DE
MARIANO
AZUELA

TRATADO
LOS PEQUEÑOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS
LOS PEQUEÑOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS
LOS PEQUEÑOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS - EL SEÑOR DE LOS ANILLOS

Letras mexicanas
MEXICO DE 1937 SA DE ECONOMÍA S. A.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DE PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	México	América y
		Pesos	España Dólares
1942	110.00	5.20
1943	110.00	5.20
1944	Números 3 y 5	110.00	5.20
1945	Números 4 y 5	110.00	5.20
1946	110.00	5.20
1947	Números 1 y 6	110.00	5.20
1948	Número 6	110.00	5.20
1949	110.00	5.20
1950	110.00	5.20
1951	110.00	5.20
1952	Número 4	110.00	5.20
1953	Números 3 y 6	110.00	5.20
1954	110.00	5.20
1955	Número 5	110.00	5.20
1956	Números 4 al 6	90.00	4.35
1957	Números 1 al 6	90.00	4.35
1958	Número 6	90.00	4.35
1959	Número 3	90.00	4.35
1960	90.00	4.35
1961	Número 5	90.00	4.35
1962	Números 4 y 5	90.00	4.35
1963	90.00	4.35
1964	Números 1, 2 y 6	90.00	4.35
1965	90.00	4.35
1966	Número 6	90.00	4.35
1967	Números 1, 4, 5 y 6	90.00	4.35
1968	Números 3 al 6	90.00	4.35
1969	Números 2, 5 y 6	90.00	4.35
1970	Números 4 y 6	90.00	4.35
1971	Número 6	55.00	2.65
1972	Números 3 al 6	55.00	2.65
1973	Números 4 al 6	55.00	2.65
1974	Número 6	55.00	2.65
1975	Números 1 al 5	55.00	2.65
1976	Números 1 al 5	55.00	2.65

SUSCRIPCION ANUAL

México	250.00	
Otros países de América y España		15.50
Otros países de Europa y otros continentes		18.25

PRECIO POR EJEMPLAR DEL AÑO CORRIENTE

México	50.00	
Otros países de América y España		3.10
Otros países de Europa y otros continentes		3.65

LOS PEDIDOS PUEDEN HACERSE A:

Av. Coyoacán 1035	Apartado Postal 965
México 12, D. F.	México 1, D. F.

o por teléfono al 575-00-17

VEANSE EN LA SOLAPA POSTERIOR LOS PRECIOS DE NUESTRAS PUBLICACIONES EXTRAORDINARIAS

EDICIONES DEL
INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana, dirigida por Jesús Silva Herzog. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra, de 1910 a 1917 c/u	24.00	1.20
Bibliografía de la Historia de México, por Roberto Ramos	120.00	6.00
Los bosques de México, relato de un despilfarro y una injusticia, por Manuel Hinojosa Ortiz	12.00	0.60
Nuevos aspectos de la política económica y de la administración pública en México, por Emilio Mújica, Gustavo Romero Kolbeck, Alfredo Navarrete, Eduardo Bustamante, Julián Rodríguez Adame, Roberto Amorós, Ricardo J. Zevada y Octaviano Campos Salas	12.00	0.60
Explotación individual o colectiva. El caso de los ejidos de Tlahualilo, por Juan Ballesteros Porta	12.00	0.60
Historia de la expropiación de las empresas petroleras, por Jesús Silva Herzog	48.00	2.40
El problema fundamental de la agricultura mexicana, por Jorge L. Tamayo	24.00	1.20
Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México, por Alvaro de Albornoz	78.00	3.90
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí, por Eloisa Alemán	12.00	0.60
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes, por Mercedes Escamilla	Agotado	
La reforma agraria en el desarrollo económico de México, por Manuel Aguilera Gómez	48.00	2.40
El pensamiento económico, social y político de México (1810-1964), por Jesús Silva Herzog	Agotado	
México visto en el siglo XX, por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	120.00	6.00

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

Lo esperado por todos los transportistas...

AHORA
DINA 3200
CON MOTOR
A **DIESEL**



CAMIONETAS DINA 3,200 A DIESEL.
ECONOMICAMENTE TRANSPORTANDO CON
CAMIONETAS DINA 3,200 TRABAJANDO PRIMERAS EN SU TIPO
CON MOTOR A DIESEL PRODUCIDAS POR DIESEL NACIONAL Y
RESPALDADAS POR SU
AMPLIA RED DE DISTRIBUIDORES DINA EN TODO EL PAIS...

CAMIONETAS
DINA GRAN COMPORTAMIENTO
Y TRADICIONAL RESISTENCIA...

Diesel Nacional, S.A.

AV. UNIVERSIDAD ESQ. CON MIGUEL LAURENT MEXICO 20, D.F.

FABRICADAS EN
SAELEN

CUADERNOS AMERICANOS

(La revista del Nuevo Mundo)

Publicación bimestral

Circula ampliamente por todos los continentes

Suscripción 1977

	Pesos	Dólares
México	250.00	
Otros países de América y España		15.50
Europa y otros continentes		18.25
PRECIO DEL EJEMPLAR SUELTO		
México	50.00	
Otros países de América y España		3.10
Europa y otros continentes		3.65

Ejemplares atrasados precio convencional

HAGA SUS PEDIDOS A:

Av. Coyoacán 1035
México 12., D. F.Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

REVISTA IBEROAMERICANA

Órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana
 Director: Alfredo A. Roggiano, Universidad de Pittsburgh
 Secretario-Tesorero: William J. Straub, Carnegie-Mellon University

No. 90

Enero-Marzo 1975

ESTUDIOS: SAUL YURKIEVICH, Nueva refutación del cosmos; RANDOLPH D. POPE, La apertura al futuro: una categoría para el análisis de la novela hispanoamericana contemporánea; ALICIA BORINSKY, Castración y lujos: la escritura de Manuel Puig; MARGERY A. SAFIR, Mitología: otro nivel de metalenguaje en *Boquitas pintadas*; JAIME CONCHA, D'Halmar antes de Juana Lucero; ALFREDO A. ROGGIANO, Proposiciones para una revisión del romanticismo argentino.

NOTAS: MANUEL DURAN, In Memoriam: Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, Rosario Castellanos; JOHN F. DWYER, Cuentos espagados y otros temas: unas palabras con Gustavo Sáinz; KEITH A. McDUFFIE, Sobre el universo poético de César Vallejo; MONIQUE LEMAITRE, Aproximaciones a Octavio Paz.

BIBLIOGRAFIA: ROSEANNE B. de MENDOZA, Bibliografía de y sobre Gabriel Márquez, *RESEÑAS:* RAQUEL CHANG-RODRIGUEZ, Sobre Enrique López Albújar, *La diestra de Don Juan*; EVELIO ECHEVERRÍA, Sobre Nicolás A. S. Bratosevich, *El estilo de Horacio Quiroga en sus cuentos*. DAVID WILLIAM FOSTER, Sobre Hugo Rodríguez-Alcalá, *Narrativa hispanoamericana, Güiraldes-Carpentier-Roa Bastos-Rulfo* (estudios sobre invención y sentido); DAVID WILLIAM FOSTER, Sobre Ernesto Sábat, *Abbadón, el exterminador*; ROBERTO GONZALEZ ECHEVERRÍA, Sobre Klaus Müller-Bergb, *Alejo Carpentier: . . . estudio biográfico-crítico*; ROBERTO GONZALEZ ECHEVERRÍA, Sobre Fray Ramón Pade, *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. . . el primer tratado escrito en América; ANGEL CAPELLAN GONZALO, Sobre Kezsel Schwartz, *A New History of Spanish American Fiction: . . . Vol. I, From Colonial Times to the Mexican Revolution and Beyond; Vol. II, Social Concern, Universalism and the New Novel*; TAMARA HOLZAPFEL, Sobre Tomás Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*. TAMARA HOLZAPFEL, Sobre Günter W. Lorenz, *Latinamerika: Stimmen eines Kontinents*; JOSE OLIVO JIMENEZ, Sobre Oscar Fernández de la Vega y Alberto N. Pamies (editores), *Iniciación a la poesía afroamericana*; JOSEPH V. JUDICINI, Sobre Carlos Martín, *América en Rubén Darío: . . . Aproximación al concepto de la literatura hispanoamericana*; MONIQUE LEMAITRE, Sobre Octavio Paz, *Teatro de signos/Transparencias*; GEORGE MELNY KOVICH, Sobre di Giovanni, Halpern y Mac Shane (editoras), *Borges on Writing*; JOSE OTERO, Sobre Gerardo Sáenz, *Ideología de la Juera*; Teresinha Alves Pereira, Sobre Clarice Lispector, *Agua viva*; ALFREDO A. ROGGIANO, Sobre Mónica Mansour, *La poesía negrista*.

Suscripciones y ventas: William J. Straub, 274 Crawford Hall, Univ. of Pittsburgh.

Canje: Lillian Seddon Lozano, 274 Crawford Hall, University of Pittsburgh.

Suscripción anual en los Estados Unidos, 10 dólares; 3 dólares en América Latina.

Otros países, 10 dólares.

CUADERNOS
AMERICANOS
AÑO XXXVI VOL CCXII

3

MAYO-JUNIO

1 9 7 7

MÉXICO, D. F. 1º DE MAYO DE 1977

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Manuel MARTINEZ BAEZ

Arnaldo ORFILA REYNAL

Javier RONDERO

Jesús SILVA HERZOG

Ramón XIRAU

Agustín YAÑEZ

Director-Gerente

JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO
AV. COYOACÁN 1035 MÉXICO 12, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

Número 3

Mayo-Junio de 1977

Vol. CCXII

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA VEGA. Nunca estuvo México alejado de España	7
JESÚS CAMBRE MARIÑO. España, engranaje del imperialismo	15
FEDRO GUILLÉN. Con Miguel Angel Asturias	41
Los dictadores latinoamericanos, NOTA por MANUEL S. GARRIDO	51
La muerte de un gran latinoamericano, NOTA DE LA REDACCIÓN	55

HOMENAJE A CARLOS PELLICER

MAURICIO DE LA SELVA. Homenaje a Carlos Pellicer, Poeta de América	59
--	----

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

FRANCISCO F. IGARTUA. A los cuarenta años de la muerte del heterodoxo Don Miguel de Unamuno	109
H. C. F. MANCILLA. La actitud escéptica ante la problemática social	115
JOSÉ FERRER CANALES. Una faceta de Hostos	127

PRESENCIA DEL PASADO

SILVIO ZAVALA y ANGEL LOSADA. Aspectos formales de la controversia entre Sepúlveda y Las Casas en Valladolid, a mediados del Siglo XVI y Observaciones sobre "La Apología" de Fray Bartolomé de Las Casas (Respuesta a una consulta)	137
--	-----

	<i>Pág.</i>
GISELA BIALIK HUBERMAN. El habla de los mozárabes ¿Un tesoro perdido?	163
MANUEL ANTONIO ARANGO. Aspectos sociales en dos comedias de Lope de Vega, <i>Peribáñez</i> y <i>Fuenteovejuna</i>	170
LEÓN PACHECO. Dos personajes centroamericanos: El Ge- neral Francisco Morazán y el Lic. Braulio Carrillo	176

DIMENSION IMAGINARIA

ALFREDO CARDONA PEÑA. Trampa al olvido	201
ROMUALDO BRUGHETTI. Punto crucial de la crítica: Va- lorar la obra de arte	221
RICARDO D. AGUILAR y FERNANDO LARIOS. Alfonso Re- yes: Visión de la caída	227
GRINOR ROJO. Una novela del proceso chileno: <i>Sonñe que la nieve ardía</i> de Antonio Skármeta	238
ALBERTO CURBELO MEZQUIDA. ¿Te has preguntado por qué?	262
Narradores mexicanos contemporáneos por MANUEL ME- JÍA VALERA (Nota)	266

Nuestro Tiempo

NUNCA ESTUVO MEXICO ALEJADO DE ESPAÑA

Por *Francisco MARTINEZ DE LA VEGA*

CON gran estruendo publicitario el gobierno de México estableció relaciones diplomáticas con el gobierno de Juan Carlos de Borbón, heredero directo del régimen establecido por Francisco Franco Bahamonde como consecuencia de la rebelión castrense iniciada en julio de 1936 y que culminó con la extinción de la República Española. Unos días antes, el 18 de marzo de este año, aniversario de la expropiación de los bienes de las compañías petroleras y la posterior nacionalización de la industria, México y el gobierno de la República Española en el exilio cancelaron sus relaciones. Tanto en México como en España se habló de reanudación de relaciones diplomáticas con el gobierno territorial, con obvio desprecio de la realidad, puesto que no puede reanudarse lo que nunca antes existió. En un breve comunicado conjunto, las Cancillerías de México y de Madrid hicieron público ese acuerdo, concertado en París.

La actitud mexicana de mantenida lealtad a las instituciones del gobierno republicano español, tanto en los años de la guerra de España como en los posteriores al triunfo de la rebelión castrense, constituye un hecho singular en la historia de la diplomacia y es testimonio elocuente del celo escrupuloso de un país, mantenido en todas las circunstancias durante casi cuatro décadas, en afirmación de su concepto de respeto a la autodeterminación de los pueblos. La tesis mexicana respecto al gobierno franquista se basaba en la consideración, reafirmada por declaraciones posteriores de no pocos militantes destacados del franquismo, de que la victoria sobre la República sólo fue posible por la intervención armada de los países del Eje Roma-Berlín y la cómplice indiferencia de las potencias democráticas, muy especialmente Inglaterra y Francia. En su cruento proceso, lo que se llamó guerra de España hizo víctima a ese país y a su pueblo de un siniestro e innoble ajedrez político internacional, en donde los regímenes de Hitler y Mussolini experimentaron sus posibilidades bélicas y midieron el desesperado temor de sus potenciales rivales a un enfrentamiento que fue, como todos lo comprobamos, inevitable después de todo. Mientras el fascismo

italo-germano trasladaba a territorio español no sólo elementos bélicos sino cuerpos de fuerzas armadas, Inglaterra y Francia fundaron un Comité de no Intervención que negó al gobierno español, surgido de la voluntad mayoritaria de su pueblo, expresada en elecciones que nunca fueron tachadas de ilegitimidad, todo elemento de defensa, aun la adquisición de las armas necesarias para combatir la insurrección castrense.

El gobierno mexicano, entonces presidido por Lázaro Cárdenas, pugnó en los foros internacionales porque se cumplieran con el gobierno republicano, los deberes de solidaridad internacional con un gobierno víctima, a la vez, de la infidelidad castrense y de la intervención de tropas extranjeras en su territorio. En la primera gran ofensiva de los rebeldes contra Madrid recibieron las autoridades republicanas armas y parque proporcionados por México, por disposición del presidente Cárdenas. Posteriormente, a medida que la aviación italiana y germana bombardeaba no sólo objetivos militares sino ciudades indefensas, el mismo gobierno de México brindó asilo a varios centenares de niños españoles puestos así a salvo del genocidio. Por último, una vez consumado el triunfo franquista, cerca de veinte mil españoles que lograron escapar de la venganza de sus vencedores encontraron en México asilo, nueva patria y ambiente y tranquilidad necesarios para rehacer su vida.

No se ha hecho aún el estudio sobre la significación de esa inmigración republicana en el desarrollo mexicano de las últimas décadas. Escritores, maestros, profesionistas de alto rango, enriquecieron la vida cultural de nuestro país y en las rutinas del esforzado trabajo diario, miles de familias españolas crearon y engrandecieron fuentes de trabajo en el país que les brindó un asilo con dignidad y mano abierta. Poetas del vuelo de León Felipe, Pedro Garfías, Juan Rejano y tantos otros; catedráticos, juristas, médicos y un bien nutrido racimo de erudición, inteligencia y sensibilidad excepcional en diversas disciplinas artísticas, vigorizaron y enriquecieron el patrimonio cultural de México donde estudiaron, enseñaron, se identificaron y murieron. Nunca, quizás, la cultura mexicana cultivó un acercamiento y una identificación tan plena con la cultura española. Políticos tan destacados como Indalecio Prieto, José Giralt, Gordón Ordaz y militantes esforzados de casi todos los partidos políticos con actividad importante en la República Española, al amparo del asilo mexicano continuaron su lucha, tan constante, tan noble, tan saturada de la más noble hispanidad como incomprensida por una atmósfera internacional en donde ni antes ni después de la guerra mundial florecieron la dignidad y la ética.

Al terminar con la victoria de los aliados esa segunda guerra mundial, todos los supuestos congruentes condenaban al régimen

de Francisco Franco. En el acta constitutiva de las Naciones Unidas quedó establecido que no se reconocería régimen alguno instituido por la ayuda de las potencias fascistas. Sin embargo, los cálculos de la guerra fría, hicieron que los Estados Unidos y sus seguidores empezaran a olvidar los orígenes del gobierno español y cultivaran al dictador para utilizar a España como una base militar contra el mundo socialista. Y así como antes los padrinos y protectores de Franco eran los enemigos enconados de la democracia, después ese padrinazgo fue ejercido por los apóstoles de los ideales de la democracia.

México se mantuvo, sin embargo, fiel a su posición original, a su tesis del rechazo a un régimen instalado y sostenido en el poder por factores ajenos a la voluntad de su pueblo. Los presidentes Lázaro Cárdenas, Manuel Avila Camacho, Miguel Alemán, Adolfo Ruiz Cortines, Adolfo López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría, diferenciados por distintas y aun opuestas convicciones ideológicas, mantuvieron esa actitud y mantuvieron su relación protocolaria, como símbolo de la legalidad republicana, con un gobierno en el exilio que fue, poco a poco, abandonado no sólo por las corrientes políticas que le daban aliento, sino por los pocos gobiernos empeñados en mantener en pie esa simbólica representación de la asesinada República Española.

Una vez muerto Franco, en noviembre de 1975, era previsible que los españoles de los distintos partidos políticos prefirieran luchar dentro de su país por acelerar la liquidación del franquismo e impulsar un proceso democratizador, conscientes de que los dictadores no dejan nunca herencias duraderas y que franquismo sin Franco sería, más pronto o más tarde, sólo un puente circunstancial y una etapa de transición para el reencuentro de España consigo misma.

Así, el Rey Juan Carlos, heredero del poder, por su propia decisión u obligado por las circunstancias, tras de rendir homenaje a su protector muerto, inició un cambio discutible, incierto aún, difícil, donde cada paso rectificador es confrontado con la real capacidad de resistencia de los sectores surgidos y fortalecidos por el dictador desaparecido pero ahora huérfanos. Poco a poco se fueron liberando y encarcelando, sucesivamente, a los más empeñosos líderes de la oposición, entre actos de terrorismo reaccionario y fomento de actitudes que abrían caminos antes cerrados. Por fin, se legalizaron no pocos partidos políticos; se inició una reglamentación que consideró lícitas las huelgas y se convocó a elecciones de Cortes Constituyentes para definir el futuro inmediato de España, con dos cámaras —algo insólito en el caso de parlamentos constituyentes— y un buen número de senadores no elegidos, sino designados direc-

tamente por la Corona. De todas maneras, el proceso está en marcha y ha de corresponder a los españoles y sólo a los españoles, decidir ese futuro aún incierto, no exento de obstáculos ni de dificultades en su desarrollo.

En esta situación se acentuaron las presiones sobre el gobierno de México para rectificar su mantenida actitud de rechazo al régimen territorial español. Esas presiones no estuvieron ausentes en momento alguno, desde el gobierno presidido por el sucesor de Cárdenas, Manuel Avila Camacho y los subsecuentes gobernantes. Determinados sectores tradicionalistas y, por lo general reaccionarios, suspiraron frecuentemente por las relaciones con el franquismo y esas presiones gozaron de la simpatía de los Estados Unidos. Sin que se diera paso atrás en esa actitud, poco a poco fueron estableciéndose nexos turísticos, comerciales y de mutua tolerancia entre los gobiernos español y mexicano. En realidad, en los últimos quince años, fuera de la formalidad de las relaciones oficiales, entre México y el gobierno franquista no hubo, salvo uno, motivos de mayor encono y hostilidad, pese a las votaciones mexicanas en la ONU y en otros foros internacionales, donde se ratificó siempre el rechazo.

Los partidarios de una relación oficial entre el franquismo y el gobierno mexicano invocaron con frecuencia la Doctrina Estrada como argumento decisivo en favor de su tesis. Esa invocación estaba fuera de lugar. La tan manoseada como mal entendida doctrina Estrada se concreta a quitar al establecimiento de relaciones diplomáticas el sentido de que, con los protocolos diplomáticos va incluido un reconocimiento a la legitimidad del gobierno ante el cual se presenta un Embajador de México. Don Genaro Estrada sostuvo que ningún país tenía capacidad para otorgar o negar legitimidad a un gobierno extranjero, pues esa decisión corresponde a los gobernados y sólo a ellos. Naturalmente, ese alcance y sentido de la tesis no podía impedir que, a su vez, cada gobierno estableciera o rompiera relaciones con quien así lo decidiera. En concreto, ni la doctrina Estrada ni algún otro protocolo internacional puede obligar a un país a ser amigo de quien no quiera, o viceversa, puesto que eso sería la anulación de la soberanía.

En sentido contrario, esa determinación mexicana de considerar ejercicio de su soberanía conceder o negar su amistad a otro gobierno se ofrece en el caso, también conflictivo y mal interpretado, de la Cuba de Fidel Castro. Como se recordará, la Organización de Estados Americanos resolvió, en la Reunión de Cancilleres efectuada en Washington en 1964, el rompimiento de relaciones de los países miembros de ese organismo regional, con el gobierno jefaturado por Fidel Castro. Esa ruptura se consideraba obligatoria para todos los miembros de la OEA en virtud de que fue aprobada por más de

las dos terceras partes de su membresía. México no sólo votó en contra de esa resolución sino que se abstuvo de cumplir con ese mandato y declaró oficialmente su decisión de mantener relaciones con el gobierno cubano pues no consideraba compatible su concepto de soberanía con un mandato de otros países para decidir su política exterior. Como también se recordará, la OEA soportó esa rebeldía mexicana y no intentó llevar más adelante su celo por el cumplimiento de sus estatutos pues, seguramente, México no hubiera aceptado modificar su decisión y hubiera preferido abandonar el seno de la OEA. Que la actitud mexicana, decidida por López Mateos, entonces presidente del país, era correcta, se comprobó años después cuando el ejemplo de México fue seguido por varios países latinoamericanos, quienes reanudaron sus interrumpidas relaciones con la Cuba de Castro sin esperar autorización de la OEA y, por último, en la reunión de Costa Rica, el mismo organismo regional dejó en libertad a los países miembros —lo que debió haber hecho desde un principio— para decidir su relación con los demás.

El último incidente que reavivó la hostilidad entre México y el gobierno de Franco fue la decisión tomada por el presidente Luis Echeverría, a propósito de la ejecución de los nacionalistas vascos acusados, sin comprobación satisfactoria, de diversos actos terroristas, ejecución que conmovió a un mundo enfrentado a crisis tempestuosas, pero que aún reaccionaba ante actos como ese. No pocos países retiraron sus Embajadores de Madrid como respuesta, pero México fue mucho más allá, pues se canceló todo tipo de relación comercial; se suspendieron las comunicaciones aéreas, marítimas y cablegráficas con España y se obligó a salir, en plazo perentorio, a los empleados de diversas representaciones de comercio y de comunicaciones españolas. Esa reacción del presidente Echeverría causó conmoción y dejó pozos de renovada hostilidad contra México en ese último período de la dictadura franquista.

La coincidencia de circunstancias de cambio; la desaparición física del dictador; la presencia de actividades políticas toleradas en el territorio de España, no pocas de ellas representativas de sectores radicalizados, configuraron e impulsieron un cambio en la actitud de México. El gobierno en el exilio perdía gran parte de su simbolismo ante el hecho de que la oposición española hacía notoria su lucha dentro del país, tanto en la incipiente legalidad como en rutas clandestinas pero ya no perseguidas con la fiereza anterior. En los momentos de escribir estas líneas son pocos los partidos que no han sido legalizados. El Partido Comunista lo logró, pero no se considera igualmente probable la legalización del ARDE, núcleo fundamentalmente republicano y, como tal, incompatible con el acatamiento y la subordinación ante la monarquía.

Era inexorable, por lo tanto, la extinción del gobierno republicano en el exilio. Yugoslavia y México fueron los países que mantuvieron por más tiempo su relación con ese símbolo de la victimada república. Yugoslavia, al romper esa relación, dejó a México solitario en sus tratos diplomáticos con los herederos del extinto poder legítimo de España. Se daba pues como un hecho que México establecería, al fin, relaciones diplomáticas con el gobierno territorial español. Pero no eran pocos los observadores de la tradición de la política exterior de este país que suponían que, puesto que la tesis total de México es que el gobierno de Franco fue establecido y mantenido por factores ajenos a la voluntad de los españoles, el rechazo al desaparecido dictador debía continuarse con su heredero, el actual monarca, mientras unas elecciones no liberaran a la monarquía de ese origen. Los comicios de julio próximo, cualquiera que fuera el resultado, legitimaría al actual gobierno español. México, de acuerdo con esa tesis, no perdía nada esperando establecer relaciones después del acto electoral. La posible circunstancia de imperfecciones en el proceso electoral no sería argumento para nadie —y muchísimo menos para México, incapacitado por razones obvias para actuar de juez escrupuloso en materias electorales— para no admitir como cancelado el escrúpulo que lo mantuvo en su actitud de rechazo. Los rumbos que pueda tomar la política española a partir de las elecciones sólo pueden, en rigor, ser seguidos o rechazados por los españoles mismos.

Después de haber esperado casi cuatro décadas no resultaba exigencia intolerable alargar unos meses ese establecimiento de relaciones pues no pocos observadores siguen considerando, hasta hoy, que si Franco fue Caudillo por la Gracia de Dios, el Rey Juan Carlos ostenta su corona por la gracia de Franco.

Sin embargo, no pudieron frenarse impacencias mexicanas. El nuevo presidente, José López Portillo, continuó el impulso que dominó en los últimos meses del régimen echeverrista para acelerar el proceso de reencuentro. La decisión fue correcta pero perdió elegancia y nobleza por impacencias injustificadas y sólo explicables por cierto flanco hacia la derecha que parece ser el signo que preside la vida mexicana en estos primeros meses del sexenio actual.

Por lo demás, nadie puede criticar frontalmente ese intercambio de embajadores entre España y México. Como resultaba inevitable, hasta hoy han aflorado interpretaciones, que consideran como un triunfo de los sectores derechistas esta decisión del régimen de López Portillo. Se ha abusado del tropo del punto final a una lejanía o separación inexplicable entre los dos pueblos. Parece pues necesario insistir en que entre México y España no hubo distanciamiento, lejanía ni hostilidad; que nunca como estas últimas cuatro décadas

los pueblos, no los sectores oligárquicos, estuvieron más fraternalmente unidos, no sólo por la circunstancia del asilo ofrecido por México a esos millares de "peregrinos de la dignidad", sino por cuanto, al margen de una inexistente relación protocolaria, miles y miles de mexicanos viajaron a España; el comercio de libros se intensificó más que nunca y la histórica fraternidad de los dos pueblos se acrecentó en esas dolorosas décadas en las cuales, en el viejo solar de Juan Español, se cumplió el dramático vaticinio de Antonio Machado cuando dijo: "Españolito que vienes al mundo; te guarde Dios; una de las dos Españas ha de helarte el corazón".

Resurge, sin embargo, con este establecimiento de relaciones entre los dos países, la superficialidad inevitable de la España de pandereta y el México del Mariachi. No pocos magnates mexicanos sienten alborozado su corazón al poder ver cómo un Embajador de México se inclina ante uno de los pocos reyes que quedan en el mundo, aunque ese Embajador sea tan conflictivo como el ex-presidente Díaz Ordaz y ver compensado e incrementado ese júbilo con la presencia de títulos nobiliarios que, seguramente, recibirán homenajes cortesanos en las recepciones de la Embajada de la España monárquica en nuestro país. Esa era la España que anhelaban ver representada en México y se pretende ignorar la señera representación de la mejor España; la de su pueblo vencido, pero no humillado y la de sus máximas individualidades en los ámbitos de la cultura, del magisterio, de la poesía y de todo arte superior. De esa España eterna, "madre de encinos y guerreros", como cantó Neruda, nunca estuvo México alejado. Y precisamente durante la noche del franquismo, esa España mantuvo en nuestro país el esplendor de su mejor estirpe.

En el nuevo status, lancemos al aire nuestros más limpios anhelos porque el drama inolvidable de la España de este siglo sea ya sólo recuerdo ominoso. Y que Juan Español pueda, sin limitaciones, reencontrar los caminos de su mejor destino.

La designación del Lic. Gustavo Díaz Ordaz como Embajador de México ante la Corte de Madrid despertó, como resultaba inevitable, polémicas que evocaron, en un sentido o en otro, el drama de Tlatelolco, culminación cruenta de las tempestades estudiantiles de 1968. A pesar del vacío en los medios de comunicación tan controlados, salvo excepciones, por la autoridad gubernamental, esa designación fue comentada desde diferentes puntos de vista. La nota destacada la dio el Embajador de México en Francia, el escritor Carlos Fuentes, quien renunció irrevocablemente a su cargo por ese nombramiento. Carlos Fuentes reprodujo, en el breve texto de su renuncia, algunas frases del entonces Presidente de México al aceptar, en plenitud, la responsabilidad histórica por los sucesos de

Tlatelolco. La renuncia de Fuentes despertó las consabidas censuras dentro del sistema gubernamental, pero el escritor recibió múltiples felicitaciones por lo que se considera, fuera de los ambientes oficializados, como un noble gesto. El ex-Secretario del Patrimonio Nacional, economista Horacio Flores de la Peña, dio la razón al renunciante Carlos Fuentes al decir que... "Tlatelolco no puede olvidarse fácilmente...".

México, D. F.-11-IV-77

ESPAÑA, ENGRANAJE DEL IMPERIALISMO

Por *Jesús CAMBRE MARIÑO*

EL tema de la penetración económica llevada a cabo en España por las grandes corporaciones extranjeras durante la "era franquista" es objeto de frecuente discusión. Se reconoce ya públicamente que el capital internacional, fundamentalmente norteamericano, representado por las poderosas empresas multinacionales dio un fuerte impulso a las inversiones en la Península bajo el franquismo. Ello ocurrió principalmente a lo largo del período de auge tecnocrático en el régimen, es decir, a partir de los años finales de la década del cincuenta. La política de puertas abiertas para el capital foráneo practicada por los tecnócratas facilitó la entrada en España de los *conglomerados* y las *empresas multinacionales* en condiciones muy ventajosas para el capital. Ello propició la toma de control de los sectores más dinámicos de la economía española por los grupos capitalistas transnacionales.

Los conglomerados representan una evolución muy peculiar y avanzada en el sistema de organización empresarial del mundo capitalista. En realidad constituyen grandes imperios corporativos que han alcanzado una amplia diversificación de funciones económicas sin conexión aparente. En lo que podría parecer una contradicción con un ordenamiento racional de la empresa desde el punto de vista de la producción, la firma conglomerada cubre una extensa gama de actividades económicas ostensiblemente inconexas y dispersas de muy difícil integración. Sin embargo, la conglomeración ha sido una tendencia dominante en la organización y funcionamiento de las grandes compañías en los Estados Unidos y otros países capitalistas avanzados durante las tres décadas que siguieron a la II Guerra Mundial. El conglomerado viene a ser la corporación que crece rápidamente al entrar en mercados heterogéneos a través de fusiones, (*mergers*), con otras compañías. La corporación conglomerada es en realidad un grupo de compañías que operan en mercados diferentes, pero se mantienen unidas por lazos comunes de autoridad financiera y administrativa.

Según el economista Celso Furtado, el conglomerado pudiera parecer una aberración si se analiza desde el punto de vista de la teoría económica convencional: no se apoya sobre las economías de escala ni sobre las ventajas conocidas de la integración vertical. Sin embargo, una prueba evidente de la vitalidad del conglomerado radica en que constituye ya la forma predominante en que se organiza la producción capitalista. El auge de la conglomeración se basa en dos principios fundamentales. El primer principio es el mismo que ha dado nacimiento a los llamados "fondos de financiación": cuando se invierte en numerosos sectores que guardan una escasa relación entre sí, se reduce el coeficiente de riesgo. El segundo principio sostiene que para luchar en un mercado particular, resulta mucho más importante la potencia financiera que la participación relativa de la empresa en aquel mercado.¹

Los conglomerados se distinguen entre las demás grandes corporaciones industriales por la elevada contribución que representan las fusiones en el crecimiento de sus activos. Una de las razones que explican el auge de las fusiones es el llamado *synergismo*. Este concepto implica que la capacidad de una gran organización excede por mucho la suma de sus divisiones constituyentes tomadas separadamente. Se trata, como vemos, de una especie de *Gestalt* de la economía de la empresa. Otra razón estriba en el comportamiento de la bolsa de valores. Una compañía en crecimiento continuado a través de sucesivas fusiones suele llevar al ánimo del público inversionista unas expectativas de mayores rendimientos por acción. Esto hace que aumente el nivel de las cotizaciones en bolsa de los valores de tal compañía. De ese modo, uno de los principales factores que estimulan la realización de fusiones consiste en ofrecer a los inversores expectativas de ganancias rápidas y crecientes. En realidad ni siquiera es necesario que las grandes compañías demuestren que pueden disminuir los riesgos y aumentar los beneficios netos. La mera intención de embarcarse en la vía de la conglomeración puede ser suficiente para elevar las expectativas de mayores ganancias.²

Desde el punto de vista de la empresa capitalista, orientada a la maximización de los beneficios, las ventajas que ofrece el gigantismo corporativo son obvias: 1) Abundancia de capital de inversión y un acceso casi ilimitado a las fuentes de crédito en con-

¹ Celso Furtado, "La concentration du pouvoir économique aux États-Unis et ses projections en Amérique Latine", *Esprit*, No. 380 (abril, 1969), 568-82.

² Harvey S. Segal, "The Urge to Merge: The Time of the Conglomerates", *The New York Times Magazine*, (27 de octubre de 1968), 32 y sigs.

diciones favorables, tanto en el mercado interno como en el extranjero; 2) Un amplísimo equipo de personal gerencial que se puede desplegar en cualquier punto del imperio corporativo de acuerdo a sus necesidades coyunturales; 3) Un sistema de ventas amplio y efectivo que está igualmente disponible para ser utilizado por todas las unidades integrantes del conglomerado, y 4) Capacidad de investigación científico-técnica y desarrollo que se puede poner en función para resolver toda clase de problemas tecnológicos y de comercialización.³

La empresa conglomerada, después de alcanzar la diversificación de sus actividades económicas dentro de su mercado originario, tiende a expandir sus operaciones buscando también la diversificación geográfica. Por otra parte, en el proceso de expansión la compañía capitalista tiende a salirse de su campo tradicional de operaciones y rebasarlo ampliamente. Eso explica la tendencia de las corporaciones a diversificarse tanto industrial como geográficamente. En otros términos, la tendencia de las grandes compañías capitalistas a convertirse por un lado en un conglomerado y por otro en una corporación multinacional. Esas condicionantes han determinado que la mayoría de las doscientas compañías industriales más poderosas de los Estados Unidos hayan llegado tanto a la etapa de la *conglomeración* como de la *multinacionalidad*.⁴

Existen muchas razones que explican la proliferación de subsidiarias extranjeras de las grandes corporaciones capitalistas. Uno de los principales motivos es la búsqueda de ocupación rentable al exceso de capital acumulado por esas poderosas empresas. Otra razón consiste en la minimización del riesgo por medio de la distribución de las inversiones, tanto sectorial como espacialmente. Una razón adicional estriba en el aprovechamiento de las ventajas comparativas que ofrecen muchos países extranjeros al capitalismo internacional. Esas ventajas están representadas por unos costos laborales notoriamente inferiores (los salarios latinoamericanos e incluso los europeos son mucho más bajos que los de los Estados Unidos); una carga impositiva más ligera sobre las ganancias de capital, y, en el caso de las llamadas industrias "sucias", (química, petroquímica, farmacéutica, papelería, etc.) unos requisitos legales anti-contaminación mucho más lenientes en los países extranjeros que en los Estados Unidos. En esa clase de industrias esto puede ser un factor de importancia primordial y hasta decisiva. Las exigencias

³ "Notes on the Multinational Corporation" (Part Two), *Monthly Review*, vol. 21, no. 6 (noviembre de 1969), 1-13.

⁴ "Notes on the Multinational Corporation" (Part One), *Monthly Review*, vol. 21, no. 5 (octubre de 1969), 12-13.

anti-contaminación que suelen imponerse en los Estados Unidos a ciertas factorías, obligan en muchos casos a realizar unas inversiones cuantiosas en instalaciones depuradoras. Ante esas onerosas perspectivas, muchas compañías optan por establecer sus operaciones en países extranjeros para esquivar los enormes costos anti-polución en su país de origen. La agresión ecológica que entraña esta tendencia para los países penetrados por el gran capital monopolista se convierte así en uno de los aspectos más temibles del imperialismo de cara al futuro. Aprovechándose de la débil posición de los países pobres o subdesarrollados donde existe una gran necesidad de creación de empleos, las potencias industriales tratarán progresivamente de "exportar" la contaminación.

En lo que se refiere específicamente a los costos laborales un autor ha señalado que la "estructura multinacional ofrece a los 'gerentes' posibilidades inéditas para hacer fracasar los movimientos reivindicativos y las huelgas. Pueden asegurarse una producción de recambio en una factoría extranjera, gracias a las horas extraordinarias".⁵ De ese modo, en caso de huelga, una empresa subsidiaria de una compañía multinacional puede continuar los suministros a sus clientes utilizando las existencias de las otras unidades de producción. Con lo cual las empresas están en condiciones de enfrentarse y derrotar las huelgas, sobre todo si los trabajadores carecen de una organización multinacional y se hallan divididos por las fronteras nacionales que logra saltar fácilmente el capital. Las corporaciones multinacionales pueden incluso desarmar las demandas de los obreros demostrándoles con las cifras en la mano que el *déficit* de una empresa determinada hace improcedentes las reclamaciones laborales. Llevando al extremo la argumentación podrían llegar a exigir sacrificios de los trabajadores para mantener a la empresa en funcionamiento. Lo que suele ocurrir es que los productos de una empresa integrada multinacionalmente se venden a "precios de transferencia" (artificialmente bajos), a una compañía del mismo grupo situada en el extranjero. Esta podrá revenderlos a su vez con beneficios extraordinarios aprovechándose de la gran flexibilidad contable que otorga al grupo empresarial el mecanismo de la multinacionalidad.

El gran auge experimentado por las compañías multinacionales, la creciente proliferación en el extranjero de empresas subsidiarias de aquellas corporaciones, y la consiguiente penetración y mediación económica inspira serios temores a los países penetrados. Es-

⁵ Michel Bosquet, "L'Europe des franc-tireurs", *Le Nouvel Observateur*, no. 391 (8 de mayo de 1972), 40-41. Cita a Charles Levinson, *Capital, Inflation and the Multinationals*, (Londres, Allen & Unwin, 1971).

tas prevenciones se concretan en varios puntos: 1) Temor de que las compañías multinacionales tomen demasiado y dejen muy poco. Se suele plantear que las grandes corporaciones extranjeras absorberán los recursos naturales, el crédito, las personas de más capacidad científica y técnica, los beneficios más jugosos, y dejarán en el país penetrado sólo las migajas en la forma de bajos salarios comparados con los que la misma corporación paga en su país originario. 2) Temor de que las compañías multinacionales aplastarán la competencia en el país penetrado y alcanzarán rápidamente una dominación monopolística del mercado y tal vez del conjunto de la economía nacional. Se comprende lo bien fundado de este temor si se tiene en cuenta el gran poderío financiero de las multinacionales y las prácticas corruptas, como los sobornos, a las que recurren para lograr sus fines en muchísimos casos. 3) Temor del país penetrado de hacerse dependiente de fuentes extranjeras en lo que respecta a la tecnología avanzada. Esta se considera necesaria para la defensa nacional y para mantener la competitividad en los mercados mundiales. 4) Temor de que las subsidiarias de las compañías multinacionales se usen como un instrumento de presión de la política exterior por el gobierno del país en que está radicada la compañía matriz. 5) Temor de que los mejores empleos de alta dirección se otorgarán a ciudadanos del país originario de la empresa multinacional y no a los ciudadanos de la nación penetrada. 6) Temor de que la compañía matriz adopte decisiones en flagrante descon sideración a sus consecuencias socioeconómicas en la ciudad, región o incluso sobre el conjunto de la economía nacional del país penetrado. Esa situación puede darse, por ejemplo, en el caso de que la compañía multinacional decida suspender la producción o cerrar definitivamente una factoría por motivaciones de estrategia empresarial del grupo, dejando a miles de obreros sin trabajo.* Eso puede ocurrir simplemente si una empresa subsidiaria orientada a la exportación recibe órdenes de la casa matriz de que cese de exportar a determinado país extranjero debido a presiones políticas del gobierno del país originario. Este puede ejercer restricciones de índole comercial para adaptarlas a sus esquemas de política exterior. Casos bien conocidos los constituyen las prohibiciones totales o parciales que pesan sobre las empresas extranjeras controladas por el capital norteamericano. Esas empresas se han tenido que enfrentar a prohibiciones o restricciones en la exportación de sus productos a los

* Business International, Inc., "The International Corporation and the Nation State", (Nueva York, 1968). Cit. por *Monthly Review*, vol. 21, no. 6 (noviembre, 1969), 8-9.

mercados de los países socialistas o a otros estados cuya política chocase con la estrategia global del imperialismo.

El problema de la penetración del capital extranjero en España no es una novedad de última hora. A lo largo del siglo XIX se introdujo en el país el capital inglés, francés, belga y alemán para la construcción de líneas férreas y la explotación minera principalmente. En el siglo XX la penetración del capital europeo siguió su curso con los altibajos dictados por las circunstancias históricas. Sin embargo, durante las pasadas dos décadas se aceleró fuertemente la penetración del capital foráneo, principalmente norteamericano, en los sectores clave de la economía española. Las empresas multinacionales se interesan especialmente en los campos de actividad económica que resultan más rentables y ofrecen las mayores posibilidades de expansión, tales como la industria petroquímica, la química, la siderometalurgia y la de bebidas y alimentos.^{6b1}

Un trabajo publicado hace algunos años arrojaba luz sobre la creciente penetración en la economía española del capitalismo norteamericano. Según su autor esa penetración se realizaba a través de la participación en la propiedad de empresas españolas o por medio de la implantación en España de subsidiarias de las trescientas mayores corporaciones industriales de los Estados Unidos.⁷ Los últimos años del régimen franquista, bajo la inspiración económica de la tecnocracia clerical-autoritaria del opusdeísmo, facilitaron la penetración masiva del capital extranjero, fundamentalmente norteamericano, en España a través de las multinacionales. El resultado ha sido el dominio absoluto de los sectores más importantes de la economía española (siderurgia, química, petroquímica, farmacéutica, informática y automovilística) detentado por las compañías multinacionales de origen norteamericano.

Según una publicación oficial del gobierno de los Estados Unidos, desde las reformas económicas de 1959 las inversiones extranjeras han tenido una importancia creciente en el sector indus-

^{6b1} Véase la obra de Ramón Tamames, *Estructura Económica de España*. 6a. ed. (Madrid, Guadiana, 1971), cap. XXXII.

⁷ Arturo Cabello Moya, "Las inversiones industriales norteamericanas en España", *Cuadernos para el Diálogo*, no. 75 (diciembre de 1969), 9-20. Más recientemente se han publicado otros trabajos que tratan de esclarecer esta problemática, entre los que se puede mencionar el del propio Arturo Cabello "Inversiones extranjeras durante 1972" anexo general al libro de Juan Muñoz y otros, *La Economía española en 1972* (Madrid, Edicusa, 1973), y la obra de Manuel Vázquez Montalbán, *La penetración americana en España* (Madrid, Edicusa, 1974), espec. las pp. 203-350.

trial de la economía española. Ya en 1968 se estimaba que la propiedad extranjera alcanzaba al cinco por ciento del total de los activos fijos de España. Esas inversiones se concentraban principalmente en los sectores manufactureros y de servicios. Normalmente la penetración foránea se canaliza a través de inversiones conjuntas y con frecuencia por medio de licencias de utilización de técnica extranjera. Esto permite a las multinacionales conseguir el control e incluso la posesión mayoritaria de empresas españolas a veces sin necesidad de efectuar desembolsos de capital o a lo sumo con una mínima inversión.⁸

En España toda inversión extranjera que representase el cincuenta por ciento o menos del capital de una empresa podía realizarse sin necesidad de autorización previa, excepto en los ramos de la defensa nacional, la información y los servicios públicos. Cuando la inversión significaba el control mayoritario de una empresa española por el capital extranjero (más del cincuenta por ciento del capital de la empresa) se hacía necesario solicitar autorización del Ministerio de Comercio. En años recientes se han aprobado, no obstante, la mayoría de las solicitudes presentadas y desde 1974 se ha liberalizado aún más la apertura española al capital extranjero. Además, para hacer España más atractiva a las inversiones foráneas, los no residentes pueden transferir al exterior sin restricciones los beneficios o los capitales procedentes de la liquidación de inversiones directas hechas desde el primero de enero de 1950 por medio de capital importado.⁹

Por otra parte, un tratado establecido entre España y los Estados Unidos a principio de siglo otorga a los ciudadanos norteamericanos el "derecho de entrar, viajar y residir en cualquier lugar del territorio español". También les permite gozar a este respecto, "para la protección de sus personas y propiedades, el mismo tratamiento y los mismos derechos que los españoles". Además los norteamericanos "pueden ejercer libremente su industria o negocio sin verse sujetas sus personas o propiedades a ninguna tasa general o local, impuestos o cualesquiera otras condiciones distintas o más onerosas que las que se imponen o puedan imponerse a los españoles".¹⁰

Ya se sabe que la relación de fuerzas económicas y financieras

⁸ U. S. Dept. of Commerce, Bureau of International Commerce, *Overseas Business Reports: Establishing a Business in Spain* (OBR 68-24) (Washington, 1968), p. 4.

⁹ U. S. Dept. of Commerce, *Overseas Business Reports: Marketing in Spain* (OBR 74-05) Washington, 1974, p. 19.

¹⁰ *Establishing a Business in Spain, cit.*, p. 3. Cita el "Treaty of Friendship and General Relations" de 1902.

entre España y los Estados Unidos es muy desigual y la balanza se inclina de manera abismal a favor de Norteamérica. Eso le otorga enormes ventajas a las corporaciones industriales norteamericanas las cuales pueden aprovecharse de la debilidad de las estructuras económicas españolas para afirmar su implantación en la Península. Por otra parte sería muy interesante determinar si los generosos derechos concedidos por España a los ciudadanos norteamericanos en las cláusulas del *Tratado de Amistad* concertado en 1902 son aplicables en reciprocidad a los ciudadanos de los dos estados firmantes. Es decir, si los españoles pueden gozar en los Estados Unidos de los mismos derechos (aunque es oportuno reconocer que, debido al desequilibrio de fuerzas, en el caso español resultarían mayormente inoperantes) que se garantizan en el tratado referido a los norteamericanos en España.

EN el presente trabajo se trata de incidir nuevamente y profundizar, en el problema de la penetración del capital extranjero en España aportando nuevos datos que arrojen más luz sobre la intensidad del fenómeno. Se parte del supuesto de que el análisis del caso español interesa no sólo en sí mismo, sino por el valor paradigmático que puede tener para otros países en vías de desarrollo, especialmente las naciones hispanoamericanas. España, sometida al *status* de colonia económica¹¹ por la dominación de las multinacionales, podría ser el espejo en el que debieran mirarse las naciones del tercer mundo. A esos pueblos se les ofrecen incesantemente las recetas del desarrollo capitalista inspirado y controlado desde el centro del imperialismo mundial. A cambio de las migajas obtenidas a través de un desarrollismo distorsionado y dependiente, los pueblos explotados por el imperialismo enajenan la independencia económica y política lo cual equivale a la pérdida de la libertad.

Antes de proseguir conviene aclarar una vez más que cuando se habla de penetración del capital extranjero en España se debe entender fundamentalmente capital norteamericano. Si bien es cierto que en España también se realizan inversiones procedentes de otros

¹¹ Se admite de antemano que esta afirmación puede ser discutible. Sin embargo, una prueba de que no carece de fundamento nos la ofrece un documento oficial del propio Senado de los Estados Unidos donde se reconoce reiteradamente que España es una nación "que se ha hecho sensitiva a las denuncias de que ha adquirido un status 'colonial', sojuzgada por su amo mayor, los Estados Unidos", *Congressional Record - Senate*, vol. 122, no. 66 (6 de mayo de 1976). Se trata de un "Report on Spain" preparado por Brian Atwood y presentado por el senador Eagleton.

estados capitalistas, el peso aplastante del capital extranjero es de origen norteamericano. De hecho, dadas las especiales condiciones sociales, políticas y económicas de la Península que la sitúan en un estadio intermedio de la evolución capitalista, el centro hegemónico mundial le ha asignado a España un cometido especial en la relación imperialista. En la división internacional del trabajo diseñada por el imperialismo, la Península tiende a convertirse en un centro de operaciones fabriles con tecnología secundaria del imperialismo, un inmenso taller regenteado por las multinacionales, con la misión fundamental de servir de plataforma de penetración en los mercados del tercer mundo. De cara a los países de Hispanoamérica es indudable que España cuenta con inmejorables condiciones para realizar la misión encomendada. La comunidad de lengua y de cultura facilita la vía de penetración en los países americanos no sólo con productos fabricados en España en nombre y por cuenta del imperialismo, sino con técnica pseudo hispana y con capital yanqui disfrazado de español. De ese modo España, sometida al colonialismo económico del capital extranjero, postrada ante la dominación de las multinacionales, cumple la función asignada como peón del imperialismo del cual es ya un engranaje fundamental.

La clase dirigente española, con su enfoque tecnocrático neocapitalista que predominó en los últimos años del franquismo, ha sido un factor principalísimo para facilitar la penetración del capital extranjero y la colonización de la economía española. Como un ejemplo típico de su actitud servil y su ceguera ante la creciente desnacionalización de la economía se puede citar un curioso diálogo sostenido con la prensa por un alto funcionario del gobierno español en el período del máximo auge tecnocrático en el poder.¹² Al preguntar la periodista si la venida a España de las compañías extranjeras entrañaba el riesgo de colonialismo, el alto cargo gubernamental respondió rotundamente que no ya que "eso sólo se da en los países subdesarrollados". Inquirió la informadora si las multinacionales eran atraídas por la mano de obra barata y el inefable tecnócrata respondió que "más lo es la de los países africanos" y que lo que buscan las multinacionales es tranquilidad, estabilidad y paz. Lo cual, sin dejar de ser cierto, no excluye las otras motivaciones a nuestro entender.

El entreguismo servil de los tecnócratas al imperialismo se patentiza en mensajes publicitarios como uno aparecido en *The Wall Street Journal*, órgano máximo del capitalismo norteamericano. Con

¹² Enrique Dupuy de Lôme, director general de Minas, Ministerio de Industria, entrevistado por Carmen Martínez. *Actualidad Económica*, no. 753 (19 de agosto de 1972).

el propósito de atraer aún más fuertemente a las multinacionales el gobierno franquista decía en 1975 en un anuncio a toda página que la presión fiscal española es "menor que la de cualquier país desarrollado en el mundo, y la más pequeña en Europa". Al ofrecer a España como el paraíso de las multinacionales el anuncio proclama que los impuestos españoles "son menores, no sólo que en los países más desarrollados, sino también que en los de desarrollo económico comparable o inferior". No podía faltar, como carnada del capitalismo multinacional, el ofrecimiento de mano de obra barata y altamente productiva ya que el trabajador español, dice el anuncio, "trabaja más duramente, tiene un intenso orgullo en su destreza, y produce más en menos tiempo".¹³

El análisis de un estudio sobre las empresas multinacionales preparado hace algún tiempo por la Escuela Graduada de Administración de Empresas de la Universidad de Harvard resulta muy interesante para seguir la trayectoria de la penetración del capital norteamericano en España con cierta perspectiva histórica.¹⁴ Se han tabulado los datos referidos a España extraídos del referido estudio y con ellos se han construido unas tablas que ilustran con bastante claridad el creciente proceso de implantación en España de las multinacionales de origen norteamericano. Ello se ha llevado a cabo a través de la proliferación de subsidiarias establecidas en suelo español. Lamentablemente no ha sido posible cuantificar en cifras monetarias el monto de las inversiones efectuadas por las casas matrices norteamericanas en sus respectivas filiales españolas en forma individualizada para vincularlas directamente con las tablas construidas a base de los datos de Harvard. Las empresas implicadas, que serían las fuentes de la información, son reacias a divulgar los datos necesarios detallados y pormenorizados en materia de inversiones. No obstante, los datos que se incluyen en las tablas ilustran la tendencia del proceso global.

En la tabla I puede verse que la penetración del capital norteamericano en España fue insignificante hasta 1920. A partir de ese año, recién terminada la I Guerra Mundial que dio a los Estados Unidos un gran auge económico-financiero, empezó a crecer el número de subsidiarias de empresas norteamericanas implantadas en el territorio español. El ritmo de penetración experimentó una inflexión durante los años de la gran crisis económica de la década de 1930. Esa disminución penetradora se mantuvo a lo largo de la

¹³ "A Look at the Spanish Economy" (Advertisement), *The Wall Street Journal* (16 de junio de 1975), p. 9.

¹⁴ James W. Vaupel y Joan P. Curhan, *The Making of Multinational Enterprise*. Boston, Harvard University, 1969 (i.e. 1971).

TABLA I

PROLIFERACION DE SUBSIDIARIAS NORTEAMERICANAS EN ESPAÑA CLASIFICADAS POR EL PERIODO EN QUE COMENZARON SUS ACTIVIDADES.

<i>Periodo</i>	<i>número de subsidiarias</i>	<i>Periodo</i>	<i>número de subsidiarias</i>
Pre 1901	0	1956-57	4
1901-13	2	1958-59	11
1914-19	2	1960-61	15
1920-24	11	1962	11
1925-29	9	1963	20
1930-34	8	1964	18
1935-39	7	1965	29
1940-45	2	1966	28
1946-50	2	1967	20
1951-53	6	Desconocido	6
1954-55	10	Total pre 1968	221

Fuentes: Vaupel y Curhan, *Op. cit.*

TABLA II

PENETRACION DEL CAPITAL NORTEAMERICANO EN ESPAÑA. PATRONES DE PROPIEDAD DE LAS EMPRESAS NORTEAMERICANAS SOBRE SUS SUBSIDIARIAS ESPAÑOLAS POR PERIODOS EN QUE COMENZARON SUS ACTIVIDADES

<i>Periodo</i>	<i>Participación norteamericana en las empresas subsidiarias¹</i>				
	<i>número de subsidiarias</i>	<i>completa</i>	<i>mayoritaria</i>	<i>minoritaria</i>	<i>desconocida</i>
Pre 1946	41	26	4	2	9
1946-57	22	13	3	6	0
1958-67	152	50	69	26	7
Desconocido ²	6	0	0	0	6
Total pre 1968	221	89	76	34	22

¹ Completa = 95.100%

Mayoritaria = 50.94%

Minoritaria = 5.49%

Desconocida = no hay datos.

² Véase renglón Desconocido en la tabla I.

Fuente: Vaupel y Curhan, *Op. cit.*

TABLA III

PENETRACION DEL CAPITAL NORTEAMERICANO EN ESPAÑA POR RAMA INDUSTRIAL. PATRONES DE PROPIEDAD DE LAS EMPRESAS NORTEAMERICANAS SOBRE SUS SUBSIDIARIAS ESPAÑOLAS POR PERIODOS EN QUE COMENZARON SUS ACTIVIDADES.

Industria ²	Participación norteamericana en las empresas subsidiarias por periodos y porcentaje de la propiedad ¹														
	Total pre 1968				pre 1946				1946-57				1958-67		
	No. de Subs.	Comp.	May.	Min.	Des.	No. de Subs.	Comp.	May.	Min.	Des.	No. de Subs.	Comp.	May.	Min.	Des.
Cárnicos y lácteos	7	0	7	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Otras alimenticias y bebidas	15	6	6	3	0	2	2	0	0	0	3	1	0	2	0
Textiles y vestimenta	3	1	2	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Madera, mueble y papel	7	1	6	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Química	27	10	12	5	0	1	1	0	0	0	4	2	1	1	0
Farmacéutica	10	3	7	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Jabones y cosméticos	2	1	0	0	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Petrolífera	16	2	5	6	3	3	0	1	2	2	2	2	0	0	1
Goma y cubiertas autos	4	0	2	2	0	1	0	1	0	0	2	0	0	2	0
Cemento, vidrio y cerámica	4	0	3	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Siderurgia	3	1	2	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Metalurgia	9	3	1	5	0	0	0	0	0	0	1	0	0	1	0
Maquinaria agrícola	2	2	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0
Maquinaria no-eléctrica	6	3	3	0	0	3	2	1	0	0	0	0	0	0	0
Electrónica	5	0	5	0	0	1	0	1	0	0	1	0	1	0	0
Otra maquinaria eléctrica	6	2	0	4	0	0	0	0	0	0	1	1	0	0	0
Automovilística	3	1	1	1	0	0	0	0	0	0	1	0	0	1	0
Otro equipo de transporte	1	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0
Instrumentos de precisión	1	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1	0	1	0	0
Otras industrias	2	1	1	0	0	2	1	1	0	0	0	0	0	0	0

¹ Comp. = 95-100%; May. = 50-94%; Min. = 5-49%; Des. = no hay datos.

² En las ramas industriales de Máquinas de oficina y computadores y Electrodinámicos, no figura ninguna subsidiaria española de empresas norteamericanas.
Fuente: Elaborado por el autor con datos de Vaupel y Curhan, *Op. cit.*

Segunda Guerra Mundial y los primeros años de la posguerra, época en la que el régimen franquista intentó poner en práctica una especie de autarquía económica para enfrentarse al aislamiento internacional por sus vinculaciones con las potencias del Eje. A partir de 1951, normalizadas ya las relaciones de los Estados Unidos con el régimen de Franco para poder utilizar a España como bastión en la estrategia de la Guerra Fría, se incrementa la penetración norteamericana hasta que se produce un pasajero estancamiento en el bienio 1956-57. Superado ese bache coyuntural en el expansionismo, condicionado por la situación interna de los Estados Unidos, y habiéndose implantado en los ministerios económicos españoles los tecnócratas del Opus Dei, se abre una nueva etapa penetradora. Así se puede observar que después de 1958 las inversiones de capital norteamericano se han intensificado notablemente a juzgar por el incremento del número de subsidiarias. Al finalizar el año 1967, éstas habían alcanzado la cifra de 221 empresas con distinto nivel de participación de capital norteamericano.

La tabla II muestra el nivel de participación norteamericana en la propiedad de las empresas subsidiarias españolas. De las 221 empresas penetradas por el capitalismo norteamericano, 89 estaban controladas completamente por las compañías matrices extranjeras. Otras 76 subsidiarias estaban poseídas en forma mayoritaria; 34 lo estaban de manera minoritaria, y sobre las 22 restantes se desconocía el grado de participación en su propiedad ejercido por las compañías matrices extranjeras. Cabe apuntar aquí que con frecuencia, las compañías multinacionales ejercen un control mayoritario o absoluto sobre sus empresas subsidiarias a través de una simple participación minoritaria en su capital. Eso puede realizarse debido a la dispersión accionaria de las empresas penetradas, lo cual facilita un control mayoritario a la compañía extranjera que adquiera un paquete de acciones representativo del diez o quince por ciento del capital social. Por otra parte, los mecanismos del crédito financiero y la asistencia técnica facilitan el control de las empresas subsidiarias por sus compañías matrices. Se dice en una publicación mexicana que "en la medida en que controla las patentes, los diseños, la publicidad y las técnicas especializadas, la gran corporación, al asociarse, puede también instalarse sin prácticamente aportar capital, derivando así ganancias extras que a su vez constituyen tanto una fuente de exacción de excedentes como una de posteriores financiamientos de las operaciones realizadas internamente".¹⁵

¹⁵ Seminario de Desarrollo Económico y Planificación, "La empresa multinacional: nueva estrategia imperialista", *Investigación Económica*, vol. XXX, no. 119 (julio-sep., 1970), 512.

La posesión de una técnica avanzada es actualmente uno de los instrumentos más efectivos de penetración imperialista complementándose en un grado superior y más refinado con la tradicional exportación de capitales para lograr la toma de control de empresas extranjeras. La conjunción de esos dos instrumentos de poder económico, técnica y capital, otorgan a las multinacionales una capacidad de penetración y dominación insospechadas sobre las economías nacionales de los estados capitalistas. Muy certeramente afirma Pierre Jalée que "por intermedio del control de la técnica se ejerce también el control del capital".¹⁶ Desde una perspectiva dialéctica otro autor explica la conjunción coadyuvante de técnica y capital en la evolución del capitalismo monopolista cuando dice que "la concentración de la producción ha permitido un rápido establecimiento de la nueva técnica, lo cual exige, a su vez, una nueva concentración de la producción en empresas gigantescas". Para concluir que "la nueva técnica ha acentuado el dominio de los monopolios en la economía".¹⁷

Por último la tabla III muestra el grado de penetración del capital norteamericano en España por rama de actividad industrial. Se puede notar que la rama más penetrada es la industria química (actividad económica "sucia" y una de las de más rápido crecimiento en España debido a la intromisión externa). De las 27 subsidiarias norteamericanas que figuraban en esa industria, diez estaban controladas completamente y otras doce lo estaban en forma mayoritaria. A la industria química le seguía por el nivel de penetración la industria de productos petrolíferos con 16 subsidiarias, aunque sólo dos figuraban como controladas por completo y cinco mayoritariamente. El tercer sector industrial más penetrado por el capital norteamericano es la fabricación de bebidas y otras industrias alimenticias con quince subsidiarias; seis de ellas estaban completamente controladas y otras seis mayoritariamente. Después viene la industria de productos farmacéuticos con diez empresas subsidiarias; tres controladas enteramente y siete en forma mayoritaria. Otras industrias fuertemente penetradas, como puede verse en la citada tabla, eran la siderometalurgia y la fabricación de distintos tipos de maquinaria.

El estudio de Harvard sobre las empresas multinacionales que se ha utilizado para la confección de las tablas incluidas en el presente trabajo no se proyecta más acá de 1967. Sin embargo, a falta

¹⁶ Pierre Jalée, *El imperialismo en 1970*. 2a. ed. (México, Siglo XXI, 1971), p. 65.

¹⁷ E. Varga, *Le capitalisme du XXe siècle* (Moscu, Editions du Progrés, s/f). Citado por Jalée, *Op. cit.*, pp. 132-33.

de datos específicos y concretos para el período más reciente, se asume fundadamente que el control de empresas españolas como filiales y subsidiarias de multinacionales norteamericanas ha tomado un ritmo vertiginoso después de aquella fecha. Al compás que se producía el llamado por los tecnócratas "milagro económico español" se incrementaba la penetración y el dominio del capital norteamericano en la Península. Entre las inversiones de capital y los convenios de "asistencia técnica", gran parte de las principales empresas españolas se han ido convirtiendo en filiales y subsidiarias de las multinacionales en un apresurado proceso de "sucursalización" o "feudalización" económica. Aunque según Vázquez Montalbán "la historia de la penetración económica norteamericana en España es una apenas iniciada", dicho autor cita datos de SERCOBE (Servicio Técnico Comercial de Construcciones de Bienes de Equipo) de 1970 según los cuales 156 de las más importantes empresas de los Estados Unidos contaban en España "con 387 empresas filiales o subsidiarias".¹⁸

No hay inconveniente en reconocer que cuando se afronta el análisis de las inversiones extranjeras, y concretamente los manejos financieros de las multinacionales, nos movemos en un terreno inseguro y de difícil escrutinio. En primer lugar, según reconoce un especialista del tema, las estadísticas dejan mucho que desear. Por otra parte, "no existe, de hecho, una cifra oficial del valor y el crecimiento de las inversiones extranjeras de las compañías. La única cifra que aparece en los estimados oficiales es la del valor escriturado (*book value*) de aquellas inversiones, el valor con el cual las inversiones ultramarinas todavía son entradas en los balances corporativos".¹⁹ Como se puede suponer esa práctica normalmente subestima el verdadero valor actual de la inversión ya que el valor escriturado corresponde usualmente a la suma original de capital invertido pero ignora la expansión subsiguiente y la continuada revalorización.

Esas condiciones de ocultamiento y veladura interesada son responsables de las disparidades que se dan frecuentemente al tratar la problemática de las inversiones extranjeras. Ahora bien, aun reconociendo lo movedizo del terreno que incrementa el riesgo de incurrir en errores y cuando menos obliga a la imprecisión, ello no impide determinar con claridad la tendencia de la trayectoria penetradora. Así tenemos que la cifra dada por SERCOBE en 1970, y

¹⁸ Vázquez Montalbán, *Op. cit.*, p. 215. Cita el *Boletín de Sercoibe* (junio de 1970).

¹⁹ Hugh Stephenson, *The Coming Clash: The Impact of Multinational Corporations on National States* (Nueva York, Saturday Review Press, 1973), pp. 3 y 22-23.

citada por Vázquez Montalbán, de 156 empresas norteamericanas con filiales en España casi se había duplicado poco tiempo después. Según un documento del propio Depto. de Comercio de los Estados Unidos, "de acuerdo a una investigación realizada en 1971 unas 278 empresas norteamericanas tenían una substancial inversión directa de capital en España en la forma de acciones, como el único propietario, o como un asociado en una empresa".²⁰ El citado documento oficial recalca que en general las inversiones extranjeras son bien recibidas en España y que el clima inversionista se considera excelente para las compañías norteamericanas.

Un caso reciente y bastante notorio de la penetración económica norteamericana en España lo constituye la llamada IV Siderúrgica Integral que está instalando en Sagunto la empresa Altos Hornos del Mediterráneo. Se afirma que con una inversión valorada inicialmente en *dos mil cien millones de dólares*, tal proyecto es el de mayor envergadura de la historia industrial española. Su instalación se realiza por etapas y se ha programado su terminación para 1981. Los círculos oficiales de los Estados Unidos reconocen que la magnitud de la empresa generará considerables oportunidades comerciales para los exportadores norteamericanos, al igual que otros proyectos de naturaleza similar. La Sociedad Altos Hornos del Mediterráneo está constituida mediante la participación conjunta de empresas españolas y norteamericanas en la siguiente proporción: el 46 por ciento del capital está suscrito por Altos Hornos de Vizcaya; el 15 por ciento por la U. S. Steel Corporation, de los Estados Unidos; el 22.8 por ciento aportado por seis grandes bancos españoles, y el resto financiado por las Cajas de Ahorros y Pensiones. Como la U. S. Steel, la mayor empresa siderúrgica norteamericana, ya posee el 25 por ciento de Altos Hornos de Vizcaya se considera que controla a dicha empresa.²¹ Si se toma además en consideración el mecanismo de la asistencia técnica puede comprenderse muy bien quiénes serán los dueños y beneficiarios de la famosa IV Siderúrgica con su complejo de factorías que la convierten en una pieza fundamental de la industria básica española. Este botón de muestra sirve para aclarar la creciente penetración del capitalismo norteamericano en España y la consiguiente subordinación y colonización económica por las multinacionales.

Otro ejemplo sobresaliente de penetración por su considerable magnitud está representado por la implantación de la Ford Motor

²⁰ *Marketing in Spain*, cit., pp. 18-19.

²¹ U. S. Dept. of Commerce, *Foreign Economic Trends and Their Implications for the United States* (Washington, 1972), p. 12. Véase también de Robert Moss, "A Survey of Spain", *The Economist*, vol. 242, no. 6704 (19 de febrero de 1972), p. 33.

Co. Las circunstancias de este caso ilustran la subordinación de la política económica española a los intereses de los grandes grupos capitalistas internacionales. Bastó que el señor Henry Ford mostrase su interés de instalarse en la Península para que se le abriesen las puertas de par en par en las condiciones por él exigidas. Después de una serie de entrevistas con distintos ministros del gobierno español, todos con tiempo disponible para el señor Ford, éste obtuvo rápidos resultados. Un Consejo de Ministros reunido en noviembre de 1972 especialmente dedicado al tema Ford decretó un "traje cortado a la medida" de la corporación norteamericana modificando todo lo legislado previamente sobre la industria automovilística en España. Hasta entonces las empresas automovilísticas que quisieran instalarse por primera vez necesitaban tener el 70 por ciento de capital español al empezar la producción y el 90 por ciento al tercer año de funcionamiento (aunque estas disposiciones no se aplicaban a Renault, Chrysler y Seat que se habían instalado antes). Desde la llegada de Ford las disposiciones sobre capital se redujeron a una exigencia del 50 por ciento lo cual equivale al completo control extranjero de la empresa. Por otra parte se fijó una inversión mínima necesaria de 10,000 millones de pesetas, a medida de la Ford, y las nuevas empresas sólo podrían vender en el mercado interior el 10 por ciento de la matriculación anual y el 33 por ciento de su producción. Los proyectos de la Ford Motor Co. se ajustaban a los requisitos: se planificó una inversión de 15,000 millones de pesetas (posteriormente revisada a más de 20,000 millones debido a los costos inflacionarios) para establecer su factoría en Almusafes (Valencia). La factoría producirá cerca de 300,000 coches cuando alcance su nivel de plena producción de los cuales deberá exportar las dos terceras partes según lo acordado.²²

La llegada de Ford a España configura toda la serie de anomalías y abusos atribuibles a la prepotencia de las multinacionales. En primer lugar se observa cómo se plegó el gobierno a las exigencias de la multinacional. Después, aún sin haber iniciado el proceso de producción, la presencia de la Ford Motor Co. en España constituye un rosario de prácticas abusivas y presionantes. Pretensión de expropiar los terrenos de los agricultores valencianos a precios de saldo sin el debido justiprecio. Relaciones laborales injustas y explotadoras con los obreros que participan en la construcción de la factoría, lo cual ha dado lugar a numerosas protestas y huelgas. Después, al iniciarse la producción en la factoría, la zona circundante se enfrentó a una intolerable contaminación ambiental pro-

²² "Sin permiso de la censura", *Ibérica*, vol. 20, no. 12 (15 de diciembre de 1972), pp. 15-16.

vocada por las descargas residuales sin el debido tratamiento purificador lo cual amenazaba con convertir a la albufera valenciana en un pequeño mar muerto. Toda esa serie de malas prácticas se inserta en el comportamiento habitual de las empresas multinacionales, comportamiento tanto más abusivo cuanto mayor es el entreguismo o la debilidad de los gobiernos en los países penetrados.

El esquema de actuación de la Ford en España quedó prefigurado en el antes aludido Decreto Regulador de la fabricación de automóviles adoptado por el Consejo de Ministros español el 25 de noviembre de 1972 que permitió la implantación de esa multinacional. Pero además de las ventajas incluidas en el mencionado decreto, el gobierno español declaró en diciembre de aquel mismo año al sector de automóvil como "industria de interés preferente" lo que implicaba, entre otros beneficios, la expropiación forzosa de los terrenos necesarios, ampliación e imposición de servidumbres de paso y un largo etcétera inclusivo de reducciones que pueden llegar hasta el 95 por ciento en una serie de impuestos. Ante esa postura claudicante y entreguista de la tecnocracia, dos autores consideran fundadamente que "con el nuevo decreto que regula la fabricación de automóviles de turismo, la política industrial española parece aceptar definitivamente su ingreso dentro de la estrategia de actuación de los grandes grupos de fabricantes mundiales".²³ Sostienen los citados autores que lo sucedido en la industria automotriz española, por sus previsibles repercusiones de tipo económico y social, acentuará la dependencia del país señalando el nuevo rumbo que tomará el desarrollo español a través de su inserción en la madeja de intereses de las empresas multinacionales. Con lo cual se reafirma la interpretación de que la economía española tiende a convertirse en un engranaje de la política seguida por la máxima potencia imperialista.

Existen otros casos notorios de penetración del capital norteamericano producidos en años recientes, incluso en empresas españolas de capital público integradas en el Instituto Nacional de Industria (INI). Hace ya algunos años se formalizó un convenio con la Gulf Oil Corporation para financiar la mayor parte del proyecto de una refinería por el importe de 120 millones de dólares, en Bilbao, y facilitar otros 65 millones para la construcción de buques-cisterna de grandes dimensiones. En este mismo contexto se inscribe el acuerdo concertado con la International Telephone and Telegraph (ITT) el cual permitió al gigantesco conglomerado norteamericano que elevarse del 10 al 46 por ciento su nivel de propiedad sobre Marconi Espa-

²³ Angel Serrano e Ignacio Cruz, "El camino de la Ford pasa por España", *Mundo Social*, no. 206 (enero de 1973), 29-33.

ñola.²⁴ Todos estos acontecimientos parecen indicar que se ha abierto la espita para la penetración masiva de los grandes consorcios multinacionales en los vastos recursos del INI. Recordemos que una subsidiaria de ITT empezó a fabricar equipo telefónico en España en fecha tan temprana como 1924. Actualmente el flujo e intercambio de componentes es completo entre las distintas unidades de esa poderosa empresa multinacional establecidas en Alemania, Francia, Bélgica, Inglaterra, España e incluso Brasil, Chile y Puerto Rico. En el esquema multinacional de ITT y su correspondiente división del trabajo España cumple la función de un inmenso taller de tecnología secundaria donde las varias factorías de la gigantesca multinacional sirven para explotar a los trabajadores españoles. Eso permite la apropiación de enormes *plus values* a través del mecanismo de salarios anormalmente bajos. Con el paso del tiempo ITT ha racionalizado los sistemas hasta tal punto que la mitad de su producción, principalmente material telefónico y relacionados, es fabricado por sus filiales extranjeras y la otra mitad de su gama de producción se realiza en los Estados Unidos.²⁵

Ante las tendencias que se vienen analizando muchas personas, incluso dentro de los círculos oficiales, expresan el temor de que España encara una seria amenaza de colonización económica en sus relaciones con el capitalismo extranjero.^{25b18} Por otra parte suele reconocerse que existe un enorme potencial en perspectiva para el capital multinacional en una España más estrechamente ligada a la Comunidad Económica Europea. De producirse la integración hace tiempo buscada, *The Economist* considera que España podría convertirse en una base europea de producción para muchas de las grandes compañías transnacionales. Los medios económico-financieros insisten en las grandes ventajas que ofrece España al capital internacional: mano de obra barata, escasa incidencia huelgaria, y una actitud muy liberal por parte del gobierno hacia las inversiones extranjeras. Se recalca una y otra vez que la Península cuenta con muchos atractivos para el inversionista foráneo. Tales atractivos están representados por el expansivo mercado interno, los bajo costos comparativos de operación, la liberalización administrativa frente a la propiedad extranjera y la repatriación de beneficios y, por último, se señalan los bajos tipos impositivos prevalecientes en España.²⁶

²⁴ "INI puts out the welcome mat", *Business Week*, no. 2059 (15 febrero de 1969), 96-97. Cf. "El presidente del I.N.I. a U.S.A.; busca dinero", *Pueblo* (15 enero de 1972), 6.

²⁵ Stephenson, *Op. cit.*, p. 103.

^{25b18} Ramón Tamames, *Estructura Económica de España*, cit., pp. 737 y 740.

²⁶ Robert Moss, *Op. cit.*, pp. 14, 29.

TABLA IV

SALARIOS/HORA (Dólares) EN LA INDUSTRIA MANUFACTURERA

<i>Países</i>	1970	1975
Suecia	2.93	7.12
Bélgica	2.06	6.46
Estados Unidos	4.20	6.22
República Federal Alemana	2.32	6.19
Francia	1.74	4.57
Italia	1.75	4.52
Inglaterra	1.48	3.20
Japón	0.99	3.10
ESPAÑA	0.76	2.00

Fuentes: City Bank of New York, INE y *Cambio* 16.

TABLA V

INDICES DE PRODUCTIVIDAD EN INDUSTRIAS MANUFACTURERAS

Países	1963	1964	1965	1966	1967	1968	1979	1970
España	100	109	122	138	146	155	175	186
Bélgica	100	107	111	117	122	131	139	—
Alemania								
Federal	100	108	112	114	119	133	142	145
Inglaterra	100	107	110	111	114	122	125	127

Fuente: *Anuario estadístico OIT 1971*.

(Tomado de Serrano y Cruz, *Op. cit.*)

TABLA VI

NIVEL DE FISCALIDAD EN DISTINTOS PAISES
SOBRE EL PNB RESPECTIVO (por ciento)

Holanda	51.4	Estados Unidos	30.2
Suecia	49.4	Japón	23.3
Noruega	48.5	Portugal	23
Dinamarca	47.4	España	22
Francia	38.1		
Italia	32.6		

Fuentes: Datos de la OCDE publicados por *The New York Times* (8 de junio de 1976).

Las series estadísticas señalan que en un período de doce años (1960-71) los Estados Unidos aportaron el 31 por ciento del total de inversiones extranjeras autorizadas en España. Suiza el 21 por ciento y Alemania el 12 por ciento. En términos absolutos el total para los Estados Unidos ascendió a 278 millones de dólares en el período indicado. Debe tenerse muy en cuenta que esas cifras se refieren únicamente a las inversiones en que la aportación extranjera es superior al cincuenta por ciento del capital empresarial. Por otra parte las cifras de inversión, en sí mismas, no dan una idea ni siquiera aproximada del grado de control ejercido sobre las empresas españolas penetradas ya que ese control puede lograrse por medio de otros mecanismos más sutiles como los contratos de asistencia técnica. Sin embargo, lo que sí revelan las cifras citadas es que los Estados Unidos son el principal inversionista extranjero en España.²⁷ Además se puede asumir fundadamente que una parte sustancial de las inversiones extranjeras atribuidas a Suiza y a otras naciones proceden indirectamente de las grandes corporaciones estadounidenses por vía de sus subsidiarias en terceros países. Así evaden la presión fiscal u otros controles financieros.

Hasta donde se ha podido investigar, no existen datos publicados de fuente confiable que expongan las cifras absolutas de la inversión extranjera total en España, con la distribución de las participaciones país por país. Valiéndose de los instrumentos analíticos a su disposición, el ministerio de Comercio de los Estados Unidos efectuó una extrapolación mediante la cual situaba en *dos mil cuatrocientos cuarenta y cinco* (2,445) millones de dólares el "valor escriturado total" de las inversiones extranjeras en España a fines de 1970. En lo que se refiere al capital procedente de los Estados Unidos específicamente, el "valor escriturado total" de la inversión norteamericana en España se cifraba en 758 millones de dólares en la citada fecha. De esa cifra 142 millones estaban invertidos en la industria petrolera, 402 millones en manufacturas y 214 millones en otras industrias diversas.²⁸ Aunque se parte del entendimiento previo de que estos datos no cuentan toda la historia, se puede apreciar el incremento de la penetración del capital multinacional de origen norteamericano rastreando las mismas fuentes oficiales. La estimación preliminar de la inversión directa de los Estados Unidos en España para 1973 cifraba el valor del capital escriturado al final

²⁷ *Foreign Economic Trends*, cit., p. 13.

²⁸ R. David Belli y Julius N. Freidlin, "U. S. Direct Investment Abroad in 1970", *Survey of Current Business*, vol. 51, no. 10 (octubre de 1971), pp. 26-38.

de ese año en 1,017 millones de dólares.²⁹ Estimaciones más recientes referidas a 1974 elevaban la inversión directa de empresas norteamericanas en España a la cifra de 1.354 millones de dólares, de los cuales 210 millones en la industria petrolífera, 735 millones en industrias manufactureras, 60 millones en empresas financieras, 168 millones en empresas dedicadas al comercio y el resto en otras actividades no especificadas.³⁰ Para tener un elemento de comparación conviene aclarar que la posición inversora internacional de los Estados Unidos en 1974 se cifraba en los siguientes datos: activos norteamericanos en el exterior, 264,598 millones de dólares; obligaciones norteamericanas a extranjeros, 187,012 millones; con lo cual la inversión neta de los Estados Unidos en el resto del mundo se elevaba a 77,586 millones de dólares al finalizar el año 1974.³¹

Cabe puntualizar que todas esas cifras que se acaban de citar no representan más que la parte visible del "iceberg" en lo tocante a las inversiones norteamericanas en España. Por otra parte, hay que insistir en el hecho de que la influencia, en términos de control efectivo de la dirección empresarial, ejercida por las compañías multinacionales sobre las empresas españolas penetradas va mucho más allá de lo que la inversión cuantificada en términos monetarios permitiría suponer.

Las consecuencias de la penetración multinacional en la economía española son evidentes y se aprecian en muchos aspectos. En primer término se produce una distorsión y mediatización del modelo de desarrollo, el cual queda condicionado a los intereses específicos de las empresas multinacionales en los distintos sectores económicos en los que ejerzan un alto grado de control. Esa mediatización se realiza a través de presiones que afectan las decisiones de política económica de los estados penetrados. Pero además muchas multinacionales utilizan a menudo el soborno y otras prácticas gangsteriles para lograr sus objetivos. Todo ello es del dominio público por haber sido ampliamente divulgado tal procedimiento por la prensa internacional. Otro aspecto anómalo de la penetración multinacional es la imposición de su tecnología a las empresas filiales, con precios abusivos, lo que redundaba en la obtención de pingües ganancias para las compañías matrices. Ello significa un trasvase de recursos hacia el exterior del país penetrado. El pago de

²⁹ *Survey of Current Business*, vol. 54, no. 8, parte II (agosto de 1974), 18.

³⁰ Leonard A. Lupo y Julius N. Freidlin, "U. S. Direct Investment Abroad in 1974", *Survey of Current Business*, vol. 55, no. 10 (octubre de 1975), 43-64.

³¹ *Survey of Current Business*, vol. 55, no. 10 (octubre de 1975).

"royalties" o derechos de asistencia técnica se convierte en una fuerte sangría de reservas que se dirige al extranjero.

TABLA VII

BALANZA TECNOLÓGICA DE ESPAÑA

(Ingresos y pagos por el uso de Tecnología)
Millones de dólares

<i>Años</i>	<i>Ingresos</i>	<i>Pagos</i>
1970	16.0	133.8
1972	20.6	199.6
1974	35.8	318.8

Fuente: *Cambio* 16, no. 219 (16 de febrero de 1976).

Resulta interesante analizar los efectos de la penetración en la estructura del comercio exterior del país penetrado. Este mecanismo ilustra claramente la subordinación económica producida por la dominación del capital extranjero que convierte al país penetrado en un auténtico "mercado cautivo". Son los propios documentos oficiales del gobierno de los Estados Unidos los que reconocen que el mercado español para las exportaciones norteamericanas ha crecido "dramáticamente" en años recientes al compás que se incrementaba la penetración de las grandes empresas multinacionales. El crecimiento del sector industrial de la economía española ofrecía "excelentes oportunidades para expandir las inversiones norteamericanas e incrementar las ventas de los Estados Unidos a España".³² Según el citado documento oficial, las "numerosas oportunidades para los productos norteamericanos en el atractivo mercado español" se concentran en la fabricación de automóviles y sus industrias auxiliares, siderurgia, petróleo, energía nuclear, minería, química y transformación de alimentos.

Como resultado de esa relación enormemente desigual y dependiente, la balanza comercial de España con los Estados Unidos está fuertemente desequilibrada a favor del lado norteamericano y ese desequilibrio se amplía más cada año que pasa. Así, mientras en 1970 España exportó a los Estados Unidos por valor de 23,566 millones de pesetas, importó de aquel país productos valorados en

³² U. S. Dept. of Commerce, *Foreign Economic Trends and Their Implications for the United States*. (Washington, octubre, 1974), pp. 4-7.

62,751.8 millones, siendo el *déficit* comercial español en aquel año de unos 39,000 millones de pesetas. Cinco años más tarde, en 1975, las exportaciones españolas al mercado norteamericano ascendieron a 46,305.6 millones de pesetas, pero las importaciones de productos norteamericanos saltaron a 148,000 millones, lo cual produjo un *déficit* comercial de cerca de 102,000 millones equivalente a 1,700 millones de dólares.³³ Este enorme desequilibrio expresa, más que ningún otro factor, las relaciones de intercambio desigual y el nivel de dependencia al que ha llegado España respecto de los Estados Unidos. No es necesario recalcar que los crecientes saldos deficitarios españoles en el comercio España-USA significan el progresivo endeudamiento de España y la colonización de su economía. Esto lo corrobora el hecho de que la deuda exterior pública y privada de España pasó de 8,700 millones de dólares en 1974 a unos 11,000 millones al comenzar 1976. Se calculaba que en este último año el costo del servicio de la deuda ascendería unos 2,000 millones de dólares.³⁴ La perspectiva para los españoles era el progresivo encadenamiento externo mediante la renegociación continua de la deuda tras fuertes entradas de capital. Todo esto repercutiría negativamente en la balanza de pagos y contribuiría a mantener las tensiones inflacionarias acercando la economía española al modelo latinoamericano.

Como un resumen esclarecedor de la situación española ante el capital transnacional se podrían proponer los resultados de una encuesta realizada por el Stanford Research Institute según la cual el setenta por ciento de los inversionistas norteamericanos llegaron a España por iniciativa de las compañías matrices. Tales compañías consideraban que si España lograra una vinculación más estrecha con el Mercado Común se acrecentarían sus atractivos como una avanzada en Europa del gran capitalismo norteamericano. Al mismo tiempo podrían aprovechar las consabidas ventajas españolas de inferiores costos laborales, bajas exigencias anticontaminación, y actitud favorable al capital extranjero. No obstante, los inversionistas estadounidenses todavía expresaban algunas quejas. En primer lugar se sentían molestos con los hábitos de evasión impositiva entre las empresas españolas que otorgaba a éstas una ventaja en el logro de beneficios a menos que, planteaban con hipócrita moralidad, los inversores extranjeros recurriesen a procedimientos similares. También criticaban las restricciones sobre importación de maquinaria y materiales no disponibles en España. Por último rechazaban los,

³³ Suplemento de *The New York Times* (30 de mayo de 1976) preparado por el Ministerio de Información y Turismo de España.

³⁴ "Modelo económico roto", *Cambio* 16, no. 241 (19 de julio de 1976), pp. 28-31.

según ellos, excesivos trámites incurridos en conseguir la necesaria licencia para obtener un control mayoritario en ciertas industrias.⁴⁵

Si nos ubicamos en su particular posición y utilizamos su propia óptica, no se podrá reprochar a los portavoces del gran capitalismo transnacional que sus quejas sean infundadas. Ellos reclaman la plena libertad del capital para poder expansionarse ilimitadamente en sus operaciones lucrativas. Según los decantados principios de la "libre empresa", toda restricción impuesta a las iniciativas del capital afecta negativamente al conjunto de la sociedad. Por otra parte los cantores de las grandes corporaciones, en una encendida rapsodia capitalista, ya se han puesto a soñar en un maravilloso mundo sin fronteras para el capital, libre de toda "veleidad" nacionalista. En ese mundo encantador soñado por los rapsodas del gran capital, las compañías multinacionales se harían "apátridas" convirtiéndose en corporaciones "anacionales". Siguiendo esa racionalización, al no identificarse las grandes empresas con ninguna nación en particular, desaparecerían los temores y la desconfianza que hoy existen en muchas partes del mundo frente a las compañías multinacionales, consideradas generalmente como empresas norteamericanas.

Al margen de esas lucubraciones, y ciñéndonos a la realidad concreta de España tal como se va desarrollando el proceso de penetración, es de esperar que las compañías multinacionales seguirán insistiendo en el desmantelamiento de toda barrera restrictiva que obstaculice la toma de posesión integral de sus empresas subsidiarias en la Península. En el actual estado de la cuestión, ante el gigantesco poder económico que detentan esas corporaciones, previsiblemente será muy débil la resistencia que pueda oponerles la burguesía peninsular. De ese modo se irá intensificando progresivamente la penetración del capital transnacional en los sectores clave de la economía española la cual está siendo sometida a un proceso de subordinación a los grandes monopolios. Con ello se completará la plena integración de España en la órbita imperial convirtiéndola al país en un mero engranaje del imperialismo.

Desde este ángulo de la cuestión se puede ver la "era franquista" como una etapa histórica en la cual se consolidó la penetración del capital extranjero, sentándose firmemente las bases para el sometimiento de España a la dominación imperialista. En resumen, se trata de un proceso de puertorriqueñización de la economía y la sociedad españolas. Se puede postular, sin embargo, que a largo plazo

⁴⁵ Stanford Research Institute, *American Investments in Spain* (1972) Cit. por Moss, *Op. cit.*, pp. 29-30.

este proceso tenderá forzosamente a radicalizar los enfrentamientos entre el capital y el trabajo al agudizarse la explotación de que son objeto las clases trabajadoras por el capitalismo monopolista y transnacional.

CON MIGUEL ANGEL ASTURIAS

Por *Fedro* GUILLEN

UNA noche de enero de 1974 se nos llamó para darnos una muy buena noticia: iríamos a Europa, coincidiendo en Roma con el viaje presidencial y de paso, en una lista que se nos entregó, invitaríamos escritores para el Homenaje mexicano a León Felipe.

Uno de esos invitados era Miguel Angel Asturias y su teléfono en París no contestaba.

Tras algunas pesquisas logramos averiguar que estaba invitado por el Presidente Sangor, en la costa africana y que luego iría por las islas Canarias.

Para allá nos fuimos. Vía Bruselas-Madrid y en la tierra de Pérez Galdós sorprendimos una mañana a Asturias con nuestra presencia cuando él se preparaba para una conferencia sobre novela y novelistas.

Al medio día frente al mar que vio a Colón pasar rumbo a América, estuvimos charlando con el novelista guatemalteco. Su salud no andaba bien pero era despreocupado con ella. Prometió venir a México si el cuerpo se lo permitía —como dijo—: un cuerpo que había sufrido saetas de pasadas bohemias y una cárcel en Argentina al treparse los militares. En Buenos Aires comenzó a sentirse mal, no sólo por el asalto a la Casa Rosada.

Unos meses antes del reencuentro Asturias había estado en la ciudad de México. Visitó el Sureste y supo de honores en Yucatán. Hablar con las piedras mayas era un viejo deleite de él y quiso pasar a Chiapas pero no pudo. Para un hombre como Asturias estar en Palenque o Bonampak hubiera sido una fiesta.

En la metrópoli sintió la cordialidad de todos. Estuvo en una comida en honor del Maestro Silva Herzog, con asistencia del Presidente Echeverría y el mismo Jefe de Estado invitó al novelista a acompañarlo para presenciar, desde el balcón mayor de Palacio Nacional, el paso del desfile conmemorativo del veinte de noviembre, aniversario del inicio de la Revolución Mexicana.

De aquella charla frente al mar recordamos la opinión de Miguel Angel Asturias a favor de Malraux para el Nobel de Literatura; un rosario de anécdotas referentes al hechizado Porfirio Barba

Jacob; reminiscencias guatemaltecas de juventud y el interés porque algún mexicano llegara al premio de la Academia Sueca.

Lo último revela generosidad no común en quienes alcanzan la discutida cima del Premio Nobel. Pero Asturias era así. Hombre sencillo y generoso. La historia de frases que le inventaron contra García Márquez fue obra de un periodista. Miguel Angel se limitó a comentar una opinión de un escritor venezolano y el carámbano lo creció lamentablemente.

Después de la conferencia en la Gran Canaria, con una sala atestada de gente y la presentación un tanto académica por alguien que tomó la tribuna muy en serio, fuimos a dialogar con amigos que en algo mostraban su condición insular. Hablaban con independencia, no sentían, al parecer, las ataduras impuestas por el franquismo.

En la gruta nocturna alumbrada con música y guisos de la tierra, Asturias se sentía a sus anchas. Había sido un nocherniego en otros días y en su plática, su buen humor se advertía esa huella. Cuando París valió todas aquellas misas de tantos latinoamericanos anclados en la ciudad, que de los veinte a los treinta, recibía a gentes de todos lados, en un movimiento casi exclusivo, en emigraciones casi obligadas.

Antes ya sabemos que a la sombra de los castaños de los bulevares se habían instalado ilustres modernistas.

Asturias alcanzó todavía a uno de ellos, Gómez Carrillo, y su afamada pluma de cronista.

Al día siguiente en Canarias la cita a medio día fue en una taberna elegante con un título, "Gabinete Literario", que a Asturias pareció obra de la pirotecnia verbal de López Velarde.

Luego nos fuimos por las calles mientras Miguel Angel Asturias evocaba en voz alta a Chocano, diciendo poemas cuyo acento parecía conjugarse con la voz fuerte del improvisado declamador. Por cierto, el novelista guatemalteco y nuestro Carlos Pellicer mantuvieron devoción a Chocano cuando la mayoría de colegas se fue olvidando de quien mezcló poesía con aventura, como signo de tiempos procelosos para nuestra América.

Volvímos a Madrid y entrevistamos a otros escritores para el Homenaje a León Felipe. Uno de ellos, Blas de Otero, nos dio un poema dedicado a León que luego se publicó en México.

En Roma, una helada mañana, vimos pasar por la calle el automóvil en que iba el Presidente Echeverría. Iba, por cierto, rumbo al Vaticano a un diálogo con el Papa. Por la tarde oímos a Echeverría en su disertación en la F.A.O., en la zona moderna construida por Mussolini. Y más tarde, entre vericuetos y preguntando por él

dimos con Rafael Alberti, lleno de simpatía, vital en medio de su largo exilio que ha terminado.

Hemos leído que Alberti vuelve a la lucha dentro de España y ha dejado media vida, también de lucha, en nuestra América y en Europa. Pudo volver y eso es lo mejor. Tantos y tantos quedaron en el destierro en estos cuarenta años que son historia viva de un pueblo que se hermanó más con México al arriar nuestro país —el último— la bandera republicana, las relaciones con una República que todos amamos.

Miguel Angel Asturias no pudo venir al Homenaje a León Felipe. Que fue hermoso en su significado universalista y que reunió a más de un centenar de escritores. Un claro día de abril se develó el bronce del gran poeta en Chapultepec y su aliento bíblico, de fraternidad humana vibró en una ceremonia que por celebrarse en la Semana Mayor, contó con afluencia del pueblo que festeja el asueto bajo los árboles añosos de nuestro histórico bosque.

Por España siguió Asturias esos meses de 1974 pero de capa caída en cuanto a salud. En el mes de mayo se declaró su gravedad y tuvo que ser hospitalizado en Madrid.

El gobierno mexicano decidió traer al ilustre novelista guatemalteco y se nos comisionó para ir a esa gestión. La oferta, como una parecida que se intentó con Pablo Neruda, honra a todo momento en que el respeto por la inteligencia está por encima de los localismos.

Esta vez hallamos a Miguel Angel Asturias muy delgado, con ojos que revelaban que se acercaba el armisticio con la muerte. Una estudiada forma de disimular la razón de nuestra presencia fue inútil con quien tenía antena de novelista. Y el sanatorio, en uno de los extremos urbanos de Madrid, quedaba cerca de la Ciudad Universitaria, evocadora de nombres que allí brillaron antes del desastre de 1939.

En la antesala al cuarto de Asturias conocimos a Buero Vallejo, republicano y quien sufrió cárcel, nos parece que junto a Miguel Hernández. Antonio Buero Vallejo es el más ilustre dramaturgo español de muchos años.

No faltaban, también, emisarios oficiales. De la Real Academia Española de la Lengua o gentes de apellidos de la vieja nobleza.

Evitar que la muerte del gran escritor guatemalteco fuera parte de tributos franquistas, cuando Asturias repudiaba ese régimen, algo tuvo que ver en ello la invitación mexicana que cumplió hasta el final, en los primeros días de junio, su amistosa oferta. Al morir Asturias él había señalado que deseaba quedar en Pere Lachaise, en París, y un avión mexicano transportó el cuerpo de quien había

ganado el Nobel de Literatura cuando al comenzar su carrera por los años de 1930 publicó en el mismo Madrid su libro "Leyendas de Guatemala".

UN destino que no puede olvidarse unió a los tres escritores que obtuvieron el Premio Nobel de Literatura, con la tierra mexicana.

Gabriela Mistral, proyectada desde México hacia una gloria que iba a ser universal, supo ligarse a la mejor etapa de la campaña popular de la Educación Pública, en tiempo del Ministro Vasconcelos y desde que llegó al país fue recibida como entonces sólo se hacía con generales y caudillos victoriosos: con bandas y flores. Esta vez, con niños de las escuelas.

Ella se incorporó a la tarea de divulgar el alfabeto, de promover las Misiones Culturales, de homenajear al Maestro en un país que parecía más de Caudillos.

Hizo viajes por el interior y pegó para siempre su corazón al nombre de México.

Lustros más tarde volvió a vivir entre nosotros por el rumbo de Xalapa, Veracruz, no lejos de sitios que vieron a Rubén Darío, en 1910, esperar si llegaba, o no, a las fiestas del Centenario de la Independencia cuando la misión que traía se terminó por un triste achaque latinoamericano: un golpe de estado echó por el suelo al gobierno que había enviado al gran Poeta. . .

Pablo Neruda, el otro Premio Nobel de Literatura, llegó a México tras la derrota de las fuerzas leales en España. Su nombre y su obra eran admirados entre nosotros y por la calle de Brasil, del México antiguo, instaló las oficinas del Consulado de Chile, que representaba.

Estudiantes de la "erguida" Escuela de Jurisprudencia, como la llamó don Justo Sierra, visitábamos a Neruda en su despacho cercano a la bella Plaza de Santo Domingo y buscábamos en su compañía la miel de la poesía que contrastaba con la aridez de ciertas lecciones jurídicas!

Neruda había ido a vivir a una casa que le dijeron era la que ocupó López Velarde, quien no llegó nunca por el rumbo que dieron a Neruda. Pero el hecho demuestra el afecto del gran poeta chilenc por todo lo nuestro y como pronto se ligó a escritores y artistas, ejerció influencia, provocó celos y en su obra mayor, "Canto General", el mapa geográfico y sentimental de México figura amorosamente.

Miguel Angel Asturias vino la primera vez a nuestra patria para el Congreso de Estudiantes de 1921, al que asistió, también José Eustasio Rivera, el autor de "La Vorágine".

Años después se graduó de Abogado y en su Tesis profesional hay referencia al mundo indígena que sería preocupación de su obra.

Tras una temporada en Europa regresó a su tierra guatemalteca.

En el Viejo Mundo trabajó libros que después lo harían famoso y era laborioso corresponsal de prensa.

Alguna vez viajó a Ginebra a entrevistar a Romain Rolland y contaba que el admirado Maestro y luchador le preguntó por Augusto César Sandino.

Cuando él nos refirió lo anterior le dijimos que estábamos trabajando un Estudio en torno a Rolland y su lucha por la Paz. Pidió conocer ese Estudio y le puso una Introducción en la que cuenta el aspecto austero del autor de "Juan Cristóbal", su fisonomía como de Pastor Protestante. Adelgazado por el continuo trabajo y acaso por la soledad pues su actitud decidida contra la primera guerra mundial lo hizo refugiarse en Ginebra y hasta sus libros fueron retirados de los escaparates en un tiempo belicoso y militarista de Francia.

Muchos lustros después nosotros íbamos a visitar a la señora María Viuda de Rolland, en su Departamento situado en el Boulevard Montparnasse, de París.

Miguel Angel Asturias vino a convivir con nosotros por el año 1950 y fue aquí, como todos saben, donde publicó su novela "El Señor Presidente", episodio de la tiranía de Estrada Cabrera pasado por el alambique de la novela y adonde quedaron para siempre los veintitantos años de la cruel etapa guatemalteca y los personajes salientes de la misma.

Prosa personal la de Asturias, castigada con magnéticos adjetivos y con una música interior que busca palabras y efectos en sintaxis que a veces desconcierta al lector. Como había en él a un Poeta, usa de esa fuerza y explota, aquí y allá, en imágenes.

Narrador que trasunta una pasión telúrica y que sabía de la gracia del habla del pueblo. Abundan sus páginas en frases y usos que van haciéndose popularmente y que a ratos sufren un matiz de colores locales.

"El Señor Presidente" no fue aquilatado por todos en su alta dimensión social y literaria. Es un gran Documento Americano y los otros del género no invalidan, ni antes, ni después, las radiografías de tiranos y dictadores.

Ha sido frase hecha atribuir a Valle Inclán la exclusiva paternidad de ese Género y eso no puede ser exacto.

El tema es demasiado enraizado en nuestro suelo para que cualquiera, con visión y arte, no pueda enriquecerlo y aunque hay un aspecto común en las dictaduras, personalmente han sido distintos

los personajes, como los tiempos y cada medio ambiente tiene lo suyo.

La Guatemala de Estrada Cabrera halló en Asturias al biógrafo y novelista, como en otros escritores ilustres sigue atrayendo el dibujo de ese caudillo que asalta el poder y hace de las suyas y de las ajenas. . .

Es más, todavía faltan libros sobre los Trujillos, Somozas y otros ejemplares de la fauna llena de tiranos sanguinarios y a veces pintorescos. América Latina de hoy ofrece un repertorio amplio al respecto. . .

Otros libros de Asturias, menos famosos, tienen, acaso, una mayor sapiencia estética. "Hombres de Maíz", por ejemplo.

Al lado de una obra poética muy importante y con salidas hacia la Crónica, el Teatro, el Ensayo. Tal fue el itinerario.

Su camino hacia el Premio Nobel de Literatura no es obra de la casualidad. Quien lo gana recibe la envidia de muchos que comienzan a hacer leña del que va por diciembre ante la Academia de Suecia.

Otros, por no recibir ese Premio, esconden sus furias en falsas bromas y se disparan hacia la indignidad, como Borges. Quien ha declarado hace poco, en Chile, que los Estados de Norte América deberían tener un gobierno militar. . .

O sea, que en vez que ellos patrocinen esos regímenes en Latinoamérica, nosotros lo hagamos ahora con ellos!

Miguel Angel Asturias es el develador de un estilo y desde sus "Leyendas de Guatemala" supo buscar en la tierra lo que guardamos, "Sueños-poemas", como dijo Valéry, en vez de tratar de escribir como si se hubiera nacido en otra parte.

Siga ese camino —aconsejó Valéry a Asturias, al conocer las LEYENDAS— vuelva a su tierra, no trate de escribir como francés porque en eso siempre seremos mejores nosotros. . .

EN lo personal Asturias era casi trasunto de sus novelas. Se daba en cada página, entero, lleno de vida, con los pies sobre piedras antiguas, una de las cuales parecía su rostro. Se fue al Viejo Mundo pero no a olvidar el nuestro, sino al contrario, y sorprende su lucidez para recordar giros del lenguaje, anécdotas, personas, a muchos lustros de distancia.

Había sido un estudiante universitario famoso. Larguirucho y lleno de ingenio y algo de su pluma está en un canto que todavía entonan los jóvenes de Guatemala. Uno de esos cantos que hoy

se llaman "de protesta" y que allá, en el valle guatemalteco, se bautizó como "La Chalana".

Fue, también, Miguel Angel un hombre ideal para la fiesta y vivió entre ella. De sus largas noches archivó un material que vino a desempacar en sus intentos autobiográficos, ya al final.

"Viernes de Dolores", se titula ese libro, precursor de otro que no terminó. Y está lleno, aquél, del bullir de la juventud que olvidaba la tiranía de Estrada Cabrera entre las bromas de cantina, dichas en voz baja, porque el espionaje era de veras bueno.

En Viernes de Dolores los universitarios guatemaltecos hacen un desfile bufo llamado "La Huelga", poniendo de oro y azul al gobierno y a gentes connotadas de la vida social.

Asturias era de todo eso y su fantasía aderezaba redondillas y de jornada en jornada fue haciéndose famoso, al punto de que su figura llegó a ser de las más populares en su barrio, La Candelaria, uno de los más antiguos de la ciudad de Guatemala.

A Miguel Angel Asturias se le ha acusado de no ser ajeno a rituales a favor de Ubico. Y últimamente, de servir al régimen del Presidente Méndez Montenegro, cuando fue Embajador en Francia.

No trataremos de entrar en esas discusiones pero sí de resaltar su noble actitud al lado del Movimiento Demócrata de Arévalo y Arbenz y de su actitud de repudio para el régimen militarista que, desde Guatemala, le mandó ofrecer hospitalidad y honores a Madrid, cuando Asturias ya estaba grave.

Ese repudio lo hizo heredar todos sus manuscritos a la Biblioteca Nacional de París y pedir ser enterrado en Pere Lachaise, hechos, ambos, de una triste elocuencia, pues hay que comprender que las letras de un país pequeño al que honró el novelista con dos Premios de fama internacional —el Nobel de Literatura y el Lenin de la Paz— con razón reclaman todo del Hijo Pródigo que, pensamos, alguna vez deberá volver.

Hubo, pues, en Asturias, un hombre bamboleado por la euforia de vivir y el amor por lo más perdurable de su Patria, el pasado. Cuando esa Patria se puso en pie, en 1944, Asturias la sirvió y al caer el gobierno de Jacobo Arbenz por una de tantas intervenciones norteamericanas, el entonces Embajador de Guatemala en El Salvador, Miguel Angel Asturias, presentó inmediatamente su renuncia.

Y eso que nunca fue hombre de vastos recursos. Ni de orden para trabajar. Acaso no sea justo olvidar lo que debió en este aspecto a su esposa Blanca de Asturias, a quien conoció en Argentina. Ella, mujer culta y universitaria, cuidó del talento creador y del hombre con amoroso impulso. Ese cariño ha continuado al reunir los papeles dispersos, la correspondencia de Asturias y al ayudar

a formar una Asociación de Amigos del eminente guatemalteco, entidad que funciona con sede en Francia.

Ella vino a México en 1976 a agradecer a las altas autoridades lo que se hizo ante la enfermedad y muerte de Miguel Angel Asturias y dejó firmado un contrato para que el Fondo de Cultura Económica edite las Obras completas del celebrado gran novelista.

Asturias supo querer la figura de Juárez y le dedicó un libro editado en México.

Fue primero un "guión" cinematográfico para una película que iba a filmarse en Italia. Al no hacerse, la obra pasó a ser de teatro. Y para documentarse buena parte de la biblioteca de Asturias estuvo llena de libros en torno al Benemérito de las Américas, como alguna vez nos mostró. Allá en París, adonde habíamos ido en 1972 a dictar una conferencia sobre Juárez en la Ciudad Universitaria.

Cómo olvidar una anécdota que nos contaron en Madrid, ya en los días postreros del gran escritor.

En uno de los ratos en que la fiebre lo tenía a orillas del delirio, cuando luchaba por no perder la lucidez, se incorporó del lecho y dijo de pronto:

"Viva Juárez que echó a Maximiliano de México...".

Ese y muchos más era Miguel Angel. Un hombre legendario en su sencillez, al que la fama del Nobel no se le subió a la cabeza.

Pendiente de México, lo ligaba a etapas de su vida y de su libro más célebre. Cuando el Presidente Echeverría pasó por Francia en su gira tricontinental, en 1974, Asturias escribió:

"Don Luis se llevó el lauro —lo llamaba así en forma cariñosa y familiar— pues mientras estuvo en París fue noticia central, sensacional, la más importante de esos cortos días...".

"Su dinamismo, su simpatía y su saber lo obligan a hacer las cosas y a saberlas decir; nosotros tuvimos a orgullo que por fin llegara un Presidente hispanoamericano que dijera sin miedo, pero tampoco en forma retadora y grosera lo que hay que repetir, nuestra ansia de libertad económica, nuestro deseo de convertir todo lo que ahora está en manos extranjeras, anónimas, sociedades, para incorporarlo al patrimonio de nuestros países...".

"En un país inundado de noticias importantes, algunas graves, don Luis Echeverría fue la noticia, el hecho central de la actualidad de esos días; no sé si esto ya se ha dicho, y no porque él viniera a halagar vanidades o como prisionero de protocolos, sino porque llegó como es, humano, franco, sencillo y se ganó la admiración de todos". París, Francia.

Asturias, en 1954, había formado parte de la Delegación de Guatemala a la Conferencia de Cancilleres, de Caracas, aquella en

la que se hizo célebre el Discurso del Canciller guatemalteco Guillermo Toriello Garrido, quien, después del golpe de estado de Castillo Armas, vino a radicar a México donde publicó un libro excelente, "La Batalla de Guatemala", editado por los CUADERNOS AMERICANOS, del Maestro Silva Herzog.

Asturias presenció el duelo verbal contra Fuster Dulles, en una sala a la sombra de Bolívar y al final del Discurso de Toriello fue un remate poético del poema de Miguel Angel al Libertador. . . "Porque tú, eres de los que no mueren, cierran los ojos y se quedan velando. . .".

Velador de la libertad, entre tormenta y tormenta, Asturias escribió un poema para la guerra dedicado a la Resistencia Francesa. El poema se llamaba "Con el rehén en los dientes" y se vendía simbólicamente para la causa de De Gaulle.

Un día, entre el fragor de aquellos años, alguien mostró el poema al General De Gaulle quien se sorprendió gratamente de que de un país tan lejano llegaran tales mensajes de solidaridad.

Pasaron los años y cuando tocó a Asturias presentar sus Cartas Credenciales al Presidente de la República Francesa, éste, uno de los últimos grandes hombres de nuestro tiempo, no saludó al Embajador de Guatemala protocolariamente sino —narraba justamente emocionado Miguel Angel— se le acercó afectuosamente y de pronto de los labios de De Gaulle salieron versos de "Con el rehén en los dientes. . .".

Esas y otras anécdotas hicieron del gran novelista un hombre enriquecido con ellas. Una especie de archivo que en medio de su existencia llena de alternativas no dejó jamás la pluma.

Es verdad que esas mismas alternativas lo hicieron desigual en su producción, como la gran mayoría. Nosotros, más que críticos lupa en ristre optamos por el lado humano de los creadores y por algo celebró Miguel Angel que, al Estudio sobre Rolland, que él prologó, agregáramos un Tolstoy y un Luther King.

Torrencial en su vida y en su obra, un temperamento de río evoca este insigne guatemalteco. Quienes sólo lo quieren ver por sus pecados, pecan, antes, ellos mismos. Quien destruye cotidianamente, se destruye.

A Miguel Angel Asturias lo evocamos en distintos tiempos y lugares, pero en el fondo, sólo uno, juntando su diversidad en un foco de ternura; trepado a la fama internacional y capaz, como hizo en nuestra sala, en su último tiempo en México, de sentarse sobre la alfombra a dialogar con una hijita asombrada.

¿Será ya tiempo de decir, que al quererlo, sentimos que su compañía fue una suerte de regalo de los dioses. . .? Porque lo vimos

como príncipe de la fiesta, como luchador social, como amigo y al final, húmedos los ojos, como un enfermo agradecido que hermanaba al nombre de México el de la mejor fraternidad.

Sean otros los jueces de la conducta. Nuestra mano tiembla al tomar la vara de Salomón. Quisiéramos, claro, que todo fuera lo mejor y una secreta vocación nos lleva a admirar la heroicidad moral, que es la más difícil.

Ahora, en este otro aniversario de la muerte de Asturias, retomamos su lección de lealtad a la tierra y sabemos que se fue con la nostalgia de no morir en algún rincón guatemalteco —Chiantla, la mencionaba, en el riñón de la sierra— donde pudiera tener cerca la policromía de los trajes indígenas, el rumor de chirimías, el ataque bélico sobre las marimbas.

Su penacho de Jefe de Tribu está guardado. Su voz invita a que se glorifique, con justicia, al *indio* que se escurre como sombra, como con miedo de dar sombra. . .

Miguel Angel duerme en tierras de libertad. El supo oír La Marsellesa con sal en la garganta en tiempos de la Resistencia Francesa.

Esperemos que vuelva Miguel Angel Asturias a una Patria que pueda ser libre. El la dio a conocer por el mundo y supo derramar entre mieles de poesía, la malicia local y el resplandor de días trágicos de tiranías.

En el alba de una Guatemala que aguardamos quienes sin ser nacidos allá amamos entrañablemente esa tierra, el nombre de Asturias estará para unirse al júbilo del pueblo que tuvo en el gran escritor a uno de sus profetas, a su vocero y su intérprete más apasionado.

LOS DICTADORES LATINOAMERICANOS*

ANGEL Rama plantea en su trabajo una confrontación crítica entre la aprehensión del tirano de nuestra América por los escritores liberales del siglo XIX y la de los que podríamos llamar modernos, o en este último caso, los escritores que con una renovada perspectiva histórica, política y social conciben ese fenómeno peculiar que se ha dado en nuestro continente. Acaso estos últimos respondan ahora, con su propio quehacer, a aquella rotunda afirmación de Luis Alberto Sánchez de que América Latina encarnaba, desde el punto de vista de la creación literaria, una *novela sin novelistas*.

En efecto, Rama observa que en la literatura que ha tomado como punto de referencia central al tirano habría que distinguir, por lo menos, dos actitudes frente al fenómeno, casi radicalmente opuestas: la de la "*justa iracundia*", de evidente intención condenatoria que prevaleció durante un prolongado período del siglo XIX en la narrativa latinoamericana; y, por otra parte, la actitud que se manifiesta en una "*nueva mirada sobre las características de esos hombres que concentraron todo el poder en sus manos*".

Esto quiere decir que no sólo se trata de dos actitudes diferentes frente a un hecho común, sino de un cambio que implica una evolución importante desde una concepción estética más o menos cerrada, que traslada, por imperativo contingente, aquellas premuras políticas al proceso de la creación artística, hacia una concepción estética abierta que, más allá de la condena, convierte al tirano en objeto de tratamiento artístico, sin que se pierda la acción condenatoria, pero, al mismo tiempo, sin que ocupe eso el plano principal y manifiesto.

Dice Rama:

El giro que se produjo en la interpretación del fenómeno sobrevino a fines del XIX y en cierto modo respondió a la lucidez interpretativa de José Martí... En su ensayo *Nuestra América*, Martí reclamó una nueva perspectiva para comprender la realidad de las sociedades latinoamericanas, para poder interpretar con mayor fidelidad (y también humildad) la verdadera situación de los pueblos latinoamericanos...

Posteriormente, el autor constata que, en realidad, fue "*necesaria la incorporación de las filosofías socialistas a América Latina... para que*

* Obra del mismo título, de Angel Rama. Fondo de Cultura Económica, Colección Testimonios del Fondo (42). México, 1976, 63 pp.

se ampliana el círculo de quiénes examinaron con ojos nuevos el fenómeno del caudillismo y de la dictadura". Así, pues, ha llegado a concebirse al dictador no como aberración sino como el producto de una relación profunda con la sociedad latinoamericana, a la que expresa cabalmente. Sin embargo, esta nueva perspectiva no dejó, como alega Rama, de poner de manifiesto el desarrollo del *pesimismo* y del *utopismo* en determinados círculos intelectuales que no comprendieron, seguían sin comprender, la dimensión real de las dictaduras.

El primer abordaje del tema, bajo la línea de esta nueva visión, más allá de la mera biografía del personaje, esto es, la partida hacia el rastreo del fenómeno y su esencia, puede anotársele con toda justeza a Miguel Ángel Asturias y su novela *El señor Presidente*, puntos obligados de referencia acerca de la visión de un tema particular que revela, asimismo, el conjunto general de la realidad social a la que pertenece. Como recuerda Rama, Carpentier saludó el éxito de la obra atribuyéndolo al hecho de que su autor se había atrevido a presentar un verdadero "arquetipo latinoamericano", o sea, ya no más un caso, hasta cierto punto atípico, sino, por el contrario, producto correspondiente con la realidad socioeconómica de nuestros pueblos.

Estamos, pues, según la idea de Ángel Rama en su trabajo, ante la emergencia de una *narrativa de reconocimiento*, que tiene su expresión en un segundo abordaje afortunado, siempre en la línea inaugural del señor *Presidente*, que se manifiesta en Jorge Zalamea: *El gran Burundín-Burundá ha muerto*. O el desarrollo de la superación de la diatriba por la revelación de una *coyuntura*. Está claro ya que la figura del dictador y el fenómeno que manifiesta no puede reducirse meramente a la aventura personal de un villano, sino que se ubica como centro de indagación como coyuntura, como "la coyuntura de una sociedad". Más que un hombre, el dictador es toda una sociedad que en él funciona.

Asturias y Zalamea son el comienzo, el punto de partida de esta nueva visión del dictador latinoamericano, inauguración que, hasta el momento, tiene una estación de llegada en nuestros contemporáneos Roa Bastos, Carpentier y García Márquez. Visión *única*, dotada, a su vez, de dos actitudes, si no opuestas, al menos la segunda obligadamente complementaria de la primera:

En los casos de novelas sobre dictadores, comprender es dar un salto en el vacío, sobre esa inmensa distancia entre el ejercitante del poder y los hombres gobernados, que lo han contemplado *desde afuera*... En los textos de Asturias y Zalamea es visible esta lejanía que los obliga a contemplar desde afuera a esas figuras enigmáticas, introduciéndose tímidamente en la intimidad del palacio presidencial.

Los nuevos narradores, en cambio, dan el salto en el vacío: no sólo entran a palacio, husmean sus rincones, revisan las variadas guaridas del gobernador, sus residencias europeas, sino que se instalan con soltura en la

conciencia misma del personaje y de ese modo ocupan el centro desde donde se ejerce el poder y ven el universo circundante a través de sus operaciones concretas.

Este hecho, acaso expresivo de una visión más profunda de la realidad social, que el artista transfigura en la creación literaria, ha conducido, como anota Rama, a exaltar nitidamente a *esa figura carismática* que ejerce el poder omnímodo. Pero ya no para hacer su biografía y descargar en él la justa condena; sino para percibir a través de su figura —humana, al fin y al cabo— la naturaleza misma del poder y los estragos que genera en el caudillo. Acento en el personaje, hecho que parece registrar una tardía respuesta al reproche que formulara Ciro Alegría a la novelística latinoamericana de no ser capaz de crear ese elemento clave de la narrativa europea decimonónica: el personaje. Ahora está ahí, con toda su fuerza, a propósito de la figura latinoamericana por excelencia: el dictador. Tal vez en esta aproximación a lo que puede indicarse como una respuesta tardía radique entonces uno de los elementos que permiten la afirmación de que la nueva novela latinoamericana ha resultado en buenas cuentas un fenómeno que rescita el género.

Desde luego la figura del dictador y el fenómeno que representa constituyen una dialéctica en la que es posible distinguir lo general y lo particular. Siendo América Latina una sola es, al mismo tiempo, múltiple. Lo mismo que el dictador: uno y varios a la vez. Como dice Rama:

América Latina ..acechada por formas semejantes, padeciendo sufrimientos similares, pero viviendo dentro de culturas regionales específicas, claramente delimitadas.

Justamente: en ella hasta las denominaciones del tirano varían, hecho del que da cuenta la novelística del continente que toca este problema entre 1974 y 1976: *Supremo*, *Primer Magistrado*, *Patriarca*. Tres opciones, que son, a la vez, tres obras artísticas notables en nuestro tiempo.

Yo el Supremo de Roa Bastos representa, vista por Rama, una novela, una obra mejor dicho, inclasificable: historia, novela, ensayo sociológico, filosofía moral, biografía novelada, panfleto revolucionario, documento justificativo, poema en prosa, confesión autobiográfica, debate sobre los límites de la literatura, cuestionamiento del sistema verbal. Por esto es que encarna una verdadera revisión de la teoría del género.

Porque es forzoso reconocer que esta obra individual, —hija del talento de un hombre— es un país, un pueblo, largo de muchos siglos, es el Paraguay entero, esa madre de naciones como alguna vez se la llamó, el soterrado corazón de la América meridional a la cual procreó y alimentó y donde por primera vez en tierras sudamericanas, se constituyó un pueblo nuevo, hijo de una fusión de las culturas tupi-guaraní y la del conquistador hispánico, improbable esfuerzo para constituir una nacionalidad americana original.

De modo, pues, que se plantea esta obra como imposibilidad de ser reducida. Más que una biografía novelada, por ejemplo, es —como se ha dicho— un tratado sociológico, capaz de interpretar, en este caso, no a un sector atrasado de la sociedad, sino la totalidad de la nacionalidad, cuyo asunto central radica en lo que Rama percibe como el imperativo de

Lograr que el Paraguay fuera reconocido como república independiente por parte de las demás naciones americanas y europeas, sin desmedro de sus derechos como nación soberana. . . Este es el asunto central de lo que en *Yo el Supremo* hay de tratado histórico-sociológico.

El recurso del método de Alejo Carpentier es, por su parte, el abordaje racional del personaje. Lo que fue elusión y vaguedad en las páginas de Asturias, como dice Rama, ha devenido en Carpentier en nitidez y precisión; lo que se escapa en Asturias queda aprisionado en el pensamiento de Carpentier.

Nada camina tanto en este continente como un mito, ha dicho. Y, en efecto, ha visto que en Asturias, el dictador, más que un personaje histórico, encarna un mito, lo mismo que en muchos otros escritores; algo más soñado que pensado; odiado que analizado. En su novela, Carpentier ofrece así una nueva versión artística del personaje, en la cual el *Primer Magistrado* no es ya un bruto encumbrado al poder, sino el tirano ilustrado que se engendró, como acota Rama, en la época modernista y que fue deteriorándose en las primeras décadas del xx, cuando conquistó el poder.

En cambio, en *El otoño del patriarca* encontramos la degeneración que acaba por deshumanizar al caudillo que ejerce el poder total. Conmiseración por la bestia solitaria, dice Ángel Rama para referirse a esta dialéctica que presenta la novela de García Márquez: la del ascenso y permanencia en el poder y el desarrollo del proceso de deshumanización del tirano, paradigma de un teorema establecido ya por Shakespeare (Shakespeare, decía Bernard Shaw) en la madurez de su carrera, cuando presenció la sangrienta disputa por la corona a la cual consagró una de sus grandes obras: *Macbeth*.

Para Ángel Rama aquel modelo literario sigue siendo lección viva en nuestro continente, y más aún, señalaría el rumbo de la obra del colombiano. Esto es: la historia de un hombre, la del poder absoluto y la historia de sus aniquiladores efectos. El déspota paga el desorden humano que impone mediante su propio aniquilamiento como ser humano.

LA MUERTE DE UN GRAN LATINOAMERICANO

José Luis Romero, ex Rector de la Universidad de Buenos Aires y uno de los intelectuales contemporáneos más ilustres de Argentina, dejó de existir el 27 de febrero en la ciudad de Tokio, al asistir en su carácter de consejero a la Universidad Mundial de las Naciones Unidas. Sus amigos han comentado que fue un verdadero suicidio, porque Romero había sufrido poco tiempo atrás dos infartos y al volar durante algo más de 17 horas seguidas, su corazón ya no pudo resistir.

José Luis Romero fue uno de nuestros más distinguidos colaboradores, desde su comentario en 1946 al libro de Romero Brest "Historia de las artes plásticas" que hacía poco había aparecido, hasta su ensayo "La estructura originaria de la ciudad hispano-americana: grupos sociales y funciones", que dimos a la luz pública en la entrega de nuestra revista de enero-febrero de 1972. Entre sus obras más importantes cabe recordar de paso "Maquiavelo historiador", "Las ideas políticas en Argentina" y "Latinoamérica, las ciudades y las ideas", editado el año ppdo. en Buenos Aires.

Nuestra revista quiere rendir a Romero cumplido homenaje al publicar en nuestro próximo número —julio-agosto— un ensayo del doctor Sergio Bagú, historiador y sociólogo, que hoy se encuentra entre nosotros.

La Redacción

Homenaje a Carlos Pellicer

POETA DE AMERICA

Por *Mauricio DE LA SELVA*

EL 16 de febrero de 1977 murió Carlos Pellicer; en vida, el año de su nacimiento o el día del mismo ya eran confusos; por supuesto, ahora, el dato preciso es menos localizable; por ejemplo, una antología tan seria sobre la poesía mexicana del siglo XX como la de Carlos Monsiváis, nos da la fecha 10 de noviembre de 1899; el suplemento cultural de la revista *Siempre!*, sostiene: 17 de noviembre de 1899; el semanario *Tiempo*: 23 de noviembre; el *Diccionario de escritores mexicanos*, así como la antología *Poesía en movimiento*, coinciden: 4 de noviembre de 1899; aparte, los medios de comunicación masivos sostuvieron 1901 y 1897. Pero tal dato, enormemente solicitado por la erudición, o por la certidumbre bibliográfica, no dará al lector de la buena poesía una falsa orientación respecto a la personalidad poética de Pellicer. ¿Exactamente, cuándo nació Homero? ¿Precisamente, cuándo Shakespeare? ¿Rondadamente, cuáles días Virgilio, Lope, Darío, Vallejo, Neruda? Simplemente, la poesía está ahí, la poesía de inmanencia y trascendencia mexicana está, estará ahí con el verbo luminoso, egregio de esplendor, ahito de trópico, pletórico de amor popular latinoamericano, vivo de colores, del creador Pellicer.

No obstante, hoy por hoy, y mientras arriban los verdaderos escudriñadores de la personalidad y la laboriosidad creativa del poeta, demos constancia de su modo de ser desde un punto de vista unilateral, como es, como fue, su poesía civil, testimonial, política, o social; poesía muy bien respaldada por la palabra casi cotidiana, por la estructura coloquial, por la mención inesperada. De esa palabra transcribiremos* *dos entrevistas* realizadas circunstancialmente,

* Aparte de algunas revistas como *Humanismo*, *Casa de las Américas*, *La Cultura en México*, *Revista de la Universidad de México*, *Cuadernos Americanos*, etc. consultamos libros de Empresas Editoriales, S. A., Editorial ERA, UNAM, Finisterre, Fondo de Cultura Económica; o lo que es lo mismo: *Imagen de la poesía mexicana contemporánea, 19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, *Rostros de México*, *Libro de los homenajes*, *Aportación bibliográfica de Pedro Frank de Andrea y George*

algunos *juicios y opiniones sobre Pellicer y de Pellicer* y, respondiendo a dicha unilateralidad, poemas que le valieron respeto; desde los simples lectores hasta personalidades como su amigo Pablo Neruda.

DOS ENTREVISTAS

EN la primera decena de octubre de 1967, aún no se sabía si el comandante Che Guevara había muerto; unos días después, sin anular la dulce esperanza, los simpatizadores del guerrillero heroico aceptaron el hecho fatal. *Cuadernos Americanos* proyectó un homenaje a través de poetas nacionales y no nacionales; entre los solicitados figuraron León Felipe y Carlos Pellicer, a quienes se les "persiguió" durante noviembre, diciembre y parte de enero para que entregaran su colaboración.

A Carlos Pellicer se le asedió telefónicamente; en noviembre aceptó una cita en la que entregaría su poema al Che, pero ya en su casa sostuvo que la cita era para hablar del poema y del Che. Una segunda cita y un segundo intento cayeron hacia final de diciembre, cuando el poeta, según su costumbre anual, exhibía su ya famoso Nacimiento; así, con la Natividad del niño dios, logró interesarnos en Vietnam; pero antes, conocedores de la risueña "formalidad" del poeta, y para no perder el tiempo con otra fallida cita, decidimos llevar una grabadora a fin de que hablara sobre cómo iba ya de adelantado el poema al Che y del que, por supuesto, no nos adelantó nada. . . Entre los temas que tocó dándoles personal importancia, sobresalió el del Nacimiento; dijo:

"En el Nacimiento he podido reunir, conjuntar, todas las artes, la arquitectura, la pintura, la escultura, la música y el poema; no digo la poesía, ¡porque es ponerme yo muy airoso! ¿no? La poesía: cosa muy seria que se hace muy pocas veces; aunque quizás el Nacimiento sí tiene poesía, porque está hecho con un gran fervor y una gran humildad respecto a la idea de Dios; pero se comprende, ¡cuándo voy yo a escribir un poema; es imposible humanamente, hacer un poema que contenga todas las artes; entonces en el Nacimiento, yo hago acto de presencia de todas las artes en un solo conjunto tanto a los ojos como a la emoción: están las cinco artes de golpe y resulta mi poema con menos defectos. . . Yo soy respetuoso de la obra de arte, creo que la Providencia me dotó de una

Melnykovick, Obras escogidas de Jaime Torres Bodet, Juicios Sumarios, La poesía mexicana del siglo xx, Enciclopedia de la literatura (Tomo V), Ensayos selectos (de José María González de Mendoza) y Silva Herzog: Mis trabajos y los años, una vida en la vida de México.

manera especial que no acabo de agradecer, pero nada más en las horas de hacer el Nacimiento. Lo demás, los museos y los libros de poemas, creo que eso pasará, con toda justicia, al olvido; en cambio de mi Nacimiento quedan las transparencias, en color, que se pueden proyectar; y ahí se ve la buena suerte que yo tengo para salir al monte y encontrar elementos preciosísimos, creo que sé de eso. . . . Bueno, pienso que el Nacimiento sí emociona; desde mi caseta de operaciones (pues yo estoy escondido en una pequeña caseta de operaciones porque tengo que manejar un tablero eléctrico un poco complicado) me doy cuenta, porque tengo manera de espiar al público, me doy cuenta de que sí el Nacimiento produce o provoca, no solamente una sensación plástica, en este caso ¿no?, sino una verdadera emoción, una emoción que si se quiere no siempre es religiosa, es una emoción humana, y eso es lo que a mí me importa, eso es lo que interesa."

Ahora bien, la idea de Vietnam, del Vietnam heroico, esa idea sobre la que únicamente escribían poetas de la calidad, de la altura, del compromiso del magnífico Pablo Neruda, esa idea profunda que no sólo significó, sino que va a significar tanto y mucho en décadas de los siglos venideros, esa idea es rescatada en un momento dado por un poeta mexicano que sufre, que se duele, que tiembla de pavor y de angustia, que no sabe por lo que piensa si pertenece a una fantástica zoología que incluye al ser humano, y Pellicer calladamente —valga la contradicción— lanza su grito, y su grito es, precisamente, la magnífica transparencia de aquella idea: Vietnam, sí, Vietnam, con tanto del anhelo cristalizado cuando Carlos Pellicer zozobraba en lágrimas e impotencia porque su amada Guatemala sucumbía, porque su admirada Cuba podría ser convertida en otra Guatemala, porque Santo Domingo era arrasada a pesar de sus Caamaños, porque momentáneamente Brasil tenía que ser decapitada sumergiendo a Goulart; en fin, porque la injusticia galopaba negramente a lo largo y a lo ancho de este Continente que tanto amaron Sucre, Morelos, Artigas, Bolívar, Morazán, Juárez, Martí, Hostos, Sandino, Cárdenas. . . . y por fin, por fin, por fin, en sus manos llenas de trópico y de sol le estaba creciendo justiciaramente ese "bonito y hermoso arbolito llamado Vietnam".

Entonces, en aquel Nacimiento que él tanto sopesaba, que él tanto respetaba, y que las gentes admiraban en sus parajes, en sus paisajes diurnos-nocturnos, debió emerger el magnífico poema que en 1967 dedicó a Vietnam:

Está la noche para hablar cantando,
de toda luz a toda luz
Todos tenemos un lucero entre los labios
para el Niño Jesús

Esta alegría tiene una tristeza
que no puedo ocultar,
y es por la raza negra
y por todos los niños de Vietnam.

Un viajero sin nombre y con su perro
hondamente se ve.
¿Regresa o va? ¡Con cuánto cielo
se ilumina su fe!

Los niños de Vietnam asesinados,
sus pájaros, el bosque, los torrentes.
Niño Jesús, ven a nacer ahora
entre aquellos adobes mutilados.

Cuando venga la aurora,
sangrará el corazón por nuestros labios.
Tu aurora será también la nuestra,
¡Oh Vietnam bien amado!

EL otro tema, durante aquella conversación de diciembre, lo proporcionó su libro magno *Material poético*, título que hasta 1961 recoge más de cuarenta años de la producción del poeta y que escuda un gran formato de 32 centímetros de alto por 24 de ancho y 6 de grueso, editado por la Universidad Nacional Autónoma de México.

—Yo me considero —dijo—, al margen de vanidad alguna, por mi ambiciosa línea general de temas, en una medida, modesta si se quiere, como un poeta nacional, pero por mi emoción bolivariana y por mis viajes y largas estancias en casi toda nuestra América se me puede calificar, aun cuando sea por calidad modesta, aclarando y declarando que nunca me he considerado yo mismo gran poeta, como ya lo he repetido, de poeta continental. Y me califico poeta nacional, repito de nuevo, no por la calidad de lo que escribo sino por la extensión que cubren los temas: Juárez, Morelos, paisaje, sol, colores, cultura, política, trópico, desierto, agua, etc., no se salvó siquiera Nuestra Señora de Guadalupe. Temas todos muy mexicanos.

—¿Algo sobre el origen de *Material poético*?

—Sí. Escúchame. Yo nunca me hubiese decidido a publicarlo si no hubiera estado de por medio un cuadro de José María Velasco, que adquirí con el cheque que me envió la Universidad y algo más. Esa es la historia de por qué se publicó *Material poético*.

—¿Te gustaría reeditarlos?

—No porque para la primera edición yo quise seleccionar poemas, mas la Universidad se opuso, dijo "todo o nada" y yo permití por la causa ya expuesta.

—¿Estarías conforme si tu producción poética hubiese llegado hasta el *Material*?

—Tampoco, porque desde hace treinta años estoy con el deseo de escribir dos poemas ambiciosos por sus temas y extensión; uno sobre la naturaleza de mi tierra natal, Tabasco, y el otro sobre la naturaleza en el valle de México.

—¿Qué puedes decir, cuarenta y cinco años después, del Prólogo escrito por José Vasconcelos?

—Lo escribió para mi segundo libro y es el honor más grande que he recibido hasta hoy.

—¿Te agrada que Pablo Neruda reconociera la contribución de tu poesía a la suya?

—No sólo me agrada sino que lo considero un grande honor porque proviene del mayor poeta vivo de nuestra América y uno de los mayores del mundo.

—¿Por qué el título de uno de tus libros es *6. 7 poemas*, si en realidad ampara más de veinte?

—Porque probablemente no hay más de seis o siete que tengan algún valimento. Pero en este instante estoy recordando que no son más que tres los que tienen algún valor: "Segador", "Sembrador" y "Deseos".

—Y ¿por qué el de otro es *Hora y 20*?

—Por apuro y porque me sonó. Traía yo a las carreras al editor de París que me telefonó un día para decirme: "desde hace una semana el libro está terminado pero no tiene título". Y quién sabe de dónde, en el aire me sonó la frase "hora y 20".

—¿Y de *Camino*?

—Bueno, esa es una anécdota muy simpática. Guillermo Dávila, cónsul de México en París, poeta además, mi amigo, estando en prensa allá un libro mío, y viviendo yo por ese tiempo en Italia, determinó, sin decírmelo, cambiar el título de "Orbita" por el de "Camino".

—¿Influyó *Piedra de sacrificios* en los jóvenes, cómo y por qué?

—Por algunas formas poemáticas; desgraciadamente, no por los temas. Podría decir que en los cuatro poemas de aviación sobre Río

Janeiro aparece una nueva manera de expresión, sumamente libre y dentro de ese buen humor que en alguna medida caracteriza mi obra poética.

—¿La ausencia en tu poesía de temas como la soledad y la angustia en el sentido que los manejan otros "contemporáneos"?

—Casi todos los sonetos de *Hora de junio* están escritos sobre el tema de la soledad y de la angustia, pero no tienen nada que ver con el tratamiento de esos temas, como, digamos, en Gorostiza y Villaurrutia.

—¿Cómo sientes que te expresas mejor: en verso libre o en verso medido?

—Igualmente en las dos formas. Pero mi libertad está limitada al ritmo necesario para hacer sentir sonoramente la diferencia existente entre el verso y la prosa; el verso es un elemento sonoro cuya individualidad no puede negarse, y que por lo mismo tiene un límite que lo diferencia de la prosa.

—¿De tus sonetos y su imperfección?

—Probablemente, he escrito alrededor de cuatrocientos sonetos; tal vez no haya más de diez o doce que estén dentro del rigor formal de este arquetipo de la poemática. En los sonetos de *Hora de junio*, por ejemplo, me ganó la emoción y la formalidad típica resultó muy defectuosa.

—Carlos, he transcrito en esta tarjeta que ves, líneas de González de Mendoza, escritas cuatro décadas atrás sobre tu título *Hora y 20*; dice. . .

—Mauricio, no me digas nada, vagamente recuerdo y sé lo que dice, es buena anécdota, ingeniosa, no te la comento, inclúyela al final para que vean cómo soy de serio. . .

Obedezco al poeta e incluyo:

"Pudiera creerse que ese título: *Hora y 20*, es una alusión a los momentos de silencio que, en las conversaciones, marcan el paso de un ángel y que, según cierta teoría de André Maurois, cara a Agustín Loera y Chávez, ocurren siempre cuando faltan veinte minutos para la hora, o a la hora y veinte. Pero es sólo el tiempo que Carlos Pellicer tarda en leer su libro, en pie; sentado —como enseña la teoría de Vasconcelos— tarda más. Cada lector, pues, debe retitular su ejemplar, cronometrando exactamente el tiempo empleado en su lectura. El título tiene la elocuencia de las señas de los pasaportes, la exactitud con que se define a los cañones."

ESTUVIMOS de acuerdo, aquella vez de diciembre, en que era un mes festivo y "muerto"; para saber del poema al Che le buscaría-

mos en enero; la cita fue concertada telefónicamente para el 28, aniversario del natalicio de José Martí; ese día por la mañana Pellicer estaba "sombbrero en mano" —como él decía—, de prisa porque vendrían a buscarlo para llevarle a una reunión en la embajada de Cuba. El poema, aunque manuscrito a lápiz, había sido terminado y lo leería más tarde ante la concurrencia.

Como nuevamente la grabadora nos acompañaba, era intentable que mientras esperaba a quienes vendrían a buscarlo, recogiéramos sus palabras.

La imagen del poeta en aquel momento correspondía a la de quien ha rebasado hace rato los setenta años de edad, inteligente museógrafo y poeta excepcional al que varias generaciones literarias mexicanas debían no pocos secretos referentes a la expresión poética, artista en todo instante, alegre aunque de rostro severo, ágil, rápido mental y físicamente —esto último no obstante su columna vertebral desviada—; conversaba bien informado de todos los temas que pueden debatirse en cualquier círculo intelectual; le preocupaban los nuevos poetas, la política nacional e internacional, algunos sesgos positivos de la Iglesia cuando toma en cuenta las encíclicas inteligentes, la proyección del hombre en la cultura, la lucha de los desheredados de la tierra por sobrevivir; en fin, abordaba todo aquello de lo que se podía hablar durante un tiempo que se va alargando pero que, si suena el timbre en la puerta de la calle, cualquier segundo podría ser el último; sin embargo, de los temas abordados, llaman la atención esos que pueden antojarse excluyentes entre sí y que se refieren a la militancia católica del poeta y a su simpatía y aplauso para las revoluciones. A él llegaríamos después de una charla informal:

—¿Te hago una entrevista?

—¿Cuándo?

—Mientras esperas.

—¿Sobre qué?

—Sobre los literatos

—Ah, se trata de hablar en mal.

—Por supuesto.

—Háganme ustedes el rec... favor. Bueno, hazme una lista.

—Empezaré con alguien que te envió un recado; dijo que como amigo desea que te mueras pronto pero como médico desea que vivas mucho tiempo.

—¿Quién lo dijo?

—El doctor Nandino.

—Ya me hizo reír eso que dijo Elías, ¿vienes de verlo hoy?, ¿qué hace?





—Está haciendo un poema al Che, sólo que dice lo ha roto como ochenta veces.

—No va a poder, lo hará ochocientas veces, y lo romperá ocho mil, no, no es la cuerda; no, es como si yo me pusiera a escribir un poema con la treménda temática de la muerte, que es lo que maneja Nandino, como buen médico, él mata la gente.

—Te estás vengando; te estás desquitando por el recado que te di.

—Dícelo de mi parte.

—No se lo voy a decir, lo va a oír; no tengo más que echar a andar la grabadora en casa de él.

—Ah bueno, ¿esto se está grabando?

—¡Claro!

—Qué barbaridad, esta es una traición, la más negra que he tenido en mi vida, y he tenido muchas; si yo no fuese un tipo atlético, en todo sentido, ya hubiera matado a veinticinco gentes, por la traición; bueno eso sí, bueno, ya estuvo bueno.

—Oye, pero si de lo que se trata es precisamente de que hables en mal de los que hablan mal, por otra parte, el doctor Nandino lo dijo en broma y tú lo sabes.

—Yo lo sé. Además quiero muchísimo a Elías, ¡hombre! es una amistad de cuarenta años, figúrate . . . Bueno de quién quieres que te siga hablando mal, ¿ah?

—No, yo no quiero que sigas hablando mal, puesto que todo lo que tú hablas es bueno, ayuda y, por favor, termina de hablar sobre Nandino.

—Bien, te decía que no es la cuerda de Elías; él es un gran poeta pero en otro horizonte.

—Tú no crees que haga algo.

—A lo mejor, sí, mejora cien mil veces lo que yo acabo de escribir, pero yo no sé, Elías que yo sepa, nunca, ha escrito una cosa de esas que llamamos en *voz alta*.

—Te olvidas de "Nocturno día", poema largo por la paz, sostenido a través de veinte páginas.

—No lo conozco.

—Está, creo, en *Nocturna palabra*.

—No me acuerdo.

—Es un llamado a la paz, muy sonoro, muy modernista.

—No lo recuerdo; si es así me va a fregar, ten la seguridad, pero me pregunto: ¿si él no sale a la calle como yo a darse de carajazos con la gente y a que lo metan a la cárcel, a él no le gusta eso, le gusta la comodidad de su consultorio?

—¿Por qué hiciste eso de consul. . . torio?

—Vos sos lo peor que he tratado.

—No, interpreto, o trato de interpretar.

—Bueno, ¿y esto para qué es?, esto que yo he escrito... ¡Perdón!, que yo he grabado, ¿para qué es?

Si lo redondeamos, para *Cuadernos Americanos*; y seguro, el poema al Che para el homenaje.

—Imagino lo que dirá don Jesús si oye esta chingamusa.

—No dirá nada. Lo que tal vez no le agrada es lo de "chingamusa".

—Pero ¡cómo!; él sabe que es un tabasqueñismo; por otra parte yo lo rehabilité hace cuarenta y cinco años, porque es una palabra *comodin*, es como decir "pásame esa cosa"... y esa cosa puede ser un cisne, un nombramiento de diputado, o un pedazo de locomotora.

—A propósito de don Jesús, ¿qué opinas de su visita a Cuba con motivo del Congreso Cultural de La Habana?

—Hombre me ha subido el entusiasmo y la admiración que yo siempre he tenido por él... cómo no.

—Vino muy entusiasmado.

—Tiene razón.

—¿Tú te entusiasmaste?

—¡Claro que sí!; si yo no me hubiera entusiasmado, no habría escrito lo que acabo de escribir: el poema para el Comandante.

—Podrían ser dos cosas distintas.

—No, no, no, de ninguna manera, es que las entrevistas que me han hecho a mí a propósito de mi visita a Cuba, precisamente por estos días hace un año, pues, ahí está todo... todo mi entusiasmo, toda mi ilusión de que nuestros pueblos de América, sigan ese ejemplo.

—¿Hablaste con Fidel?

—No... No tuve la inmensa fortuna de ver al, o de hablar con, el doctor Castro.

—¿Pero sí con Guevara?

—No, porque no estaba, Guevara tiene dos años y medio de estar fuera de Cuba o si ha estado en Cuba nadie lo ha sabido; no, desdichadamente no conocí al doctor Guevara; me queda, me queda, esa especie de alegría, no sé si un poco absurda, un poco misteriosa, de que unos meses antes de salir en el barco para hacer la Revolución, tanto los Castro como el doctor Guevara, vivieron en esta calle de Sierra Nevada.

—¿Simbólicamente hablaban ya de Sierra?

—Simbólicamente hablaban ya de Sierra y entonces, pues, yo estoy, yo estoy, no sé cómo decirlo, pero... bueno estoy correspondiendo en forma mínima a la presencia de ellos en la calle de donde

yo vivo; algo del aliento de estas gentes magníficas queda en esta calle de Sierra Nevada.

—Tú estás dando testimonio de cómo pasaron de Sierra Nevada a Sierra Maestra.

—Exactamente, sí señor, sí efectivamente... Ellos convirtieron esta calle de Sierra Nevada en una calle de sierra volcánica y de Sierra Maestra también, sí.

—¿Sabían que en esta calle vivía Carlos Pellicer?

—No, no lo sabían, si lo hubieran sabido, ¡qué les hubiera importado que existiera!

—Supongo que sí les hubiera importado, sobre todo a Fidel y al Che, por una razón, porque ellos han sido, además de martianos, bolivarianos; tú has sido un gran bolivariano.

—No, y ten la seguridad que ellos nunca supieron, ni sabe el doctor Guevara que yo existo ni nada, yo soy una gente anónima.

—Bueno, no empieces a decir eso para que te digamos que...

—No, o sí... que soy el mejor poeta del mundo, tú has escrito por ahí que yo soy el mejor poeta de la galaxia, y eso me obliga a dedicarte los próximos veinte volúmenes que yo escriba; no, ellos no saben, no supieron nunca nada y claro yo lo supe, lo supe, lo supe cuando ellos estaban encaramados en la Sierra Maestra; ya está confirmado, absolutamente, que vivieron aquí en la calle de Sierra Nevada cuando preparaban el movimiento.

Quién sabe si lo que estás es... "lavando" que tú les ayudaste en algo.

—Eso sí que hubiera sido mejor que todos los poemas escritos ¡nunca!, que yo hubiera puesto mi grano de arena para una obra tan maravillosa como esa.

—Y hablando en serio, ¿tratándose de tirar a Batista, sí hubieses ayudado?

—¡Claro! de tirar a Batista y de lo que siguió, claro que sí.

—¿A ti, como católico, no te asusta la Revolución Cubana?

—¡Hombre! Cómo me va a asustar si las revoluciones cuando son auténticas tienen que ser fundamentalmente humanas, absolutamente.

—¿Este modo de pensar te acerca al comunismo?

—Yo sería comunista si el comunismo no predicara el ateísmo; yo soy fundamentalmente cristiano. Para mí el cristianismo es la única cosa profundamente importante que hay en la vida.

—¿Cabe en él tu pensamiento político?

—Sí. De ahí puedo yo derivar todas las más altas y más nobles y más elevadas ideas políticas; ahí está todo, un mensaje que tiene como base el AMOR con mayúsculas, que tiene como base el perdón, que es la fuente del amor. Bueno, un mensaje que está basado

en eso que es el principio de la vida... Porque, el conglomerado de las células primeras no es otra cosa más que una acción amorosa; entonces, desde eso hasta las palabras del Señor son indudablemente las palabras de un Dios. Al menos, es lo que creemos los cristianos.

—¿En qué momento vinculas tu plataforma política socialista con tus ideas cristianas?

—En el de la abolición del capital acumulado. Cuando el Señor habla contra la riqueza acumulada está diciéndonos vastamente todo lo que nosotros deseamos en nuestro tiempo. Dijo cosas terribles como esa que todo el mundo repite, que primero pasa el camello por el ojo de una aguja que un rico vaya a disfrutar de la eternidad; claro que mucha gente se queda con los ojos para arriba cuando piensa que un camello pueda pasar por el ojo de una aguja que es así de pequeño. Mas el Señor se refiere a las agujas que están sobre las murallas de toda ciudad, lo que nosotros llamamos también almenas.

—¿La ignorancia de ese detalle de aguja identificada con almena, no produce una gran metáfora?

—Bueno, quién sabe, quién sabe; yo estoy hablando, estoy repitiendo interpretaciones que he leído en libros escritos por diferentes biógrafos del Señor...

—¿Seguimos con el socialismo?

—¡Claro! Con el socialismo y lo fraterno; el socialismo está basado en la fraternidad; y de la fraternidad, en una forma así redonda, de circunferencia, nadie había hablado como lo hizo el Señor... Mira, yo tengo un gran respeto por Siddharta Gautama, pero entre la actitud del joven príncipe que una bella noche corre la cortina de la alcoba, ve por última vez a su mujer —estaba recién casado— y al niño recién nacido, y él tiene 26 o 28 años, y se va al bosque y se desnuda, se queda mirando su ombligo y no piensa ni aconseja otra cosa que matar el deseo, entre esa actitud, para mí demasiado solitaria, y la del joven obrero de carpintería que durante tres años hace vida pública, y está con todo el mundo, y sufre persecuciones y muere colgado de una cruz diciendo siempre lo mismo: el amor, la fraternidad, el perdón, el contribuir con lo que verdaderamente es, yo creo que hay una diferencia, creo yo que esa es verdaderamente la alegría de vivir ¿no?, que es tan difícil... A Wells le pareció alarmante la capacidad de perdonar; eso es muy difícil.

—¿Esa capacidad de perdonar no está reñida con la violencia de Jesús?

—¡No, no está reñida, de ninguna manera! Tiene un momento de violencia porque se da cuenta que la vida del templo es un ne-

gocio, y entonces derriba las jaulas con las palomas y las mesas con otros objetos.

Interrogamos a Carlos Pellicer —volviendo a una de las primeras preguntas— si aparte del ateísmo no tiene otra razón para no ser miembro del Partido Comunista. Y tajante retoma sus ideas:

—Ninguna otra. Los cristianos creemos que hay palabras que fueron realmente dichas, pronunciadas por un Dios; a mí es lo único que no me permite ser miembro del Partido Comunista; el ateísmo me deja manco, cojo, sordo, mudo, incompleto; no, no, no veo al hombre sin la concepción suprema de Dios.

Hacemos notar al poeta que hay cierta contradicción: no acepta el comunismo porque va hacia el ateísmo pero desde su punto de vista cristiano está con el socialismo, sin ignorar que éste evolucionará hacia el comunismo y por lo tanto llegará al ateísmo.

—Ah —declara sonriendo Pellicer—, no, por eso estamos conversando, la historia humana es la historia de la rectificación, absolutamente. De manera que podrá desaparecer, tener un eclipse y el eclipse es una cosa pasajera, podrá en forma de eclipse desaparecer el aparato eclesiástico, pero la idea cristiana, no, no, eso no puede desaparecer, no puede desaparecer porque no solamente no es malo sino que es lo mejor, ¿por qué va a desaparecer la idea cristiana, por qué? ¿qué tiene de mala?, te pregunto ¿qué tiene de mala?, ¿por qué va a desaparecer?

—¿Aceptas entonces —apresuramos otra interrogación para desviarlo de las que nos está haciendo— la dicotomía entre la Iglesia, el clero y el cristianismo?

—Bueno... por eso... en este momento en el que me refiero puede, por diferentes razones, desaparecer, ya lo dije, en forma de eclipse, todo el aparato burocrático de la Iglesia, pero la idea ya no puede desaparecer, cada hombre que sea cristiano es una iglesia aparte. El cristianismo, la cruz, tiene un símbolo extraordinario, es la cabeza, los brazos y el cuerpo, y los brazos están abiertos y cuando uno abre los brazos no es para matar; sí, el cristianismo es lo único que a quienes somos religiosos nos hace sentir positivamente lo eterno; como creemos en eso, entonces podemos sentir, casi palpar, lo que es temporal y lo que está fuera del tiempo.

—¿Te refieres a una eternidad metafísica o a una eternidad como grandeza?

—No, no, hablo de una eternidad metafísica, porque todo lo que nos rodea desde una mosca hasta una galaxia, todo nace, se desarrolla y muere. Pero hay un momento, no recuerdo exactamente dónde está consignado, cuando el Señor dice unas palabras que son, absolutamente, las más tremendas que dijo: "El cielo y la tierra

pasarán, pero mis palabras no pasarán". Entonces, mi querido maestro, lo puedes juzgar como una cosa de orgullo, de soberbia, mas nadie, ni antes ni después de El, ha dicho eso... figúrate, y andaba descalzo.

—¿Consideras a Cristo un revolucionario?

—Y más. La suya es la revolución de todos los momentos, porque está en nosotros; si la lucha no es solamente afuera, la lucha es con y contra nosotros mismos, contra nuestra capacidad de odio... No hay otra cosa.

Con la intención de que Carlos Pellicer actualice su pensamiento le hablamos de la revista española *Indice* (1967, núm. 225) que promovió una encuesta sobre la muerte y personalidad del Che Guevara; le decimos que uno de los opinantes sostuvo respecto a éste: "Heroico o no, un revolucionario que se equivoca es un mal revolucionario", y le preguntamos si Cristo fue un mal revolucionario.

—En cuanto a Cristo —responde lacónico, habiendo entendido la intención de la pregunta—, no se equivocó. En cuanto al doctor Guevara, yo confieso, no entiendo por qué escogió a Bolivia para continuar la revolución; yo considero que países como Bolivia y Paraguay son, geográficamente, ratoneras, ¿cómo se sale de esos países sin costas?

—No se trata de salir ni de tener a mano el mar.

—De todos modos, no entiendo; solamente que yo leyerá documentos firmados por él, en que él explicara por qué escogió a Bolivia para continuar la Revolución en América.

—¿No estás documentado en lo que él llamaría estrategia?

—No, no estoy documentado.

—Y... en cuanto a Cristo ¿por qué escogió la cruz?

—Porque tiene los brazos abiertos... —El poeta parece recordar su compromiso y dice: Yo ya me voy porque tengo que salir.

—Oye, pero la actitud de brazos abiertos...

—La actitud de brazos abiertos es: te estoy esperando hermano, me has insultado y me has hecho daño... yo estoy siempre así, y la cruz está siempre así.

—¿Esa actitud no podría ser disimulada defensa?

—No, pero quién se defiende así —y Pellicer abre los brazos—, uno se defiende así —y cierra los puños enconchándose como un boxeador—, pero así, ¿cómo? uno levanta los brazos cuando le dicen "a ver levante los brazos tal por cual, dé dos o tres pasos adelante"; como me dijeron a mí, la última vez, hace dos años, con motivo del papelito ese, entonces, ¡qué lindo el papelito!, se puso bueno el asunto,

- ¿Eso es lo de Fulton Freeman y Vietnam?
 —Sí, entonces es cuando uno. . .
 —Cuéntanos eso, cuéntanos eso lo de la hoja suelta que imprimiste y repartías cuando. . .
 —No, porque me tengo que ir, es muy feo que yo llegue. . .
 —O porque tienes miedo —bromeamos— que te vuelvan a decir "tal por cual", cuéntalo porque es muy importante.
 —No, no, mira los brazos abiertos son siempre símbolo de fraternidad, siempre símbolo de fraternidad; pero mira, me invitaron para que yo los acompañara a poner unas flores al pie del busto de Martí en Chapultepec; como tuve que trabajar como perro toda la mañana, no asistí, entonces me dijeron que yo vaya a comer a la embajada de Cuba hoy a las dos de la tarde, no quiero llegar a las tres.
 —¿Bueno tú tienes en que irte?
 —Me voy a pie.
 —Dame el poema porque tú lo prometiste.
 —Te lo voy a dar mañana porque necesito una copia.
 —Si de ahí te voy a sacar copia. . . Te la traigo.
 —Y qué tal ¿que yo lo leyera ahora con Marinello y otros amigos ahí en la embajada de Cuba?
 —Y ¿qué tal si te lo quitan y no me das nada?
 —Y ¿qué tal que yo hago una de las que yo sé hacer? . . . *

JUICIOS Y OPINIONES SOBRE PELLICER

TRES textos referentes a la conducta decidida, civil, firme del Pellicer joven —pronto serán cincuenta años—, conducta combativa que lo distinguió siempre y que es comprobable en las cuatro partes del trabajo presente.

José Alvarado:

. . . Hace muchos años, allá por los treinta, Pellicer estuvo preso por pretextos políticos. . . Fue llevado a una celda miserable y oscura y en las madrugadas lo sacaban a los caminos solitarios para hacerle simulacros de fusilamiento o fingir la aplicación de la Ley Fuga. El poeta permanecía sereno, entero. . .

(1968)

* El poema al Che fue leído por Pellicer en la Embajada; prácticamente se rescató de manos del Agregado Cultural, publicándose en el homenaje al Guerrillero Heroico aparecido en el no. 2-1968 de *Cuadernos Americanos*.

Alejandro Gómez Arias:

... en los finales del 29 y principios del 30 la represión y la cacería sangrienta se alzaba hasta alcanzar clímax trágico en Topilejo... Como Presidente de la Confederación Nacional de Estudiantes realicé diversas gestiones legales y personales. Así llegué a la presencia —acompañado de Mariano Azuela— de quien era responsable de lo que acontecía en las cárceles del Distrito Federal. El funcionario dijo que la vida de los prisioneros era preciosa, principalmente la del poeta Pellicer, pero que no podía liberarlos porque en esos días de violencia, ¡sólo en donde estaban podía responder por su integridad física! Fue entonces cuando Carlos Pellicer demostró su sereno valor. En las noches les formaban cuadro y hacían simulacros de fusilamientos. El poeta cristiano llegaba tranquilo al paredón, en una escena que se repitió sádicamente, muchas veces. Asombraba a sus valerosos compañeros que ese hombre, joven aún pero cuyo nombre se extendía por toda la América de nuestro idioma, jugara, impasible, el juego de la muerte. Sabía desde entonces que —como dijo alguna vez— la vida puede ser también un acto poético. Una obra de arte limpia, pura.

(1977)

Efraín Huerta:

... bromeaba tabasqueñamente con una desconcertante seriedad, también sabía ser tabasqueñamente serio. Nada de bromas: darle la cara a la policía azuzada contra los muchachos vasconcelistas, padecer la cárcel y la tortura moral; ser fiel a Vasconcelos; seguir el camino de Diego y de José Clemente, que era justamente el transparente camino trazado por José María Velasco... El conocimiento de la historia americana, la pasión bolivariana, le proporcionó la razón cabal de su casi fanático antimperialismo... No era posible ser cristiano con quienes decían serlo y asesinaban pueblos enteros, aquí en América Latina y allá en Corea y en Vietnam. A su debido tiempo —poeta puntual—, Carlos Pellicer protestó públicamente y de nuevo fue huésped de una cárcel.

(1977)

ALGUNOS reconocimientos expresados en distintas épocas por escritores latinoamericanos, a la creación poética pelliceriana.

José María González de Mendoza:

Para Carlos Pellicer, como Teófilo Gautier, el mundo exterior existe. Necesita ver, oír, oler, gustar, tocar. Ha logrado sus más brillantes aciertos cuando ha transcrito en sus poemas las agudas relaciones que su ojo aguileño percibe entre las cosas. Todo él es impresión, sensación... Ve lo que nadie ve, oculto tras lo evidente, como la pulpa de la fruta bajo la cáscara: don de poeta.

(1929)

Benjamín Jarnés:

Poeta profundo, muy ágil colorista, de impresión certera. Fácil, moderno, de sorprendentes recursos métricos y rítmicos, es quizás el poeta más elevado de las actuales generaciones líricas mexicanas... Poeta de tonos universales, más continental que nacional. Llega en sus correrías líricas a Nueva York y baja a los mares del sur. No por ello deja de ser mexicano, nacional, de esencias peculiares, patrióticas, íntimas... es un gran poeta, su obra es perdurable... perdurable también el tono y el gesto del poeta, figura de hombre bueno y lírico, sin estridencia ni aspavientos, que busca en el corazón de la poesía la expresión de su pensar y de su sentir.

(1940)

Octavio Paz:

...no es un poeta de poemas, sino de instantes poéticos. Por eso, aun en sus composiciones menos logradas, siempre es posible rescatar dos o tres versos sorprendentes e inolvidables... Poeta fatal, su poesía poco o nada le debe al trabajo artístico y a la conciencia crítica... La imagen es el corazón de la poesía de Pellicer. Toda su obra es una luminosa metáfora.

(1955)

Raúl Leiva:

Poesía que se apodera de la realidad y la transforma, la vivifica, la reconstruye con su temperatura de astro, de fiera desollada.

Poesía que se imanta y nos imanta con su espada diabólica, con su enarbolada cruz de cristianismo puro, primitivo, revolucionario. Poesía que escapa a las ficticias fronteras del bien y del mal, para ubicarse en un clima de eternidad desolada y gozosa; en una dimensión donde la libertad ya no es mito y donde la paz y la justicia reconquistadas alumbran la noche gimiente de nuestro tiempo... Poesía no angélica ni demoníaca, sino sencilla, simplemente humana. Porque es un hombre el que canta, un hombre el que sueña y solloza con ella; un hombre el que vibra y nos hace vibrar con esa música fascinante, pasmosa, de su canto.

(1958)

Rosario Castellanos:

Carlos Pellicer, el pródigo... esas manos que tantas veces ha hundido en el limo primario de su Tabasco, esas manos con las que ha tocado amorosamente el mundo entero, esas manos "llenas de color" que poco a poco, han ido elevándose hacia la luz.

(1966)

José Gorostiza:

El fue quien me guió, quien me inclinó y me entusiasmó por la poesía. Así es que, Gorostiza poeta, se debe a Pellicer poeta.

(1968)

Benjamín Carrión:

Lo considera el poeta de México, en la misma categoría que Lorca en España, Vallejo en Perú y Neruda en Chile. Agrega que Carlos Pellicer es uno de los pocos hombres grandes y limpios, que nos consuelan de tanta sangre, odio, bombas y miserias.

(1969)

Ernesto Mejía Sánchez:

A los setenta años... se encuentra en el pleno mediodía de su producción poética. Mediodía en el que no se vislumbra ocaso ninguno. Ciertamente que en esta cima de la vida y la obra, el poeta ha reiterado actitudes de humildad y autocrítica al hablar de sí mismo y de su quehacer durante más de cincuenta años... Apenas salva

en esta hora de plenitud algún recuerdo amado y el nocturno maternal, seguro de que su última producción: los tres poemas a Cuauhtémoc, el poema a Juárez y el de Macchu-Pichu, alcanzan una altura cívica y patriótica y una interpretación del paisaje americano pocas veces conseguidas en nuestras letras. . .

(1969)

*José Luis Martínez:**

(Su) obra exclusivamente poética comenzó a difundirse en revistas literarias desde 1914, es el más antiguo y menos "contemporáneo" de los "contemporáneos". Su formación difiere también de la del grupo. Antes que intelectual y francesista, ha preferido una sensualidad ávida de todas las ofrendas del mundo. . . La suya es una poesía plástica, dueña de la palabra sonora y audaz, exuberante y desigual por ello mismo. Continúa, con esplendor notable, esa línea de poetas mexicanos, iniciada por Bernardo de Balbuena, para la que el mundo exterior existe. La alegría mental y sensual de su poesía tiene pocos paralelos en las letras contemporáneas de lengua española.

(1961)

Emmanuel Carballo:

Si se comparan sus poemas con los que crearon y crean los escritores que le son *contemporáneos*, las afinidades son casi nulas y las discrepancias permitirían escribir gruesos volúmenes. Pellicer pertenece a la estirpe de los *exagerados*; sus compañeros de grupo, a la de los *melifluos*. . . En la vida y en la obra de Pellicer es un tratado de desmesura. Esta no es de hoy, parte de sus años juveniles. . . Le fascina introducir el humor en las cuestiones más serias y, también, dar tratamiento solemne a las cosas más triviales. . . Hombre de palabras más que de ideas no incurre en la pedantería ni en la soberbia: es consciente del valor de su obra, y no lo subestima.

(1962)

Carlos Monsiváis:

Pellicer reclama para sí el estallido verbal que anuncia la salvación de los pueblos. Sin anhelo de grandeza no hay redención,

* Este, como los dos autores siguientes, se refieren al poeta y sus diferencias con el grupo de *Contemporáneos*; por ello, los reunimos al final.

ni hay poesía. En este sentido, Pellicer jamás se propuso ser un "Contemporáneo" (esto es, alguien al día con lo más avanzado y refinado de la cultura occidental, tal y como se postulaba en París o Nueva York), sino un bolivariano-vasconcelista y su afinidad con los Contemporáneos se dio a través de los intentos de renovación formal y los vínculos de amistad.

(1977)

JUICIOS Y OPINIONES DE PELLICER

A su regreso de Venezuela, después de haber participado en actos contra el tirano Juan Vicente Gómez, Pellicer hizo este llamado:

A los estudiantes mexicanos

Compañeros:

En la franja de Universo donde la bondad de los Dioses hizo nacer el más divino de los hombres, Simón Bolívar, Libertador de América, la traición y el asesinato infaman esa franja de Universo que se llama Venezuela.

Arrasados en el concepto social, colgada la Nación de las horcas del Tiempo, sangra la juventud universitaria en el desierto y en las cárceles o acechada por los pícaros cómplices del déspota. La Universidad Central de Caracas, cerrada brutalmente desde hace siete años; los estudiantes nuestros hermanos, en las jaulas atormentadas de las prisiones insaciables; la libertad muerta y la tiranía sostenida en gran parte por los intereses norteamericanos. Tal es la visión de Venezuela, desde hace más de diez años, en que Juan Vicente Gómez, traicionando a su protector el odioso general Cipriano Castro, asaltó el solio de Bolívar y pisoteó las banderas de la libertad venezolana.

Compañeros:

Es urgente nuestra contribución para salvar a los estudiantes de la más noble República de América. Mientras nosotros nos regocijamos con nuestra libertad y nuestra adolescencia es toda alegría, nuestros hermanos de Venezuela, sufren la esclavitud de la ignominia en un silencio cruelísimo. Abandonarlos será abandonar uno de los más preciosos girones de nuestro corazón hispanoamericano.

(1921)

La Revolución Cubana, basada en la justicia social, merece la atención y el apoyo de todos los hombres libres del mundo. Si su ideario no es aprovechado para otros fines —como estoy seguro—, será el mejor ejemplo para todos los pueblos oprimidos... Si Cuba fuese atropellada, como lo fue Guatemala en estos últimos años, Nuestra América debiera levantarse como un solo hombre para castigar al agresor. La hora de Nosotros ya está en nuestro corazón. Las ideas de Bolívar y Martí se realizarán porque la acción del genio nunca es estéril.

(1959)

AL comenzar la década pasada, durante una charla referida a su trato con los escritores que había conocido, dijo en el Palacio de Bellas Artes:

... fui alumno de José Juan Tablada... Yo creo que es un poco difícil que los escritores sean buenos maestros. Tablada iba una vez por semana cuando mucho y nos hacía el favor de llegar muy tarde... cuando nos encontramos en Colombia, él me hizo el favor de publicar algunas de las primeras cosas que yo había escrito y me hizo el honor de poner unas líneas al frente, que agradeceré toda la vida.

(1961)

... Urbina, tan buen poeta, tan fino poeta, uno de los poetas que a medida que pasan los años su obra alcanza una madurez, una plenitud, que con otros poetas no ocurre...

(1961)

... Nervo, cuya obra cada día se nos escasea más, pero que estamos seguros de que hay por ahí veinticinco o treinta poemas verdaderamente inspirados que la posteridad guardará siempre como un verdadero tesoro...

(1961)

... el primer choque en gran forma que siendo yo todavía un niño tuve con la poesía, fue oyendo recitar a un poeta que desprecian todos mis compañeros. Ese poeta que yo admiro tanto y cuyo país acabo de conocer hace pocos meses, es José Santos Chocano...

(1961)

PERO en esa misma charla, deja de pronto a un lado la simple admiración poética y pasa, primero, a pagar una deuda de reconocimiento al argentino Ugarte sin referirse a su calidad de novelista, ensayista y crítico; después, se dirige al público y trae a su atención el caso de Puerto Rico:

... fue un joven muy rico que gastó su dinero en hacer giras por Hispanoamérica recordando que el mayor problema de nuestros países son los Estados Unidos. Me estoy refiriendo a Manuel Ugarte. Mi amistad con Ugarte tuvo para mí una gran significación, aun cuando yo ya estaba un poco metido dentro de la biografía bolivariana; oír a un escritor que fue amigo de Rubén Darío, que había visto todos los países de Hispanoamérica, y que pugnaba por la idea bolivariana de la unificación de nuestra América, esto tuvo para mí una gran importancia, de manera que mi amistad con Ugarte significó la compra de ciertos libros que me enseñaron la manera de considerar las cosas de Iberoamérica... me abrió una nueva aurora, la comprensión de este mundo que a todos nos importa, de este gran mundo iberoamericano...

(1961)

... no podemos olvidar que el movimiento nacionalista en Puerto Rico tiene cada día más importancia y que todos estamos obligados, aunque sean conversándolo, a poner nuestro grano de arena por correr la voz en lo que se refiere a la independencia y a la libertad de Puerto Rico. Si realmente América tiene en el horizonte siempre la tendencia a la libertad, la búsqueda de una verdadera soberanía, nosotros no podemos olvidar a estos casi tres millones de habitantes que hay en la isla... después de sesenta años... después de la guerra del 99, por el tratado de París... Puerto Rico que pertenecía a España, pasó a manos de los Estados Unidos... la situación ha ido cada día siendo más dura. Claro que hay pavimento, hospitales, alumbrado y automóviles menos caros que en México y otras cosas, pero todo es el biombo para ocultar una explotación cada día más acentuadamente injusta.

(1961)

EN una entrevista que el joven poeta tabasqueño José Carlos Becerra hiciera a su egregio paisano Carlos Pellicer, éste le cuenta: "Cuando cumplí dieciséis años, mi padre —que fue revolucionario

siempre y en cierta medida víctima de los malos revolucionarios— puso en mis manos la famosa *Vida del Libertador Simón Bolívar*, escrita por don Felipe Larrazábal, ilustre crítico y biógrafo. Puedo asegurar que, a los dieciséis años, la lectura de esta biografía determinó una serie de sentimientos, de emociones, que quedaron para siempre en mí. . . Bolívar, creo yo, es el símbolo por excelencia de todo lo que podemos calificar como elemento de juventud. Sigo creyendo que el pensamiento bolivariano tuvo para mí una fuerza de emoción enorme. . . Y todas las derivaciones de amor apasionado por nuestra América y todos sus problemas, todo esto data de la lectura de la biografía de Bolívar”.

En el párrafo que concluye la entrevista, Carlos Pellicer habla de los tres poemas escritos para Cuauhtémoc; dice: “Cuauhtémoc representa para siempre lo que llamaríamos la juventud heroica, y en estos días en que para nadie absolutamente puede pasar ni remotamente ajeno, esto que hemos convenido en llamar “el gran crimen de nuestro tiempo”, que es nada menos que la guerra de Vietnam, el encontrarme de nuevo con estos versos míos escritos a los veintidós años, enciende en mí este entusiasmo y este dolor de un pueblo agredido en la forma más terrible”.

Cabe con amplitud señalar, que Carlos Pellicer en las entrevistas o en cualquiera intervención verbal, siempre se sale del tema planteado, tocando aquello que le preocupa profundamente, dentro de lo que podríamos llamar su sentimiento bolivariano, como es el caso notable en esta entrevista donde, aparte de hablar de Bolívar y de Vietnam, en un momento cuando otra persona sólo hubiese hablado del tema museos arqueológicos, el poeta inmediatamente en el transcurso de la conversación, vincula aquel interés profundo con la simple relación de la charla; leemos: “He hecho ya seis museos arqueológicos. Probablemente haré otro en el verano, en La Paz, Baja California, donde la penetración norteamericana —por asuntos de frontera, de cercanía de este territorio— de la coca-cola, de la guerra de Vietnam, etc., debe ser contrarrestada por un pequeño museo arqueológico”.

(1967):

Y en Cuba, Varadero, durante el Encuentro con Rubén Darío: . . . Yo creo que el modernismo inició un nacionalismo superior en toda América, y también un continentalismo que antes no habíamos tenido. El nacionalismo aparece cuando todavía algunos de los mayores poetas del movimiento eran jóvenes. El caso típico es el caso de Lugones. Después de *Crepúsculo en el jardín*, casi toda su

obra es de inspiración argentina. En Darío encontramos la gran voz continental; probablemente si en la oda "A Roosevelt" no se hablara de Netzahualcóyotl o de Cuauhtémoc, los iberoamericanos —me refiero a la mayoría— no sabrían nada de estos tipos geniales del mundo prehispánico de México.

Los malhablantes de Rubén Darío olvidan o desconocen no sólo al poeta, sino al hombre de América que en gran medida fue él. Poemas importantísimos y casi completamente olvidados, como el dedicado a Colón, en el que retrata de forma tan terrible la situación casi permanente de gobiernos criminales en nuestra pobre América, y en el que las cosas se dicen, qué maravilla, con tanta crudeza como belleza.

Darío fue y será siempre voz de América. Para mí la más alta de nuestra América —como lo aprendimos a decir en Martí—, y el encuentro con tan gran poeta, su encuentro total no podía ser en la Nicaragua donde el asesinato de Sandino es la negra condecoración que los delfines heredaron —esos que son los detentadores del poder político en la ahora tan desdichada Nicaragua, como otros tantos países nuestros—. Es aquí, sin duda alguna, en Cuba, ejemplo para todos nuestros pueblos, donde la gente ha comenzado ya a vivir de otro modo, dentro de la práctica inicial del socialismo, donde escuchamos —aquí sí— todo el aliento y toda la fuerza de la voz de Rubén Darío, en toda su plenitud humana, positiva —sí, aquí en Cuba—, y elevadamente humana; y no solamente para oír-la, sino —creo yo hoy y lo creeré siempre— también para tenerla en cuenta todos los poetas, quiérase que no, casi en todo momento.

(1967)

MOTIVOS PARA UNA ODA
A CARLOS PELLICER
(1958)

Juan REJANO

5

Desde tus religiones, en ágil cruz los brazos,
te acercas a la esquina de la miseria, entras
en la cueva sin muros del dolor,
recoges lo marchito, lo que el soberbio pisa,
las lágrimas que fundan en el polvo el estrato

de las revoluciones,
o te asomas al mar a ver los diez atlantes
que a Bolívar conducen, y a Martí derretido
de amor sobre un caballo.

7

El grito que articulas va sollozando "América"
y se estrella en la frente coronada de látigos,
hiende las cordilleras, domina los estuarios,
se posa en las aldeas inocentes,
bebe el agua en el barro que amasa el pueblo y cuando
vuelve a tu boca tiene
el amargo sabor de las heridas
que los tigres contiguos van abriendo en la carne
del continente niño.

8

Una tarde, recuerdo, hace ya siglos,
te hallé en Uxmal, ¿o acaso fue en Palenque? No sé.
Al pie de un templo herías el sol con tu mirada.
Vi cómo sollozabas cuando se hundía. Vi
cómo al morir el astro fue cambiando
tu cuerpo hasta quedar
en piedra viva, en piedra
lo mismo que un chac-mool.

Luego, te hallé en Madrid. . . Pero esta historia
es tan triste y reciente como un niño
ciego. . . Enfrente teníamos
la estirpe de Caín. Hasta tus hombros
subía la marea de la muerte.
Yo te vi atravesar las calles mutiladas,
dialogar con los héroes, asomarte
a la ribera del fragor. Aullaban
las bocas sitiadoras. . .

Tú tenías
una sílaba rota en la garganta
y desde fuera se veía la llama
que consumía tu corazón.

9

Canto lo que nos une: tal estrella
que baja a nuestra sangre, aquella música
que viene a despertar cuando soñamos,
la alegría de sentirnos como unas islas pobres,
inexpugnables islas del decoro,
en medio de este océano viscoso
donde tantos tentáculos navegan,
donde naufragan tantos falsos rostros.
Canto lo que nos une: la sencilla
fraternidad del hombre amaneciendo.

10

Hoy te recuerdo, Carlos, ascendiendo a tu pueblo,
con los pueblos de América marchando al horizonte.
Como hijo del sol,
vas abriendo las puertas de la vida.
Te destruyen los ríos y naces con las hojas,
te destruyen las hojas y naces con las aves,
te destruyen las aves y naces con el viento
que asume y transfigura tu palabra.
En ella, perdurable,
su intimidad desnuda la belleza.

HORA DE JUNIO
(1958)

Jaime TORRES BODET

Dejando por el vértigo el reposo,
oigo la edad subir hasta mi puerta
y me pierdo en tu trópico imperioso.

¡Cuánta luz torrencial, súbita y cierta!
Bajo sus delirantes osadías
todo un país de músicas despierta.
.....

Homenaje a Carlos Pellicer

Estrella de verdad, siempre intranquila,
lágrima entre los párpados discreta
que agranda y profundiza la pupila;

mientras a un sol triunfal tienes sujeta
la dulzura de ser, en ella sola
tu inacabable combustión se aquieta.

Cesa la tempestad, pasa la ola
y de la sangre el cálido torrente
en el espejo ustorio se arrebola;

pero esa luz delgada y transparente
no pasa, ni se nubla, ni agoniza
y ni el olvido mismo la desmiente.

Como esa luz que el tiempo cristaliza,
es tu ansiedad de ser lo que perdura:
alba sin tedio, fuego sin ceniza.

¡Cómo al leerte, el ánimo se asombra
de ver que ese *momento de diamante*
todo, en tus cantos, sin querer, lo nombra!

.....

Todo a él te conduce y te destina,
pues en tu ardiente vocación discierno
la voluntad de ayer, terca y divina:

cincelar en el hielo del invierno
una hora de junio, como aquélla,
y regresar sin tregua hasta lo eterno

—porque el norte final lo da la estrella.

.....

MINIMA ANTOLOGIA COMPROMETIDA

A BOLIVAR

Señor; he aquí a tu pueblo; bendícelo y perdónalo.
Por ti todos los bosques son bosques de laurel.
Quien destronó a la gloria para suplirla, puede
juntar todos los siglos para expresar el Bien.

Dónanos tu pujanza, resucita la Aurora
que encendiste en los Andes iluminando el mar.
Desnuda sobre el cielo los rayos de tu espada
y úngenos con los ínclitos áloes de tu bondad.

Si una fuerza envidiosa desordenara el trazo
con que impusiste aquí los senderos al Sol,
cincela con tu espada y funde con tu abrazo

(Oh escultor desta América), el hondo corazón
de las veinte Repúblicas atentas a tu brazo
para mostrarle al mundo tu milagro de Amor.

En la América Española, el 7 de agosto de 1919.
Primer Centenario del Triunfo de Boyacá.

ODA A CUAUHTEMOC

I

Señor, tu voluntad era tan bella,
que en la tragedia de tus meses imperiales
aceleraba el ritmo de las grandes estrellas.
En mí ha quedado el instante
en que fue más terrible tu tristeza:
cuando buscaste alianzas
entre los hombres de tu raza
y tu grito se perdió entre las selvas.
En mí ha quedado ese instante de tu amargura sola
y ante tu desolada grandeza
rompo las melodías del amor y el ensueño
y trueno la sinfonía de la tragedia.
Y a tu soledad Augusta
tiendo mi soledad de hoja que rueda.
Tu adolescencia religiosa
y tu juventud heroica y soberbia,
me tornan de hoja que soy,
en montaña y en selva
para bajar a grandes gritos proclamando tu grandeza
y despertando a puntapiés a los que han olvidado

el rumbo prodigioso de tu estrella.
El arco negro se tendió ante la aurora
y en el último astro fue a clavarse la flecha.

II

Consagremos al primero de los mexicanos
una montaña o un pedazo de cielo.
Alegrémonos por la maravilla de sus actos.
Era hermoso como la noche y misterioso como el cielo.
Pero su dolor no puede medirse
ni con la órbita de los planetas gigantescos,
ni con los itinerarios
de las estrellas caudales que iluminan el miedo.
Su dolor,
que en el espejo negro de mis ojos
empieza a revelarme
la eterna angustia y el dolor eterno.
Cuauhtémoc tenía 19 años
cuando en sus manos
como un águila herida cayó el Imperio,
Tenoxtitlán era la ciudad más hermosa
de todas las ciudades del mundo nuevo.
El divino Quetzalcóatl,
llamado Ku-Kul-Kan en la tierra del faisán y del ciervo,
había anunciado,
hacía ya muchas vueltas de tiempo,
que vendrían por el Sur otros hombres.
Y así tuvo sueños.

III

Y es así como en este día
con el sol roto entre mis manos
oigo rodar en mi destino,
como en un bosque de cactus,
la maldición de los dioses horadada en mi boca
y el hacha santa de la tragedia amarrada a mis manos.
¿Nadie podrá libertarme nunca
de este duelo grandioso como una ola de basalto?
¿Nadie podrá devolverme nunca
las dulces horas del amor y la alegría de cantar en el campo?

porque estos ojos brillan solamente para el odio
y estas manos libres
sólo piensan ahora en la venganza,
en la venganza y en el odio.
Pues ¿quién puede volver a mirar serenamente las estrellas,
cuando todo semeja que el destino
va a aplastarnos con sus plantas de piedra?
Cayeron las monarquías
civilizadas de mi América.
Tenoxtitlán y Cuzco
eran sus esculpidas cabezas.
Cayeron esas razas finas
al golpe brutal de los conquistadores
que vencían a los flecheros
con las ruidosas caballerías y los ávidos cañones.
El divino profeta Quetzalcóatl,
¿anunció la llegada de estos intrépidos destructores?
Y desde entonces una estrella tristesísima
se alarga sobre las llanuras y se ahonda junto a los montes,
¡Desde hace cuatrocientos años
somos esclavos y servidores!
¿Quién puede mirar el cielo con dulzura
cuando del oprobio de los europeos
nacieron estos pueblos de mi América,
débiles, incultos y enfermos?
Marcaron a los hombres como si fueran bestias
y en el rostro del campo y en el hígado de la mina
vivieron la crueldad, la miseria y el tedio.

Y ahora mismo todavía
lo miro, lo palpo y lo siento.
¿Quién puede mirar con ojo de dulzura
la dulzura misteriosa del cielo
si la ignominia y la infamia
van a sepultarnos otra vez bajo su estrépito de acero?
Los hombres del Norte piratean a su antojo
al Continente y las Islas y se agregan pedazos de cielo.
¡Oh destino de la tragedia inexorable y gigantesca!
Llenas el muro colosal de mi angustia
y frustra el flechazo que iba hacia algún lucero.
Veo tu figura dibujada en la sombra del fuego.
¿Bajo tus leyes de plata roja
todos sucumbiremos?

En las Antillas y las Nicaguas
 el sol está hundido entre el fango y el miedo.
 Toda nuestra América vanidosa y absurda
 se está pudriendo.
 ¡Oh destino de la tragedia inexorable y gigantesca!
 ¿Nadie podrá detenerte?
 ¿Volverás a ponernos las plantas en el fuego?
 ¿Vendrás con tus manos brutales
 del país de los yanquis, mediocre, ordenado y corpulento?
 ¿Vendrás entre estallidos y máquinas
 a robar, a matar, a comprar caciques con tu inacabable dinero?
 ¡Oh Señor! ¡Oh gran Rey! ¡Tlacatecutli!
 ¡Oh solemne y trágico jefe de hombres!
 ¡Oh dulce y feroz Cuauhtémoc!
 ¡Tu vida es la flecha más alta que ha herido
 los ojos del Sol y ha seguido volando en el cielo!
 Pero en el cráter de mi corazón
 hierve la fe que salvará a tus pueblos.

(1921)

ELEGIA DITIRAMBICA

¿Pretendéis enterrar a aquel para
 quien toda piedad está vedada?

Sófocles (*Antígona*)

SIMON BOLIVAR

Por las playas de América
 diez atlantes avanzan
 sosteniendo en sus hombros un féretro.
 De un lado se levantan los Andes;
 del otro lado el mar moja el agua del cielo.

Reina la tarde tropical. La enorme
 tela desos crepúsculos que el viento
 borra y pinta y enrolla
 para desenrollarla sobre el otro hemisferio.

En ninguna parte aquellos hombres
hallan noble reposo para el muerto.
Bajo una agua de sol
va el cadáver del Genio.
Y parecen llevar una montaña,
así van desacoplándose sus músculos por el esfuerzo.

Cuando se acercan a las orillas
turríferas de los puertos,
los hombres los escupen
y amenazan con el fuego.
Hace cien años,
atravesando el corazón desos pueblos,
pasó aquel hombre con las manos iluminadas,
los ojos crecidos y la voluntad inexpugnable como el misterio.
¡Jamás los hombres
vieron nada más grande bajo el cielo!
Tenía
un bien entonado nombre griego
y el apellido, en vieja lengua éuskara,
significa lugar de molinos.
Yo he nacido para cantar en las plazas
de ciudades y pueblos
la vida mágica de aquel hombre
como jamás los hombres así vieron.
¡Canta, oh musa, la cólera sagrada
de quien no tiene idioma
y conoce todos los ritmos del silencio!
Desde el mástil más alto
del buque sinfónico del recuerdo
—ya enfilado a la próxima estrella—,
pienso en el héroe de los altos sueños.
Su infancia fue un juguete doloroso;
su juventud —riqueza, amor y viajes—,
un fastuoso relato de cuento,
y la madurez el texto
en que fueron rendidos todos los sueños.

Enérgico y gentil. Así la flecha
que rompiera la rodela del tiempo.
Su elegancia suscita nombres hermosos;
su conversación era una copa de luceros.

Sabía domar potros y atravesar a nado los grandes ríos.
Sobre la catarata del Tequendama
halló su agilidad un fantástico juego.
Guerreó por la libertad humana
entre los volcanes ecuatoriales, delirante y gigantesco.
Generoso, como el Sol. Buen bailarador.

Su cortesía,
un aire de magnolia sobre el camino de la selva.
Las mujeres cruzan por su vida
con dulces predomios sobre el más alto cielo.
Su pensamiento electrizó la atmósfera
de los días serenos
y sus meditaciones proféticas
desbordaron el vaso oscuro del tiempo.
Nunca los hombres
vieron nada más grande bajo el cielo.
Su corazón era sensible
cual una agua de oros en las manos del ruego.
Sintió sobre sus labios
quebrarse las palabras del Universo.
Y tenía el alma trágica y clara
de las fuentes del desierto.
La Cruz del Sur iluminó su sombra
y todos los Andes le conocieron.
En los días aciagos,
hirió al destino con los huracanes de su genio.
Amó a su América como nadie la ha amado,
y semejante a Quetzalcóatl divino,
se quemó en la pira de un sublime fuego.
¡Jamás los hombres
vieron nada más grande bajo el cielo!
La traición y la envidia le desgarraron el alma
y pueblos que iluminó, le maldijeron.
Sus últimos días se cortan en abismos
llenos de gritos altísimos dinamitados en el viento.
¡Ruinas de Sol, ruinas colosales,
ruinas de un alma divina entre la luz de un trueno!
Algo de Dios sea en mí para evocarte,
¡oh Príncipe de los más altos sueños!
Tus funerales siguen en marcha
entre el mar y los Andes,
junto al agua y junto al cielo

(La Aurora sale del mar
con un trágico gesto
y la Noche engrandece su severidad noble
en la solidez monumental de los cedros.)
Leguas libres camino
tras el grupo soberbio, y encuentro solamente
infamia y miseria, oprobio y traición y poderío sangriento.

Disminuidos por el odio
viven los hombres que aliaste con tu gloria y tus sueños.
¿Araste en el mar?
¿Sembraste en el viento?
Nadie amó tanto como tú, y así, nadie
se ha sublimado en un dolor más opulento.
Padre. Amigo. Maestro.

Reina la tarde tropical. Camina
sólidamente el cortejo.
Bajo la máscara de oro
se pudre el rostro del Genio.
Con la primera estrella
se agota el mar. En una nube
se funden tres colores que retoñan
por el oriente. Rueda
un aire de laurel. Ligan la sombra
los triángulos heridos de los Andes.
Todavía una ola
saló la arena y espumó la orilla.
Se dispersó el dibujo de las cosas
profundamente. De una enorme nube
brotó una estrella enorme. Negra y rota,
la testa de un volcán varió perfiles
al paso de una nube.
Y entre toda
aquella arquitectura desplomada,
sigue el cortejo atlante —relieve en vivas sombras—,
por las playas de América, malditas y apagadas.

(1924)

EN PRISION

En el dolor gigante, ¡cuánto aspira
el dulce corazón oír tu gloria!
Lloró lágrimas nuevas la memoria
y el dulce corazón su infierno mira.

La soledad montañas le suspira,
la libertad veloz —rota victoria—
está en él humillada hasta la escoria.
El santo horror humano en él se mira.

Agonía de todos los sentidos;
se combaten en muerte los olvidos.
¿Ir hacia Ti?, no encuentro sino abismo.

¡Alzará el viento de mis hombros vuelo!
Yo vivo todo en tierra. Tú eres cielo.
Tú azul, y yo en el hueco de mí mismo.

(Uno de tres sonetos escritos en la "Prisión del Cuartel de San Diego, Tacubaya, febrero de 1930.").

BOLIVAR

¡Padre! tu vida es la mejor.
Recuerdo tus tristezas, tus enormes
tristezas, tu gran desolación.
Entre todos los hombres,
sólo yo me despierto entre la noche
para llorar contigo tu desastre y tu dolor.

(1941)

TEMPESTAD Y CALMA EN HONOR DE MORELOS

A José Clemente Orozco

lo

Imaginad:
una espada
en medio de un jardín.

Poeta de América

Eso es Morelos

Imaginad:
una pedrada
sobre la alfombra de una triste fiesta.

Eso es Morelos

Imaginad:
una llamarada
en almacén logrado por avaricia y robo.

Eso es Morelos

Ya tengo las imágenes pero no las palabras.
Pero hay aceros, y piedras, y llamas.
Porque nada hay más hondamente hermoso
para el humano oído, que la palabra.
Si las palabras vinieran para decir: Morelos,
vendrían ocultas en esos nubarrones de piedra
que a unos cuantos kilómetros nos miran:
La tempestad de rocas de Tepoztlán, vecina,
el huracán de piedra de Tepoztlán, que avanza,
esas gargantas que vociferan árboles,
esos peldaños a pájaros y lluvias
cuando pasa la noche de resonantes piedras
y el sol sacude el sueño de la luz, allá arriba.

.....
Bajar del monte, querer el mar.
Vivir con pocas palabras;
pero en cada palabra tener una tempestad.
Ah, si yo pudiera haberlas dicho,
acero, piedra, llama.
Gritar Morelos y sentir la flama.
Gritar Morelos y lanzar la piedra.
Gritar Morelos y escalofriar la espada.
Tú fuiste una espada de Cristo,
que alguna vez, tal vez, tocó el demonio.
Gloria a ti por la tierra repartida.
Perdón a tu crueldad de mármol negro.
Gloria a ti porque hablaste tu voz diciendo América.
Perdón a tu flaqueza en el martirio.
Gloria a ti al igualar indios, negros y blancos.

Gloria a ti, mexicano y hombre continental.
 Gloria a ti que empobreciste a los ricos
 y te hiciste comer de los humildes,
 procurador de Cristo en el Magnificat.
 Gritar Morelos
 es escuchar la Gloria y sentir el perdón.

.....
 Bajo un árbol inmenso
 crece un varón. Después olerá a incienso,
 luego a pólvora. De pronto en una estrella
 brilla la voz de Dios. Y en el intenso
 anochecer, palabras que maduran huella
 salen del joven criollo con silencioso ascenso.
 La tarde se abrió el pecho y le acercó su estrella.

(Cuernavaca, mayo 9-1946)

FECUNDA ELEGIA

A Eduardo Ubaldo Genta

Entre el rumor de América,
 en el cenit de sus voces gigantes,
 cerca de Bolívar,
 cerca de Sucre,
 cerca de Morelos,
 junto al cielo a galope de Martí,
 hay un hombre a caballo, tragado por la selva.

Vivió diez años en medio de su pueblo;
 murió treinta años a causa de su pueblo.
 Ya es una estatua con luz propia.
 ¿Su dolor es más grande que su gloria?
 Hoy he salido a los cielos de América
 en busca de alimento,
 y he recibido el hambriento pan de las palabras mejores
 y un hondamente sólido vaso de silencio.
 Es la historia de alguien que dejó el hambre de la buena casa
 por el banquete de la miseria del pueblo.
 Decir su nombre es promover la aurora
 entre envidia y traición, de tal manera,

que aquel buen sol ennegreció tan pronto
que nadie caminó sin que cayera.

Que el ángel del dolor descubra un lado
de su rostro y que vea
que aquel rayo del Sur llega hasta el Norte
cruzando el cuerpo herido de su América.
Nada quiebra tanto la voz humana,
como recordar el silencio y la soledad
largamente finales de este hombre.
Treinta veces la selva
se llenó de hojas secas;
treinta veces Artigas
hizo callar a la primavera.

Nada tanto nos hiere
como la soledad del héroe.
Su patria
es la soledad poblada de imágenes:
la angustia porque todo lo bueno, sea.

Hoy he salido a los bosques de América
en busca de alimento.
Sólo el árbol en cruz de cada héroe
me dio el amargo fruto de su sombra.
Pero esta es la saltónica,
es el sabor enérgico que arrecia
la sangre espiritual,
es lo que en esta hora
todavía nos sustenta.
Fruto de esa amargura
tendrá que dar al hemisferio manzanas succulentas.
Fruto de ese silencio
dará la voz que llene a nuestra América,
cuando la voz Bolívar rompa entre nuestros pueblos
la piedra del egoísmo y surja para todos la primavera.
Cuando a un hombre le sigue un pueblo entero,
es porque el corazón en las manos lleva.
Un día, detrás de Artigas,
salió, dejándolo todo, la ciudad de Montevideo

Después de ese desastre,
el general José Gervasio Artigas,
se fue a vivir pobre, entre los pobres, límpida vida campesina

El sembrador sembró la aurora;
su brazo abarcaba el mar.
En su mirada las montañas,
podían entrar.

Sembraba la tierra.
Su paso era bello, ni corto ni largo.
En sus ojos cabían los montes
y todo el paisaje en sus brazos.

Una selva de América
cuidó treinta años el silencio heroico
que le dió al Uruguay la voz que hoy tiene.
Se mira el campo hermoso.

Ya las estatuas grandes el Continente pueblan.
Hay un rumor de sangre nueva en el corazón
de mi América.

Entre el rumor de América,
la gloria y el silencio de hombre nos congrega.

(junio de 1947)

DISCURSO A CANANEA

No he de hablar de la sangre,
la aurora injustamente derramada
como el vino que espera al invitado
que va a llegar, pero que no ha llegado
porque un tzentzontle ha muerto en su ventana
cuando él iba a salir. . .

Poeta de América

No he de hablar de la sangre
con que el niño al nacer mancha
su acto de nacimiento.

La sangre oculta en la mirada
del hombre socavón que circula en la mina,
la sangre que suda todos sus minerales.

La sangre oculta en la mirada
del hombre derrotado
en el salón de vidrio de la "justicia" humana.

La sangre oculta en la mirada
del minero dilapidado como riqueza anónima,
razonado por la avaricia,
glóbulo empobrecido
en la arteriosclerosis de la mina.

.....
Cananea, Cananea,
de tus tiros partieron
los primeros alientos de una aurora
que no ha dado la luz que necesito
para decir, de pueblo en pueblo,
que ya no hay tuberculosis producida por hambre
ni banquetes de bodas de ciento diez mil pesos;
que ya no hay grandes puercos
que hocena entre la sangre y la traición

.....
Cananea Cananea, ¿imaginas el día
en que venga a decirte a tu oído de cobre,
que no habrá más reuniones con visos de naufragio
en Panamá, donde el primer Roosevelt
cometió el panamá
que dejó sin su brazo glorioso a Colombia?
¿Allá, donde Bolívar llora más aún que en Caracas?

.....
Sobre muros que duelen pintó Diego Rivera
la entrada y la salida de la mina.
Chorrear dolor y rabia y vergüenza. Yo vi
pintarlos, cuando el día brotaba de mis manos
y entre huracanes de águilas rompí mi corazón.

Para encumbrar luceros tengo la voz a ti.
 Tus noches minerales acarrearán relámpagos
 que abren en un fulgor las tormentas del mundo.
 Llevo la cuenta en túneles de avaricia y cansancio
 y en el rayo del sol que de Tabasco tengo,
 he de contar un día, cuando vuelva a Tabasco,
 lo que pesa el diamante que arrancaste al subsuelo:
 huelga de Cananea,
 ¡alborea! ¡alborea! ¡alborea! ¡alborea!

LAS ESTROFAS A JOSE MARTI

Estás, adolescente, encadenado.
 Estás, joven maestro, desangrado.
 Estás, íntimo sol, abanderado.

Entre cañaverales,
 la estatua sudorosa de algún negro
 bebe tu nombre fino de cristales.
 Todo el mar de la isla se congrega
 al hilo de tu nombre
 y con los blancos niños de tu palabra juega.

¡Con cuánta holgura
 cabe tu sombra
 bajo la tarde de tu ternura!
 El ángel de la guerra
habla
 y desde cualquier nube la lucha entabla.

Se oye la tierra
 bien predispuesta al mar y al sol de fuego
 planta en el aire tu sueño andariego.

La estrella solitaria de tus ojos
 salta de un cielo a otro
 soltando águilas rojas entre sus vuelos rojos.
 Tu mirada estrellada de amanecer de potro.

La independencia juvenil
 y tan cubana y tan gentil
 que hay un poeta fusilado.

Se oye en su pecho encantado
la pequeña legión de un tamboril.

¿A dónde con la muerte
va tanta vida?
Una vez más mi América se juega su suerte;
águila o sol levantan vuelo en noche escondida.

¡Cuánta vida a caballo en un instante
va a morir!
¡Cuánta manera de vivir
esa sangre al galope tuvo en su trueno atlante!

La música por dentro
llevada y tan oída,
que un Continente entero la encuentra toda al centro
de un cielo libertad a todos encendida.

Te necesito en esta hora
en que la militarada
una vez más a Bolívar destierra.

Te necesito en esta hora
en que el cadáver de Sandino
en mi corazón se quema.

Te necesito en esta hora
en que el petróleo y el estaño
han principiado a entrar de nuevo en mis venas.

Te necesito en esta hora
en que mi lengua cristiana
pregunta a los ricos por tanta miseria.

Te necesito en esta hora
de horizontes que huyen
y el horror glorificado por la ciencia.

¡Líbranos de la ciencia
en manos de los déspotas y de los millonarios!

Tu boca llena de Dios, tu heroica decencia
nos haga esbeltos ríos con generoso estuario.
Que la América mía se unte de tu presencia
y haga de tus palabras su nuevo abecedario.

Hermosa vida tuya tan joven como el cielo
cuando una estrella nueva le da nuevo lugar.
Yo te he seguido en México sin que tú lo sospeches
y he tenido la dicha de ponerme a llorar.

¿Qué amistad es la tuya que en la América mía
electrifica el aire de extraña simpatía?
Y tiene tu maestría la actitud fraternal
del agua cuando toma la forma de cristal.

Y sí; tu gloria es grande, pero tu corazón
tiene un pájaro preso
y un color de embeleso
sale al joven aroma de su dominación.

Yo te digo maestro, pero no sé por qué
se me ocurre tomarte del brazo y todo fe
al fuego de tus ojos de horizonte naval
confiarte mis angustias tan llenas de esperanza,
y en mi desesperante pasión por la bonanza
de América, mirarte sonreír matinal.

Bueno, después de todo, qué profunda alegría
saber de ti. Releo tus libros. Tu retrato
honra mi casa. Eres Poema y Poesía.
¡Qué gusto de sentirme suela de tus zapatos!

Tal vez en nuevo día te encontraré en Caracas
delante del sarcófago del Héroe sin segundo,
te escucharé: ¡qué idioma que entre diamantes sacas!
(Libertad, Dignidad: Me opondré a las resacas
de la marea helada que hace crujir el mundo.)

A JUAREZ

I

Toda a fuego la Patria te siguió como en onda
de lava, lentamente, como quien va a triunfar.
Un nopal de paciencia por tu vida responda
y detrás de unos robles escuches siempre el mar.

México entró en el ámbito de tu ambición redonda.
Bajo del cielo indígena tu destino fue andar.
La historia a cada sol vió cómo se desfonda
todo el pantano infame que te quiso atajar.

Unas cuantas palabras para siempre dijeron
los que, como palomas, de tu pecho salieron
a volar en un cielo de blancura viril.

Y esas pocas palabras, como enormes diamantes,
son también la desnuda verdad de los amantes
que ante un estricto cielo se miran de perfil.

II

Sobria de barro indígena la verdad de tu vida
tuvo niñez de espigas y maduró en maíz.
Ganaste tu destino por la oveja perdida
y le diste a los árboles una nueva raíz.

Yo miro junto a un lago tu pobreza surcida
y la mano del día que te dió su barniz.
La justicia en tus labios sus torres consolida
y tu solemnidad tiene un aire feliz.

Eres el Presidente vitalicio, a pesar
de tanta noche lúgubre. La República es mar
navegable y sereno si el tiempo te consulta.

Y si una flor silvestre puedo dejarte ahora
es porque el pueblo siente que en su esperanza adulta
tu fe le dará cantos para esperar la aurora.

III

Mirando las fachadas de Mitla —nunca nada
fue más bello en el mundo que esos muros sin fin—
pensé en la geometría de tu existencia y cada
greca me traducía tu gesto paladín.

De precisión y ajuste tu vida fue jornada,
por la montaña siempre; jamás por el jardín.

La abolición de la noche
pero no de las estrellas.
Todo lo que haya de luz en nosotros,
que oiga y que vea.
Que vea y que oiga,
que oiga y que vea.

Bolivia es Bolívar y el Sol es Bolívar
Los Andes amontonan la soledad de la altura
y la aglomeración de la selva sesiona día y noche.

Ideas.

Acciones.

La selva está allá abajo con sus fábricas de vida
y en muy altos subterráneos se construye la muerte.
Campesino y minero:
en tus manos ha dejado su sangre
el que lo quiso y el que lo quiere,
el que lo quiere siempre
el que aunque tú no llegues
él siempre viene.

Estamos en la aurora de los pueblos
que quieren ser un solo pueblo.
La Cruz del Sur abre la luz de sus brazos.
Queremos ser un solo deseo.
Ella se arroja a nuestro pecho
desde el techo magnífico de Bolivia.
Nos mataría si no nos diésemos prisa
en trabajar por estos, por esos y por aquellos.
Necesitamos ser todos los pueblos.
Bolívar y San Martín
y el CHE Guevara son los ejemplos.

(1968)

Aventura del Pensamiento

A LOS CUARENTA AÑOS DE LA MUERTE DEL HETERODOXO DON MIGUEL DE UNAMUNO

Por *Francisco IGARTUA*

HACE cuarenta años, en las últimas horas de 1936, moría en Salamanca, donde se hallaba recluido bajo arresto domiciliario, el preclaro rector de su universidad: don Miguel de Unamuno, un vasco medular —“lo soy puro por los dieciséis costados”— con paradójal devoción a España. Se apagaba con él una de las inteligencias más alertas, más lúcidas de nuestro tiempo. La de un hombre cuya vida y obra resultan la negación de cualquier sistematización, encasillamiento o técnica, pero que, una y otra, perdurarán como una meditación y un vivir trascendentes, que nos lleven a vislumbrar una singular metafísica existencial.

Representativo de la contradicción como elemento vital del pensamiento —le agradaba Spinoza “porque se contradice”—, don Miguel de Unamuno murió con sus últimos meses envueltos en graves contradicciones. Contradicciones de orden cívico que desconciertan —Unamuno jamás dejó de ser desconcertante—, pero que no desmienten sino aclaran su terco y persistente antimilitarismo y su inabdicada fe política, que, naturalmente —por vasco e individuo que vivía ejercitando el intelecto—, nunca supo de casilleros ni membretes. Una fe amplia como su espíritu, expresada en confesiones públicas e íntimas, como la que le hace en carta de 1895, a su paisano Pedro de Mugica, residente en Berlín: “Soy socialista convencido, pero, amigo, los que aquí figuran como tales son intratables; fanáticos necios de Marx, ignorantes, ordenancistas, intolerantes, llenos de prejuicios de origen burgués, ciegos a las virtudes y a los servicios de la clase media, desconocedores del proceso evolutivo, en fin, que de todo tienen menos de sentido social. A mí empiezan a llamarme místico, idealista y qué sé yo cuántas cosas más. Me incomodé cuando les oí la enorme barbaridad de que para ser socialista hay que abrazar el materialismo. Tienen el alma seca, muy seca, es el suyo socialismo de exclusión, de envidia y de guerra y no de inclusión, de amor y de paz”.

No podía ser de otro modo la fe política de don Miguel de Unamuno. Heterodoxo por temperamento y convicción intelectual, no tuvo desmayo en su aborrecimiento a todo sectarismo. Amante del diálogo, del enfrentamiento de opiniones, del intercambio de pareceres contrapuestos, se cuidó, por ejemplo, de explicar así sus llamados monólogos: "Acaso podría llamarlos monodialogos; pero será mejor autodiálogos, o sea diálogos conmigo mismo. Y un autodiálogo no es un monólogo. El que dialoga, el que conversa consigo mismo repartiéndose en dos, en tres o en más, o en todo un pueblo, no monologa. Los dogmáticos son los que monologan y lo hacen hasta cuando parecen dialogar, como los catecismos, con preguntas y respuestas".

La quietud espiritual, el aletargamiento de la mente, las ideas con digestión hecha es lo que repugna a Unamuno. De allí su violento rechazo a cualquier capilla, credo, dogma o partido que signifique obediencia ciega, disciplina vertical, ausencia de diálogo, de discrepancia, de oportunidad a la contradicción.

Y, por ello, sus últimos años, al regreso apoteósico del destierro, en los que es colmado de honores —se le nombra rector vitalicio de la Universidad y alcalde perpetuo de Salamanca, ciudadano de honor de la República—, son los años más angustiosos y torturados de su vida cívica; ya que con respecto a sus preocupaciones íntimas y del más allá no es posible medir sus días de sobrecogimiento mayor.

Unamuno el hombre

AUNQUE a don Miguel de Unamuno no le interese entonces la episódica española —se había declarado hacía tiempo "cartujo laico, ermitaño civil y agnóstico, acaso desesperado de esta vieja España"— y su inquietud esté centrada en descubrir la compleja y mutable entidad que es el hombre y salvarle —salvándose a sí mismo— de la temporalidad calendaria, no puede dejar de angustiarse viendo a los hombres de España preparándose con frenético fervor e inconciencia a matar y morir. Se coloca por encima de las banderías y emplea su mágico dominio de la lengua para reclamar, en vano, que se aquieten las pistolas y las ansias fratricidas. Escribe para clamar contra la acción directa y porque no se cancele el diálogo: "Y he aquí por qué, cuando uno está harto de señoritos —delfines o atunes— de derecha o de izquierda, de uno o de otro extremo o de centro, revolucionarios o renoveros, comunistas o fajistas, o como se llamen (que ser es llamarse), cuando uno está harto de ello se vuelve a oír el cuento de siempre y uno pide diciendo: 'La palabra

nuestra de cada día dánosla, Señor'. Y luego sea lo que El quiera. Que cuando calle la palabra no quedará ya nada".

Y la orgía de la muerte que, inútilmente, intentaba detener con sus escritos el maestro, se inicia con intensidad dramática en julio de 1936. Veinte millones de españoles se lanzan al combate, unos contra otros.

Unamuno, con descontrolada impaciencia, acepta la rebelión militar. Cree que es el camino para recuperar la paz y salvar la vida de los españoles que empuñan agresivos las armas del fratricidio. Pero muy pronto descubre que la muerte se ha enseñoreado de España y que a él lo rodea el salvajismo uniformado. Por todos lados se encuentra frente a la muerte a pistoletazos que él no comprende y que nada tiene que ver con su muerte del "sentimiento trágico de la vida" o de "la agonía del cristianismo".

Su error lo abruma y comprende que está en juego, en él —en "el hombre que tengo más a la mano"— esa problemática entidad que tanto lo inquieta y preocupa: el ser humano.

Y abrumado se presenta, dos meses después del pronunciamiento de Franco, a una ceremonia académica en su universidad de Salamanca, a la que asisten las máximas figuras del franquismo. Y es allí donde de pronto se alza, irguiéndose en el estrado con su figura venerable, y proclama que "hay momentos en que callar equivale a mentir".

El gesto es de enfrentamiento, cara a cara, al general Millán Astray, el mutilado de los Tercios africanos, endiosado por su tropa, el más bárbaro de los seguidores de Franco, a quien acompañan varios cientos de legionarios que gritan "Viva la muerte" y quien, con el afán centralizador de la vieja España, acaba de pronunciar un discurso lleno de impropiedades e injurias contra Cataluña y el País Vasco.

Es entonces cuando lentamente Unamuno se levanta frente al desaforado soldadote, delante de la señora de Franco, de Pemán y otros académicos, del obispo y de diversas autoridades, para decir serenamente, sin miedo:

"No puedo aguantar más. No quiero aguantar más.

"Todos vosotros estáis pendientes de mis palabras. Todos vosotros conocéis y sabéis que soy incapaz de guardar silencio. Hay ocasiones en que permanecer callado equivale a mentir, porque el silencio puede ser interpretado como asentimiento".

Millán Astray vocifera, apoyado por su coro armado, contra los intelectuales, pero el maestro continúa:

"Voy a comentar el discurso —de alguna manera hay que denominarlo— del general Millán Astray, que se encuentra entre nos-

otros. Pasemos por alto la afrenta personal que implica la repentina explosión de insultos a vascos y catalanes. Yo soy vasco. Nací en Bilbao. El obispo aquí presente (leve inclinación hacia monseñor Pla y Daniel), quiéralo o no, es un catalán, de Barcelona. . . .”

La soldadesca aúlla “Viva la muerte” . . .

“Acabo de oír el necrófilo e insensato grito “Viva la muerte”. Y yo que me he pasado la vida creando paradojas que han despertado iras incomprensibles, os debo decir, en calidad de autoridad experta, que esta ridícula paradoja me parece repelente. El general Millán Astray es un hombre desarbolado. Lo digo sin pizca de malicia. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Desgraciadamente en estos momentos hay demasiados en España. Y pronto habrá más, si Dios no viene en nuestra ayuda. Me apena pensar que el general Millán Astray pudiera dicar el modelo psicológico de las masas. Un mutilado que carece de la grandeza espiritual de Cervantes es capaz de buscar un siniestro alivio ocasionando mutilaciones en su alrededor”.

El vocerío es tremendo y Millán Astray, mal parado, rabia a gritos. Unamuno mirándolo le dice:

“Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaríais algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil el pediros que penséis en España. . . .”

Sus últimas palabras no se escuchan por el ruido de la soldadesca y el asombrado silencio de académicos, eclesiásticos, dignatarios y otros invitados.

El final ya se conoce. No es atropellado allí mismo porque, según parece, interviene directamente a su favor la señora de Franco. El maestro ignorante del gesto de la dama, salió altivo, con su blanco pelamen invicto y su mirar insolente. Quedó confinado en su domicilio. Y a las pocas semanas murió, con el corazón destrozado, interrogándose sobre el destino del hombre, autodialgando.

Unamuno el heterodoxo

CON ocasión de este aniversario unamuniano, a igual que hace unos años con motivo del centenario de su nacimiento, no faltarán artículos, libros y conferencias sobre los días terrenales y la obra del atormentado vasco afincado en Salamanca y muerto de dolor cívico en ella. Muchos tratarán de adentrarse en sus ideas, de esclarecer sus imprevisibles reacciones y su compleja posición filosófica, social y religiosa. Pero tratarán en vano si, en lugar de hurgar en sus claras y sencillas palabras —coherentes con su vida—, se dejan

guiar por la pretensión de acercarse a él esperanzados en *descubrir* escondidas facetas de su pensamiento y personalidad que expliquen sus contradicciones. Porque en Unamuno no hay rincones que él mismo no haya aireado ni hay artificio alguno en sus contradicciones. Su espíritu, con ser complejísimo, no se oculta, no se esconde en alambicados argumentos ni en enredada fraseología para iniciados. Siempre se presenta trasparente, legible para cualquier alfabeto, aunque desconcierte y confunda.

Asistemático y contradictorio, heterodoxo sustancial, Unamuno es, además, multifacético —católico, protestante, agnóstico, ateo, teísta, irracionalista, etc., etc.—, sin que esto signifique que haya ido variando de una posición a otra sino que fue un poco de todo ello al mismo tiempo, contradiciéndose permanentemente porque "es la contradicción íntima lo que unifica mi vida".

Su coherencia está justamente en esto, en no ser pasible de clasificación, en salirse de todo casillero, en poder decir: "quiero morirte oyendo preguntar de mí a los holgazanes de espíritu, que alguna vez se paren a oírme: Y este señor ¿qué es?"

Porque todas las contradictorias posiciones que hemos señalado más arriba tendrán respaldo en algún pasaje de sus escritos. Sin embargo, quien se aventure a indagar con paciencia y sutileza por el hombre Miguel de Unamuno en su obra —igual que en su vida— se tropezará con un pensamiento diáfano, vital y terriblemente coherente en sus contradicciones y paradojas, aunque desorienta a la vez, al dar muy a menudo, de improviso, la imagen de un individuo salvajemente desconcertante e imprevisible.

Unamuno, espíritu preocupado por los problemas trascendentes y existenciales del hombre, no se siente satisfecho jamás con las distintas respuestas que se va dando a sus continuos interrogantes sobre la vida, la muerte y la inmortalidad, a la vez que se ve obligado a transmitir a los demás esa su inquietud íntima —la del hombre Unamuno— y a promover un continuo afán de discrepancia —que abarque todos los aspectos humanos— para que cada uno de nosotros descubra por sí mismo los signos del mundo y las ansias del hombre; no a través de verdades masticadas por otros, de dogmas que nos tracen círculos cerrados, fuera de los cuales esté prohibido pensar, sino por medio del diálogo íntimo o colectivo, de la agitación de las ideas.

De este discurrir nace, por vía natural y no artificialmente elaborada, la heterodoxia irrenunciable de Unamuno, que es medular a la vez que producto de profunda meditación. Una heterodoxia de a verdad y que, por lo tanto, se niega a admitir como norma definitiva su propia heterodoxia. Así escribe en 1928: "Los que so-

mos herejes por naturaleza, herejes de cualquier ortodoxia —y de nuestra herejía misma desde el momento en que se intente elevarla a ortodoxia—, los que rechazamos el dogmatismo no podemos entrar en un partido ortodoxo y dogmático”.

Su actitud heterodoxa se debe, pues, no a un prurito de llevar la contra, como se ha dicho con imperdonable ligereza, sino a su amor al diálogo, a su fe en la discrepancia como norma civilizada de convivencia, al convencimiento de que las ideas son cambiantes y que cualquier enclaustramiento las mata, a su adhesión al hombre como ser plural, pensante y libre.

Unamuno no será olvidado. Se le recordará como uno de los grandes heterodoxos de nuestro tiempo, como uno de los hombres que, en este siglo, se negó con vigor resonante a ser rebaño y nos enseñó con lucidez a no serlo. Quedará memoria de él por sus vitales contradicciones, su desesperación por trascender, su sed de inmortalidad y su fe en la libertad del hombre.

LA ACTITUD ESCEPTICA ANTE LA PROBLEMATICA SOCIAL

Por *H. C. F. MANCILLA*

EN la esfera de la utopía social, la esperanza secular se ha manifestado generalmente como la intención de organizar la sociedad humana según los preceptos de razón y justicia. Para este intento es indispensable contar con la participación de ciertos estratos y grupos sociales que dirigen las actividades profesionales, científicas e intelectuales y que ejercen una gran influencia en los terrenos de la administración pública, la organización industrial y la enseñanza; se trata, en líneas generales, de personas con formación académica, pero cuyo interés político es solamente indirecto. Tanto el distanciamiento de la praxis política como el aporte al orden establecido por parte de esos grupos están conectados con pautas de comportamiento y actitudes de claro contenido escéptico, el cual juega un rol ambivalente con respecto a la construcción de un orden social razonable y justo.

Grande es la distancia entre las pretensiones de la teoría y los hechos de la realidad: el desarrollo de las fuerzas productivas ha puesto a disposición de la humanidad más bienes y servicios y mayores posibilidades de bienestar y cultura que cualquier otra época de nuestra historia, pero estos logros no benefician a la mayoría de los mortales de acuerdo al progreso científico-tecnológico ya alcanzado. Los sistemas bélicos más refinados y la conquista del espacio coexisten en las naciones más adelantadas del planeta con el irracionalismo en la política, la falta de emancipación en las masas ciudadanas y la armonía preestablecida entre necesidades individuales y sociales. Los diversos sistemas socio-políticos del presente parecen no estar en condiciones de lograr un aprovechamiento racional y humano de la riqueza producida, compartiendo los conocimientos científicos el destino del desarrollo económico-tecnológico: su alto grado de evolución denota una clara divergencia con respecto a sus posibilidades inmanentes de facilitar la vida diaria, asegurar la paz mundial y promover el enriquecimiento cultural.

La situación general en los países en vía de desarrollo exhibe tendencias, que si bien no son, evidentemente, iguales a las de los

grandes centros metropolitanos, muestran empero algunas similitudes comparables. En muchas naciones del Tercer Mundo también es sorprendente la constancia con la cual se repite la desilusión referente a los diversos modelos de desarrollo y a su escaso éxito.

Las diferentes vías de desarrollo, entre las cuales sobresalen los intentos nacionalistas y socialistas, tienen por lo menos en común la dicotomía entre las pretensiones teóricas y los objetivos programáticos, por una parte, y la mediocre facticidad alcanzada junto a los muchos aspectos indudablemente negativos, por otra. No se trata solamente de llamar la atención sobre fenómenos relativamente conocidos, como ser el carácter ambicioso de los programas políticos, las modestas realizaciones en la praxis por parte de los sustentadores de tales programas y las dificultades inherentes a la ejecución de esos planes, sino de subrayar algunos fenómenos recurrentes, cuya relevancia parece ser decisiva para la conformación de las actitudes y pautas de comportamiento entre profesionales, intelectuales, miembros ejecutivos de la actividad empresarial y de las ramas técnicas de la administración pública, pues son ellos los que tienden a adoptar una actitud escéptica. Entre aquellos fenómenos de carácter repetitivo, que afectan de manera significativa las actitudes de grupos con formación académica, podemos mencionar el tinte irreal, demagógico y apasionado de los programas políticos; la dificultad hoy en día de postular tales programas sin exhibir estas características; el alto precio que se debe pagar por la ejecución de ambiciosos modelos, especialmente en relación con la reducción de libertades políticas e individuales; los modestos resultados a que han llevado casi todos los experimentos socio-políticos en el Tercer Mundo y, finalmente, un notable paralelismo en muchos aspectos de la vida social entre los más disímiles intentos de reordenación política: impotencia del individuo ante poderosas instancias económicas y estatales, validez únicamente retórica de los derechos humanos y políticos, mantenimiento de diferentes aspectos de alienación y explotación, privatización de la vida social y predominio de pautas de consumo y comportamiento comunes a todas las civilizaciones industriales.

Estos factores nada promisorios favorecen la propagación de una actitud esencialmente escéptica entre aquellos estratos profesionales e intelectuales que no están ligados directamente a partidos políticos o movimientos ideológicos y entre aquellos individuos con educación superior o académica que se mantienen distanciados del quehacer político y de las tendencias ideológicas de moda; la abstención política por parte de estos grupos, que seguramente representan una parte considerable, cuando no la mayoría de los respectivos sectores, no se debe probablemente a ignorancia o a falta de

información relativas al quehacer político, sino más bien a una actitud de distanciamiento consciente. Este distanciamiento, a su vez, está basado justamente en las aporías generadas por los distintos experimentos socio-políticos, en la desilusión causada por los programas de desarrollo y en los aspectos negativos concomitantes de los grandes movimientos ideológicos.

Considerando que esta posición tiene variados matices y límites difícilmente precisables, se procederá a establecer una analogía entre esta actitud moderna de distanciamiento consciente y el escepticismo clásico, para ilustrar someramente algunos paralelismos comunes a estratos intelectuales a través del tiempo. Ejemplos muy conocidos de esta actitud están representados por aquellos diplomáticos cultivados y bien informados, que se abstienen de formarse una opinión tanto sobre el Estado de procedencia como sobre el régimen, ante el cual están acreditados; similar papel desempeñan funcionarios de las administraciones públicas, que conociendo las deficiencias del presente, prefieren hablar del promisorio desarrollo futuro, aunque sea repitiendo meras conjeturas; muchos científicos, asimismo, tienden a pasar por alto la cuestión en torno a la trascendencia social de su actividad, para referirse exclusivamente a los problemas técnicos de eficiencia, immanentes de su actividad. Estos grupos exhiben, en líneas generales, las dos características fundamentales que distinguen al escepticismo como doctrina: la abstención del juicio (*epoché*) y la imposibilidad del espíritu (*ataraxia*).

El escepticismo antiguo, una de las tres grandes escuelas de la filosofía helenística, se origina de aquella atmósfera generalizada de crisis y cambio social que siguió al derrumbe de las ciudades-estados de la Grecia clásica, a las conquistas de Alejandro Magno y al deterioro de la cultura tradicional. Esta conjunción de crisis socio-política y ensanchamiento del mundo conocido produjo notables consecuencias sobre el pensamiento y sobre las pautas aceptadas de comportamiento: el progreso de la información etnográfica, los contrastes entre las costumbres e ideologías de los nuevos pueblos incorporados al ámbito helenístico y la decadencia de la cultura política ciudadana conmovieron la base tradicional de la filosofía y del pensamiento político, poniendo en tela de juicio los conocimientos y verdades establecidas por la cultura clásica griega. Surge así el concepto sobre la *relatividad del conocimiento* y sobre la imposibilidad de establecer criterios válidos para distintos tiempos y lugares, capaces de permitir un discernimiento seguro entre lo verdadero y lo falso, lo lícito y lo ilícito. Si bien los sofistas del período clásico ya habían postulado la relatividad del conocimiento

en general, cupo a los filósofos escépticos el establecer una teoría sistemática sobre la relatividad y sobre sus consecuencias socio-políticas. El origen etimológico del término "escepticismo" señala una de las características fundamentales de esta escuela: la observación probatoria del medio ambiente o la insistencia en examinar, ensayar y dudar. Los dos fundadores del escepticismo primigenio, *Pirrón de Elis* y *Timón de Flionte*, postularon ciertos principios elementales de gnoseología y ética, los que debían mantener su función central a través de toda la historia del escepticismo. Entre estos principios se debe mencionar en primer término la tesis sobre la imposibilidad de conocer el ser o la calidad *en sí* de las cosas; nuestras facultades cognoscitivas se reducirían a conocer la *apariencia* de las mismas. Por lo tanto, en rigor no podríamos afirmar cómo es el mundo y sus fenómenos, sino meramente cómo nos parece a nosotros en un momento dado su configuración aparente. Nuestros conceptos y opiniones se basan consiguientemente en la costumbre, la tradición, la apariencia y la suposición; a cada afirmación se puede oponer otra afirmación de igual fuerza, pero de carácter contrapuesto. En vista de que no existe un criterio generalmente aceptado y lógicamente viable para discernir cuál de las afirmaciones es verdadera o falsa, el escepticismo propone la abstinencia del juicio, especialmente de todo juicio categórico y valorativo. La abstinencia del juicio lleva, según esta teoría, a que el espíritu se libere de equivocaciones y de opiniones que pueden, a su vez, producir inquietud y confusión; de esta manera sería posible alcanzar una inmovible impassibilidad de espíritu (*ataraxia*), el fin ético perseguido por los escépticos.

El desarrollo posterior del escepticismo exhibe una sistematización de su fundamento teórico, manteniendo la validez de las conclusiones éticas. El principio de la duda adquirió un marcado aspecto lógico, dirigido a establecer exhaustivamente la dialéctica entre posibilidad y verdad: no se negó la existencia de conocimientos verdaderos, correspondientes a la genuina naturaleza de las cosas, pero sí la posibilidad de su certidumbre por parte de las facultades humanas. La certidumbre del conocimiento fue reemplazada entonces por el teorema de la probabilidad y de la verosimilitud aproximada; la probabilidad no se limitaría únicamente a la esfera de los conocimientos verdaderos, sino también a la de los falsos. En la praxis, los escépticos tendían a considerar la mayoría de los conocimientos y conceptos probablemente verdaderos como efectivamente verdaderos, bajo la suposición implícita de que la normalidad de las condiciones cognoscitivas sea más o menos el criterio de la verdad. Habiendo el análisis crítico demostrado que tanto la Razón como

los sentidos no garantizan un conocimiento irreprochable, se hace entonces imprescindible reconocer la falta de un criterio absoluto y permanente para establecer la verdad *per se*; en la vida cotidiana, por ende, no queda más remedio que guiarse por la mera probabilidad, el buen sentido, los síntomas exteriores y a través de las advertencias de la inteligencia y los instintos.

Pensadores escépticos establecieron ciertos esquemas de crítica lógica, llamados *tropos* (modos de fundamentación), para demostrar las falacias y debilidades de todas las formas de conocimiento y razonamiento. Con argumentos que denotan un claro resabio sofista, se trató de hacer resaltar la poca solidez, las contradicciones inmanentes y la escasa utilidad tanto de los principios causales como de los datos recogidos empíricamente. Los tropos principales, que contienen en realidad a todos los otros, son: discordancia total de opiniones sobre los mismos problemas entre los pensadores y a través de todas las épocas y culturas; regresión infinita de los argumentos (toda afirmación pide prueba, y ésta una prueba anterior, etc.); relatividad del juicio sobre las cosas, según las circunstancias en que ellas se hallan o la relación que guardan con nosotros; necesidad de un supuesto *a priori* no probado, para evitar la regresión infinita (al cual puede oponerse con igual derecho una hipótesis diferente); caída en el círculo vicioso, si se ha escapado a los peligros de los tropos anteriores. Los tropos tienen por objetivo el demostrar la falta de criterios válidos permanentemente y la imposibilidad de discernir lo verdadero y lícito entre opiniones contradictorias; los escépticos adoptaron el teorema de la *isostenia*, es decir, del conflicto equivalente como resultado de querer establecer la validez de cualquier enunciado, al cual se le puede oponer siempre un enunciado contrapuesto de igual fuerza y verosimilitud.

Sexto Empírico no solamente fundamentó la teoría de la incertidumbre cognoscitiva de hecho, sino que, mediante un análisis de las teorías anteriores y la inclusión de muchos ejemplos empíricos, trató de demostrar en forma radical y precisa la ambivalencia de todo conocimiento humano; en sus abultados escritos se halla una verdadera masa de argumentos de tinte sofista, que muestran con igual consistencia la existencia y simultáneamente la no existencia del movimiento, el reposo, el lugar, los números y el tiempo, además de probar la ambivalencia de todas las formas de conocimiento y de todos los conceptos humanos sobre el universo.

El relativismo y probabilismo gnoseológico es aplicado asimismo a la esfera de la ética. No siendo posible discriminar entre lo verdadero y lo falso con respecto a los bienes espirituales, el escepticismo aconseja una actitud práctica basada en la mera probabilidad,

sin requerir de un fundamento teórico o religioso para justificar las acciones y sin erigir principios para legitimizar la conducta humana. El escepticismo cuestionó sobre todo la pretensión de la filosofía dogmática de poder fijar una conducta continuadamente correcta en base a conocimientos científicamente asegurados. Si bien el escepticismo niega así una garantía de felicidad basada en el conocimiento, admite que es posible un acercamiento a la felicidad siguiendo las reglas del probabilismo. Así como un comportamiento permanentemente correcto cae dentro de la casualidad, también la consecución de la felicidad deviene un aspecto contingente de la vida humana. La consecuencia práctica de la ética escéptica se manifiesta entonces en una conducta "libre de dogmatismo", acondicionada por la apariencia de los fenómenos, cuya verdadera naturaleza no se puede llegar a conocer; este acondicionamiento a la realidad tal como es en un momento dado, lleva, según el propio consejo de Sexto Empírico, a respetar las leyes y usos, las instituciones y la iglesia de la sociedad respectiva, sin cuestionar nunca la racionalidad ni el derecho de tales instituciones y normas.

La abstinencia del juicio y el distanciamiento concomitante de toda disputa, pero también de toda investigación sobre la naturaleza de las cosas, conduce al objetivo anhelado por el escepticismo: a la impasibilidad de espíritu, a la felicidad derivada de la tranquilidad del alma y de la carencia de conflictos en la conciencia.

Michel de Montaigne, el representante más conocido del escepticismo en la Edad Moderna, actuó igualmente en una época de crisis y cambio social, acompañada de guerras civiles (siglo XVI); su escepticismo está dirigido más hacia la problemática de la ética individual y del comportamiento político. El principio teórico de Montaigne permanece dentro de la órbita escéptica: falta de criterios como elementos irrefutables de juicio, isostenia de las opiniones sobre la naturaleza de las cosas, ambivalencia de todos nuestros conocimientos y concepciones. La tendencia escéptica de acomodarse a la apariencia de los fenómenos según el sentido común y las leyes de la probabilidad es reforzada por Montaigne y convertida en un marcado pragmatismo político. No existiendo ninguna verdad absoluta en el terreno socio-político, Montaigne considera que la única verdad relativa sería entonces la conservación del equilibrio reinante en un momento dado; al mismo tiempo que estima el desorden como causa de todos los males políticos, Montaigne aboga por la conservación del orden establecido como el mal menor. Sobre las normas y leyes escribió que su fuerza y validez no provenían de su justicia y equidad, sino simplemente del hecho de que eran las leyes válidas en cierto momento —su mera facticidad sería asimismo la

base mística de su autoridad. Lo más grave para las sociedades serían las alteraciones y cambios sociales, de los cuales solamente es dable esperar injusticia y tiranía: "Los males antiguos y bien conocidos son siempre más fáciles de soportar que aquellos nuevos y no probados".

Las implicaciones del escepticismo en relación con los problemas de nuestro tiempo son de carácter muy diverso; es conveniente, por lo tanto, señalar, aunque sea cursoriamente, algunas limitaciones negativas y algunos puntos de naturaleza evidentemente progresista. Entre las limitaciones que reducen la relevancia de la teoría escéptica se hallan, sobre todo, la debilidad de sus principios gnoseológicos y la argumentación sofista de buena parte de sus demostraciones. Desde el primer momento, los críticos del escepticismo llamaron la atención sobre la incongruencia lógica del relativismo a ultranza: si todo el conocimiento es incierto y relativo, también lo es este enunciado mismo. El probabilismo de toda nuestra actividad cognoscitiva debe ser aplicado naturalmente a los principios escépticos, mediante lo cual todos éstos pierden su rigor normativo y su validez lógica. El postulado de la incertidumbre cognoscitiva total y permanente conforma en realidad un dogmatismo negativo, el cual se encuentra ligado a un dogma positivo, a la normalidad de las condiciones de conocimiento como criterio de probabilidad. Habiendo tomado la probabilidad la función de una verdad de segunda mano, pero de primera importancia en la vida práctica, y conteniendo como tal la posibilidad de falsedad e incorrección, se da como resultado un fundamento débil y contradictorio de todo el aparato doctrinario del escepticismo. Pero, ante todo, no puede la teoría escéptica evitar el dogmatismo negativo sin remover aquel dogma positivo, y removiéndolo, se derrumbaría todo el aparato de su teoría. La insistencia escéptica acerca de la relatividad de todo conocimiento y la abstención del juicio impiden un análisis racional sobre la validez de los principios escépticos; se imposibilita en realidad llegar a plantear la cuestión sobre la esencia misma de aquellos principios. Las otras teorías filosóficas empiezan su análisis donde el escepticismo termina, es decir, en torno a la problemática de la función y el alcance de nuestras facultades cognoscitivas. Los escépticos se limitan, por medio del argumento sobre la relatividad liminar del conocimiento, a cuestionar *a priori* la posibilidad misma de conocer, sin que esto sea, por ejemplo, el resultado de todo un proceso de investigación. El escepticismo no se interesa, por lo tanto, en sacar conclusiones; la duda no es su método, sino su meta. Su objetivo no es la certidumbre, sino la incertidumbre; requiere de la certidumbre solamente para demostrar la incertidumbre. En interés de la impasibilidad del espíritu, los escépticos no podían, con-

secuentemente, insistir en el esclarecimiento del mayor número de problemas; los esfuerzos por la verdad y el progreso del conocimiento les debieron parecer como vanos y hasta peligrosos para la ataraxia. Teniendo la duda como meta, les estaba vedado el camino del racionalismo, es decir, el usar la duda metódicamente como instrumento para conseguir un conocimiento sólido y libre de impugnaciones y una certidumbre purificada de los avatares de lo casual.

La negación de todo criterio racionalmente fundamentado en la esfera de la vida práctica ha tenido sobre todo una influencia decisiva con respecto a la ética socio-política propiciada por el escepticismo. El predominio de la isostenia en la ética, es decir, la existencia de normas, decisiones y exigencias entre sí contradictorias, pero equivalentes en valor moral y consistencia lógica, hace imposible una elección de pautas de comportamiento basadas en una discusión racional de las mismas. El amplio campo de la ética y de las normas de comportamiento queda así librado al decisionismo irracional y a la casualidad erigida en principio: siendo las normas y los valores de orientación entre sí indiferentes, resulta entonces tan razonable como lícito seguir o rechazar un programa o una ideología. Los postulados del escepticismo de ser un sistema estrictamente racional y de proponer la abstención del juicio justamente a causa de una argumentación estrictamente lógica, se tornan en una abierta apelación al irracionalismo en el campo de la vida práctica; la abstención del juicio sirve, por ende, para poder justificar cualquier decisión irracional y cualquier praxis inhumana en nombre de la falta de criterios para discernir entre lo bueno y lo malo, lo lícito y lo ilícito, lo justo y lo injusto. En el intento de evitar todo dogmatismo, el escepticismo termina en una indiferencia moral absolutista, no menos dogmática que otras doctrinas morales de corte positivo.

La indiferencia ética como sistema exhibe en la vida diaria un carácter eminentemente conservador. No existiendo criterios para juzgar los intentos de cambio social, el escéptico se contenta con el mal menor, es decir, con el orden establecido en un momento dado. Sexto Empírico aconsejaba a sus discípulos a respetar escrupulosamente las leyes vigentes y a practicar el culto religioso reinante, sin ahondar críticamente en su carácter y justificación. Con su pragmatismo político, Montaigne propiciaba un claro acatamiento al orden preexistente y a las leyes imperantes, en virtud de su mera existencia.

La relevancia del escepticismo en nuestros días se debe a que esta corriente del pensamiento permite combinar un comportamien-

to externo de sumisión bajo el orden establecido con una conciencia crítica de este mismo orden: la libertad interior de pensar y estar en desacuerdo con los hechos exteriores es ganada a costa de limitar la conciencia crítica a la esfera del espíritu, cortando toda trascendencia de ésta hacia el campo socio-político. Esta relación entre teoría y praxis, tan cara a gran parte de los estratos profesionales e intelectuales por sus obvias ventajas, fue demostrada ya en forma paradigmática por Montaigne. Las leyes, a las cuales él propugnó obediencia, las consideró en su fuero interno siempre como irracionales y despreciables, productos de hombres incultos y sin sentido de justicia. Ante los ojos de Montaigne, la esfera de los asuntos públicos no era más que una farsa, y la sabiduría de los gobernantes, una ficción. La visión moderna del escepticismo contribuye a obtener la felicidad mediante la abstención del juicio relativa a los problemas de la vida pública, es decir, con respecto a cuestiones controvertidas y que exigirían juicios valorativos con implicaciones éticas; el beneficio de tal posición reside evidentemente en que la consecución de la impasibilidad de espíritu se combina con la comodidad de no poder o no tener que asumir responsabilidades por la praxis cotidiana, y disponer simultáneamente de opiniones críticas acerca de ella. Montaigne acuñó las palabras clásicas sobre esta situación: "Un hombre honorable no es responsable de lo insensato y malo que está unido a un cargo público; y, por lo tanto, nunca debe negarse a ejercerlo". Siendo Montaigne alcalde de Burdeos, declaró: "El alcalde y Montaigne son dos personas, que deben ser diferenciadas cuidadosamente". El postulado de tomar el mundo tal como es y preservar la conciencia crítica de toda contaminación derivada de su trascendencia social, conduce necesariamente a consolidar el irracionalismo reinante, a perpetuar normas inhumanas y a hacer peligrar la propia conciencia crítica. La libertad interior y la perfección del espíritu no pueden sobrevivir demasiado tiempo rodeadas de la esclavitud exterior y la imperfección social, y menos aún en la época contemporánea. Los intelectuales y profesionales, cuya felicidad interior está derivada de hacer caso omiso de una realidad socio-política inhumana y de abstenerse de emitir juicios valorativos sobre ésta, brindan a la sociedad respectiva sus servicios indispensables, especialmente en los campos de la investigación científica aplicada, del desarrollo armamentista y del uniformamiento psíquico-cultural, sin los cuales esas sociedades no podrían subsistir, y justamente mediante el acrecentamiento de estas cualidades negativas se tiende a imposibilitar a largo plazo el establecimiento de sociedades genuinamente emancipadas.

El lado de las posibles consecuencias negativas del escepticismo es necesario indicar brevemente las positivas. La insistencia escéptica en la examinación minuciosa y la duda metódica han contribuido, sin duda alguna, a debilitar afirmaciones categóricas, a desenmascarar mitos y a cuestionar falsos teoremas. La abstención del juicio no ha significado en todos los casos la renuncia al quehacer científico, sino más bien una renovación del análisis y una verificación de todos los puntos postulados. La duda sistemática y la relatividad del conocimiento conllevan una comprobación detenida del material empírico, similar al efecto de un tamizado severo y exhaustivo. (No en vano se ha considerado al escepticismo como el precursor de los métodos de comprobación empírica de la ciencia moderna.) Los principios escépticos del probabilismo y la relatividad han demostrado ser, en el curso de la historia del pensamiento, dos armas poderosas contra el dogmatismo y el fanatismo; la importancia primordial que hoy en día se puede atribuir al escepticismo reside seguramente en su oposición a todo sistema dogmático. Sexto Empírico mostró la fuerza demoledora que podían desarrollar sus famosos tropos al criticar y desmenuzar los argumentos de los sistemas dogmáticos de su época; fue también uno de los primeros pensadores en denunciar la "superflua laboriosidad" y el "fanatismo" contenidos en los dogmas, "ciudades de los males humanos". Sexto Empírico anticipó la forma moderna de la crítica ideológica, suponiendo que los sistemas dogmáticos estaban destinados a justificar opiniones establecidas *a priori*: la inculpada laboriosidad de los dogmas sería parte del intento de hacer pasar enunciados condicionales y relativos por verdades absolutas e incondicionales.

La relatividad cognoscitiva determina ciertos aspectos del comportamiento social, a los cuales se les debe conceder marcados rasgos positivos. Derivada de aquella relatividad se halla la imposibilidad de atribuir caracteres de superioridad a razas, naciones o grupos sociales: cupo al escepticismo el evitar tendencias racistas, nacionalistas o clasistas, preconizando, en cambio, actitudes cosmopolitas y democráticas y sosteniendo la igualdad de todos los hombres. Montaigne mismo, a pesar de su espíritu conservador, criticó severamente los prejuicios nacionalistas y racistas, propugnando, por otra parte, la validez de las libertades civiles y religiosas y la tolerancia política en la realidad cotidiana. Su humanismo y su ideal de la existencia basado en principios racionales muestra hasta dónde puede desarrollarse un escepticismo que supere sus limitaciones metodológicas y que no obstaculice la praxis humana, sino que se limite a criticar los sistemas dogmáticos con pretensiones absolutistas. La impasibilidad del espíritu intentada por los escép-

ticos adoptaría entonces el mismo carácter que la preconizada por la corriente estoica, convirtiéndose en un distanciamiento consciente ante las adversidades de la vida y los golpes del destino y conservando así intacta la idea de posible y plena felicidad.

El desarrollo de las sociedades modernas ha vuelto indispensable una actitud fundamentalmente antidogmática frente a los grandes sistemas ideológicos del presente y a los dogmas más sutiles y generalizados relativos al consumo masivo, al progreso ilimitado y al crecimiento incesante. También en los países del Tercer Mundo es necesario un enfoque escéptico con respecto a aquellos partidos políticos y movimientos ideológicos que prometen soluciones radicales y metas paradisíacas y cuyos métodos denotan tanta inhumanidad como sus argumentos simpleza. Una posición escéptica es asimismo recomendable allí donde efectos de demostración y deseos colectivos preconscientes hayan fijado por adelantado los objetivos de cada sociedad y donde estas metas últimas adopten, por lo tanto, un carácter aparentemente obvio, general e inevitable. El escepticismo puede ayudar igualmente en aquellas situaciones, en las que el fanatismo, las tendencias a la moda y los fenómenos psico-patológicos pretendan hacerse pasar por argumentos racionales y programas políticos. Finalmente, la crítica antidogmática puede contribuir a desmistificar los grandes sistemas ideológicos contemporáneos con tendencias omnímodas, cuya sutil construcción —como en el caso del marxismo— dificulta un esclarecimiento adecuado: la simplicidad de sus principios fundamentales, el dogmatismo de sus afirmaciones centrales y sus incongruencias con respecto a la realidad son hábilmente justificadas y encubiertas por una masa impresionan'te de observaciones correctas, teoremas persuasivos y resultados parciales irreprochables. En una época, donde los medios técnicos para la seducción de las masas están ya dados, urge conservar y agrandar los pocos fragmentos restantes de pensamiento crítico y antidogmático.

La actitud escéptica podrá contribuir notablemente a este propósito si supera su estricta suspensión del juicio, es decir, si utiliza la duda como medio de análisis y no como fin ético. La indiferencia hacia los fenómenos exteriores se tornaría entonces en un discernimiento crítico de éstos y de sus implicaciones socio-políticas, impidiendo de este modo que el orden establecido sea juzgado más positivamente de lo que éste lo merece en la realidad. El discernimiento crítico aplicado a la esfera socio-política superaría no solamente concepciones formalistas sobre el orden, el poder y las instituciones, sino que ayudaría a evitar que los diferentes regímenes sociales se conviertan en sistemas totalitarios, en los que las liber-

tades civiles y políticas sean meros formalismos verbales, la actividad cultural degenera en uniformidad total y los objetivos de la sociedad se agotan en el consumismo y en el crecimiento económico como fines centrales. La esperanza de instaurar un orden social razonable y justo depende en gran parte de la capacidad de los grupos profesionales, científicos e intelectuales para trascender el *status quo* como primer y último elemento de juicio, pero manteniendo la crítica de los dogmas como uno de los logros permanentes del escepticismo.

UNA FACETA DE HOSTOS

Por José FERRER CANALES

MIREMOS otra vez al maestro y apóstol de la libertad y la cultura iberoamericanas, Hostos. Visionario, quiso esculpir en la dura realidad de *nuestra América, la América mestiza* el ensueño del Libertador de Ayacucho: la unidad en la libertad y la justicia para nuestros pueblos. Revolucionario, se hermana al heroico y sabio, generoso y radical José Martí y al patriarca Betances en los esfuerzos por la Confederación Antillana. Talla en su conciencia lo que escribe en su *Diario* el 22 de agosto de 1874, hace un siglo: "He aquí la vida del todo ideal que me había trazado: hacer la independencia de mi patria". Hombre de letras, analiza en penetrantes páginas de fina sensibilidad estética, la sicología de Hamlet y Ofelia. Siembra la fecunda palabra del educador como Andrés Bello, Manuel González Prada y Justo Sierra. Y es tal su significación que el pensador de Colombia, Carlos Arturo Torres, quien descubre en Bolívar la "conciencia política" de nuestras patrias, llama a Hostos "conciencia ética del continente". Metafóricamente, Anderson Imbert lo ve como "una cumbre", y Mauricio Magdaleno lo cataloga como "un acontecimiento americano".

Queríamos volver hoy sobre la faceta que acerca al puertorriqueño egregio, Eugenio María de Hostos, a aquellos extraordinarios varones hispánicos como Sanz del Río y D. Francisco Giner de los Ríos, que dan sentido a todo un movimiento de renovación en la vida y en la cultura españolas en la segunda mitad del siglo XIX: el krausismo español.

Aquella jornada histórica, centrada en torno a las personalidades de D. Julián Sanz del Río, Giner y su círculo, ha sido esclarecida, entre otros, por Adolfo Posada, D. Fernando de los Ríos, Pierre Jobit, Joaquín Xirau, Juan López Morillas, Vicente Cacho Viu, Angel Mergal y Domingo Marrero Navarro. Sabemos que el krausismo español es, más que un conjunto hermético de principios o una filosofía sistemática, un estilo de vida, una actitud vital. Es un movimiento que aspira a la liberación del hombre, aspira a despertar en él, amor por la verdad, por la libertad. Esencialísimos dentro de esa perspectiva son *el armonismo cósmico, el panenteísmo*

("Todo, derecho, arte, pedagogía —postulan aquellos sabios—, va a desembocar en Dios".) y el *eticismo* de raíces religiosas ("... nuestro solo deber es reproducir en nuestras vidas, la vida de Dios, que es el bien.") Entraña el krausismo español una religiosidad de tipo paulino, interior, y el respeto por una constelación de valores que son la justicia, el deber, la belleza moral y el culto a las ciencias —todo muy evidente en la pedagogía que propugnan estos maestros.

El krausismo español —proclama Giner—, es una corriente de emancipación espiritual, de educación científica, de austeridad ética que ha removido y ablandado y sigue removiendo lo poco que queda de plástico en el fondo de este terruño.

Sanz del Río, a quien Castelar llamará en una muy citada epístola "sabio maestro que ha estudiado en Heidelberg la ciencia alemana, y que es hoy el Sócrates de nuestro movimiento filosófico", el pensador de Torrearévalo, Soria, que después de viajar por Europa y de meditar por casi diez años en Illescas, pronuncia en 1857, el famoso *Discurso inaugural* de la Universidad de Madrid, expresa la aspiración de los hombres austeros y nobles que, junto a él, querían la renovación de España:

que la Historia, hoy militante, cortada a cada paso por oposiciones, y... viciada por desamor y egoísmo, sea algún día Historia y vida armónica, verdadera madre y maestra de sus hijos, como el padre de los suyos, como Dios de la Humanidad.

Detrás del pensamiento aquí apenas sugerido, reducido a extrema forma esquemática y hasta desdibujada, hay todo un orbe de ideas, orientaciones, pautas con las cuales aquellos eticistas y estoicos impulsaban el renacimiento de la España válida para Giner, D. Manuel B. Cossío, D. Santiago Ramón y Cajal, Unamuno, Antonio Machado y que simbolizamos en Federico García Lorca y en Miguel Hernández. Asevera Joaquín Xirau que "los hombres del '98 eran ya discípulos... , en ocasiones, discípulos *distraídos*" de los krausistas españoles.

Aquí sólo apuntamos hacia algunas relaciones del pensador puertorriqueño e iberoamericano, Hostos, con representantes del krausismo español. Antonio S. Pedreira, ensayista, autor de *Hostos, ciudadano de América*, escribió sobre esos vínculos:

Hostos se educó en España y fue discípulo de D. Julián Sanz del Río y compañero de Salmerón, Azcárate y Francisco Giner de los Ríos. Quien conozca la reforma educativa implantada en España por este

último maestro de maestros, comprenderá mejor la que con menos fortuna empezó Hostos en Santo Domingo, en la misma época en que abrió sus puertas la Institución Libre de Enseñanza. Giner y Hostos tienen un ideal educativo idéntico y se parecen hasta en la fuerza moral que tuvieron para predicarlo.

Esas tangencias las vio, entre otros, J. J. Arrom. Y tenemos el testimonio personal de Giner, quien en las notas biográficas sobre Sanz del Río para el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, correspondiente al 31 de agosto de 1914, menciona entre los asistentes a la cátedra de éste, de 1860 al 70, a don Federico de Castro, Salmerón, Gumersindo de Azcárate, A. G. de Linares y a Hostos.

No vamos a ceñir al krausismo el vuelo del pensamiento de Hostos, que vemos entroncado, vinculado a múltiples fuentes y estímulos filosóficos y vitales —uno es el pensamiento positivista, revelado en los comentarios hostosianos acerca de Augusto Comte, Herbert Spencer y Lastarria. El mismo Hostos, a quien juzgamos un autodidacta y atento observador de su circunstancia antillana, iberoamericana, hispánica, clama por la independencia de su pensar y su sentir. Pero no podemos olvidar que el mismo José Martí, leyendo el *Programa de los independientes*, escrito por Hostos, expresa que ese *Catecismo democrático* "de ejemplos históricos, aducidos hábilmente, deduce reglas de república que en lenguaje y esencia nos traen recuerdos de la gran propaganda de la escuela de Tiberghien y de la Universidad de Heidelberg" —que es una forma martiana de aludir al krausismo español.

(Jorge Mañach recuerda que el mismo Martí "compartió aquella delectación con que el modesto epígono del idealismo, Krause, había sido descubierto por la conciencia filosófica española de mediados del siglo pasado". Y José Antonio Portuondo en el Coloquio Internacional sobre Martí, en Burdeos, señalaba que el krausismo en España "significó algo positivo... , progresista porque permitió agrupar a gentes que... llevaron el pensamiento liberal a un grado que no existía hasta entonces".)

Muchas huellas dejó Hostos de su admiración por los krausistas españoles. Por ejemplo, en medio de sus polémicas por la educación del hermano pueblo de Santo Domingo, escribía una vez estas palabras de evocación:

(Tenemos) de la Universidad de Oviedo el grato recuerdo del noble pensador y hombre de bien que es el Sr. (Adolfo) Posada, amigo intelectual; y de la Universidad Central de Madrid la cariñosa memoria de amigos afectísimos como los Giner, los Azcárate, los Linares, predilectos del corazón y la conciencia que siempre ha visto

en ellos los representantes de aquellos españoles que honran por su carácter a la especie humana.

Vuelve a referirse a la Universidad en que "profesan —son sus palabras— los más notables pensadores que hay en la España nueva, como Salmerón, Giner, Azcárate". Hostos, que vio en la revolución de setiembre de 1868 una toma de conciencia y el signo de una verdadera renovación, hizo el elogio de Salmerón como "el hombre que más elocuente y más noblemente ha condenado la conducta de la monarquía en las Antillas (y) es pensamiento e inspiración de la República Española".

Páginas luminosas de la vida universitaria hispánica, que lee la juventud con fervor, buscando en ellas estímulo, lección y espuela, páginas de vigencia hoy día para los que defendemos el concepto de universidad como casa de la libertad y templo del decoro, la ciencia y conciencia, son las que escriben con sus vidas diamantinas los krausistas españoles hacia 1867. El alma joven de América, que ha estudiado, leyendo las meditaciones de Andrés Bello, Justo Sierra, Varona y Martí, entre otros grandes, auténticos rectores morales, sobre la misión de la universidad y que vive agónicamente por crear la auténtica casa de cultura autónoma y libertadora, evoca conmovida aquella etapa de la historia. Todos sabemos que el Ministro de Fomento, el Marqués de Orovio, pretende que Sanz del Río firme una adhesión de fe política, dinástica y religiosa. Se niega Sanz. Y a aquella actitud cívica, justa, recta, auténticamente universitaria, se adhieren otros catedráticos de la Universidad como Giner, don Fernando de Castro, José María Maranges, Nicolás Salmerón y otros. Todos son expulsados de sus cátedras.

Pero aquellos verdaderos maestros reciben la expresión de simpatía y solidaridad de 65 profesores de la Universidad de Heidelberg y del Congreso de Filosofía reunido en Praga en 1868. Escribe el claustro de profesores desde Alemania, en agosto de 1868, después de saludar a Sanz:

Hemos creído, pues, que nos corresponde manifestar, mediante estas letras, cuánto dolor y cuánta indignación nos ha causado la injuria inferida, no a ti sólo y a tus amigos y discípulos, sino a todos aquellos que opinan debe combatirse por la justicia y la verdad, debe defenderse la libertad de sentir y de hablar. Esta libertad la has defendido tú, varón esclarecido, con la mayor dignidad y constancia. . .

¿Y nuestro Hostos, qué expresa ante aquella crisis universitaria? ¿A qué altura asciende? ¿Cómo aparece entonces el antillano que Pedro Henríquez Ureña describe como ardiente, severo, puro

y estoico? El apasionado de la justicia, ¿qué afirma? Estando en Barcelona, Hostos le escribe a D. Julián Sanz del Río el 16 de enero de 1868 una epístola de la cual leo sólo dos líneas:

Bienaventurado el que sufre persecusión por la verdad, y bienhadado el que vive en sí mismo, y puede con benévola sonrisa lastimarse del error de las pasiones. . .

Mi querido y venerable maestro, nunca más venerable que en estos momentos de gloriosa prueba.

El mismo día (16 de enero de 1868) en carta a D. Nicolás Salmerón, apunta:

. . . todos los que pensamos por nosotros mismos, somos perseguidos en Uds.: menguados de nosotros si no viéramos en esa persecusión de la impotencia poderosa el triunfo de nuestra causa, que es la causa invencible, del hombre universal. Menguados de nosotros si perdiéramos en quejas vacías el tiempo del trabajo.

Trabajemos.

Quienquiera que padece por la verdad y la justicia, ese es mi amigo.

Así escribe Hostos a aquellos maestros expulsados de sus cátedras. Sus testimonios corresponden a la letra y al espíritu de los esclarecidos profesores de Heidelberg, además de haber sido escritos antes. Aquél y éstos defienden unos mismos valores y unos mismos casos concretos en que se ha violado la justicia, la verdad y la libertad.

Y D. Francisco Giner admiró y elogió a nuestro Hostos. Refiriéndose al libro *Lecciones de Derecho Constitucional* y a la impresión que había dejado en España, le escribe al sabio puertorriqueño en una carta que Antonio S. Pedreira divulgó con el título de *Desenterrando diamantes*:

Paseo del Obelisco, 8

Señor D. Eugenio Ma. Hostos

Mi querido y antiguo amigo:

Muy en descubierto estoy con Ud.; pero aguardaba para contestar a su gratísima de Enero a publicar en nuestro pequeño "Boletín" el artículo sobre su interesantísimo libro, que habíamos encargado a Adolfo Posada, Catedrático de Derecho Político en la Universidad de

Oviedo y uno de los más inteligentes y competentes entre nuestra juventud universitaria. Por este mismo correo recibirá Ud. dos ejemplares de este artículo. La impresión que su libro ha causado aquí, ha sido excelente...

... Baste para terminar lo tocante a su libro, añadir mi parabién al que todo el mundo aquí le envía. Es un trabajo serio y lleno de profundo interés.

Omito gran parte de la epístola y cito:

En cuanto a mí... continuó en mi cátedra de Filosofía del Derecho con más gusto e interés cada día, y al par, desde 1876, en que (con motivo de haber sido expulsados de nuestras cátedras, Linares, Salmerón, Azcárate, otros profesores y yo) fundamos una *Institución libre de enseñanza*.

... Créame siempre muy deseoso de renovar y mantener nuestras cordiales relaciones de otros tiempos, que es difícil olvidar y cuente con la viva estimación de su affmo. amigo,

Francisco Giner de los Ríos

Es un bello, un trascendental documento para la historia de la cultura, de las ideas y de las relaciones entre dos maestros de nuestros pueblos y de la juventud.

Y como el autor del libro *La Universidad Española y de Pedagogía Universitaria*, en quien D. Federico de Onís vio "un profundo espíritu de alma religiosa, eternamente joven", vivió Hostos la vida heroica de maestro en Santo Domingo, Puerto Rico, Chile, Venezuela, Perú, en su peregrinación por América y protestó porque las universidades que conocía, en vez de propiciar reformas en la sociedad, sólo ayudaban a perpetuar el *statu quo*. El discurso de Hostos en Santo Domingo, *El propósito de la Normal* para los primeros maestros normalistas, corresponde al *Discurso inaugural* de Giner, de 1880-1881 para la Institución Libre de Enseñanza. Aquél, el pensador iberoamericano, antillano, quiere formar —postula—, "hermanos en la patria y la humanidad" y el maestro peninsular quiere forjar "hombres útiles al servicio de la humanidad y la patria". Si Giner dejó *Estudios de literatura y arte*, Hostos nos legó ensayos de *Crítica* literaria y estética como los consagrados a Shakespeare.

He expuesto en otro estudio que podemos aplicar al antillano ejemplar, palabras que a Giner dedicó Alfonso Reyes. Porque el *mexicano universal* vio a Giner en la tradición de "Sanz del Río, un profesor de Filosofía del Derecho, un escritor liberal, un hombre

de temple apostólico. Dicen que él decía ejercer el sacramento de la palabra".

Miremos otra vez el perfil del héroe de la cultura iberoamericana y varón de epopeya moral. Hostos ha proclamado que *Sin libertad no hay vida* y que *Sin independencia no hay dignidad*. Hostos ha dado batallas por nuestra nacionalidad puertorriqueña, por Cuba, por la educación dominicana y chilena, por la Confederación Antillana, por los derechos de la mujer, por indios, chinos y negros discriminados, por el ideal de hombre completo, por el ensueño bolivariano. Hostos está en la tradición revolucionaria que encarnan padres de nuestras patrias cual Betances, Benito Pablo Juárez, Martí y Albizu Campos. Y él realiza su misión allí donde el Libertador, en su profética *Carta de Jamaica*, habló sobre el "pequeño género humano" que el Apóstol identificó como *la América mestiza*, allí donde "ser educador es ser creador". En *Nuestra América*, siembra la palabra libertadora, el forjador de conciencias y pueblos, Eugenio María de Hostos.

No lo definiremos como estrictamente, únicamente krausista. Pero allá en las raíces de su más íntima intimidad, de su formación intelectual, filosófica, estará la huella, ha de florecer el recuerdo, el eco del alma de Sanz del Río, el que aspiró, en su *Discurso* de 1857, "a la historia y vida armónica" y ha de aflorar la imagen y la voz del *Evangelio vivo*, el luminoso y estoico Giner y de otros krausistas hispánicos. A la gloria de aquellos hombres egregios y a la de Hostos, la conciencia iberoamericana le ofrenda laureles inmarcesibles.

BIBLIOGRAFIA MINIMA

- Arrom, J. J., *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1963, p. 179.
- En torno a José Martí, *Coloquio Internacional*, Bordeaux, Editions Bière, 1974, p. 454.
- Giner de los Ríos, F., *La Universidad Española*, Madrid, La Lectura, 1916. (Obras completas, II).
- , *Estudios de Literatura y Arte*, Madrid, La Lectura, 1916. (Obras completas, III).
- Hostos, Eugenio María de, *Obras completas*, II, IV, XI, XIII, XIV, La Habana, Cultural, 1939.
- Jobit, Pierre, *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine*, Paris, E. de Boccard, 1936, 2 vols.
- López-Morillas, Juan, *El krausismo español, perfil de una aventura intelectual*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- Mañach, Jorge, "Fundamentación del pensamiento martiano", *Antología*

- crítica de José Martí*, Recopilación, introducción y notas de Manuel Pedro González, México, Cultural, 1960, p. 454.
- Marrero Navarro, Domingo, *El centauro: persona y pensamiento de Ortega y Gasset*, San Juan de Puerto Rico, Imprenta Soltero, 1951, p. 168.
- Martí, José, *Obras completas*, II, 1, La Habana, Lex, 1948, p. 423.
- Mergal, Angel M., *Federico Degetau, un orientador de su pueblo*, Nueva York, Hispanic Institute, 1944.
- Pedreira, Antonio S., *Hostos, ciudadano de América*, Madrid, Espasa-Calpe, 1932.
- Reyes, Alfonso, "Giner de los Ríos", *Dos o tres mundos*, México, Letras de México, 1944, p. 157-161.
- Sanz del Río (1814-1869), *apunte biográfico por F. Giner de los Ríos, documentos, diarios y epistolarios preparados... por Pablo de Azcárate*, Madrid, Tecnos, 1969, pp. 25-47.
- Sanz del Río, Julián, "Discurso pronunciado en la Universidad Central", *Idealismo absoluto*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, s.f.
- Xirau, Joaquín, "Julián Sanz del Río y el krausismo español", *Cuadernos Americanos*, 1944, 4, pp. 55-71.
- , *Manuel B. Cossío y la educación en España*, México, El Colegio de México, 1944.

Presencia del Pasado

ASPECTOS FORMALES DE LA CONTROVER- SIA ENTRE SEPULVEDA Y LAS CASAS, EN VALLADOLID, A MEDIADOS DEL SIGLO XVI

Por *Silvio ZAVALA*

COMO aspectos formales recojo algunas noticias que conciernen a las fechas de las reuniones y al idioma en el que los contendientes presentaron sus alegatos.

No parece haber discrepancia en cuanto al hecho de que hubo dos reuniones, una en septiembre de 1550 y otra en abril de 1551, ambas en la ciudad de Valladolid.¹

En lo que respecta al idioma en el que fueron presentados los puntos de vista de los polemistas, sabemos por Hanke que el primer día de las sesiones de 1550, habló por espacio de tres horas Sepúlveda y expuso un resumen del libro *Democrates Alter*. No precisa la lengua de la exposición. El segundo día se presentó Las Casas con su tratado de 550 páginas en folio y lo leyó todo, palabra por palabra, *seriatim*, "como lo manifiesta él mismo" (p. 16). Do-

¹ Así lo asienta L. Hanke, "La controversia entre Las Casas y Sepúlveda en Valladolid, 1550-1551", *Revista "Universidad Católica Boliviana"*, Medellín, Colombia, 1942, pp. 16-17. Manuel Giménez Fernández, *Fr. Bartolomé de las Casas Tratado de Indias y el Doctor Sepúlveda*. Estudio preliminar de..., Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1962, p. XXXII, puntualiza que la primera reunión tuvo lugar en agosto y septiembre de 1550, y la segunda en abril y mayo de 1551. Angel Losada, en su monumental edición de la *Apología de Juan Ginés de Sepúlveda contra fray Bartolomé de Las Casas y de Fray Bartolomé de Las Casas contra Juan Ginés de Sepúlveda*. Traducción castellana de los textos originales latinos, introducción, notas e índices. Madrid, Editora Nacional, 1975, recoge el texto del Argumento de la *Apología* de Las Casas, p. 107, donde se dice que el Emperador Carlos V, quien por entonces actuaba en Alemania, en 1551 ordenó la convocación de una reunión a la que acudiesen insignes teólogos y juristas junto con senadores del Consejo de Indias para que todos éstos escuchasen tanto al Obispo como a Sepúlveda y resolviesen lo que más conviniese a la república. En la introducción, p. 12, señala Losada que el Emperador Carlos V convocó en los años 1550 y 1551 la Junta que se celebró en Valladolid para dirimir el problema capital de la justicia o injusticia de las campañas que España llevaba a cabo en América.

mingo de Soto fue encargado de hacer el resumen de los argumentos. Este resumen fue sometido a Sepúlveda, quien respondió a las doce objeciones presentadas por Las Casas. Cuando la Junta se reunió de nuevo en 1551, Sepúlveda descubrió que Las Casas había, en el período de suspensión de labores, preparado una réplica a la respuesta del propio Sepúlveda. Este no dio otra respuesta, mas compareció nuevamente ante la Junta y discutió el significado de las bulas de Alejandro VI. Fue probablemente en este tiempo cuando escribió un trabajo "Contra los que menosprecian o contradicen la bula y decreto del Papa Alejandro Sexto..." (AGI., Patronato I, ramo 1).

Según Giménez Fernández, sin dar referencia, en la primera sesión Sepúlveda agotó en tres horas toda su argumentación ya adelantada en el *Democrates Alter*. Las Casas necesitó cinco sesiones consecutivas para leer en el infolio latino de 560 folios, donde *ad hoc* había acumulado casi todo su saber y seguramente además las aportaciones de sus cofrades del Colegio de San Gregorio y de los discípulos de Vitoria instalados en las Cátedras de Salamanca y Alcalá. Que la mayoría de los miembros de la Junta no demasiado técnicos en las materias específicamente indianas estimaran necesario para su reposado estudio un resumen en castellano del latino aluviano lascasiano, tampoco puede parecer extraño sino a quienes piensen que por entonces en España todos dominaban el latín. Comenta la difusión dada en el primer semestre de 1551 al resumen o apuntamiento del planteamiento de la disputa encargado a Fr. Domingo de Soto. La redacción requirió no poco tiempo: y a ello se agregó el necesario para redactar Sepúlveda, una vez le dieron traslado del apuntamiento de Soto, doce objeciones como resumen de las impugnaciones lascasianas y las doce réplicas que opuso a ellas. Las Casas a su vez redactó doce réplicas de desigual extensión, pero todas igualmente contundentes. No es de extrañar que hasta enero de 1551 no vuelva a hablarse en el Consejo de Indias de reunir la congregación suspendida. El Marqués de Mondéjar, Presidente, Gregorio López, Consejero, y Juan de Sámano, Secretario del Consejo de Indias, no sólo insistieron en la pronta y completa reanudación de la Junta aplazada hasta principios de abril de 1551, sino que prepararon un a modo de cuestionario sobre los puntos concretos de aplicación en la legislación indiana positiva, para la que en principio se había preparado la Consulta Colegiada. Al parecer las sesiones se iniciaron con la lectura de las objeciones de Sepúlveda y de sus réplicas por Las Casas, a las que se opusieron por el cronista imperial unas dúplicas que el autor que citamos da a conocer. Para el fin del mismo mes de abril las sesiones habían terminado, los congregados habían recibido el encargo de formu-

lar sus pareceres por escrito para poder remitirlos al Emperador ausente. No se han encontrado aún los pareceres de los miembros de la Junta enviados al Emperador, algunos hasta cuatro años después de haber ésta terminado.²

Losada hace presente en su Introducción, (p. 11), que la *Apología* (en latín) de Sepúlveda resume la argumentación de este autor defendida en la famosa Junta de Valladolid. A ella contesta

² En el artículo de Hanke, arriba citado, sobre "La controversia...", p. 23, nota 63, se hizo presente que de conformidad con una nota de Rubén Vargas Ugarte, publicada en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, IX (Buenos Aires, 1931), 313-315, existía en Sucre, Bolivia, un volumen de manuscritos sobre la disputa de Valladolid. Es el mismo, procedente de la Biblioteca del Colegio de San Felipe de Sucre, que ha estudiado y publicado M. Giménez Fernández, p. XI, bajo los auspicios de la Academia Nacional de la Historia, de Venezuela (Caracas, 1962). Las piezas relativas a la controversia de Valladolid que incluye ese volumen son las siguientes: 1. Resumen enviado al padre fray Alonso de Castro (es el hecho en castellano por Domingo de Soto), pp. 3-26. Carta del doctor Sepúlveda para fray Alonso de Castro. Contestación autógrafa de éste al dorso o vuelta de la carta, pp. 26-28. Tratan de la previa amonestación a los idólatras. 3. Postreros apuntamientos que dio Sepúlveda en la congregación, miércoles XII de abril de 1551, pp. 29-31. Dice que tratar del punto principal de la sujeción de los bárbaros conviene más a la profesión de los teólogos que a la de los juristas. Sepúlveda pide a sus señorías y mercedes que le den audiencia en la Congregación para proponer algunas razones en confirmación de su opinión, y que los padres que tienen la contraria le respondan. Si la respuesta fuere bastante al juicio de los señores de la Congregación, confesará Sepúlveda haber estado en error y romperá todo lo que sobre ello tiene escrito; mas si las razones fueren flacas y no se deban admitir, podrán todos conocer quién defiende la verdad. En su argumentación responde a los que menosprecian o contradicen la bula de Alejandro VI. 10. Dos copias de "los segundos puntos que se trataron en la congregación, año de 1551", pp. 145-147. En el encabezado: "Los puntos que parece que se deben tratar de más de lo que se ha tratado...". En el IX se inquiera: "Presupuesto que no debe preceder la guerra ni el sujetar a los indios a las amonestaciones y a la predicación como ha parecido a los más... si sería cosa justa y lícita compelerlos a admitir entre sí los religiosos y predicadores". 13. Copia de "la respuesta que el doctor de Sepúlveda hizo a lo que el obispo de Chiapa escribió sobre la conquista de las Indias", pp. 168-184. 16. Copia de "los comentarios del padre Las Casas a las doce réplicas que el doctor Sepúlveda opuso a las doce objeciones que aquél le hizo", pp. 213-260. Estos dos textos son los mismos que figuran en los *Tratados de Las Casas*, Sevilla, 1552. (En la edic. de México, 1965, I, 287-329 y 331-459). Giménez Fernández explica, p. LXIX de su Estudio Preliminar, que estos documentos estuvieron en posesión de Don Benito María Moxó y Francolí (1763-1816), Arzobispo de Charcas, antes Obispo Auxiliar de Michoacán. Actualmente el códice adquirido por la Fundación Creole ha sido entregado a la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, que lo ha editado como parte de sus labores en pro del conocimiento de la Historia de América.

Las Casas, parte por parte y argumento por argumento, en su propia *Apología* (en latín). Son las piezas fundamentales que ambos contendientes presentaron en apoyo de sus tesis ante los jueces de la Junta (p. 12). La *Apología* (en latín) de Las Casas no fue más que una parte de la documentación presentada y leída por él en la Junta: la parte teórica, sin duda la esencial. La segunda parte la constituye la documentación sobre los hechos, que es la *Apologética Historia*. En el Índice analítico de la *Apología* (en latín) de Las Casas, (p. 85), reitera Losada que al error de Sepúlveda en derecho contesta esta *Apología* (en latín); al error de Sepúlveda en los hechos contestará la segunda parte de esta *Apología* (en castellano), que es en realidad la *Apologética Historia*. Luego, (p. 106), en el argumento de la *Apología* (en latín), se lee que Sepúlveda escribió el opúsculo *De justis belli causis* ("Sobre las justas causas de la guerra"), y habiéndose enterado el Obispo de Chiapa de que aquel opúsculo había sido compuesto por Sepúlveda y habiendo llegado a sus manos un compendio redactado en español de dicha obra, pues por aquel entonces no pudo tener un códice latino, elucubró la siguiente *Apología* (en latín) contra aquellos invasores y opresores de los indios, y dedicó la *Apología* al Príncipe Felipe, encargado en aquellos tiempos del gobierno por su padre el César Carlos. Viene en seguida la referencia a la orden dada por el Emperador en Alemania en 1551 para la reunión de la Junta (p. 107 ya citada en nuestra nota 1) y se añade que en ella habló Sepúlveda en primer lugar durante todo un día. Al Obispo, a su vez, le escucharon su exposición durante cinco días, el cual leyó día tras día toda esta *Apología* (en latín).³ Es el dato más directo que se tiene acerca de que ese fue el texto (latino) que el Obispo expuso ante la Junta.

³ No sobra reproducir el pasaje latino del Argumento de la *Apología* de Las Casas que Losada publica en facsímil, fol. 3: "*data est primo Sepulvedae copia fandi per unum diem. Episcopum vero per quinque dies dicentem audierunt: qui totam hanc Apologiam seriatim recitavit*". Losada advierte que Las Casas hace el cargo a Gonzalo Fernández de Oviedo de que jamás aprendió el latín, p. 381. Losada comenta: "El desconocer el latín era uno de los más duros reproches que en el siglo XVI podía hacerse a una persona que se preciase de docta. Ahora bien, Las Casas, que no brillaba precisamente por latinista, no era el más indicado para hacer un tal reproche", misma p. 381, nota 3. A su vez, Agustín Millares Carlo, en la edición del *De unico vocationis modo...*, de Las Casas, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, p. XII, comenta: "escrito bastante viciado, difícil de suyo, en ocasiones, a causa de una cierta oscuridad de expresión y de un estilo muy desigual, pues junto a algunos pasajes de indudable elocuencia, existen otros en que abundan giros y construcciones vulgares que, por lo demás, no son, a lo que se nos alcanza, exclusivos de nuestro autor, entre los escritores de su época".

Finalmente —prosigue el autor del argumento—, después de muchas discusiones entre las partes, se juzgó que las expediciones llamadas "conquistas" eran inicuas e injustas y por lo tanto debían ser totalmente prohibidas en el futuro. En cuanto a las asignaciones, llamadas vulgarmente "repartimientos", nada se decretó, pues duraba la rebelión de algunos tiranos en los reinos del Perú y había tumultos en otras provincias. Losada señala, (nota 7 de la página 107), que en una apostilla manuscrita al margen se comenta: "Habla impiamente y todos los ordenamientos fueron revocados, según justifican Zárate (?) (*palabra oscura*) y otros historiadores". También hace notar que esta exposición, que atribuye a Las Casas, sobre el resultado de la Junta de Valladolid: *prohibición de las expediciones o conquistas en Indias*, no coincide con la versión de Sepúlveda. Losada nos permite ver que Las Casas, al fin de su Prefacio al Príncipe Felipe, (p. 119), pide que ordene a Sepúlveda que le entregue su obra que sobre este asunto escribió en latín, para que, refutada su falsedad, más plenamente luzca y reine en las conciencias la verdad de todas las cosas inmortales. Asimismo, ya en el texto de la *Apología* (en latín), (p. 123), dice Las Casas que la dividirá en dos partes: en la primera demostrará que Sepúlveda con sus partidarios yerran en derecho; en la segunda demostrará cuánto yerran en los hechos. En nota a este pasaje reitera Losada que la primera parte en latín de la *Apología* fue leída por Las Casas en la Junta de Valladolid; la segunda parte, en español, coincide con la *Apologética Historia*.

Hasta aquí estos tres cronistas mayores de lo ocurrido en los aspectos formales de la Junta de Valladolid. Ahora, por lectura propia, vamos a señalar otros datos. Dice Las Casas en su *Historia de las Indias*, libro III, cap. CLI, (edic. de México, 1951, vol. III, p. 351), que los indios no son santochados, ni mentecatos, ni sin suficiente juicio de razón para gobernar sus casas y las ajenas, como queda declarado y probado. De esta materia ya dejó escrito en su *Apología*, en lengua castellana, y en latín en el libro *De unico vocationis modo*; y en otro libro en lengua también castellana, cuyo título es *Apologética Historia*, donde pone muy en particular y a la larga las costumbres y vida y religión y policía y gobernación que todas estas naciones tenían, unas más y otras menos, y todas, empero, que mostraron ser hombres razonables y no siervos por *natura*.

En el "Argumento de la disputa con Sepúlveda, en la congregación que mandó Su Majestad juntar el año de 1550, en la villa de Valladolid", que Las Casas publica con otros tratados en Sevilla, en 1552, se dice que Sepúlveda envió a Roma para imprimir su *Apología* del libro que escribió en forma de diálogo, en latín muy

elegante, guardadas sus leyes o reglas y pulideza de retórica (como sea tan docto y eminente en la lengua latina), sobre las guerras que se han hecho por los españoles contra los indios y que los indios son obligados a se someter para ser regidos de los españoles, como menos entendidos, a los más prudentes, y si no quieren, afirma que les pueden hacer guerra (es decir, el libro del *Democrates Alter*). Informado el Emperador de la impresión del dicho libro y *Apología* (en realidad sólo se imprimió en Roma, en 1550, la *Apología* en latín de Sepúlveda y no el *Democrates Alter*), mandó despachar luego su real cédula para que se recogiesen y no pareciesen todos los libros o traslados de ella. Y así se mandaron recoger por toda Castilla. Y porque el dicho Doctor hizo cierto *Sumario* en romance del dicho su libro, para que más se cundiese por el reino. . . , deliberó el Obispo de Chiapa escribir cierta *Apología*, también en romance, contra el *Sumario* del Doctor, en defensa de los indios. Pasadas muchas cosas que después sucedieron, Su Majestad mandó el año de 1550, hacer una congregación en la villa de Valladolid, de letrados, teólogos y juristas que se juntasen con el Consejo Real de las Indias para que platicasen y determinasen si contra las gentes de aquellos reinos se podían lícitamente y salva justicia, sin haber cometido nuevas culpas más de las en su infidelidad cometidas, mover guerras que llaman conquistas. Mandaron llamar al Doctor Sepúlveda para que dijese lo que en este negocio decir quisiese. El cual entró y estuvo en la primera sesión, y dijo todo lo que quiso. Llamaron desde allí adelante al Obispo, y en cinco días continuos leyó toda su *Apología* (no se precisa si la escrita en romance o la que se conserva en latín). Y porque era muy larga, rogaron todos los teólogos y juristas de la congregación a fray Domingo de Soto, confesor de Su Majestad, de la orden de Santo Domingo, y que era uno de ellos, que la sumase y del *sumario* se hiciesen tantos traslados cuantos eran los señores que en ella había, los cuales eran catorce; porque estudiando sobre ello el caso, votasen después lo que según Dios les pareciese. Dicho padre maestro, en el *Sumario* puso las razones del Doctor y las que contra él escribió el Obispo. Después pidió el Doctor que le diesen traslado del *Sumario* para responder a él, del cual coligió doce objeciones a las cuales dio doce respuestas. Contra éstas hizo el Obispo doce réplicas. A continuación publica Las Casas el *Sumario* de Soto (en el cual éste advierte que no puede guardarse tanta justicia al señor Doctor como al señor Obispo, porque como el Doctor no leyó su libro, sino refirió de palabra las cabezas de sus argumentos, y el señor Obispo leyó tan largamente sus escritos, no puede en esta relación mostrarse igualmente la fuerza de entrambas opiniones; y,

por ende, el que de vuestras señorías o mercedes quisiere hacer tanto estribo en esta disputa, puede ver el libro del dicho Doctor. El segundo presupuesto es que como el señor Obispo no oyó al Doctor, no respondió por la orden que él lo propuso (ni a sólo aquéllo), sino pretendió responder a todo cuanto el dicho Doctor tiene escrito y a cuanto a su sentencia se puede oponer, y por esto será menester sumar solos los puntos de su respuesta y las principales razones y autoridades). En la publicación sevillana de Las Casas, después del *Sumario* de Soto, vienen las doce objeciones y las doce respuestas de que trata Sepúlveda y las doce réplicas de Las Casas.⁴

En el prólogo a las objeciones, dice Sepúlveda que los señores de la congregación como jueces han oído al Obispo de Chiapa cinco o seis días mientras leía el libro en que muchos años se ha ocupado y colegido todas las razones inventadas por sí y por otros, para probar que la conquista de Indias es injusta, sojuzgando primero los bárbaros y después predicándoles el Evangelio... Pide que le oigan un rato con atentos ánimos, mientras responde breve y llanamente a sus objeciones y argucias. (Esto lo haría, como acabamos de ver, con base en el *Sumario* de Soto). Viene al propósito —agrega— acortando palabras, porque con personas tan ocupadas en cosas muy grandes y gobernación de la república, usar de prolijidad sería poco comedimiento (p. 287 de los *Tratados*). Al final de la duodécima objeción hace referencia a la suma de su libro que fue impresa en Roma, examinada y aprobada por juicio de los doctísimos y gravísimos señores el vicario del Papa y el maestro del Sacro Palacio, y un auditor de Rota, y alabada por común parecer de otros muchos varones doctísimos de la corte romana, como parece por la misma impresión; y también remite al libro (el *Democrates Alter*) de que andan muchos traslados por toda España (*ibid.*, p. 329). En la suma impresa en Roma responde Sepúlveda a la obra "De bello barbarico" del Obispo de Segovia, Antonio Ramírez de Haro, y a las objeciones que pusieron en Salamanca y Alcalá al *Democrates Alter* (p. 57 de la edición de Losada). Es aquí también donde precisa: "yo no afirmo que hay que despojar a estos bárbaros de sus bienes y posesiones ni reducirlos a esclavitud, sino someterlos al gobierno de los cristianos, para que no pongan impedimento a la fe y a su propagación, oponiéndose a los predicadores y blasfemando de Dios por medio de la idolatría, además de otras ventajas que esto les depara" (*ibid.*, p. 58). Estima

⁴ Todo esto corresponde a la edición en facsímil de los *Tratados de Fray Bartolomé de Las Casas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1965, I, 217-459.

que no sólo hay que actuar con la doctrina, sino que se debe emplear la fuerza saludable que protege el camino (*ibid.*, p. 72).

En el prólogo a sus réplicas, Las Casas dice que hasta ahora, en lo que ha leído y presentado por escrito en esta ínclita congregación, ha hablado en común contra los adversarios de los indios, sin nombrar alguno... (Así es que en la sesión de 1550 no mencionaría en particular a Sepúlveda). Ahora le parece que se ha manifestado y declarado por principal sustentador y aprobador de ellas (las guerras a los indios) el muy reverendo y egregio Doctor Sepúlveda, respondiendo a las razones y autoridades y soluciones que Las Casas compiló en una su *Apología*, cuya parte leyó ante sus excelencias y señorías. Justa cosa le parece que es descubiertamente impugnarle. Y aunque en su *Apología* copiosamente está respondido, la razón recta dicta que Las Casas replique contra Sepúlveda mostrando ser frívolas sus soluciones a las doce objeciones (pp. 331-335 de los *Tratados*). (En la *Apología* latina conservada en París las citas directas contra Sepúlveda son frecuentes. A veces están mitigadas por el reconocimiento de los méritos del contrincante, como al decir Las Casas que Sepúlveda es teólogo ya anciano, y muy erudito en humanidades, p. 315 de la edición de Losada, fol. 185 del manuscrito). De suerte que cuando formula las réplicas, se apoya Las Casas repetidamente en su *Apología* (véase en particular en la octava réplica, p. 375 de los *Tratados*, la referencia a las cuatro especies de bárbaros que efectivamente asigna en su *Apología* latina, p. 125 de la edición de Losada, fol. 13v); mas también en el texto de ésta que se conserva en París (p. 313 de la edición de Losada, que corresponde al fol. 184v del manuscrito) manifiesta Las Casas que si a lo dicho anteriormente (es de entender que en el cuerpo de su misma *Apología*) se unen las Doce Réplicas, se verá con más claridad lo que sostiene.⁵

De lo que resulta que al redactar las réplicas que presenta en la reunión de 1551, ya existe y tiene presente Las Casas una su *Apo-*

⁵ He aquí el párrafo citado: "Y si a lo dicho anteriormente se unen las DOCE REPLICAS que presenté en la junta, por cierto solemnísima, celebrada en Valladolid en 1551, por orden del Consejo de Indias del Emperador, a la que asistieron eminentes teólogos y juristas, se verá con más claridad que la propia luz con cuánta densidad de tinieblas y cuán peligrosísimamente el famoso doctor y sus partidarios se encuentran en el error" (p. 313).

El original latino es el siguiente: "*Quod si predeterminedatis adiungeris duodecim nostras replicas relatas in conuentu et quidem solemnissimo magnorum virorum theologorum et iuristarum jussu caesaris senatui indiarum adunato Vallisoleti anno Domini MDLI luce ipsa clarius videbis [tachado videre licebit] quanta tenebrarum densitate doctor egregius eiusque adherentes errori et quam periculosissime tenebantur*" (fol. 184v).

logía que en parte ha leído en la Junta de 1550; a su vez, en el texto latino de la *Apología* que se conserva en París, menciona las réplicas como existentes y presentadas ya en la Junta de 1551. No se trata de una adición al texto sino que esa mención de las réplicas figura con la propia letra que se usa en el cuerpo del mismo, poco antes del blanco reservado al título del capítulo 42. Dicha página, o mejor el folio, trae una nota marginal que Losada considera autógrafa de Las Casas, pero es anterior a lo que tratamos. Al fin de la nona réplica, (p. 387 de los *Tratados*), dice Las Casas: "Lea el reverendo doctor mi *Apología* y hallará estar respondido a todas sus calumnias prolijamente". En la duodécima réplica, (*ibid.*, p. 445), censura la gran temeridad que ha tenido Sepúlveda en enviar a imprimir su libro (o libelo) a Roma (donde no entienden, por carecer de muchos principios del hecho, la venenosa ponzoña de que está lleno, cubierta de aquellas sus ficticias colores retóricas, contra la condenación que de él hicieron las dos Universidades —de Salamanca y Alcalá— y la denegación de los Reales Consejos —de Indias y de Castilla—, como lo relata el Argumento en la p. 221 de los *Tratados*). En otro párrafo dice Las Casas que Sepúlveda envió en forma subrepticia la obra a Roma para que allí fuera impresa, conociendo el ambiente liberal de aquella ciudad y sabiendo que no habría allí nadie que rechazase sus dardos venenosos oponiéndoles su pecho (*ibid.*, p. 377).

Estos textos coetáneos de la controversia nos permiten observar en síntesis: a) que el propio Las Casas menciona una *Apología* suya en lengua castellana anterior a la polémica de 1550, además de la latina conservada ahora en la Biblioteca Nacional de París, Fondos Latinos, Ms. 12926, que ha dado a la publicidad y traducido Losada. Esa *Apología* en castellano no la equipara Las Casas a su otro libro en lengua también castellana, cuyo título es *Apologética Historia* (editado por M. Serrano Sanz, en Madrid, 1909, en la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, t. XIII. Y de nuevo por Edmundo O'Gorman, México, UNAM, 1967, 2 vols.). Las Casas sabía, sin lugar a duda, que Sepúlveda había enviado a Roma su *Apología* del *Democrates Alter*, la que se imprimió efectivamente en Roma, en 1550, en latín; pero como se agrega en el Argumento de la controversia publicado en 1552 que el Emperador dispuso por real cédula que se recogiesen todos los libros o traslados de ella en Castilla, tal vez por esto Las Casas no conocía dicho texto latino y primero llegó a sus manos el *Sumario* en romance que Sepúlveda hizo de su libro. Esto mueve a Las Casas, según hemos visto, a escribir su *Apología*, también en romance, contra el *Sumario* del Doctor. No tengo conocimiento de que ese texto lascasiano en es-

pañol, que ya sabemos no se confunde con la *Apologética Historia*, haya sido hallado.

b) ¿Quién redactó el Argumento de la *Apología* latina que figura en la obra publicada por Losada? Pudiera ser el propio Las Casas, pero Losada recoge con el Argumento dos anotaciones marginales que considera autógrafas del Obispo: la primera (nota 1, p. 105) corrige la redacción del Argumento para declarar que "los indios fuesen vasallos de los Reyes de España, manteniendo sus reyes y señores naturales su poder y jurisdicción"; y la segunda (la ya citada nota 7, en la p. 107) comenta el texto del Argumento así: "Habla impiamente (¿el autor del Argumento?) y todos los ordenamientos fueron revocados...". En este caso habría un autor del Argumento, que no conocemos, distinto a Las Casas y que provocaría su disenso en ese pasaje. Mas, para lo que venimos indagando, estas notas marginales de Las Casas demostrarían, en fin de cuentas, que si él no fue el autor del Argumento, sí lo tuvo a la vista, lo corrigió y lo comentó, y nada dice en contra del párrafo relativo a que durante cinco días leyó día tras día "toda esta Apología". Es por ello la prueba más concluyente en favor de las opiniones que consideran que el texto leído por Las Casas en Valladolid en 1550 fue el latino que se conserva en la Biblioteca Nacional de París. También en el Argumento de la disputa que figura en los *Tratados* publicados por el propio Las Casas en Sevilla, en 1552, se confirma que en cinco días continuos leyó éste toda su *Apología* (pero no se precisa si fue la redactada en castellano o la que se conoce en latín, p. 223).

c) En el Prefacio al Príncipe Felipe aclara Las Casas que había caído en sus manos cierto compendio en español de la obra que, según se dice, Ginés de Sepúlveda escribió en latín (p. 115 de la edición de Losada). En ella aduce Sepúlveda cuatro causas, cada una de las cuales, a su juicio, de una manera irrefutable prueba que la guerra contra los indios es justa, siempre que se haga conforme es debido y guardadas las leyes de la guerra, como hasta ahora los Reyes de las Españas mandaron que tales guerras se movieran y se hicieran. Ha leído (Las Casas) y releído la obra atentamente y, según dicen, Sepúlveda inculca otras cosas más prolijamente en un códice latino que no ha logrado (Las Casas) todavía ver. Agrega Las Casas que la obra de Sepúlveda está elegantemente compuesta, dotada en su conjunto de toda clase de recursos de argumentación y bien trazada (lo que la hace más peligrosa). Por eso, (p. 118 de la edición de Losada), no ha podido menos (Las Casas) de dar suelta a su pluma en defensa de la verdad y en decoro de la casa de Dios y está dispuesto a oponerse como un muro contra los im-

píos, para defensa de aquella inocentísima gente. También hará que se conozca en todas las naciones del orbe terráqueo la ignominia que ciertos españoles han contraído al destruir a los indios. Dividirá su tratado en cuatro partes, que explica, y corresponden efectivamente al cuerpo de la *Apología* en latín (p. 119 de la edición de Losada).

d) Alguna información adicional sobre el volumen y la importancia de la obra preparada por Las Casas con miras a la disputa de Valladolid se halla en la carta introductoria de fray Bartolomé de la Vega, de la Orden de Predicadores, dirigida al Consejo de Indias, pues al recomendar la publicación de la *Apología* latina de Las Casas, hace presente que para la redacción de esta obra su autor dedicó tanto trabajo, envejeció con tantas preocupaciones y vigias, manejó tantos libros, como en realidad cualquiera puede apreciarlo, que un tal celo y trabajo merecen la mejor retribución (de Dios), (p. 102 de la edición de Losada). Algo semejante dice fray Domingo de Soto al fin del *Sumario* de la controversia de 1550: el parecer del Obispo en la Junta fue tan copioso y tan difuso cuantos han sido los años que de este negocio trata, y el celo y afecto con que le ha proseguido. También se deben gracias al doctor Sepúlveda por su tan buen celo y diligencia y trabajo (p. 285 de los *Tratados*).

Estas informaciones parecen suficientes para aclararnos cómo se engendró el texto de la *Apología* lascasiana y por qué podía seguir fielmente el razonamiento del doctor Sepúlveda para combatirlo. Muestran, por otra parte, las razones substanciales que pueden esgrimirse para sostener que el texto latino conservado en París es el que Las Casas leyó efectivamente en la Junta de Valladolid.

Ahora bien, recapitulemos las consideraciones —no carentes de peso— que llevan a poner en duda esa conclusión: a) ya hemos mencionado la relación que guarda la *Apología* latina con las réplicas de 1551. Para salvar las dificultades cronológicas se puede imaginar que en la Junta de 1550 leería Las Casas el texto en romance de su *Apología* que entonces existía. O bien, si su exposición fue en latín, que dispondría en ese momento de un texto ya copioso pero que precedió a la formulación de las réplicas que Las Casas presentó en 1551 una vez que tuvo conocimiento de las respuestas de Sepúlveda a las doce objeciones. Sea que la lectura haya tenido lugar en castellano, sea en latín, no conocemos sino indirectamente el o los textos presentados por Las Casas en 1550, gracias al resumen de la controversia que redacta Soto.

b) El amplio texto latino conservado en París, que ahora se conoce plenamente gracias al laudable esfuerzo de Losada, no sería en su forma presente el documento básico leído en 1550 sino una elaboración ulterior más completa del asunto que tanto apasionaba a Las Casas. Así cobraría sentido lo que en ese texto latino dice acerca de las réplicas que presentó en la Junta de 1551 como complemento de su leída *Apología*, al recapitular su respuesta al tercer argumento de Sepúlveda. Ya sabemos que esto lo dice en el cuerpo de la *Apología* en latín, (p. 313 ya citada en nuestra nota 5, fol. 184v del manuscrito). No olvidemos que las réplicas fueron la actuación final de Las Casas en la Junta de 1551. El texto latino de la *Apología* tal como se conserva en la Biblioteca Nacional de París vendría a ser el revisado y concluido con posterioridad a la presentación de esas réplicas en 1551.

c) Así se entendería por qué si en la lectura hecha en 1550 no mencionaba Las Casas a Sepúlveda en particular, como lo manifiesta en el prólogo a sus doce réplicas, habría en cambio múltiples referencias a él tanto en dichas réplicas presentadas en 1551 como en el texto latino de la *Apología* conservado en París.

d) Recuérdese que Soto en su *Sumario* de la disputa de 1550 nos dice que Las Casas no oyó al Doctor ni respondió por la orden que él propuso su argumento sino pretendió responder a todo cuanto el Doctor tiene escrito. En cambio, Losada observa la perfecta congruencia que existe entre la *Apología* en latín de Sepúlveda y la *Apología* en latín de Las Casas, que constituyen un "todo", pues la del segundo es contestación, parte por parte y argumento por argumento, a la del primero (p. 47). Ya hemos visto en el Prefacio de Las Casas que inició esa respuesta cuando decía conocer solamente un sumario en español de la obra de Sepúlveda. Acaso antes de concluir el texto de la *Apología* en latín que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, Las Casas ya tendría conocimiento de la *Apología* en latín de Sepúlveda, que pedía al Príncipe Felipe en su Prefacio que se le mandara entregar, y que se resume en los folios 3-6v del manuscrito parisino, correspondientes a las páginas 109-113 de la edición de Losada.⁹ Ello, en el caso de ser así, y, fuera de toda duda, el conocimiento que tenía Las

⁹ Al comienzo del Sumario de la Argumentación de Sepúlveda se lee: "La obra que escribió contra los indios el teólogo y regio historiador Sepúlveda, en resumen, contenía los siguientes argumentos..." (p. 109). El original latino dice: "Sumarium Sepuluedae. Opus quod Sepulueda Theologus regius hystoriographus aduersus indos composuit haec in Suma continebat argumenta:..." (fol. 3). Esto parece referirse no al texto en extenso del *Democrates Alter* sino a la *Suma*, sea en romance sea en latín, lo que no se precisa.

Casas de las respuestas de Sepúlveda a las doce objeciones que motivaron las doce réplicas que opuso al Doctor, contribuirían a facilitar una elaboración más cuidadosa y completa de los argumentos lascasianos en el texto latino amplio conservado ahora en París.⁷

Cabe finalmente una verificación de nuestra hipótesis mediante el cotejo del *Sumario* de Soto con el Índice Analítico de la *Apología* en latín de Las Casas que ofrece la obra de Losada. El resultado es el siguiente: según ese *Sumario*, Sepúlveda en la Junta de Valladolid fundó su sentencia brevemente, por cuatro razones: la primera, por la gravedad de los delitos de aquella gente, señaladamente por la idolatría y otros pecados que cometen contra natura. La segunda, por la rudeza de sus ingenios, que son de su natura gente servil y bárbara, y por ende obligada a servir a los de ingenio más elegante, como son los españoles. La tercera, por el fin de la fe, porque aquella sujeción es más cómoda y expediente para su predicación y persuasión. La cuarta, por la injuria que unos entre sí hacen a otros, matando hombres para sacrificarlos y algunos para comerlos (pp. 230-231, de la ed. de los *Tratados*, México, 1965). Soto explica a continuación brevemente el alegato de Sepúlveda en cuanto a la primera razón y lo que respondió Las Casas (p. 233). A la segunda razón de Sepúlveda, porque los indios son bárbaros *et natura servi*, respondió el Obispo en fin de sus escritos, y por eso, guardando su orden, respondemos primero (dice Soto) a la tercera razón del Doctor, que fue que es lícito sujetarlos por guerra, por el fin de la fe, la cual después de sujetos se les puede más fácilmente enseñar (p. 259). A la cual razón no respondió Las Casas sólo en un mismo lugar ni en esta forma sino todos sus escritos van sembrados de argumentos de esto. Soto los resume, pues se reducen a dos o tres cabezas (p. 261). A la cuarta razón del Doctor Sepúlveda que se funda en la injuria que los indios hacen a los inocentes, matándolos para sacrificarlos o comerlos, el Obispo dijo que no era cosa conveniente ni decente defenderlos por guerras (p. 275). Como lo había anunciado Soto, trata en último lugar de la razón segunda de Sepúlveda, fundada en "la barbariedad de aquella gente". El Obispo responde que hay tres maneras o linajes de bárbaros (p. 281). Soto advierte que en esta ocasión el Obispo contó largamente la historia de los indios (p. 283).

En la *Apología* latina de Las Casas editada por Losada, el *Sumario* de la argumentación de Sepúlveda que precede al Prefacio

⁷ Con todo le parece a Losada, p. 247, nota 1, que el manuscrito de la *Apología* latina de la Biblioteca de París, tal como lo conocemos, no estaba aún listo para la imprenta. Véanse también sus observaciones en las pp. 251, nota 1, y 322, nota 1.

de Las Casas dedicado al Príncipe Felipe, indica que el primer argumento de ese doctor fue el de la barbarie de aquellas gentes (p. 109). El segundo, el castigo para que se enmienden de los pecados y crímenes contrarios a la ley divina y natural, sobre todo de la idolatría y de la impía costumbre de inmolarse hombres (p. 111). El tercer argumento es que se deben evitar las injusticias a los inocentes, los cuales diariamente inmolaban al demonio (p. . . 111). El cuarto, facilitar la difusión y propagación de la religión cristiana (p. 111). Si se compara este orden con el que aparece en la *Apología* latina de Sepúlveda editada en Roma en 1550, asimismo publicada y traducida por Losada, se encuentra que en ésta el primer argumento es el de la naturaleza bárbara de los pueblos indios (p. 61). El segundo argumento trata de los pecados de los bárbaros contra la ley natural (p. 61). El tercer argumento es el relativo a que todos los hombres están obligados por ley natural a evitar que los inocentes perezcan con indigna muerte (p. 64). El cuarto argumento sostiene que es de derecho natural y divino corregir a los hombres que van derechos a su perdición y atraerlos a la salvación aun contra su propia voluntad (p. 65). Hay, pues, coincidencia entre ambos textos. Mas no siguen el orden de la exposición de Sepúlveda ante la Junta de 1550 que recoge Soto: en ella el argumento de la barbarie es el segundo y no el primero.

Como Losada lo ha advertido justamente, al dar sus respuestas en su *Apología* latina Las Casas sigue punto por punto el orden de la *Apología* latina de Sepúlveda (la impresa en Roma en 1550, que sabemos conocía Las Casas a través del compendio en español de que habla en su Prefacio al Príncipe Felipe, o bien por habérsela ya procurado en latín, o por algún traslado de los que corrían del *Democrates Alter*, sin olvidar que Soto decía a los señores de la Junta de Valladolid que si quisieren podían "ver el libro del dicho doctor", lo cual hace suponer que había copia entre los papeles de la Junta). He aquí el orden en que contesta Las Casas en su *Apología* latina: 1. Responde al primer argumento sobre la barbarie de los indios (p. 125 de la edición de Losada, fols. 13v-31 del manuscrito: donde ya sabemos que distingue cuatro clases de bárbaros, de los que hace mención asimismo en su octava réplica, p. 375 de los *Tratados*; en tanto que el *Sumario* de Soto le atribuye, como hemos visto, tres maneras o linajes de ellos de que habló en Valladolid en 1550, p. 281 de los *Tratados*. Sin embargo, alguna alusión a tres clases de bárbaros, citando a Santo Tomás, conserva la *Apología* latina, p. 133 de la edición de Losada, fol. 22 del manuscrito, y aun le parece a Las Casas que pueden reducirse a dos, según puede verse en la p. 142 de la edición de Losada, fol. 30v del ma-

nuscrito). 2. Respuesta al segundo argumento sobre castigo de la idolatría y de los sacrificios humanos (p. 145 de la edición de Losada, fols. 31-125v del manuscrito). 3. Respuesta al tercer argumento sobre liberación de los inocentes (p. 247 de la edición de Losada, fols. 125v-184v del manuscrito). 4. Respuesta al cuarto argumento sobre la guerra a los indios que se justifica porque facilita la predicación cristiana (p. 315 de la edición de Losada, fols. 184v-223v del manuscrito). Es, pues, este orden en general de la *Apología* latina de Las Casas algo distinto al que Soto, en su *Sumario*, atribuye a la exposición del Obispo en la Junta de 1550. Y también difiere el texto de la *Apología* latina de lo que expuso Las Casas en 1550 al tratar del argumento particular relativo a las distintas clases de bárbaros.

En suma: podemos distinguir entre la polémica oral, apoyada en textos presentados o leídos por Sepúlveda y Las Casas, que tiene lugar en las dos Juntas de Valladolid en 1550 y 1551; y la escrita, que Losada ha documentado admirablemente y que se apoya en la *Apología* latina de Sepúlveda impresa en Roma en 1550 y la *Apología* latina de Las Casas conservada en manuscrito en la Biblioteca Nacional de París y publicada al fin en 1975. Esta segunda polémica queda despejada y enriquecida sin lugar a dudas; pero en lo que toca a las intervenciones orales en Valladolid, sigue siendo el *Sumario* de Soto la mejor guía que conocemos, y ya se ha visto que el desarrollo de la discusión no coincide puntualmente con el de las *Apologías* latinas que Losada ha puesto al alcance de los estudiosos.

En cuanto al fondo de las ideas controvertidas, que sólo incidentalmente hemos tocado en nuestro análisis, sólo podemos reiterar la sugerencia de que el texto lascasiano conservado en París represente el fruto de una revisión terminada después del doble debate oral y de la formulación de las réplicas, y que resulte por ello más maduro. En todo caso, no ha de haber mediado mucha diferencia entre lo que pudo presentar Las Casas en la reunión de 1550, que ya era substancial según todos los testimonios conocidos, y la *Apología* latina tal como ahora ha sido publicada. Se puede, por ello, ver en este texto una suma del ideario lascasiano tal como había cuajado a mediados del siglo XVI.

OBSERVACIONES SOBRE "LA APOLOGÍA" DE FRAY
BARTOLOME DE LAS CASAS (RESPUESTA A UNA
CONSULTA)

Por *Angel LOSADA*

1.—La "Apología", (Manuscrito de París), en latín, no corresponde más que a la *primera parte* (argumentación de derecho) de la gran "Apología" que durante cinco días leyó Las Casas *seriatim* en la Junta de Valladolid. (Decimos *no corresponde*, puesto que, como muy bien pone de manifiesto el Maestro D. Silvio Zavala, la "Apología", tal como aparece en el manuscrito de París, es una versión revisada del texto correspondiente leído en la junta).

He aquí *la prueba* de nuestro aserto: En diferentes pasajes del manuscrito de París se refiere Las Casas a una *segunda parte* escrita en castellano, y se refiere como a *algo no definitivamente preparado* todavía sino cuya futura publicación se anuncia. Ello se pone de manifiesto especialmente en el folio último del Manuscrito de París: Se refiere Las Casas a las excelentes dotes naturales de los indios y dice:

"...son dóciles e ingeniosos, y en habilidad y dotes naturales superan a muchas gentes del mundo conocido, lo cual pondrá ante los ojos de todos la *segunda parte* de nuestra Apología, escrita en español, con numerosísimos argumentos, ejemplos y verdadera descripción de aquel mundo...".

Téngase presente que casi todas las referencias que en el manuscrito de París se hacen a dicha "segunda parte" en castellano, van *en futuro*: "lo cual pondrá ante los ojos...". Claramente da a entender Las Casas que al ofrecernos el manuscrito de París (sin duda con miras a imprimirlo), aún no tenía preparado (al menos al mismo nivel que la "primera parte") el manuscrito de la "segunda parte" en castellano.

¿Cumplió Las Casas su promesa de *dar forma* a dicha segunda parte en castellano, segunda parte, que correspondería a la *argumentación de hecho* utilizada en la Junta de Valladolid?

Como después veremos y trataremos de probar, creemos que sí cumplió su promesa, al dar forma definitiva al manuscrito de la "Apologética Historia", para el que (como para todas sus obras) desde mucho tiempo atrás, incluso antes de la Junta de Valladolid, venía preparando los materiales.

2.—¿Qué es lo que en realidad leyó Las Casas en la Junta de Valladolid? Desde luego no los textos de la *Primera parte* "Apología", (Manuscrito de París) y de la "Apologética Historia" tales como los conocemos y han sido editados; pero sí el material de la argumentación correspondiente a estos textos antes de ser revisado e incorporado en los mismos.

En el Memorial dirigido al Maestro Miranda (que reproduce Fabié en el tomo II de su obra, pág. 578) se refiere evidentemente Las Casas al genuino texto que leyó en la Junta de Valladolid (y no a las revisiones posteriores —Manuscrito de París, Apologética—) cuando dice:

"...en la Congregación que el Emperador mandó juntar en el año 1551, donde leí la apología que hice contra Sepúlveda, que tiene sobre cient pliegos de papel en latín y algunos más en romance...".*

Creo que este párrafo, suficientemente claro, debe interpretarse en el sentido de que el *texto latino* corresponde a lo que después fue *Primera parte* (Manuscrito de París); y el texto romance (que tiene algunos pliegos más que el latino) a lo que después fue *Segunda parte* (y fue incorporado en la "Apologética Historia"). Ahora bien, que quede claro que los textos genuinos a que se refiere el citado párrafo del Memorandum de Las Casas no han sido aún descubiertos, tal —insistimos— y como fueron leídos o utilizados en la Junta de Valladolid.

Así, las frases que aparecen en el folio 2v. del Manuscrito de París: "elucubró la siguiente 'Apología'", y en el folio 3: "leyó... toda esta 'Apología'", deben interpretarse en el sentido de que leyó los textos tal como fueron preparados para ser presentados en la Junta; no tal como después se incorporaron en el Manuscrito de París y en la "Apologética". (Aunque, especialmente por lo que al Manuscrito de París se refiere, no me parece que fueran muchas las variantes entre éste y lo leído en la Junta).

(Creo finalmente que los dos amplios títulos que Las Casas dio —de manera un tanto solemne— a la primera parte (Manuscrito

* En relación con este importante y concreto dato, es de tener presente que el manuscrito de la *Apología*, en latín de Las Casas que se conserva en la Biblioteca Nacional de París consta de 253 folios como puede verse en la edición de Losada. Ello parece confirmar que hubo adiciones a lo presentado en la Junta de Valladolid. La distinción entre la sesión de 1550 y la de 1551 queda borrada en la cita de Las Casas, pero se recordará que en el "Argumento de la disputa...". que publica en Sevilla en 1552, se puntualiza que Su Majestad mandó juntar la congregación el año de 1550, y también se dice que pasadas muchas cosas, Su Majestad mandó, el año de 1550, hacer la congregación ante la que peroraron Sepúlveda y Las Casas. S. Z.

de París): "Contra los perseguidores y calumniadores de los pueblos del Nuevo Mundo. . ." (folio 11), y a la Segunda parte (Apologética Historia): "Apologética Historia Sumaria cuanto a las cualidades. . .", así como la dedicatoria de la Primera parte al Príncipe Felipe, abundan en nuestra idea de que fueron textos finalmente refundidos preparados para publicación).

De hecho, si no fueron en la época publicados, fueron lo suficientemente divulgados. Solórzano Pereyra, en su obra *Política Indiana* (Edic. de Madrid, 1736), en el libro I, cap. X, cita expresamente, en la nota 6, pág. 39: "Chiapensis: in Apologia contra Sepulvedam. . ." (obsérvese que utiliza la expresión del propio Las Casas en el Memorandum al Maestro Miranda a que nos referíamos en el apartado 2) anterior: ". . .la apología que hize contra Sepúlveda"). Evidentemente, Solórzano, se refiere en esa nota a la Primera parte (texto del manuscrito de París) como claramente se deduce del texto.**

3.—*Versión castellana de la Primera parte (Manuscrito de París)*. Es indudable que existió tal versión y que sin duda su redacción fue incluso anterior a la versión latina. No insistiré más sobre las razones de mucho peso que aduce el Maestro D. Silvio Zavala.

** Ya que Losada recuerda aquí esta cita de Solórzano, añadamos la que trae Antonio de León Pinelo en su *Epitome de la Biblioteca Oriental i Occidental, Náutica i Geografica. . .*, En Madrid, Año de 1629. En el folio 62 dice de Las Casas o Casaus: "Dominico, Obispo de Chiapa, i por sus escritos, celebrado de los estrangeros, no imprimió libro ninguno: pero de tratados que para diversos intentos sacó a luz, en forma de memoriales, se junta un cuerpo de sus obras, sin otras, que ay manuscritas. . ."; cita en el folio 65: "*Apologia contra el Doctor Sepúlveda*. Esta fue contra un libro, que Sepúlveda quería imprimir. Leyola en una Iunta, que para ello se formó, i por ser de noventa pliegos, se entregó al M. F. Domingo de Soto, para que sacasse el sumario, que se halla impresso con este titulo *Aquí se contiene una disputa, o controversia, entre el Obispo, etc.* que es muy largo. Diose traslado deste Sumario al Doctor Sepúlveda, que reduziendole a doze puntos, satisfizo a ellos con otro tratado, cuyo titulo comienza: *El Doctor Sepúlveda, después de visto el Sumario, etc.* El Obispo respondió con otro, cuyo titulo es: *Estas son las replicas, que el Obispo de Chiapa haze, etc.* Con que se acabó la disputa, i estos tres tratados della se imprimieron 1552. 4". En el folio 66, en la entrada correspondiente al Doctor Juan Gines de Sepulveda, añade León Pinelo: "Coronista de España, i celebrado de toda Europa. Entre las obras que escribió fueron dos libros. *Democrates*. De la conveniencia de la guerra con la Religion Cristiana. Otro. *Democrates alter*. De las causas justas de la guerra. Sobre el primero fue la disputa con el Obispo de Chiapa. I en su defensa el segundo, que parece averse impresso, pues se mandó recoger por el Real Consejo de las Indias. Lo que se halla impresso es una Apologia, por este segundo libro, en Latin como los dos. impr. 1555. 16". S. Z.

Ellas quedan así corroboradas por el testimonio del propio Las Casas:

En su obra "De Thesauris", escrita en los últimos años de su vida, cuyo manuscrito original (Biblioteca de Palacio, Madrid), dimos a conocer en nuestra obra *Bartolomé de las Casas: Los tesoros del Perú*, traducción y anotación de Ángel Losada García (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1958), se refiere Las Casas en tres ocasiones a la "Apología". Concretamente en la página 387 (correspondiente al folio 142v. del manuscrito original, de la Biblioteca de Palacio, Madrid) dice Las Casas textualmente a propósito de los *crímenes de los infieles cometidos dentro de su infidelidad, sobre los que los cristianos no tienen jurisdicción*:

"Según probamos extensísimamente en el libro 2o. 'Sobre el único modo de llamar a todas las gentes a la verdadera religión' y EX PUSIMOS EN LA PRIMERA PARTE DE LA APOLOGIA, YA EN LATIN, YA EN CASTELLANO". El testimonio de Las Casas en una obra que corrige de su mano no puede ser más contundente. A la primera parte (Manuscrito de París) se refiere Las Casas asegurándonos que existe en dos versiones: latina y castellana. En cambio cuando hace, en varias ocasiones en esta primera parte alusión a la *Segunda parte*, nunca se refiere a una versión latina sino *siempre*, a una versión castellana. *En conclusión: hubo dos versiones, latina y castellana, de la primera parte (manuscrito de París); no hubo más que versión castellana de la segunda (que creemos fue posteriormente incorporada a lo que conocemos como "Apologética Historia")*.

Así se explicaría perfectamente y dentro de toda lógica el párrafo de la "Historia de las Indias" de Las Casas (lib. III, cap. CLI): "Desta materia ya dejamos escrito en nuestra 'Apología', escrita en lengua castellana, y en latín en el libro 'De unico vocationis modo' ... y otro libro en lengua también castellana, cuyo título es 'Apologética Historia' ". Contra lo que en un primer momento pensé, no considero necesario suprimir la coma entre las palabras "castellana, y en latín ...".

Aun con la coma se explica perfectamente el párrafo: Las Casas se refiere sin duda cuando dice "escrita en lengua castellana" a la *versión castellana* (que él mismo nos dice que existió) de la Primera parte (Manuscrito de París). Era lógico que en la "Historia de las Indias", escrita en castellano, citase la versión castellana de sus escritos, si ésta existía; lo que vemos no hace en el caso del "De unico vocationis modo", que no tuvo más que versión latina. La frase "y otro libro en lengua también castellana, cuyo título es "Apologética Historia", es prueba evidente de que la célebre "se-

gunda parte en castellano de la Apología" a que tantas veces se refiere Las Casas, cuando se escribió este párrafo de la "Historia de las Indias" ya se había incorporado (sin duda con muchos cambios) a lo que después ha sido la "Apologética Historia" (desgajada, como después se verá, de la propia "Historia de las Indias"). Por esto Las Casas ya no se refiere a esa "segunda parte en castellano", como era lógico que lo hiciera caso de no haberse incorporado a la "Apologética". Se refiere expresamente a ésta porque en el momento de escribir ese párrafo, la tal "Segunda parte en castellano" ya se había convertido en "Apologética Historia".

4.—*La "segunda parte de la "Apología" en castellano (a la que concretamente se refiere Las Casas) y la "Apologética Historia"*. Es a todas luces evidente que la célebre "segunda parte" en castellano corresponde a lo que después será "Apologética Historia", naturalmente con correcciones y añadidos ulteriores (sin duda en mayor cantidad que los insertos en la "primera parte" (Manuscrito de París), tal como ha llegado a nuestras manos).

Partamos del hecho de que los originales de la Primera parte (en latín y en castellano) y de la Segunda parte (solamente en castellano), tal como fueron utilizados en la Junta de Valladolid, lamentablemente no han sido encontrados. Tendremos, pues, que contentarnos con los testimonios del propio Las Casas y otros documentos, y de su cotejo sacaremos las pertinentes conclusiones.

La cuestión de si la "Apologética Historia" fue o no utilizada entre la documentación esgrimida por Las Casas en la Junta de Valladolid, viene preocupando desde hace tiempo a los modernos lascasistas.

En la última y más completa edición de la "Apologética Historia" preparada por E. O'Gorman, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1967, en el capítulo introductorio "Génesis, elaboración, estructura y contenido de la Apologética", O'Gorman rebate la opinión de L. Hanke en el sentido de que "Las Casas aprovechó en la disputa (de Valladolid) cuanto había escrito en esa obra". (En escritos suyos anteriores a 1967 Hanke había sostenido que la "Apologética Historia" pudo haberse iniciado hacia 1527 y finalizó unos veinte años después).

La opinión de O'Gorman (que resumimos) es totalmente opuesta: nada tiene que ver la "Apologética Historia" con la Junta de Valladolid y la polémica "Las Casas-Sepúlveda". El texto de la "Apologética", según O'Gorman, no se empezó a escribir hasta 1555-1556 y para 1559 ya estaba terminado.

Ahora bien, al hacerse tales conjeturas, no se tuvo en cuenta el documento lascasiano esencial (existente hasta ahora) de la Junta

de Valladolid, "La Apología" (Manuscrito de París), ni los testimonios de Las Casas en esta obra para las debidas conclusiones. Indudablemente estos testimonios, como estamos viendo, apoyan más a la conjetura de Hanke. Modestamente creo haber sido el primero en utilizar tales testimonios en mi artículo "La 'Apología', obra inédita de Fray Bartolomé de las Casas: actualidad de su contenido" (*Boletín de la Academia de la Historia*, tomo CLII, Cuaderno II, (pp. 201-248, Madrid, 1968), donde expuse ya mi opinión al respecto.

Resumiendo creemos que:

— Lo que comenzó a escribir en 1527 Las Casas no fue "La Apologética" sino la "Historia de las Indias" en la que en un principio pensó incluir además todo lo que después será la "Apologética Historia", la cual fue desgajada de aquélla. (En esto creemos que O'Gorman tiene razón).

— La idea de desgajar de la "Historia" el contenido de lo que después será la "Apologética", le vino a Las Casas —obligado sin duda por la necesidad— cuando tuvo que preparar su argumentación contra Sepúlveda para la "Junta de Valladolid". (En esto estamos de acuerdo con Hanke). Sepúlveda apoyaba su argumentación en dos clases de razones:

- de derecho: sus tratados "Democrates II", y la "Apología" de éste.
- de hecho: fundamentalmente, la "Historia General..." de F. de Oviedo. En el capítulo IV de la "Apología" (v. nuestra edición, pág. 61), el *único argumento* esgrimido por Sepúlveda para defender su *primera razón*: "la naturaleza bárbara" de los indios, es la "Historia General..." de F. de Oviedo.

Era, pues, lógico que Las Casas respondiese de la misma manera: estaba obligado a contestar, en primer lugar, parte por parte y argumento por argumento, como en realidad lo hizo, a la argumentación *de derecho* de Sepúlveda (precisamente tal como se contiene en la "Apología" de éste) y finalmente a la argumentación *de hecho*, para lo cual no necesitaba ayuda, pues él venía ya trabajando en su propia "Historia de las Indias", de la que desgajó y preparó el material correspondiente para tal argumentación de hecho (la *segunda parte en castellano*).

Así se explica perfectamente la frase de Las Casas que aparece en el Manuscrito de París (v. mi edición, pág. 123), (folio 13 del manuscrito):

"Esta 'Apología' se dividirá en *dos partes*:

En la *primera parte*, demostraré que el Reverendo Doctor Sepúlveda con sus partidarios *yerra en derecho* . . .

En la *segunda parte*, demostraré cuánto Sepúlveda y sus partidarios *yerran en los hechos* . . .".

Ahora bien, esta *segunda parte*, a pesar de ser anunciada como en realidad existente, brilla por su ausencia en el manuscrito de París. (Ello demuestra que tal manuscrito de París, incluso en la forma actual, no estaba aún listo para publicación y que probablemente este párrafo pertenecía al texto original de la "Apología" completa (primera y segunda parte) tal como fue leída en la Junta de Valladolid).

En realidad el célebre "argumento de hecho" no era otra cosa, por ambas partes, que el refuerzo del primer argumento (de Sepúlveda) y refutación de éste (de Las Casas) sobre la "naturaleza bárbara de los indios".

En apoyo de cuanto venimos diciendo está un documento esencial: "el Sumario de Soto" de las dos argumentaciones contrarias esgrimidas en la Junta.

Por él sabemos que Sepúlveda no expuso sus cuatro argumentos en el orden en que aparecen en su "Apología". Así el argumento sobre "la naturaleza bárbara" de los indios que era primero en su "Apología", pasa a ser el segundo en su exposición ante la Junta.

Sabemos también que Las Casas no contesta a Sepúlveda en el orden por éste seguido. Así a este segundo argumento de Sepúlveda, según Soto, "respondió el señor obispo en fin de sus escritos" y así Soto se atiene al orden seguido por Las Casas.

Dice así Soto:

"Resta responder a la razón de Sepúlveda 2a., que se fundaba en la barbaridad de aquella gente. . . A esto respondió el Sr. Obispo. . .". Soto hace un resumen de la argumentación sobre las "clases de bárbaros" que expone Las Casas en el manuscrito de París. (Téngase presente que Soto en su sumario habla solamente de *tres clases de bárbaros*, y Las Casas en el manuscrito de París habla de *cuatro clases*; la *cuarta*, no recogida por Soto, corresponde a los "hombres no cristianos". Nuevo argumento a favor de que el Manuscrito de París es versión posterior de la argumentación correspondiente presentada en la Junta).

Dice finalmente Soto, después de hacer el resumen de la contestación argumental *de derecho* de Las Casas a esta razón de Sepúlveda:

"Por esta ocasión, el señor Obispo *contó largamente* la historia de los indios, mostrando que aunque tengan algunas costumbres de

gente no tan política, pero que no son en este grado bárbaros, antes son gente gregátil y civil; que tienen pueblos grandes y casas y leyes y artes y señores y gobernación... tienen bastante policía para que por esta razón de barbaridad no se les pueda hacer la guerra".

Queda pues clarísimo según el *Sumario* de Soto (documento fehaciente y oficial) que Las Casas después de responder a la argumentación de derecho correspondiente a esta razón (barbarie de los indios), "contó largamente la historia de los indios", es decir, en buena lógica, leyó la célebre "segunda parte en castellano" que Soto se contenta con resumir en el párrafo que antecede. Su enunciado coincide con las distintas referencias que a ella hace Las Casas en el manuscrito de París y sobre todo (y esto es importante) con el título completo de lo que después fue "Apologética Historia".

Conclusión: Una vez utilizada la famosa "segunda parte en castellano" en la Junta de Valladolid, para la que se sirvió de la parte correspondiente desgajada de la "Historia" en que desde 1527 venía trabajando, Las Casas consideró natural escribir con ello un nuevo libro que comienza a anunciar en el Manuscrito de París como "segunda parte en castellano" y que no será otra cosa que la "Apologética Historia". Así se explica perfectamente —y estamos de acuerdo en esto con O'Gorman— la frase del capítulo 2 de la "Apologética": "Se comenzó a escribir *esta* historia el año de 1527". Cuando Las Casas dice "esta Historia", se refiere a la "Historia de las Indias" y no a la "Apologética", donde ahora se halla la cita, porque aquel capítulo se redactó originalmente dentro del cuerpo de aquella y no de esta obra.

Esto se corrobora además por el "Epílogo" final que aparece en la "Apologética" sobre las *cuatro acepciones de bárbaros*, tema sobre el que, como vimos, Las Casas trató en el manuscrito de París (Primera parte) y que, para dejar más completa su obra, consideró deber incorporar también en la "Apologética"; prueba evidente de que toda esta documentación había sido originariamente concebida con miras a la Junta de Valladolid. Así podemos muy bien decir que la "Apologética Historia" tal como hoy se nos presenta *con el añadido posterior que le hizo Las Casas sobre las "cuatro acepciones o especies de bárbaros"*, no es otra cosa ya que la "contestación de derecho y de hecho al argumento de Sepúlveda sobre la *barbarie de los indios*" (argumento que, como hemos visto, Sepúlveda expone como primero en su "Apología" y presenta como "segundo" en la Junta; Las Casas, por su parte, según Soto, le responde al final en cuarto lugar). Bien es verdad que se trata de una versión final refundida y sin duda muy ampliada. En conclusión, creemos que tiene razón O'Gorman cuando asegura que la "Apologética His-

toria" no se gestó como tal a partir de 1527; a su vez, tiene razón Hanke cuando cree que la obra se gestó precisamente en el contexto de la Junta de Valladolid (aprovechándose el material existente para la "Historia de las Indias"). Ahora bien, tanto el *título* como el *contenido* final tal como los conocemos, de acuerdo con O'Gorman, creemos que son ya posteriores a la Junta de Valladolid.

En cuanto al *contenido*, basta parar mientes en el "epílogo" que aparece al final de la "Apologética" sobre las cuatro clases de bárbaros, para demostrarlo; o también la alusión a la muerte de F. de Oviedo que ocurrió en 1557, (como acertadamente señala O'Gorman).

En cuanto al *título*, vemos que, en el manuscrito de París, Las Casas no habla sino de una "segunda parte en castellano". Sin duda, fue sólo después de la Junta cuando pensó que las dos partes: *la primera* o argumentación de derecho, que existía en castellano y en latín, y la *segunda* o argumentación de hecho que solamente existía en castellano, debían ser publicadas como dos libros diferentes. Así reservó para la *primera parte* el título de "Apología", y para la *segunda parte* (que como hemos visto, caía en la documentación presentada en la Junta de Valladolid también dentro del título general "Apología"), en buena lógica para bien distinguirla de la primera parte y al mismo tiempo dar a entender que formaba *un todo* con ella, concibió el título de "Apologética Historia".

Las referencias hechas por Las Casas en la "Historia de las Indias" al título de "Apologética Historia" corresponden, sin duda, a fechas de redacción de la "Historia", posteriores a la Junta de Valladolid.

5.—*Idioma utilizado en la Junta de Valladolid.* ¿Cuáles fueron los textos leídos en la Junta de Valladolid: los latinos o los castellanos?

Es evidente, por nuestra anterior exposición, que, por parte de Las Casas, existían los textos latino y castellano de la *primera parte* (argumentación de derecho correspondiente al manuscrito de París) y el texto castellano (no latino) de la *segunda parte* (argumentación de hecho, incorporada después en la "Apologética Historia") a la que se refiere Soto cuando dice que "el obispo contó largamente la historia de los indios".

En cuanto a Sepúlveda, es evidente que su "Apología" que le sirvió de base y guión para la Junta de Valladolid (y a la que respondió Las Casas, si no en el mismo orden, sí parte por parte y argumento por argumento), editada en latín como es sabido en Roma (v. nuestra edición), corrió también manuscrita en castellano.

Del "Democrates II", hubo que sepamos, una copia "de la sustancia de él en castellano" enviada por Sepúlveda al Comendador Mayor de Castilla (como demostramos en nuestra obra *Juan Ginés de Sepúlveda a través de su epistolario...*, Madrid, segunda edición, pp. 199-200).

Por otra parte, Sepúlveda en su "De Orbe Novo", lib. I., edición Cerda y Rico, Academia de la Historia, Madrid, 1780, tomo III, págs. 13-14, dice textualmente, refiriéndose a la Junta de Valladolid:

"Estos (los jueces) reuniéndose muchas veces de oficio y después de leer mis opúsculos y los de mis adversarios y de oírnos discutir, estudiaron el asunto, y después de una larga discusión durante muchos días, sólo uno se opuso. . .".

Es, pues, lógico que se presentase la documentación indistintamente en los idiomas en que existía y que se utilizasen, como ocurría en aquel tipo de reuniones, los dos idiomas, latín y castellano. La argumentación *de hecho* sin duda fue presentada por ambas partes en castellano. La circunstancia de que Soto redactara el Sumario en castellano y que las "objeciones" y las "réplicas" de los contendientes aparezcan en este idioma, me hace finalmente inclinarme por pensar que prevaleció el castellano. Digo "prevaleció", pues en las objeciones y réplicas tales como Las Casas nos las ofrece editadas en su opúsculo "Aquí se contiene. . ." aparecen aquí y allá muchos textos latinos sin traducirse al castellano según la costumbre de la época. Lo propio ocurre en el texto de Sepúlveda "Proposiciones temerarias, escandalosas. . .", sobre la Junta de Valladolid, editado por Fabié en el tomo segundo de su obra *Vida y escritos de Fray Bartolomé de las Casas*, Madrid, 1879, texto en que Sepúlveda responde a la argumentación de Las Casas, escrito fundamentalmente en castellano, pero que contiene páginas enteras en latín, sin ser traducidas al castellano.

Estimo, pues, que en su muy agudo y profundo artículo, nuestro gran Maestro D. Silvio Zavala expone a propósito de la Junta de Valladolid y la documentación en ella presentada las solas conclusiones que hoy pueden sacarse a la vista de la documentación con que contamos. Su idea de que la "Apología" (Manuscrito de París) es una versión retocada del original presentado en la Junta es la realidad. Su juicio de que representa "una suma del ideario lascasiano tal como había cuajado a mediados del siglo XVI", no puede formularse mejor ni ser más exacto. Una vez más nuestro gran Maestro nos ha dado una gran lección.

Después de leer estas admirables páginas, sólo tengo que expresar mi acuerdo con sus conclusiones, agradecer al Maestro Losada su generosa respuesta y complacerme de que mis dudas hayan abierto de nuevo el caudal de la sabiduría de nuestro amigo para arrojar clara luz sobre el episodio histórico por él profundamente estudiado. S. Z.

EL HABLA DE LOS MOZARABES — ¿UN TESORO PERDIDO?

"Mio sidi Ibrahim
Ya tu omne dulce
Vente mib de nojte.
In non, si non queris,
Ireme tibi
Garne a ob leg arte".

(Mi señor Abraham,
Oh, ¡hombre dulce!
Ven a mí de noche.
Si no, si no quieres,
Yo iré a ti
Dime adónde puedo encontrarte.)

"Vaisse meu corajon de mib
ya rabbi
Si se me tornarad
Tan mal me doled li habib
Enfermo yed cuand sanarad."

(Se va mi corazón de mí
¡oh Señor!
¿me regresará?
tan grande es mi dolor por mi amante
quien enfermo está. ¿Cuándo sanará?)

ESTOS poemas fueron escritos en la España árabe posiblemente antes del siglo XI. Durante la época de la dominación árabe [de España] (entre los años 711 y 1492), la poesía fue una tradición floreciente tanto entre los árabes y judíos, como entre los cristianos mozárabes. Estos mozárabes eran los cristianos hispano-romanos que se arabizaron, tanto en el habla, como en las costumbres. Sin embargo el vernacular romance nunca se llegó a perder totalmente entre esta población. Aunque los ciudadanos del Imperio Romano en España quedaron sometidos al vencedor árabe y vivieron bajo el gobierno islámico durante tantos siglos, asoma muchas veces, como pruebas de vitalidad enérgica del pueblo sometido, la preservación del habla romance. Esta lengua aparece, sobre todo, en una tradición lírica oral muy vigorosa, y en el uso de la lengua vernacular como instrumento de comunicación en la vida casera. A pesar de ello, la lengua de la cultura y de la administración en aquella época fue el árabe.

Cuando los árabes llegaron a las tierras españolas, no trajeron con ellos mujeres. Esto trajo a cabo que se realizaran muchos matrimonios mixtos entre los conquistadores y mujeres españolas. Fueron éstas, las mujeres de origen hispano-godo de los siglos X, XI y XII, las que salvaguardaron el habla vernacular, el habla que había sido la legación de los romanos, y la cual fue cambiando lentamente, se fue simplificando, y que, finalmente, se llegó a convertir en lo que hoy se conoce como el español antiguo.

La vida de los mozárabes durante el tiempo de la conquista por los árabes no se conoce muy detalladamente. Menéndez Pidal¹ ha perfilado tres grandes períodos en la historia de los mozárabes: uno, el primero, es un período de rebeldía, de heroísmo, de lucha, y de martirio, que se puede considerar terminado en el año 932, la fecha de sumisión de Toledo al poder califal. En el área espiritual es una época de exaltación de la fe, de tormento; en esta época la lengua romance alcanza una importancia primordial, tanto como instrumento de comunicación, y como símbolo de rebeldía. En este primer período hubo incluso musulmanes de elevada categoría social que se expresaban solamente en romance. En general, sin embargo, las personas cultas eran bilingües; los dos primeros siglos de dominación árabe se caracterizan por el predominio de la aljamía (este es el nombre que daban los árabes a la lengua castellana. Hoy se aplica este término a los escritos de los moriscos en español con caracteres arábigos).

El segundo período en la historia de los mozárabes es uno de postramiento. Menéndez Pidal le lleva hasta el año 1099, año de la muerte del Cid, y fecha de la primera persecución de los mozárabes por los almorávides (una de las tribus árabes más poderosas y avasalladoras). En esta época se produce la primera gran emigración en masa de los cristianos del sur hacia el norte de la península. En cuestión del idioma, el lenguaje hispano empieza a menguar entre los árabes y se utilizan a los mozárabes en las intervenciones diplomáticas entre árabes y cristianos. Entre los cristianos, el hispano se empieza a relegar como lenguaje casero.

El tercer período es uno de emigración y gran mengua de los mozárabes, debido principalmente al fanatismo almorávide. Los mozárabes que se quedaron en tierras ocupadas por los árabes, que no lograron marchar a territorios cristianos, fueron trasladados a África en grandes masas.

Poco se sabe sobre la lengua que usaron los mozárabes durante los tres períodos en que estuvieron bajo el yugo árabe. Los primeros resplandores que tenemos de esta lengua primitiva son los que vislumbran entre las líneas de los poemas del pueblo, las jarchas. Hasta el año 1948, cuando las jarchas fueron descubiertas por S. M. Stern,² los estudiosos de la historia de la lengua española, consideraban el Poema del Mío Cid, de mediados del siglo XII, como el primer texto literario escrito en la lengua vernacular. (Hasta entonces todos los textos literarios que se conservan están escritos en latín). Ahora se sabe que los breves versos compuestos

¹ Ramón Menéndez Pidal, "Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI". Madrid, Espasa-Calpe, 1964, (5ª edición).

² Las jarchas fueron descubiertas por S. M. Stern y publicadas en: a) S. M. Stern, "Les Vers Finaux en Espagnol dans les Muwassahs Hispano-Hebraïques", Al-Andalus, 1948, 1949, 1951. b) "Les Chansons Mozarabes", Al-Andalus, XXVIII, 1953.

en la España mozárabe en lengua española (aunque ciertamente repletos de arabismos), provienen indudablemente de una época más temprana. Estos versos, que se escribieron y preservaron en caracteres árabes y hebreos, han presentado graves problemas de transliteración, sobre todo porque, a la manera de las lenguas semíticas, no contienen las vocales, sino solamente las consonantes. Por lo tanto, las vocales insertadas en los textos (como en los versos presentados más arriba, son hipotéticas. Aun con esos problemas, los poemas son prueba suficiente para comprobar que entre los siglos XI y XII existió en la España mozárabe una poesía lírica en romance vernacular.

La idea de que el español mozárabe existió verdaderamente nunca se ha dudado; como prueba de su existencia se encuentran palabras mozárabes aisladas salpicando los textos literarios y científicos árabes y hebreos. Los mozarabismos se encuentran con más extensión sobre todo en las obras de botánica que mencionan los nombres de las plantas y flores locales, y que incorporan los vocablos romances en sus descripciones arábicas. Sin embargo, como se mencionó antes, lo único que se tenía hasta el descubrimiento de las jarchas, son solamente palabras sueltas en mozárabe. Con las jarchas, empezamos a conocer el vocabulario, la sintaxis del vernacular, así como el tipo de lírica oral común en tiempo de los árabes.

Los versos mozárabes de las jarchas consisten, generalmente, de cuatro líneas que ocurren como estrofas finales. Son esas estrofas finales, que se repiten después de cada verso lo que se conoce como "jarcha". El tipo de poema que las jarchas acompañan generalmente se conocen en árabe también, y tienen un nombre arábigo: "muwassaha". El género de poesía de las muwassahas se practicaba con frecuencia en el mundo árabe; una de sus reglas fundamentales consistía en que la estrofa se encontrara repleta de palabras del habla de todos los días, vulgarismos, y modismos del uso popular. Si la estrofa se escribía en un lenguaje más cultivado, en lenguaje clásico, dejaba de ser considerado muwassaha. Los tópicos más usados tanto en las estrofas como en las jarchas mismas debían de ser de un carácter picante y vivo. Debían de consistir de temas de la vida diaria, generalmente de amor. En realidad, la gran mayoría de las jarchas hispánicas consisten en lamentos y llantos de mujeres no correspondidas en sus amores, o quejas dolorosas porque el hombre amado no está al lado de la que canta. En algunos casos se encuentran poemas en que la mujer le habla francamente al amado confesándole sus más íntimos deseos.

Un punto de interés es el hecho que la jarcha hispana y la árabe siempre aparece en los labios de una mujer. Y aunque todos los autores conocidos de las muwassahas son hombres,³ la costumbre de hacerla aparecer

³ Entre los autores de jarchas más conocidos destacan Yehuda Halevi (1140) que escribió en hebreo, y Todros Abulafia (1285) que escribió en árabe.

cantada por una mujer es aparente en cada uno de los poemas descubiertos hasta la fecha. Como explicación de este caso, es posible conjeturar que, como el vernacular romance era el lenguaje del pueblo, y mientras más popular era el lenguaje más se prestaba a las reglas de uso de la jarcha, y el lenguaje hispano era el lenguaje de la casa, eran las mujeres hispanogodas las que más lo empleaban, era, por lo tanto, el elemento preferido de los poetas. Una razón más por el uso del español primitivo podría ser el hecho que le brindaba al poema un dejo un tanto exótico y a la vez un tanto familiar.

Y sin embargo, aunque la tradición de las muwassahas y sus jarchas correspondientes es una tradición oriental y ya existía en el mundo árabe desde antes de la conquista de Iberia, se encuentra en estas jarchas nativas de España un elemento puramente hispánico: las líneas de la jarcha realmente resumían el contenido de todo el poema y formaban su base y punto de partida. Como la misma jarcha aparece repetida en dos o tres poemas por autores diferentes, es muy posible asumir que el origen de estas jarchas, cantadas en lengua hispana, ya existían en el mundo cristiano mozárabe en una forma de copla. Es decir, que aunque la estructura de las jarchas españolas es típicamente árabe, su contenido, su alma, era típicamente hispánica. Y este elemento lírico oral que se encontraba en la Península Ibérica desde antes de la conquista árabe, se conservó en el pueblo, luchando contra toda la influencia árabe, y más tarde logró perdurar por varios siglos en la poesía española. Esta tradición se encuentra en esta fecha, ya en el exilio, ya fuera de su madre patria, fuera de España, entre la poesía oral que los judíos sefardíes poseen entre sus tradiciones más queridas y veneradas.

El habla mozárabe representa, por lo tanto, una relativa continuidad lingüística peninsular: es un hilo de unión durante varios siglos durante la conquista románica y la visigótica, se debilita, pero no se pierde, durante la conquista musulmana, y finalmente, continúa eslabonando las tradiciones y la vida española entre los exilados. Y sin embargo, basado en los pocos datos que se tienen, se sabe que la lengua mozárabe, durante los tres períodos históricos de la conquista musulmana en España, no fue una lengua uniforme. Existían en ella variantes y fenómenos diversos que fueron eliminados o igualados por la fuerza del habla impuesta por la lengua reconquistadora, es decir, el castellano. Estas variantes se deben a que el mozárabe, no siendo una lengua escrita, no tenía fijación alguna. El mozárabe, por lo tanto, era una lengua en ebullición, una lengua en plena gestación cuando los árabes conquistaron el sur de España. Probablemente algunos de sus cambios no se habían acabado de realizar cuando sobrevino la invasión musulmana, sino que se fijaron dos siglos más tarde. Esta fijación no llegó a suceder en el dialecto mozárabe mismo, sino, más ciertamente es que la fijación ocurrió en los dialectos del norte, los que estaban más alejados de la influencia árabe, tales como el gallego o el castellano.

Esta fijación llegó a ocurrir, sin duda, en las vocales y en la dip-tongación del dialecto castellano, imponiéndose más tarde en todos los dialectos de la Península Ibérica. Los datos esenciales para el conocimiento del habla mozárabe proceden casi únicamente de los escritores musulmanes o hebreos. Pero el conocimiento del estado de las vocales hispánicas ha sido extremadamente difícil dada la poca adecuación que el árabe tiene para la representación de las vocales (esta lengua contiene muy pocos signos vocálicos, y son fácilmente omisibles). Así, pues, es muy probable que, al reconquistar Castilla el sur de España, borró, acabó con los fenómenos del mozárabe que eran claramente diferentes a la lengua nacional.

¿Qué sucedió entonces con la lengua mozárabe? Durante los primeros años de la reconquista se hizo cada vez más claramente arcaizante y familiar, y finalmente, declaran algunos filólogos hispánicos, tales como Lapesa,⁴ esta lengua mozárabe desaparece conforme los reinos cristianos fueron reconquistando las regiones del Sur. Los dialectos mozárabes, ya decadentes, no pudieron competir con la lengua que llevaban los conquistadores, pues era una lengua mucho más viva, más evolucionada. Afirma Lapesa que la desaparición de las hablas mozárabes cierra un capítulo de la historia lingüística española. Se impuso el castellano como lengua nacional y por lo tanto, se ha afirmado, el mozárabe cesó de existir. Sin embargo, hay huellas, hoy en día, que ese tesoro que es el mozárabe todavía vive. Su tradición oral, sus escritos poéticos se llegaron a continuar por varios siglos, y todavía hoy se encuentran canciones del tipo mozárabe en las tradiciones de los judíos sefardíes. La mayoría de los judíos expulsados de España por los Reyes Católicos se estableció en muchos puntos del imperio turco, en el Norte de África, en Marruecos, y actualmente se encuentran muchas de sus comunidades en América. En su boca se encuentran romances y dichos antiguos que se han llegado a olvidar en la Península. El español se sigue empleando en esas comunidades sefardíes, y el interés que ofrece su lengua consiste en su extraordinario arcaísmo; la lengua sefardí no llegó a participar en ninguna de las principales transformaciones que el español ha experimentado desde la época de su expulsión. Es verdad que los judíos tenían una floreciente tradición poética en España, una poesía que salió de la Península y los acompañó en su destierro. Sin embargo, la manifestación más relevante de la literatura hebraicoespañola es la de la poesía sagrada. La mayor parte de la poesía judeo-española estudiada hasta la fecha ha sido de índole bíblico-religiosa. Muchos poemas populares de hoy son de inspiración religiosa. Los temas de estos poemas suelen ser tomados de los relatos bíblicos y del ritual religioso. Muchas de estas poesías contienen un fondo moral, y su ritmo y vocabulario son muy parecidos a los de los poemas de los siglos XII, XIII y XIV de España. Compárense, por ejemplo, los siguientes poemas. El primero es de Meir Halevi Abulafia, del siglo XII, y el segundo es un cantar popular entre los judíos de Salónica del siglo XX:

⁴ Rafael Lapesa, "Historia de la Lengua Española", Madrid, 1959.

A
Quiddus

¡Cuán ilustre es el día — en el cual alboré tu gloria!
Honrado sea el Dios temible — que desde antiguo te ha elegido;
en el decurso de tu tiempo — por ventura luz en tu esplendor,
siete veces como la luz — de siete días, ¿no encontraron?

Los lindes de mi heredad — en gracia a ti antes alcanzaron.

Quieras, oh Dios, en tu benignidad — renovar este real día,
así como por ti solo — ultimaste, en el principio toda obra,
y haz heredar tu gloria, — el trono de tu realeza,
el asiento de tu esplendor — para generaciones sempiternas.

Los lindes de mi heredad — en gracia a ti antes alcanzaron.⁵

Cántiga alavada de Tevaryá

Bendicho sea su nombre — en boca de todo hombre,
se enmente y se nombre — la ciudad de Tevaryá.
Pasaré agora y veré — la tierra santa de Tevaryá.

A

Den loores a el Dió — todo el que es gudío,
por que se arrebivió — el lugar de Tevaryá
Pasaré agora y veré — la tierra santa de Tevaryá.

Tiempo mucho fue famado — que estava deziertado,
ni minián era agiuntado — por qadis en Tevaryá.
Pasaré agora y veré — la tierra santa de Tevaryá.⁶

Poco ha sido estudiada la poesía profana de los judíos sefarditas, y no es extraño reconocer el hecho de que estos judíos, se llevaron consigo de España, tras el éxodo de 1492, los usos y las costumbres que celosamente habían conservado en España durante muchas generaciones. Las jarchas hispánicas fueron descubiertas en 1948 en manuscritos hebreos que pertenecían a comunidades egipcias en Genizeh. Existe una ley judía que prohíbe la destrucción de cualquier papel, de esta manera los manuscritos fueron enterrados en arena, y fue debido a esa ley religiosa que las jarchas fueron preservadas para la posteridad. De igual manera, la tradición de la poesía de los mozarabes vive en los cantos del pueblo aun hoy. No sólo es el uso de la misma lengua, no sólo es la expresión poética, sino se continúa la tradición de la jarcha en la temática y en la rítmica de la poesía profana sefardí. Compárese, por ejemplo, el poema siguiente de los judíos de Salónica con el primer poema mencionado más arriba:

⁵ "Quiddus", recopilado y traducido por José María Millás Vallicrosa. En: "La poesía sagrada hebraicoespañola", Madrid-Barcelona, 1948.

⁶ "Cántiga alavada de Tevaryá", recopilada por Michael Molho. En: "Literatura Sefardita de Oriente"; Madrid-Barcelona, 1960.

Mi novio, de yules vedres
Mi cara de conchas y flores
Quien durmiera en vuestros sudores.
Mi novio, ¿porqué no venix?
Mi novio, ¿porqué me fazcx sufrir?

Es claro que la lengua mozárabe, la primera lengua vernacular romance del sur de España todavía vive. Sin embargo, en este tiempo la lengua española o "la lengua sagrada", como la llaman los sefardíes, ya no se encuentra relegada solamente a la boca de las mujeres. Esta vez el español se ha convertido en la lengua del espíritu, en la lengua en que se conversa con los hombres, la lengua en la que se habla con el rabí, la lengua que se usa para hablar con Dios.

GISELA BIALIK HUBERMAN

ASPECTOS SOCIALES EN DOS COMEDIAS DE LOPE DE VEGA, PERIBÁÑEZ Y FUENTEOVEJUNA

Por Manuel Antonio ARANGO L.

PERIBÁÑEZ y *el Comendador de Ocaña* (1614),¹ y *Fuenteovejuna* (1619),² tienen una estrecha relación en cuanto al tema de las clases sociales de la época. Pocas personas ponen en duda la diferencia social entre amo y criado, señor y vasallo.

De todas las comedias de Lope quizá las que más tienen relación temática son *Peribáñez*, *Fuenteovejuna* y *El Alcalde el mejor Rey*. Las dos a que se refiere el título de este estudio, tocan el mismo tema: la lucha entre comendadores de Órdenes y vasallos. La analogía es muy estrecha. *Peribáñez* lleva a la escena a un protagonista del pueblo quien llega a la honra horizontal por medio de la defensa de su dignidad. *Fuenteovejuna* toma toda una colectividad como protagonista para vengarse del tirano de la aldea que la subyuga y la maltrata.

En ambas comedias Lope toma como elemento de protesta social el honor, a fin de dar más valor a la dignidad humana. Es preciso señalar que éste era uno de los pocos medios en que un autor del Siglo de Oro podía alzar la voz en favor de las clases inferiores sin temor a la reacción por parte de la monarquía. Además con el tema del honor el mismo Lope lo afirma en *El Arte Nuevo*, servía de motivación psicológica a los lectores:

Los casos de la honra son mejores,
porque mueven con fuerza a toda gente.

¹ *Peribáñez* aparece por primera vez en 1614 en la cuarta recopilación que Lope publicó en sus comedias. (Parte IV). (Ver: "Prólogo V en Lope de Vega, *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, París, Hachette, 1943, pp. XV-XLVIII.

² Apareció por primera vez en la *Dozena parte de las comedias de Lope de Vega Carpio*, Madrid, Viuda de A. Martín. 1619. (Véase prólogo de Amando Isasi Angulo, en *Teatro Lope de Vega*, Editorial Bruquera, S. A. Barcelona, 1970, p. 70.

"La doctrina ortodoxa, por así decirlo, del honor, tan frecuentemente expresada por Lope y por otros lo considera sentimiento exclusivo de la nobleza. Era natural, puesto que el honor es una concepción elaborada por la aristocracia".³

No debemos olvidar que en el Siglo de Oro, el concepto de la honra aparece en un doble plano de acuerdo a la estructura de la sociedad, bien en un sentido vertical (honra vertical) o ya en un sentido horizontal (honra horizontal).

"Las clases más altas eran en sí portadoras de honra por su misma excelcitud y comunicaban esta honra a la clase subsiguiente. El rey era el máximo portador de honra y sus actos en relación con sus súbditos conferían honra. Los nobles y los hidalgos ostentaban mayor o menor honra, según la distancia que los separaba del máximo centro irradiador de honra. Los labradores carecían de honra en relación con los demás y sólo ocasionalmente recibían honra adventicia por alguna distinción o favor concedido. La honra vertical es, pues, honra inmanente, la cual existe en virtud del nacimiento o de méritos extraordinarios o fuera de lo común en la persona, y que ocasionalmente puede derivarse de posiciones oficiales y estatales.

La honra horizontal, en cambio, se refiere a las complejas relaciones entre los miembros de la comunidad en el sentido horizontal del grupo. Tal concepto de honra puede ser definido como *fama* o *reputación* y descansaba por entero en la opinión que los demás tuvieran de la persona. La honra vertical actuaba como factor diferenciador en el sentido de igualamiento en calidad de símbolo de cohesión social".⁴

Esa honra horizontal a que nos hemos referido, hace que el Rey exclame asombrado en la comedia de *Peribáñez*:

¡Cosa extraña!
 ¡Que un labrador tan humilde
 estime tanto su fama!⁵

Según las ideas medievales, sólo el noble tiene honra, a raíz de haber nacido de una clase privilegiada, mientras que al villano de le negaba de plano ese privilegio, por lo tanto no podía sentir la

³ Charles V. Aubrum y José F. Montesinos. *Peribáñez*, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1962, p. 13.

⁴ Gustavo Correa. *El doble aspecto de la honra en el teatro del siglo XVII*. Hispanic Review. Vol. 26. No. 2, 1958, pp. 100-101.

⁵ Lope de Vega. *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*. Editorial Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1963, p. 136.

solidaridad social de los problemas de la honra, con ligeras excepciones de actos extraordinarios dentro de la línea horizontal.

Peribáñez, al dar muerte al comendador, restaura "noblemente" el hecho frente al equilibrio social. Por tal razón el Rey, premia al final al villano ofendido:

¡Vive Dios, que no es razón
matarle! Yo le hago gracia
de la vida, Mas, ¿Qué digo?
Esto justicia se llama
Y a un hombre de este valor
le quiero en esta jornada
por capitán de la gente
misma que sacó de Ocaña.
Den a su mujer la renta,
y cúmplase mi palabra;
y después desta ocasión,
para la defensa y guarda
de su persona, le doy
licencia de traer armas
defensivas y ofensivas.⁶

Como podemos anotar, fue genial innovación de Lope de Vega hacer protagonista de un drama de honor a *Peribáñez*, un simple labrador de Ocaña, al igual que proteger y ayudar a Casilda, lo mismo que concluir que la muerte dada por *Peribáñez* al comendador pasa a ser una muerte heroica.

Estamos ante otro caso de venganza Villano-Comendador, pero no colectiva, como en *Fuenteovejuna*, sino personal. Aquí se emplean dos hombres, en *Fuenteovejuna* la venganza es secundada por todo el pueblo. Así *Peribáñez*, solo, en silencio, y sin confidentes, se venga del Comendador de Ocaña.

Fuenteovejuna narra un drama donde se plantea la venganza colectiva, no la individual como en *Peribáñez*.

- ¿Quién mató al comendador?
—Fuenteovejuna, señor:
—¿Y quién es Fuenteovejuna?
—¡Todos a una!⁷

⁶ Opus, cit., p. 137.

⁷ Lope de Vega. *Fuenteovejuna*. Editorial Bruguera, Barcelona, 1970, p. 21.

En síntesis, el drama explica la actitud de la nobleza, representada en el Comendador de Calatrava convertida en símbolo de la crueldad, de la lascivia y de las formas urbanas, ricas del vivir. Por otro, los villanos, que representan las virtudes, la honradez, la nobleza del alma, y, al lado el elogio. El pueblo que estructura la obra de *Fuenteovejuna*, desesperado por los desmanes del señor, en forma colectiva se levantan y le matan con crueldad.

El drama social alcanza su máximo clímax en el momento en que el pueblo es sometido a tortura a raíz de la investigación de la muerte del comendador:

- Esteban: ¿Quién mató al comendador?
 Mengo. Fuenteovejuna lo hizo.
 Esteban. Perro, ¿Si te martirizo?
 Mengo. Aunque me matéis, Señor.
 Esteban. Confiesa, Ladrón.
 Confieso.
 Esteban. Pues, ¿Qué fue?
 Fuenteovejuna.
 Esteban. Dadle otra vuelta.
 Mengo. Es ninguna.
 Esteban. Cagajón para el proceso.⁸

Meléndez Pelayo no se detuvo en considerar el aspecto político-social del drama y dice: "En Fuenteovejuna, el alma popular, que hablaba por boca de Lope, se desató sin freno y sin peligro, gracias a la feliz inconsciencia política que vivían el poeta y sus espectadores."⁹

En *Fuenteovejuna* se cumple el deseo de la rebelión utópica del pueblo contra su tirano. Lope en esta comedia, crea, la valorización artística hacia una ambición universal, al sueño imposible de todos los que fueron oprimidos y un día unánimemente decidieron cambiar la situación del momento.

"En Fuenteovejuna, la colectividad hecha protagonista se lanza contra el Maestre, colmada la medida de la paciencia. Lope traza el drama de todo un pueblo en una obra claramente revolucionaria y claramente monárquica también —en el sentido que tenía de la realza democrática en los albores del siglo xvii".¹⁰

En la escena cuarta los aldeanos expresan júbilo; llevan la cabeza

⁸ Opus, cit., pp. 149-150.

⁹ Menéndez Pelayo. *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid MCMXLIX, p. 176.

¹⁰ Angel Valbuena Prat. *Historia de la Literatura Española*. 4a. Edición. Tomo II. Ed. Gustavo Gili, S. A. Barcelona. MCMLIII, p. 356.

del Comendador en una lanza, y han adoptado el escudo de armas del Rey. Esteban les aconseja unirse para proclamar su responsabilidad común: Fuenteovejuna entera ha dado muerte al Comendador:

- Esteban. Los reyes han de querer
averigua en este caso,
y más tarde cerca del paso
y jornadas que han de hacer.
Concertaos todos a una
en lo que habéis de decir.
- Fronoso. ¿Qué es tu consejo?
Morir.
Diciendo Fuenteovejuna
y a nadie saquen de aquí.
- Fronoso. Es el camino derecho.
Fuenteovejuna lo ha hecho.

La escena final resuelve a la vez el problema político y social planteados en la obra. El Maestre se somete a Fernando e Isabel y es bien recibido; pero cuando habla de la muerte del Comendador se le dice que Fuenteovejuna ya no es asunto suyo.

- Isabel. ¿Los agresores son estos?
- Esteban. Fuenteovejuna, señora,
que humildes llegan agora
para servirlos dispuestos.
La sobrada tiranía
y el insufrible rigor
del muerto comendador,
que mil insultos hacía,
fue el autor de tanto daño.
Las haciendas nos robaba
y las doncellas forzaba
siendo de piedad extraño.¹¹

Cuando el lector termina la comedia *Fuenteovejuna* se solidariza con el pueblo, y participa de su justa venganza. También en *Peribáñez* las frases de Casilda al expresar el justo castigo del Comendador de Ocaña, sirven como vínculo de solidaridad con Peribáñez en su venganza.

Muy justo ha sido el castigo.¹²

¹¹ *Fuenteovejuna*. Opus, cit., p. 159.

¹² *Peribáñez*. Opus, cit. p. 128.

Es posible que uno de los propósitos principales de Lope de Vega fue la de representar en forma dramática la lucha entre la Corona y el pueblo por una parte y las órdenes militares por la otra. Si aceptamos la teoría de que *Fuenteovejuna* y *Peribáñez* son símbolos de protesta entre el pueblo y las autoridades constituidas, las comedias son fieles precursoras de las comedias revolucionarias.

Rudolph Schevill, autor de un estudio sobre el arte dramático de Lope de Vega, refiriéndose a *Fuenteovejuna*, considera que "El drama todo es un alegato por la libertad, por los derechos de la comunidad y de sus miembros individuales, unido a una denuncia furiosa de privilegios hereditarios".¹³

K. N. Derzhavin, destacado hispanista soviético, señala en el prólogo del libro *Tres comedias españolas* lo siguiente: "Lope de Vega no hizo sino subrayar la importancia histórica general de la lucha llevada por el pueblo... contra la dominación feudal y del apoyo que el poder monárquico dio a esa lucha". Pero, refiriéndose a las escenas de la tortura, agrega: "Estas escenas revelan lo ilusorias que son las ideas utópicas acerca del papel benévolo que la Corona desempeñó con respecto al pueblo".¹⁴

Los autores que no admiten la interpretación social de *Fuenteovejuna* están en franca minoría, empero, hay juicios de algunos filólogos serios entre los que se cuenta a K. Vossler, el que considera que "estaría equivocado el que intentara interpretarla como exaltación de la violencia o de la venganza privada, y, por ejemplo, ver aquí una contradicción con el espíritu cristiano de la paciencia".¹⁵

Por nuestra parte, nos ponemos al lado de la mayoría, respetando los juicios contrarios.

¹³ Rudolph Schevill: *The Dramatic Art of Lope de Vega, together with "La dama Boba"*. Univ. of Cal. Press. Berkeley, 1918, p. 113.

¹⁴ Tri ispánskie Komédii, "Inskusstvo" Moscú-Leningrado, 1951.

¹⁵ K. Vossler. Lope de Vega und sein Zeitalter. Munich, 1932, p. 238.

DOS PERSONAJES CENTROAMERICANOS: EL GENERAL FRANCISCO MORAZAN Y EL LICENCIADO BRAULIO CARRILLO

Por León PACHECO

EL general Francisco Morazán y el licenciado Braulio Carrillo son los dos personajes de la historia de Centroamérica que mayormente se atraen y se rechazan. Encarnan, cada uno en su estilo, un pasado histórico colonial que sólo unía, de manera aparente, a las cinco Provincias centroamericanas. La vida política de Centroamérica, a partir del siglo XVI y hasta su Independencia en 1821, en la realidad diaria, fuera de la acción administrativa centralizada en Guatemala, fue un mito. Esto se debió a una serie de razones geográficas, raciales y, sobre todo, a la inexistencia de riquezas que estimularan una economía colonial. Importante lo que hubo de común, la base de una posible futura unidad, durante los largos siglos de la dominación española, fueron nada más que la lengua, la religión y los vestigios de las viejas civilizaciones autóctonas. Cuando la Capitanía General de Guatemala hizo crisis, en los momentos en que tuvo lugar el movimiento Independentista, con la desaparición del poder regulador administrativo de la Corona española, las Provincias tuvieron que hacerle frente a un legado histórico desordenado. Hicieron irrupción las subversiones políticas locales que obligaron a que cada una de estas provincias resolvieran, casi improvisadamente, las más urgentes necesidades de su vivir cotidiano. En esta perspectiva no carecían de alguna experiencia.

La Independencia del Reino de Guatemala fue un regalo de Dios que entusiasmó lógicamente a los pueblos que lo integraban. No se derramó ni una sola gota de sangre para separarse de los poderes que la dominaban: España y México. Lo que sí se derramó fue mucha tinta, mucha demagogia y las manifestaciones de un deseo sincero de que las naciones que se vislumbraban siguieran viviendo su destino juntas, con la asimilación de las ideas avanzadas de los sistemas democráticos en vigencia en aquellos años críticos de la civilización occidental. Los líderes de este movimiento independentista espontáneo, gratuito, no habían conquistado aún el derecho a participar en la vida pública, además de que no habían

contribuido, con su sangre, a los movimientos en que participaban, como sí lo habían hecho los jefes de las revoluciones sudamericanas y los de México. La pobreza extrema del Reino de Guatemala, su anonimato, su poca importancia, explican este fenómeno de pasividad bélica. No podía esperarse que existiera una verdadera independencia para los pueblos porque los mismos problemas de la época colonial, con una pasividad natural, seguirían existiendo, las mismas clases sociales seguirían gobernando la región con la desventaja para ellas de que sus responsabilidades en el manejo directo de su nueva actividad política, serían mayores, por la desviación lógica que tomarían los negocios públicos. Muchos de los personajes del momento, miembros de las castas coloniales o sus descendientes directos, se habían educado en el pensamiento de la Revolución Francesa y en los principios de la filosofía racionalista del siglo XVIII, que conformaron, más o menos, la armazón total del movimiento independentista latinoamericano. A pesar del aireamiento ideológico que esto significaba para aquellas sociedades en ebullición, basado en doctrinas que se imponían en Europa y que conmovían en sus bases a sociedades apolilladas por el lastre de la rutina, todos los individuos que se nutrían con su sustancia pertenecían a las antiguas clases coloniales y estaban llamados a formar parte, a su manera, de los cuadros directivos de las nuevas estructuras políticas. La Iglesia Católica había formado estas sociedades en las normas de un pensamiento reaccionario y teológico. La Iglesia era una terrateniente poderosa que vigilaba celosamente sus intereses materiales y espirituales con gran sabiduría, que cuidaba que las clases dueñas del poder y de la riqueza de las provincias no se desviarán de los principios que durante tres siglos habían formado el alma de todo un continente. La Iglesia dominaba este cuerpo social con la consistencia universal de su doctrina y con el estímulo incesante de la superstición religiosa.

Centroamérica tuvo, pues, para situarse en los caminos de los pueblos libres del continente, en un momento sorpresivo para ella, que crear sus propios cuadros humanos en la violencia, porque dicha o desgraciadamente la violencia es el clima reconfortante del cual pende la naturaleza de las cosas. En estas provincias, dejadas de la mano de Dios, no era posible una nueva acomodación política, social y económica, sin el enfrentamiento con una aristocracia ficticia y con el servilismo de las bajas clases campesinas, sumisas, ignorantes, a las cuales se las declaraba libres sin previo aviso. No otra significación tienen las luchas, andando el tiempo, entre conservadores y liberales. Estos últimos, en síntesis, demostraron pronto que sólo buscaban adueñarse del poder y sus privilegios en su lucha

contra las clases que habían disfrutado de él durante tres siglos. Las luchas sangrientas entre liberales y conservadores devinieron rápidamente en una guerra entre clericales y anticlericales, remate lógico de un pasado histórico pasivo en que la Iglesia jugó el papel sustancial.

En América las clases conservadoras, sostenidas por la Iglesia, lucharon durante las jornadas de la Independencia, contra España, para desplazar a sus representantes de los negocios públicos con la condición, eso sí, de que pasaran a su dominio privado sin la intervención de los intermediarios burocráticos venidos de la Península. En Centroamérica esto era menos que posible, pues en sus medios sociales, había que hacerlo todo. En nombre de las ideas libertadoras, los nuevos espíritus le hacían el juego a las clases conservadoras, arraigándolas cada vez más en el tejido social de que formaban parte esencial, como consecuencia de la rutina histórica. Esto era lógico, pues sus integrantes eran los que poseían la tierra, una mano de obra barata, cuando no gratuita, una cultura, confidencial y el apoyo decidido de la Iglesia. Las luchas entre liberales y conservadores, anticlericales y clericales, a lo largo del siglo XIX, constituían apenas un tímido despertar de un sentimiento nacional. Esto no se podía realizar sin el concurso de las masas anónimas integradas por indios, mulatos, negros, mestizos de toda laya que, a la hora de la verdad, fueron la carne de cañón de todas las subversiones y el humus de que se nutrieran las nacionalidades americanas. La movilidad de estas masas amorfas era ancestral y no hubo más que estimularla cuando desapareció, en la brutal transformación histórica en cuya base se hallaba su fuerza destructora y constructora, el amo negrero, a quien estaban acostumbradas a obedecer sumisamente. Se dieron cuenta entonces, sin notarlo siquiera, de que eran poseedoras de un instinto creador. Muchos de los grandes líderes de la Independencia americana salieron de este barro humano. Estos líderes carecían de ideas, de cultura, del sentimiento de la libertad, pero poseían una tradición pasiva y ese instinto creador.

Era muy natural que estos caudillos bárbaros terminaran por inclinarse, al final de una larga carrera sangrienta y por la misma pasividad ancestral, a las antiguas clases altas que constituían para ellos, la paz, su bienestar, el sentimiento religioso sustentado por la superstición, y no a las nuevas clases liberales que, en su búsqueda de gobiernos acordes con sus doctrinas, habían anarquizado vastas regiones del continente. Las masas y los caudillos que terminaron por encarnarlas, no conocían sino la sumisión y habían obedecido ciegamente al amo durante largos siglos. Esto no significa que los ideales liberales y las instituciones que lograron establecer no fue-

ran admirables para su época. Eran poco viables, sin embargo, por la misma razón de que las clases que mejor respondían a la historia eran las poseedoras de la tierra, el comercio, los centros educativos y la mano de obra campesina. El salto hacia sociedades modernas era entonces difícil, porque no se trataba solamente de un problema local americano, sino también de un problema común al mundo entero en los momentos en que el mercantilismo hacía su aparición en Europa. Este es el clima de la subversión americana, que si no fue inútil, sí se desarrolló en el ritmo de la historia del Occidente, a la cual nuestros países pertenecían, en parte, desde hacía siglos. El problema de este trastabillar histórico fue más sombrío en Centroamérica por lo exiguo de su pasado colonial y la estrechez de su territorio.

Los primeros gobernantes de la Federación Centroamericana fueron liberales muy convencidos de su misión. Estaban en capacidad de desplazar a las antiguas clases gobernantes. La Constitución de la República de Centroamérica, redactada y discutida en Guatemala en 1823, es audaz. Lo es más cuando busca imitar e imponer el modelo federal norteamericano en el cual en líneas generales, se inspiraban las Provincias cuyos dirigentes desconocían, en su sustancia, las verdaderas realidades políticas centroamericanas. Era fácil equivocarse y esto fue lo que ocurrió. El objetivo inmediato de esta Constitución era conservar, remozándolos, los privilegios y prerrogativas de la Capitanía General. Es cierto que al Congreso Federal asistían los representantes elegidos por los cinco Estados. En estos Estados, sin embargo, funcionaban Asambleas locales más auténticas, por el mismo localismo, que la Federal. Tal vez lo más indicado en aquellos días, y esto es sólo afirmable en las actuales circunstancias, era el mantenimiento de la antigua unidad política, con el sometimiento de los gobiernos locales, de esta manera no se rompía la continuidad histórica en un momento de tan profundas transformaciones. Los liberales no podían aceptar tal cosa. Esto lo demostró tempranamente la división que provocó la adhesión al efímero Imperio de Iturbide, en México, movimiento en el cual las tendencias del centralismo tradicional y del liberalismo redentorista lucharon apasionadamente, las primeras en favor y las segundas en contra de una tesis imperialista, muy discutible, por lo demás. Aun en una Provincia tan lejana y tan olvidada como Costa Rica este movimiento tuvo repercusiones trágicas y tardías. La lucha costarricense entre partidarios y adversarios del Imperio de Iturbide caracteriza los primeros lineamientos libertarios de la Provincia y es, al mismo tiempo, la base de la constitución de una sociedad somera e igualitaria, de la cual salió triunfante un liberalismo muy realista.

Mucho se entusiasmaron los ideólogos de la Independencia centroamericana con las doctrinas liberales que los éxitos de la Revolución Francesa hicieron viables, sobre todo después de la desaparición de Napoleón, que fue el gran capitán que vehiculó las ideas francesas por todos los reinados sedentarios europeos. Ninguno de estos reinados podía darse cuenta de que el triunfo de esas doctrinas se debía, desde muchos años antes de estallar la Revolución Francesa, a una burguesía que había desplazado económicamente, sobre todo en Inglaterra y Francia, a las viejas monarquías. El racionalismo del siglo XVIII había hecho factible la existencia y el dominio de esta nueva clase, poderosa, rica y dinámica. En América no podía existir una burguesía, y mucho menos en la desvalida Centroamérica, pues la economía de estos países era rudimentaria, lo cual motivaba que no prosperaran verdaderas clases sociales, que no hubiera obreros sino artesanos de industrias primitivas aunque, desde el punto de vista artístico, eran de primera calidad. Las raquíticas oligarquías terratenientes apenas si echaban mano, para medio enriquecerse, de materias primas de escaso valor. Los mercados regionales eran insuficientes, cuando existían. En cuanto a la explotación de los minerales sólo Nicaragua y Honduras, y en cierta medida Guatemala, poseían minas de oro y de plata. Prosperaban las oligarquías terratenientes y las burocracias parasitarias, apenas perceptibles. Solamente con la aparición de un producto agrícola importante, de explotación en gran escala y con mercados mundiales asegurados, como sería andando el tiempo el café, se podía lograr que estas oligarquías prosperaran y formaran parte de sociedades del tipo liberal, que son las que caracterizan la segunda mitad del siglo XIX. Urgía, pues, la paz después de la catástrofe sociológica provocada por los movimientos de la Independencia. Ya en esta época una intervención inglesa o norteamericana violenta, gracias al Tratado Clayton-Bulwer, no era posible. Estos países marginales, sin saberlo, se entregaron a un capitalismo marginal, sin ninguna clase de escrúpulos, ni con respecto a ellos mismos ni a las potencias que los dejaban vivir. Don Felipe Molina, el primer embajador costarricense ante las cortes europeas, quería negociar en Londres un protectorado inglés para Costa Rica. Guatemala vegetaba bajo la dictadura de Rafael Cabrera. El Salvador y Honduras se sumergieron en los sótanos de la historia donde contrajeron el artrismo de que aún no se curan. Nicaragua vivió pendiente de las luchas de dos minúsculas ciudades: León y Granada.

Este es el contexto histórico y el escenario en que aparecen el general Francisco Morazán, hondureño de nacimiento, y el licenciado Braulio Carrillo, costarricense por los cuatro costados. Morazán comienza su carrera militar en su Estado de origen; y extiende sus

acciones hacia Guatemala, antiguo asiento de la Capitanía General y capital de la República Federal de Centro América, establecida por los patricios a la hora de la Independencia. Morazán, por la fuerza de las armas y por innumerables circunstancias políticas que le fueron favorables, llegó a ser el segundo Presidente Federal, después del ejercicio del poder por el doctor José Manuel Arce, conservador que nunca aceptó las ideas avanzadas de los liberales, encabezados, en la Constituyente de 1823, por los doctores Mariano Gálvez, Jefe del Estado de Guatemala, y el doctor José Francisco Barrundia. Fueron los conservadores guatemaltecos quienes iniciaron el desmoronamiento de la Federación en 1837, y quienes afirmaron la República de Guatemala después del triunfo de Rafael Carrera en 1840. Era natural que esto sucediera, pues la doctrina que inspiraba la Constitución Federal destruía los privilegios de la oligarquía guatemalteca y también los de la Iglesia, su aliada, y establecía una serie de leyes peligrosas para la época. Los marqueses de Aycinena, familia noble cuya nobleza había sido comprada a la corona española, se hallaban a la cabeza del movimiento antiliberal, pues el liberalismo, para su tiempo, y en un Estado analfabeto, santurrón y esclavista, representaba, de acuerdo con sus actuaciones y doctrinas reaccionarias, un reto a la felicidad humana. En esta lucha de intereses, más que de ideas, se inicia la tragedia centroamericana hasta caer en el caos de un localismo nacionalista mantenido por monteras e intervenciones imperialistas.

El licenciado Braulio Carrillo, tercer jefe de Estado de Costa Rica, no era militar ni falta hacía que lo fuera para gobernar la Provincia más pacífica de Centro América. Figurará, andando el tiempo, después de la caída de Morazán ante las monteras de Rafael Carrera, tipo muy representativo del verdadero pueblo guatemalteco, en el capítulo finalmente trágico del caudillo hondureño. Morazán durmió siempre con la espada y el rifle al pie de su cama o de su hamaca. Carrillo, con la ley, en un país que desde sus orígenes coloniales es legalista por necesidad, por pobreza y por su escasísima población, contra la cual no se podía pelear porque la Provincia se habría quedado convertida en un desierto humano. Había que actuar en su medio con sumo tacto y de acuerdo con las realidades. Morazán gobernó en el clima de la anarquía que agotaba a tres Estados insumisos, aledaños a México, cuyos conflictos caudillistas no eran menos graves que los de sus vecinos del Sur: Guatemala, El Salvador y Honduras. Carrillo gobernó dos veces un Estado pacífico, carente de masas indígenas, incestuoso por insolvencia humana, y con una tradición colonial que había evolucionado al ritmo de viejas familias que habían formado sus primitivos cuadros originales, en un silencio histórico inofensivo y en una miseria de

solemnidad. Morazán, para llevar a cabo sus empresas militares, el objetivo de las cuales era mantener viva la Federación Centroamericana, no contó nunca con un verdadero ejército. La corona española no se ocupó, en Centro América, de este detalle costoso, porque no tenía interés en territorios que no le producían rendimiento alguno. Las altas clases criollas de las Provincias tampoco se organizaron militarmente, y muy poco obedecieron a Guatemala, Capitanía General, pues prosperaban muy cómodamente en un régimen agrario primitivo, de sumisión esclavista, en una economía de subsistencia. La oligarquía guatemalteca, la menos pobre de la región, era la dueña de las plantaciones de grana, cochinilla, algodón, tabaco, cueros, que constituían los únicos bienes exportables. Morazán, pues, se vio obligado a no ser sino un general de montoneras. "Los hombres de maíz" adoraban religiosamente el maíz, de cuya masa los habían hecho sus dioses. Nunca aceptaron servirse de este cereal para hacer negocio. Este era el material humano que constituía las montoneras morazánicas, indisciplinadas, audaces, que peleaban a las órdenes de un jefe que se proclamaba liberal, y que mantenían la mentalidad esclavista en que habían vivido muchos siglos. Las ideas liberales andaban, pues, con los pies en el barro: lo importante era seguir subsistiendo, para masas que no tenían, en estas luchas fratricidas, nada que defender como no fuera su pobre vida y su miseria incurable. Morazán tenía que ser derrotado lógicamente por otro guerrillero más hábil y cruel que él, surgido directamente de las masas indígenas, que conociera tiernamente a su pueblo, a las indias, que viviera sus propias costumbres, que siguiera sus propios métodos instintivos. Ese caudillo fue el indio Rafael Carrera quien, tras una lucha tenaz de 3 años, puso en práctica, antes de que fuera enunciado por Mao-Tse-tung, el principio de que "el guerrillero debe moverse entre el pueblo como el pez en el agua". Sus ideas, sin que él mismo lo supiera en el arranque de su carrera, fueron reaccionarias, pero sus métodos fueron los de un auténtico guerrillero.

Cuando la capitalidad colonial de Costa Rica le correspondió a Cartago por derecho histórico, sus habitantes creyeron que nunca se moverían de su valle tan hermoso, el guarco, pues la economía rudimentaria de la Provincia pertenecía a los vecinos prominentes de aquel simulacro de ciudad. En Cartago se iniciaron las luchas entre reaccionarios y progresistas. Braulio Carrillo, en la nebulosa de su conciencia política que apenas comenzaba a esclarecerse, sintió nacer su nacionalismo. Carrillo tenía que tropezar, en su primera gestión administrativa, con este problema de preeminencia localista: la capitalidad del Estado, o Cartago o San José. Carrillo vivía y sentía este conflicto con cierto espíritu grave, pues era un

hombre del común, un campesino nacido en una aldea de los alrededores de Cartago. Por los años en que había vivido en León de Nicaragua, en su calidad de estudiante de derecho de la Universidad de esta ciudad, sintió hasta dónde pueden llegar las banderías aldeanas. Las luchas de León, venerable ciudad colonial, situada en la región agrícola nicaragüense y Granada, ciudad de vocación comercial, enriquecida con el tráfico del Río San Juan, constituían un clima asfixiante para la nación. Carrillo no quería que esto sucediera en Costa Rica. Por esto su primera medida, como Jefe de Estado, fue abolir la Ley de la Ambulancia, ley que preveía la capitalidad del Estado alternativamente en cada una de las provincias centrales de Costa Rica. Esta ley constituía un peligro para la estabilidad del país, sobre todo después del encuentro armado de Ochomogo de 1823 entre cartagos y josefinos, estos últimos capitalizados por un alajuela, Gregorio José Ramírez. Los leguleyos costarricenses, después de la derrota de los cartagos en Ochomogo, promulgaron la Ley de la Abulancia que facultaba maliciosamente la alternabilidad de la capitalidad del Estado, por periodos fijos, en cada una de las cuatro provincias del Valle Central, teniendo el cuidado de poner la capitalidad antes en Cartago que San José. Carrillo, buen abogado, se dio cuenta de que esta ley casuística entrañaba una amenaza para la tranquilidad del Estado. Este paso decisivo provocó un enfrentamiento entre la coalición de Alajuela, Heredia y Cartago contra su gobierno, que había iniciado su gestión administrativa en Alajuela. La Guerra de la Liga estalló en 1835. Carrillo, sin ser un militar, se portó como tal en esta ocasión. Como poseía el sentido jurídico del orden y la disciplina y un concepto muy claro de lo que deseaba para su país, pudo vencer a sus enemigos y mantener la capitalidad del Estado en San José, centro comercial de primera línea y paso necesario para todos los intereses del país. Las provincias se le sometieron aunque a regañadientes. Después de la Guerra de la Liga el Estado se halló en condiciones de organizarse institucionalmente, pues hasta entonces carecía de los elementos legales indispensables para que un gobierno funcione: una economía próspera, los indispensables cuadros burocráticos, una serie de leyes que regularan la buena marcha de las instituciones. Carrillo dedicó a esta obra ingente sus capacidades, su voluntad de trabajo, su habilidad de estadista austero. En realidad de verdad el licenciado Braulio Carrillo es el verdadero creador y organizador de la República de Costa Rica.

Estos individuos, el general Morazán y el licenciado Carrillo, tenían que encontrarse en el escenario centroamericano tarde o temprano, cuando se hubiera definido el destino político de cada uno de los antiguos Estados: uno encarnaba la acción anárquica cen-

troamericanista, nerviosa, el otro la pasividad tica. A Morazán el único país centroamericano que nunca le interesó, en sus primeras andanzas, fue Costa Rica. Carrillo, por su parte, apartó a su país del desastre centroamericano porque intuía el genio de su pueblo y sus métodos para salir adelante en su historia. Morazán y Carrillo se parecían en ciertos aspectos: ambos eran pequeños, ambos tenían una voluntad de acero, ambos sabían lo que querían, ambos fueron hombres de acción y a ambos la vida los envejeció tempranamente. Morazán recorrió toda Centroamérica con las armas en la mano. Inició su política como soldado y murió trágicamente como soldado. Carrillo participó en la vida política centroamericana como delegado costarricense, en 1834, en el Congreso Federal reunido en Sonsonate, El Salvador. Carrillo, desde que se inició en las actividades públicas, fue hombre de leyes. En sus reiteradas intervenciones en las sesiones del Congreso Federal insistió en su tesis del fortalecimiento del poder de cada uno de los Estados, sometiéndolos a una fuerte unidad federal. También insistió en el establecimiento de los instrumentos legales que hicieran factible esa unidad. Carrillo, como todos los políticos americanos de su época, que no eran sino una prolongación de una naturaleza en embrión brutal, obedecía más al instinto que a la razón. Estos dos tipos humanos, Morazán y Carrillo, tenían que enfrentarse en sus caminos, cada uno con sus propias armas, para rematar una época histórica que ya se hallaba, por lo demás, muy superada, cuando se presentó la ocasión del encuentro. Al final de cuentas, no se enfrentaron cuerpo a cuerpo, porque la traición de uno de los servidores del jefe del Estado costarricense evitó este match sensacional.

Carrillo no odiaba a Morazán, pero sí lo temía, como temen las mesnadas al jefe que nunca se apea del caballo. Quizás presentía que el general hondureño lo liquidaría algún día. Morazán, antes de su aventura costarricense de 1842, apenas había hecho una rápida visita a Costa Rica durante la jefatura de Estado de don Rafael de Gallegos. Nunca le interesó, durante lo más recio de sus acciones militares, Costa Rica, Estado ignorado por todo el mundo, el cual, por lo demás, no representaba ningún peligro para sus empresas. No sospechó siquiera que en este retiro involuntario de la historia, jugaba ya un papel muy importante, a finales de la década de 1820, el licenciado Braulio Carrillo, cuando intervino por primera vez en sus actividades profesionales, entrando al servicio del Estado en calidad de Fiscal de la Corte Suprema de Justicia, de la que llegaría a ser, poco más tarde, su Presidente.

Don Braulio Carrillo era bajito, colorado, sanguíneo, de una calvicie prematura, gordo. Este aspecto poco atractivo le valió que

en El Salvador, donde nunca se le quiso, que se rieran de él y lo apodaran *Sapo de Loza*. No se conserva de don Braulio Carrillo ningún retrato original, sino el que le hizo un pintor francés según la descripción oral de un pariente del ilustre costarricense. Nació en San Rafael de Cartago en 1800 y murió asesinado en San Miguel, El Salvador en 1845. Morazán, aunque bajo de estatura, era un tipo humano bien hecho, muy marcial en sus maneras, sumamente petulante y grandilocuente. Del Estado apenas poseía las nociones que aprendió durante su oscura juventud en una oficina de Comayahuela, Honduras. Tenía un verdadero genio militar, pero siempre careció de un verdadero ejército. Era de origen corso y tuvo el acierto de suprimirle la I al apellido italiano de su familia. Todos los historiadores han evocado, en su caso, a Napoleón, quizás por los orígenes corsos de ambos. Fácilmente lo enredaron los guatemaltecos, tan hábiles en los ajetreos de los métodos casuísticos. Carrillo poseía una mente jurídica muy clara, era malicioso y socarrón, como buen tico. Poseía también el sentido pragmático de la administración pública. Creía en el destino del Estado tan humilde que le tocó gobernar. A su institucionalización le dedicó todas sus energías, que no eran pocas. Era sumamente austero en su vida privada, de un realismo asombroso, de una honradez tan limpia que hasta sus peores enemigos se la reconocían. No fue la política la que terminó con él, fue el destino anónimo. La grandeza de su obra política y administrativa se ha comprobado con los años, después de haber muerto asesinado en un pueblo de El Salvador, por un enemigo personal, un tal Domingo Lagos, a quien apodaban *Diablo Prieto*. A don Braulio Carrillo lo empujó la historia de un país sin historia. El general Morazán hizo historia y murió en las llamas de su maldición. Carrillo murió anónimamente, Morazán, fusilado, no por su enemigo fortuito, sino por quienes lo llamaron a Costa Rica para que liquidara al Jefe del Estado, don Braulio Carrillo, al que acusaban de déspota, de tirano, de arbitrario, de peligro para la tranquilidad nacional. Estas vidas paralelas de dimensión minúscula, si es que existen dimensiones diminutas en la historia humana, contribuyeron a formar, cuando las ideas que encarnaron ambos, adquirieron perfiles reales, las nacionalidades costarricense y guatemalteca. Ambos irrumpieron en la acción durante la mayor crisis que han sufrido las naciones centroamericanas, que no otra cosa fue el salto involuntario de su vida colonial a sus propias experiencias políticas, cuyos mecanismos constituían para estos pueblos una aventura. En esta perspectiva es más grande Carrillo que Morazán. Este último aró inútilmente en la anarquía. El otro creó una democracia. Morazán avanzaba sobre

las estructuras políticas que le ofrecían los grandes pensadores guatemaltecos que se desprendían de la dominación española y trazaban a su manera, para un futuro que no podía ser concreto, las ideas que contenían los gérmenes de la revolución liberal de 1870.

Francisco Morazán aparece en Honduras. Nació en 1792 y murió en 1842. Honduras, en las luchas entre conservadores y liberales, se rebela contra Guatemala. En esta coyuntura irrumpe violentamente Morazán en 1828. En la brillante batalla de la Trinidad adquiere su prestigio de hábil militar. Derrota al ejército guatemalteco en Gualcho en una batalla importante que decide el destino inmediato de toda Centroamérica. Morazán se revela como un hombre con verdaderas capacidades de mando, posee la prestancia de un jefe militar. Su tío, don Dionisio Herrera, hondureño prominente en la vida de su país y que más tarde habría de participar activamente en las luchas de las banderías localistas de Nicaragua, le metió siempre el hombro. En la batalla de la Trinidad Morazán gana sus galones de general al frente del llamado "Ejército de la Ley". Su segunda gran victoria es la de Gualcho donde derrota a Domínguez, político de campanillas en Guatemala. En Honduras entrena y arma a conciencia sus tropas para atacar la capital federal. Entra a la capital del antiguo Reino Centroamericano como vencedor. Esta entrada innecesaria a la ciudad, a sangre y fuego, constituyó un grave error de su parte, sobre todo en aquellos momentos de pelea entre liberales y conservadores, en la cual se jugaba el destino de la Federación. Cuando asienta su poderío en Guatemala uno de sus consejeros es el Dr. don Pedro Molina, patricio de la Independencia, liberal convencido y de vasta cultura. El teórico del liberalismo guatemalteco era el Dr. don Mariano Gálvez, político hábil, sinuoso, inteligente, muy enterado de las doctrinas revolucionarias de la Revolución Francesa. Fue jefe de Estado de Guatemala y colaborador de Morazán. El general desconfiaba de él, quizás por conocer bien al personaje. Morazán, después de haber deshecho la conjura de Arce y Domínguez en Honduras, gobernó a Guatemala por medio del Dr. Gálvez, a Nicaragua por medio de su tío don Dionisio Herrera. El Salvador es la gran reserva morazánica. Costa Rica está fuera de ruedo. Continúan los choques entre los Estados federados que buscan, a como haya lugar, separarse de la República Federal y formar casa aparte. Morazán se traslada a El Salvador y transforma a San Salvador en la capital de la Federación. Comienza a atravesársele en el camino de sus hazañas, un tal Rafael Carrera, campesino desconocido, de las montañas guatemaltecas, y que habría de pesar en su destino y en la desintegración total de la Federación Centroamericana. Carrera, que nació en la

ciudad de Guatemala en 1814, era un campesino con ideas de campesino, supersticioso, ladino, hábil y de una voluntad a toda prueba. Desde que aparece en la historia de Guatemala es dominado por la gente de Iglesia y sus aliados, los oligarcas. Las masas le obedecen ciegamente. Su fuerza es el resultado de esta obediencia. Temía más al Dr. Gálvez por sus ideas liberales, las cuales no logró nunca comprender, que a Morazán.

Las guerrillas de Carrera hacen su aparición, por primera vez, en el pueblo de Malaquescuintla, Mita. Las acciones militares de Carrera son las características del auténtico guerrillero. La miseria de las masas campesinas, educadas en la sumisión al amo fuerte, fue lo que lo indujo a sus acciones en un clima anárquico. Las diferentes facciones a que tuvo que hacerle frente estaban viciadas por la búsqueda del poder por una serie de luchas localistas. En la organización política desarticulada en que agonizaba Centroamérica, Carrera jugaba el papel catalizador de masas que, gracias a su habilidad, a su autoridad y a la rapidez de sus movimientos bélicos, del conocimiento exacto del terreno en que operaba y su capacidad de tácticas subrepticias, le iban dando un prestigio legendario. El error de Morazán en su lucha contra el guerrillero de Mita consistía en quererlo derrotar en una acción campal definitiva. Ni Carrera se prestaba a ella porque carecía de los medios materiales necesarios, ni Morazán podía derrotarlo, porque el general nunca comandó un verdadero ejército sino montoneras. Mientras tanto, en esta guerra agotadora de guerrillas, la Federación comenzaba a desintegrarse, hasta el punto de que el Congreso Federal se vio forzado a decretar que "los Estados quedan en libertad de organizarse como quieran". Era un claro estímulo para el éxito de las banderías en las Provincias que aceptaban el separatismo, el mayor peligro para Morazán, pues esto le abría frentes rebeldes por todas partes, mientras le hacía una guerra a fondo a Carrera. Morazán se había establecido en El Salvador donde manejaba, cuando las acciones militares agotadoras le dejaban tiempo, todos los asuntos políticos y administrativos de la Federación. Para contrarrestar la influencia de los conservadores, que ponían sus esperanzas en Carrera, los liberales guatemaltecos crearon un nuevo Estado, Los Altos, con su capital, Quetzaltenango. La lucha era más recia cada día. Morazán, hombre frío, calculador, realista, derrotó a Carrera, puso preso a su suegro, a quien mandó fusilar. La cabeza de don Pascual Alvarez fue freída en aceite y exhibida públicamente en la Plaza Mayor de Malaquescuintla. Era una advertencia a sus enemigos y para todos los que seguían las guerrillas carreristas. Carrera invade El Salvador, pero es derrotado y logra huir a Guatemala. La Federación, ante el em-

puje exitoso de Carrera, que siempre lograba huir protegido por la complicidad de los campesinos, sus amigos, se desmoronaba a ojos vista. Cerca de la ciudad salvadoreña de Santa Ana, Morazán tuvo la oportunidad de destruir totalmente a su enemigo, pero Carrera logró huir como de costumbre.

Nicaragua, ante el rumbo que tomaban los hechos federales, se separó de la Federación en 1837. Otro tanto hace Honduras. Costa Rica, lo hace también en 1838 durante el segundo gobierno de don Braulio Carrillo. Morazán que, sin embargo, no carecía de espíritu leguleyo, cometió el error de no asumir, en esas circunstancias, la dictadura al terminar su segundo período presidencial en 1839, disolviendo todos los cuerpos representativos de la Federación y empuñando las armas para mantenerla. Esta era la única manera, en esos momentos, de sobrevivir. Carrera venció al salvadoreño Carlos Salazar, ilustre centroamericano que murió años más tarde anónimamente en Costa Rica, y entró por fin en la ciudad de Guatemala el 13 de abril de 1839. Morazán reaccionó brutalmente poniéndose al frente de 5,000 hombres, pero fue derrotado. Abandonó de nuevo Guatemala, ya deshecha la Federación, y se conformó con ser el simple jefe del Estado de El Salvador. Carrera y sus hombres querían acabar de una vez por todas con el general Morazán que hacía 10 años mantenía en guerra permanente a estas miserables tierras del Istmo. Guatemala fue declarado Estado libre. Dejaba de existir pues, legal y efectivamente, la Federación Centroamericana. Morazán atacó nuevamente a Guatemala para acabar con Carrera. Es el año de 1840. Carrera destruye definitivamente a Morazán, quien se repliega a El Salvador. Carrera realiza una expedición militar a El Salvador después de la derrota de su enemigo en una guerra que duraba ya 3 años. Morazán huye de El Salvador, vaga por América del Sur hasta que le llegó la hora de la desventurada hazaña de Costa Rica. El general Francisco Morazán, en franca decadencia, no se daba cuenta de que estaba liquidado y que lo que le quedaba por realizar eran las migajas de la historia. Encandilado por el espíritu de revancha buscó la muerte en San José de Costa Rica.

Muchos morazanistas se habían refugiado en Costa Rica donde los dejó prosperar don Braulio Carrillo. No permitió, en sí, la entrada al país a la familia del general, quizás para significarle que no estaba de acuerdo con su política ni deseaba su presencia en un Estado al cual nunca había tomado en cuenta. Muchos de estos emigrados centroamericanos se acomodaron a la vida costarricense y se arraigaron fácilmente en el país. Algunos de ellos se entroncaron con la sociedad de ese entonces y le prestaron reales servicios a la nación. Otros murieron en la acción popular de Septiembre de

1842. Otros se fueron vaya uno a saber en dónde dejan sus calzones los soldados y los políticos de aluvión.

A pesar de la claridad de los hechos que ocurrieron en Costa Rica al no más desembarcar Morazán y sus hombres en el puerto de Caldera el 9 de abril de 1842, ¿cómo explicar que viniera el inquieto general a una tierra que nunca antes había tomado en cuenta? Es muy difícil saberlo, aunque el mismo Lic. Braulio Carrillo, en su carta de Septiembre de 1843, fechada en San Miguel de El Salvador, dice textualmente: "Yo sé quiénes llamaron al general Morazán, y lo sé desde marzo del año pasado antes de que él se presentara por primera vez en Caldera: por esto había puesto espías sobre la costa, y lo anuncié así al público en una proclama del mismo mes". No se conoce esta proclama. Morazán era hombre fogueado, pero cuando vino a Costa Rica ya volaba con el plomo en el ala. Conocemos la opinión que esta patria de "labriegos sencillos", le merecía. De los documentos de Carrillo que se conservan se desprende que las hazañas en tierras costarricenses del general hondureño no fueron espontáneas, y que fue víctima del engaño que le tendieron sus enemigos locales. Todos eran miembros de la creciente oligarquía que no le perdonaban el golpe de Estado de 1838 contra el licenciado don Manuel Aguilar, sus leyes duras, su enfrentamiento a la Iglesia y, sobre todo, la promulgación del discutido "Decreto de Bases y Garantías", que lo convertía en Jefe de Estado a perpetuidad. La explicación de su actitud severa de 1838, al separar a Costa Rica de la Federación, la da él mismo cuando afirma que "era necesario el Decreto (Bases y Garantías) en Costa Rica porque era necesario salvar al Estado del naufragio, hasta que sus mejores elementos pudieran constituirse de manera más feliz; es decir, cuando establecida la unidad nacional, volvieran al gran todo de que las circunstancias lo habían separado". El Lic. Braulio Carrillo era unionista a su manera y su punto de vista era muy tico. Su "Decreto" era peligroso debido a la experiencia reciente de Carrera en Guatemala, a la desintegración de la Federación Centroamericana, a las luchas intestinas en Honduras, El Salvador y Nicaragua, cuyo contagio era peligroso para el país, tomando en cuenta las actividades subversivas de sus enemigos, siempre dispuestos a echar mano de cualquier recurso para dar al traste con su jefatura política. Carrillo era hombre fuerte, de un claro espíritu jurídico, poco dado a los entusiasmos pasajeros, razonaba fríamente todas las cosas que emprendía. El Lic. Carrillo era más bien un discípulo de Montesquieu que de Rousseau. Tenía, como aquél, un concepto muy pragmático de las prácticas del Estado. Este pragmatismo le venía, sin duda alguna, de sus lecturas de Montesquieu a pesar de que, bien

analizadas las citas que de este autor hace, se echa de ver que lo conocía de segunda mano. El Lic. Carrillo le dio a la República de Costa Rica el primer cuerpo de leyes ordenado: promulgó los Códigos Penal, Civil y de Procedimientos, organizando, al mismo tiempo, los Tribunales y Juzgados. También le dio sitio preferente, en sus ideales de estadista, al problema de la educación. Don Braulio Carrillo vio siempre hacia el futuro. Estimuló la agricultura después de pagar a la Federación la deuda pública costarricense. Su obra material, en las limitadas estrecheces económicas que acongojaban al país, fue intensa. Organizó la policía civil, la creación de una verdadera infraestructura rutera y portuaria. Higienizó la ciudad de San José y modernizó los edificios públicos. Lo más importante de su labor de estadista fue el estímulo al cultivo del café que los gobiernos anteriores no habían logrado realizar, a pesar de todos los medios de que se valieron para lograr su fin. Cuando la soldadesca del general Morazán entró a la capital de Costa Rica, lo hizo atravesando los cafetales recién plantados y que eran las reservas de un futuro no muy lejano, que habrían de darle un auténtico dominio a la oligarquía que lo perseguía, en aquellos turbulentos días, con saña. Esta persecución absurda demuestra, sin embargo, que el costarricense ha sido siempre un ser civil, que no acepta los gobiernos dictatoriales y ama la paz, esa famosa paz que lo ha hecho el hombre más pasivo de América. Carrillo fue el primer Presidente cafetalero de Costa Rica.

Por las mismas declaraciones de don Braulio Carrillo se desprende que quienes convencieron a Morazán de que viniera a Costa Rica, tenían como fin aniquilarlo fríamente, no por manos costarricenses, sino por elementos extraños a la mentalidad nacional. Estos mismos complotistas, después de los acontecimientos fatales de septiembre de 1842, se vieron en la necesidad de fusilar al general Morazán, en quien habían puesto todas sus esperanzas para desalojar del poder al licenciado Carrillo. Hay un hecho revelador del espíritu costarricense en el golpe de Estado de Carrillo contra el licenciado don Manuel Aguilar, que no tenía las condiciones indispensables para gobernar el país después de la Guerra de la Liga: la Asamblea Nacional, en su totalidad, aprobó el movimiento subversivo y legitimó un gobierno evidentemente ilegal.

Quizás en la conversación que sostuvieron el general morazanista, don José María Saravia, quien había venido a San José para entregarle al jefe del Estado el texto vergonzoso del convenio a que habían llegado, en el Jocote, el general Villaseñor, delegado de Carrillo, al frente del ejército nacional, para que hiciera desistir al general hondureño de su desatino, y Morazán, acción que cons-

tituía una verdadera traición, se habló entre ambos del grave tema del destino inmediato del mandatario costarricense. Carrillo explicó más tarde por qué aceptó el ignominioso pacto. Es todo lo que sabemos. Carrillo, en esas circunstancias apremiantes, demostró una gran serenidad, pues sabía que sus enemigos, sin duda alguna, habían puesto a precio su cabeza. Con un hombre desesperado como el general Morazán, en aquellos días sombríos, no se jugaba. Sobre esta tecla apoyaban sus dedos sus cómplices ticos circunstanciales. Don Braulio Carrillo, bien custodiado, salió hacia el puerto de Caldera, en el Océano Pacífico, el 15 de abril de 1842. Se embarcó en este puerto para no volver nunca más a su país, donde dejaba sus afectos más íntimos. ¿Qué fue lo que sucedió en el transcurso de aquella transacción? Morazán era hombre de armas tomar, estaba obsesionado por el ideal unionista y también por la idea fija de vengarse del general Carrera, por entonces amo absoluto de Guatemala, cuyos destinos debían de estar sujetos a sus manos durante 30 años oscuros y sombríos. El general Saravia, comisionado por Morazán y Villaseñor, que había traicionado a don Braulio Carrillo, era un caballero, de muy buenas maneras, descendiente de una rancia familia colonial y había bregado, al lado del general, durante largas y sangrientas jornadas centroamericanas. Conocía muy bien a Morazán a quien admiraba más por sus ideas liberales que por sus hazañas militares. Cuando su jefe hubo caído y huyó de Centroamérica lo acompañó en todas sus andanzas. Durante su breve gobierno costarricense Morazán nombró a Saravia Ministro General. Su tacto y don de gentes le atrajeron la simpatía de la sociedad costarricense durante los efímeros cinco meses del gobierno morazanista. Por otra parte, por su ascendencia, por su cultura y gentileza mantenía magníficas relaciones con los guatemaltecos residentes en Costa Rica, entre otros con la honorable familia del doctor Molina. Era el hombre indicado para misión tan delicada. Saravia sabía, como lo sabía Morazán, cuáles eran los designios de los enemigos de Carrillo: se jugaban, en su aventura, el todo por el todo con tal de deshacerse de este incómodo bicho político. No ignoraban que la aventura ponía en peligro la paz del país, pues Morazán estaba poseído, hasta los huesos, por la pasión de su idea fija, el unionismo centroamericano. Pondría, pues, todo su empeño y el peso de su personalidad y sus medios militares, que no eran despreciables, al servicio concreto de su objetivo. No le interesaba en absoluto Costa Rica como lo había hecho sentir cuando había dominado el resto de Centroamérica. Los enemigos de Carrillo le dieron un pie de playa, se encontró un país organizado que empezaba a enriquecerse y gobernado por un hombre que admiraba, aunque descon-

fiara de él, desde los años en que fue representante de su Estado en el Congreso Federal de Sonsonate. Morazán había dicho de Carrillo que "con cinco hombres como éste, otra cosa sería la suerte de estos Estados; si yo lograra reconstituir a Centroamérica, espero tener en él al mejor de mis colaboradores".

Don Braulio Carrillo, a pesar de todos los errores que cometió en su segunda administración pública, sobre todo con la promulgación del Decreto de Bases y Garantías, después del golpe de Estado, había logrado establecer sólidamente las estructuras políticas, sociales y económicas de Costa Rica. Sin embargo, sus enemigos, cuyos intereses comprometía con el asentamiento de las instituciones nacionales, complotaron incesantemente para arrojarlo de la historia costarricense. No existía la menor posibilidad de un movimiento anárquico popular dispuesto a destruir las instituciones que regulaban, sin tropiezos, el desarrollo natural del país. La anarquía la trajeron los amigos centroamericanos de sus enemigos ticos, encabezados por el más beligerante hombre público centroamericano. La revuelta que puso fin a esta etapa de la historia de Costa Rica, revuelta descabellada, los días 13, 14 y 15 de septiembre de 1842, que careció de un líder que la dirigiera, fue más bien un drama personal que un movimiento nacional. Uno de sus posibles actores, don Braulio Carrillo, ya había desaparecido del escenario político. Sólo en sombra obsesionante flotaba en el ambiente. Había que liquidar, a como hubiera lugar, al otro personaje, el general Morazán, cobrándole, quizás, que no hubiera cumplido la misión para la cual había sido llamado. Cuando desaparecieron los dos protagonistas de este hecho histórico costarricense, Carrillo y Morazán, el país volvió a su pasividad rutinaria y su desarrollo continuó con la misma desidia contra la que tuvo siempre que luchar don Braulio Carrillo para sacar adelante sus empresas nacionales. Al terminar la década de 1840 Costa Rica entró de lleno en su verdadera vida nacional, con las características institucionales que le son congénitas.

La invasión del filibustero William Walker y sus hombres en 1856 rompió este clima de pasividad y puso en peligro la evolución normal del país. Por primera vez los costarricenses tenían algo concreto que defender. Al frente del Estado se hallaba una oligarquía en franca definición, la oligarquía cafetalera, que asomaba su cabeza golosa más allá de las fronteras. El clima que la presencia de Morazán creó en Costa Rica en 1842, cuyas víctimas fueron él mismo y sus más importantes compañeros de armas, y no Carrillo, el hombre de Estado absurdamente condenado por sus enemigos oligarcas, hizo crisis, por fin, en 1860, con el fusilamiento del Expresidente Mora y el general Cañas. Economizada la vida de don Braulio Ca-

rillo, quien murió anónimamente en El Salvador en 1845, la oligarquía cafetalera y comerciante, consciente de su fuerza, encontró sus víctimas en dos héroes nacionales muchos años más tarde. Mora y Cañas murieron con entereza, la oligarquía se afirmó y aquí no ha pasado nada.

Costa Rica nunca fue partidaria de la Unión Centroamericana. Participó en sus vaivenes históricos marginalmente. La nación, en su devenir, se hizo cada vez más aislacionista, sobre todo después de las experiencias de 1842 y 1856.

Morazán cometió muchos errores en su experiencia militar y política costarricense. Pactó con Villaseñor, en quien don Braulio Carrillo había depositado toda su confianza nombrándolo Jefe del Ejército y enviándolo a detener a los invasores al frente de 700 hombres bien armados. Esta traición tuvo mayores consecuencias para Morazán que para Carrillo, quien pareciera que comprendió el objetivo de la jugada y no se prestó a ella. El ejército centroamericano de Morazán estaba integrado por todos los despojos de la soldadesca de las guerras sudamericanas y centroamericanas y de algunos naufragos de la aventura napoleónica, como el tristemente célebre general Saget, francés espurnable que dejó un recuerdo sombrío a lo largo de toda Centroamérica. Don Braulio Carrillo había nombrado a algunos militares morazanistas, refugiados en Costa Rica, hacia 1840, en puestos claves para la defensa del territorio, como la frontera norte, y los puertos de ambos litorales. Mientras Morazán no asomó sus armas por estos lares todo discurrió regularmente. El problema se presentó cuando el general federalista tuvo mando efectivo en Costa Rica. Hay un hecho de la "petite histoire" que pinta muy bien la época y el tipo humano con que tenían que habérselas los costarricenses.

Una guapa moza guanacasteca fue la causa del máximo error del general Morazán. Un hijo del Dr. Molina, el coronel Manuel Angel Molina, fue nombrado por don Braulio Carrillo Comandante del Departamento del Guanacaste. En Liberia el coronel Molina se enamoró de la Bella del Guanacaste, Chepita Elizondo, singularmente cortejada por todos los galantes del momento. Cuando Morazán desembarcó en Caldera era lógico que todos sus antiguos partidarios lo rodearan. Nombró al Comandante de Punterenas, general Rivas, su partidario, Comandante del Guanacaste. Rivas intriga en el romance de Molina y logra deshacer su compromiso matrimonial con la Bella del Guanacaste. Como consecuencia se entabla una rivalidad a muerte entre Molina y Rivas, el nuevo Comandante del Guanacaste. Ambos militares terminaron por enfrentarse con las armas en la mano. Molina, ya herido, mató a Rivas. La reac-

ción del general Morazán fue violenta y mandó fusilar en el acto al coronel Molina. De acuerdo con la situación nada cómoda de Morazán en Costa Rica, a quien ya el país comenzaba a medir en sus actitudes negativas, y dado el aprecio de la sociedad costarricense por la familia Molina, aquel fusilamiento inútil cayó como un balde de agua fría sobre el convulsionado lomo nacional. Morazán pagó muy caro, y más pronto de lo que era de esperarse, este error de sus pasiones sin límites.

El levantamiento popular contra Morazán y su soldadesca los días 13, 14 y 15 de septiembre de 1842, que dio al traste con sus andanzas y aun con su propia vida, se inició en Alajuela, ciudad situada al Oeste del Valle Central. Este levantamiento tenía a su frente jefes aguerridos. Los alajuelenses lograron dominar prontamente la situación. La revuelta se extendió de inmediato a San José, en donde se convirtió en un verdadero movimiento popular que, para bien o para mal, no tuvo un jefe que le diera directivas que no se redujeran solamente a una lucha a muerte contra Morazán y su soldadesca de aluvión. En estos momentos hizo su aparición pública don Antonio Pinto, portugués que había llegado a Costa Rica antes de la Declaración de la Independencia, y que se hallaba entroncado a una familia importante del país. Era indudable que Tata Pinto, mote con el cual se le conocía, tenía su trompo enrollado en esta asonada. Muy luego la rebelión se extendió por todo el Valle Central. Morazán, con quien sus enemigos pudieron haber transado, logró romper el cerco que se le había tendido en San José, y se replegó hacia Cartago, con sus ayudantes Saravia y Villaseñor, en busca del apoyo del que él creía era su partidario, el Comandante Pedro Mayorga. Ante la ausencia calculada de su esposo intervino en la lucha, mejor dicho, en la rendición de Morazán, su esposa, doña Anacleta Arnesto de Mayorga, personaje de la mitología nacional, por no decir de su folklor político. Su marido se había adherido a la revuelta ante el avance de las tropas de San José que marchaban hacia Cartago en persecución del fugitivo. Cuando Morazán llegó a casa de los Mayorga se velaban en la sala las cenizas del mariscal peruano don Agustín de Gamara quien, en la diáspora de las fuerzas subversivas sudamericanas, después de la batalla de Ayacucho, dio con sus huesos en Costa Rica. Una de las hermanas García Escalante, gente de campanillas, se había casado con el general peruano Pedro Bermúdez, que fue quien armó, después de su regreso a Lima, la expedición a Centroamérica de Morazán proporcionándole armas, un barco y dinero en efectivo. La única recompensa que le pidió fue que repatriara las cenizas del viejo mariscal peruano muerto en Costa Rica. Unos hombres som-

bríos, sucios, asueñados, Morazán, Saravía y Villaseñor, hicieron irrupción en aquella sala fúnebre, donde se velaban los restos del héroe sudamericano, en busca de protección y refugio. Escena valleinclanesca que para los pelos de punta. Cada uno de estos hombres estaba claro que con el triunfo de la revuelta popular, la muerte era lo que menos podían esperar. Sin embargo, todo era negativo para estos tristes fantasmas de las guerras centroamericanas. Villaseñor, el traidor, trató de suicidarse, pero falló en su intento. Saravía sí logró envenenarse. Morazán aceptó las consecuencias de su desatino involuntario en los lares costarricenses a que lo indujeron las intenciones oscuras de los enemigos locales de don Braulio Carrillo. Es muy difícil que los hombres que se creen protegidos por los dioses se den cuenta de cuándo esta protección ha tocado a su fin. Francisco Morazán, cuando llegó a Costa Rica, no representaba sino el pasado de Centroamérica definitivamente muerto. Su obra había fracasado con la fragmentación de la Federación, con las luchas intestinas de los Estados que la integraron, con el asentamiento del poder de Rafael Carrera en Guatemala, que volvía sus ojos hacia la línea colonial, al amparo de la Iglesia y de una aristocracia manida, mientras las ideas liberales, por lo menos en su aspecto económico, prosperaban en los otros países centroamericanos. Carrera era la transición de la edad colonial a una República no menos colonial. Durante treinta años la noble Guatemala durmió un sueño cómodo, en espera de nuevas dictaduras cada vez más perfectas en sus métodos de dominación.

El gobierno improvisado de Pinto hace venir de Cartago, sobre la marcha, a los reos políticos que se habían refugiado en Cartago, Morazán y Villaseñor, a los cuales reclamaba la plebe para que pagaran con su muerte sus cinco meses de anarquía gubernamental. Morazán y Villaseñor fueron fusilados en la Plaza de Armas de San José. Morazán, mientras su compañero de armas se consumía en su miseria, tuvo tiempo de escribir su testamento, que es una página muy reveladora de sus acciones. Villaseñor acabó de morir con una descarga por la espalda, fusilado así por su traición. Morazán murió como el soldado temerario que siempre fue. Su drama terminaba en suelo costarricense el mismo día en que debía de celebrarse el 21 aniversario de la proclamación de la Independencia de Centroamérica, tras una serie de marchas y contramarchas históricas de una anarquía incurable, que aún marcan la ruta política de estos desventurados países.

Así terminó, pues, la vida del general hondureño Francisco Morazán, que peleó inútilmente por mantener la unidad de las Provincias que constituyeron la Capitanía General de Guatemala. Sus ha-

zañas fueron nada más que un enfrentamiento al curso lógico de la historia, sacrificando a un pasado rutinario y mañoso, una voluntad **tallada en el liberalismo**. Quiso oponer, asesorado por las mentes claras de los doctores Molina y Gálvez, un tipo de sociedad moderna a una sociedad amorfa que durante tres siglos no se había movido de su rutina. Esta sociedad, para poder subsistir, se mantenía con las migajas que le suministraba, desde lejos, una monarquía anquilosada y se apoyaba, en lo local, en masas inertes de indios, mulatos, mestizos, ladinos, y en la autoridad de una Iglesia católica que constituyó, desde su arraigo en América, el primer poder oligárquico del Nuevo Mundo. La anarquía fue la consecuencia del movimiento liberal, pues era un movimiento político que no contaba con ningún sostén real como no fuera el de una economía de subsistencia. La tierra debería de volver, según el ideario liberal, a sus dueños ancestrales. Esto era menos que imposible. No existía ni el asomo de una industria, sino las manifestaciones de una artesanía indígena. No aparecían líderes que estuvieran al corriente de las ideas que predominaban en Europa, en los nacientes Estados Unidos ni mucho menos capaces de formarse en la observación de los hechos que se desarrollaban a su alrededor. Sólo existía una casta de políticos que, por esta carencia humana, tenían que hacerse cargo de las funciones administrativas de los nuevos Estados, a los cuales se le había obsequiado graciosamente la independencia.

El liberalismo europeo, creador del gran capitalismo moderno, se sustentaba del mercantilismo. En efecto, las industrias, en una Europa que se poblaba aceleradamente, necesitaban mercados, fuera de los que le eran propios en sus países, en los continentes lejanos, mano de obra barata, un desarrollo económico de acuerdo con una larga tradición histórica y, sobre todo, un vasto mundo por conquistar con los nuevos métodos del colonialismo. No se trataba, en ese entonces, solamente de conquistas territoriales, sino también de conquistas de mercados nuevos. Las pruebas de esta realidad las sufrió la Argentina durante el sitio de Buenos Aires. También México con la aplicación, a sus expensas, de la Doctrina del Destino Manifiesto, de los Estados Unidos, en 1847 y España, con su desaparición de la historia mundial durante la guerra hispano-norteamericana de fines del siglo XIX.

Morazán y sus consejeros doctrinarios no se hallaban en condiciones de conocer todos estos complicados problemas de la evolución de las sociedades americanas, cuyo tránsito hacia la época moderna se inició con la derrota de Napoleón, que fortaleció a Inglaterra y a Rusia, sin que Francia fuera destruida, pues continuó siendo una

potencia de primer orden. Había llegado, como herencia de la Revolución Francesa, el auge de la burguesía rica, feliz, individualista. Sin la aparición internacional de esta clase social, nuestras naciones seguirían bailando al son que mejor les suene. La etapa burguesa de la evolución histórica de las sociedades occidentales, a las cuales pertenecen nuestros países, es cada día menos que posible ante el avance triturador de las multinacionales, nueva etapa del colonialismo. Tienen que conformarse con integrar los cuadros de una burocracia internacional.

Don Braulio Carrillo comprendió, por su mentalidad de jurista, por su voluntad de estadista que se daba cuenta de que las naciones no se fundan solamente con las armas, que un país sin una economía sana, bien organizada, un país que no produce y sí consume, no va a ninguna parte. Costa Rica, por haber vivido secularmente desconocida, por haber sido la Cenicienta de la Capitanía General de Guatemala, tuvo el acierto de que sus hombres de gobierno la hicieran desarrollarse cuando tenía que hacerlo, es decir, en el despertar de su vida republicana. En realidad, los costarricenses no tenían mucho que defender de su pasado colonial. Su población era tan escasa en los momentos de la Independencia que liquidarla en guerras intestinas para alcanzar un poder ficticio, no tenía ningún sentido. Además, por las necesidades vitales para mantener esta población tan raquítica y tan pobre, existió siempre una invariable simbiosis entre las clases altas y bajas, que no permitió el crecimiento de clases sociales definidas, sino más bien la aparición de una clase media que constituye la base de su actual pujanza. Los costarricenses, desde todas las épocas, son simples campesinos que no comprenden la superación social sino con un sentimiento de comunidad estrechamente ligado a las necesidades nacionales. No hay que olvidar que tanto el Gobernador de la Provincia, en la época colonial, como el simple peón, trabajaban la tierra de sol a sol para no perecer de hambre ni ellos ni sus familias. Las plantaciones de cacao de Matina, en la zona del Atlántico, pudieron haber modelado, como en otras regiones de América, la nacionalidad costarricense dentro de un concepto clasista. Ni esto fue posible por lo rudo del clima, por las depredaciones de los indios mosquitos y la acción despiadada de los piratas. Tres siglos de aislamiento forzoso modelaron la sociedad costarricense y la hicieron tímida, socarrona, desconfiada, individualista. Para que esta sociedad pudiera entrar en la historia de América tuvieron que regalarle todo, pues desconocía el uso de las cosas. La civilización es producto de las necesidades humanas. Así, pues, en el arranque de la vida republicana tenía que gestar un tipo de la calidad humana de don Braulio Carrillo

que, con todos sus defectos, le dio al Estado, que gobernó con manos de acero, la consistencia jurídica con que atravesó el siglo XIX y con que está tratando de atravesar el siniestro siglo XX.

La obra nacionalista de don Braulio Carrillo quedó trunca por la tosudez de una oligarquía en formación que hizo venir al país al más beligerante de los soldados centroamericanos para que pusiera orden en una nación que lo que necesita, aun hoy, es un desorden bien organizado. Aquel soldado en disponibilidad no realizó en Costa Rica la misión para la cual se le trajo. El verdadero enemigo de Morazán era Rafael Carrera y no Braulio Carrillo. Su ideal, en el cual templó su alma y su inquieta personalidad, era la unidad de Centroamérica. Su aventura de 1842 en suelo costarricense, cuando se hallaba ya desahuciado por la historia, fue inútil y trágica. Los enemigos de don Braulio Carrillo no pudieron destruir la obra de éste aun cuando sí lograron deshacerse del personaje físico. ¿Qué hubiera sido de Costa Rica si don Braulio Carrillo no es asesinado y hubiera vuelto a ocupar el primer puesto en los nuevos destinos del país? Son los invariables imponderables de la historia que nadie dichosamente puede responder.

Muerto el general Morazán Centroamérica debió de entrar en un período de paz y olvidar sus luchas fratricidas de puertas adentro. No fue así. En cambio, después del asesinato de don Braulio Carrillo, su personalidad siguió siendo tutelar para Costa Rica. Morazán y Carrillo, quizás los dos tipos más discutibles de la historia centroamericana, fueron beligerantes y audaces. Naturalmente, sus vidas tenían que entrecruzarse para darle fin al destino común que unía a sus respectivos países. Por uno de esos azares de la vida de las naciones, iniciaron y terminaron una etapa decisiva de la historia de Costa Rica. Ninguno ganó su batalla, pero ambos vivieron su drama y el de sus países. Cuenta el general de Gaulle, en sus memorias, al narrar su encuentro con Stalin, que el sombrío dictador soviético, al cederle en sus pretensiones políticas, las últimas palabras que le dijo fueron estas: "Mi general, sólo la muerte gana todas las batallas".

Dimensión Imaginaria

TRAMPA AL OLVIDO

Por *Alfredo CARDONA PEÑA*

I — *Retablo del abuelo Jenaro*

SIENTO que voy bajando de puntillas
al sótano secreto del origen,
llego y abro la puerta y me contempla
la efigie del abuelo, que colgando
de la gruta, sus húmeros convoca.
Y yo miro el retrato y él me oye,
y al juntar nuestros ojos se produce
la incandescencia de una luz perdida.
Otras figuras brillan, empotradas
en las lisas paredes del silencio,
pero éstas son telones diferentes.
Lo importante es la imagen de ese enigma,
tiniebla hecha laúd, raíz que toco,
comprobación de lo que muerto vive.
Y a otros detrás dél, que con sus ojos
me miran en el sueño —Padres suyos—
invisibles los miro y los escucho,
así como tal vez un día ciego
contemplaré, pulimentando el alma,
a los hijos del hijo de mis hijos.
Sólo en cedazos íntimos, ahogados
en las revelaciones del durmiente,
colar podemos gotas de existencias,
restos de sangres que fundieron sangres,
magmas de los que fuimos desprendidos.
Al final de esas vías nos esperan.
Pero, ¿qué hacer, si apenas despertamos
es el recuerdo un barco inencontrable?
Vive, alienta, respira con nosotros
una enterrada veta del abismo,
un celiacanto inmóvil, una huella
de fósil resplandor. Sólo la muerte
que al nacer adquirimos, nos acerca

cada fracción de instante a lo que fuimos,
 mientras el sueño, en su pantalla oscura,
 va proyectando su presentimiento.
 La realidad por eso es tan audible:
 bajo los rascacielos de los actos
 —ígneo, tenaz, profundo vigilante—
 un cataclismo yace. No hay palabras
 que puedan definir lo que acontece
 allí, sobre esa Atlántida dormida. . .

II — *Retablo de Francisco González Guerrero*

A Raúl Navarrete

VOLVAMOS a los poetas provincianos,
 puros y laberínticos. En ellos
 dejaron las mañanas sus epinicios,
 la tarde sus maduraciones y la noche sus ánimas.
 Van lustrando los versos con azogues ignotos,
 van sumergiéndolos en agua de campanas,
 y con rimas halladas abriendo ramas viejas,
 construyen un silencio tan hábil que nos perfuma.
 Estos poemitas reverenciales y postpretéritos,
 aptos para la fascinación de las vírgenes,
 nos miran frente a grandes espejos interiores.
 Son lagos encantados y pomos con estrellas,
 y como cuando empieza a llover, así se oyen:
 suaves, anochecidos, lejanos y pastores.

III — *Retablo de doña Nachita*

LA abuela y multiabuela tantas veces,
 que hablaba recordando los saraos
 de don Porfirio, tronco de uniforme,
 le dio el sí a un arcángel insistente,
 ató su cofre a un ala de paloma,
 no hubo manera de que "estése quieta".
 Seguramente le bajó un soponcio,
 o su novio estelar le envió una carta,
 o un cuadro antiguo le sonrió por dentro.
 Lo cierto es que en el pozo de los años
 viendo cosas llegó a transparentarse,

se hizo de monograma de eucalipto,
y quedó tan de pétalo y no me hables,
que un día como un mago metafísico
su cuerpo se elevó, flotó en el aire,
se fue, se fue, con sábanas y todo.

IV — *Reflexión*

“MORIR: cesar de ser incomprendido.”
La frase es de Mauriac, y la hago mía,
por ser miseria la filosofía
y gloria la clausura del sentido.
Sin embargo, he ganado y he perdido
con pasión delirante, y agonía.
Nadie me quitará, después del día,
el gozo innumeral de haber vivido.
Trampa al olvido, sí, trampa al olvido
aquí, sobre esta breve celosía
en donde algo de mí dejó extinguido
para que alguien lo encuentre: es alegría,
pues mi verso primero fue el vagido
que yo te di al nacer, oh poesía.

V — *Leyendo a un poeta muerto*

HE vuelto a oír tus pasos en tu prosa,
y en una oscura ráfaga descubro
tu fina claridad en lo invisible.
Hace ya mucho tiempo no te oía,
y de pronto, leyéndote, me invade
tu corazón de vidrios destrozados
y acuarios cenicientos, donde nadan
las letras llenas de ojos de tus peces.
¡Con cuánta plenitud ahora nos hablas
desde los bosques del ciprés y el viento!
Si existieras, oh hermano sumergido,
tal vez no alcanzarían tus relatos
la intensidad que muerto les procuras.
¿Por qué, por qué mientras los poetas viven
no nos muestran sus cantos esa honda,
definitiva luz que los envuelve
cuando aquél que los hizo es ya retama,
polvo sin fin y harapo del recuerdo?

No se puede explicar. Mas pareciera
 que únicamente muertos, los poetas
 comienzan a encenderse en sus palabras
 (ay, aquéllas que un día pronunciaron),
 a adquirir un fulgor desconocido,
 ecos profundos, músicas terribles,
 y entonces, sólo entonces, comprendemos
 lo que es la ausencia, y el olvido, y todo.

VI — *A Novalis*

ENCENDIDO espigador de la noche,
 cíclope de dos ojos, claro amante del cielo
 que pulsando aquel arco sólo dado a los puros,
 atravesaste con tu mente el aro del espacio
 para inflamar con símbolos el corazón del éter:
 deja que por un momento permanezca
 sobre tu inmensidad este breve jacinto.
 No han sido clausurados los vértigos de tu astro,
 no cesa de caminar tu celeste murmullo,
 sino que, sobre lo percedero y lamentable,
 ya calcinadas por el viento tantas victorias,
 continúa despertando y anocheciendo en las almas,
 oh príncipe de los himnos, magnánimo centauro,
 con tu verso o rocío disciplinado por el silencio.

VII — *Suicidio del doctor Jaime Torres Bodet*

NEGRAS campanas llaman a la muerte, la invocan,
 la convocan con delirantes signos e instrucciones,
 desde una torre labrada por la soledad, allá, en los promontorios
 [de la inteligencia.

Entonces, a la hora del velo del templo, redactado
 el incomprensible mensaje, o ese motivo profundo,
 misterioso, que sólo entienden las almas cuando se queman,
 el pensamiento coronado se desploma, cede
 su integridad al rayo, y es como si volara
 en pedazos el mar, una montaña, o el conjunto
 de verbos que constituyen el cielo de la poesía.
 Oh daño sin reparación, oh acongojada historia.
 Pero la luz perdonará su incendio, y en ortos de consuelo
 lo tendremos, y nunca el olvido afrentará su nombre.

13 de mayo, 1974

VIII — *Muerte del presidente Salvador Allende*

EN este mes de patrias, banderas y tenores,
septiembre glorioso para algunos, un hombre cae
como una gran pared sobre los pobres, deshaciéndose
en las venas del pueblo, verificado junto a polvo y sangre.
Oh Chile, cielo de poetas amados, llegue mi voz
atravesando la Cordillera a tu martirio, y ponga
su pequeña medalla rota en la frente del héroe.
No puedo más, estoy lejos, mas el polen tiene alas,
vuela y se deposita en las contribuciones necesarias.
Todos quedamos como quien ve salir fuego de un árbol,
Todos oímos el crimen con un pavor de esclavos libres
que de pronto se viesan conducidos a túneles.
América: tú sabes que el poder de ese odio está maldito,
y que el muerto y sus muertos nos están vigilando.

11 de septiembre, 1973

IX — *Eunice Odio*

HE aquí de pronto una música derrumbándose,
una mágica ardiendo. Ayer, sus ritmos
eran júbilos que danzaban; hoy, lluvia y ceniza invaden
lo que era luz, estruendo fascinado. ¿Cómo, entonces,
acumular palabras, o reunir las? Sin embargo,
marina y terrenal, electrizada,
las gracias mitológicas bautizando su nombre
y con su apellido enloqueciendo a los árboles
de amor y de poesía, ay, nos queda Eunice,
grabada sobre el alma de los acontecimientos terribles,
hecha Laoconte, estatua funeral de sí misma.
Sabedlo y repetidlo para siempre,
memoria de los hombres. Y vosotros,
olvidos diminutos, retamas de las horas, perfumadla.

24 de mayo, 1974

X — *Para Andrés Henestrosa, en sus 50 años*

ANDRÉS: pues nos presides como un bosque elocuente
y sacas de la tierra tu ser y tu latido,

permite que te diga no sólo lo que has sido
 sino también lo que eres y serás hecho fuente.
 Has sido infancia viva, y el sol besa tu frente,
 eres pluma que encuentra el tesoro escondido,
 y serás, cuando el viento dé un árbol a tu olvido,
 huella tenaz del día, refrán entre la gente.
 Hoy que te festejamos, con alegría quiero
 al rendirte mi abrazo, revelarte una cosa:
 yo sé que existe el pueblo San Andrés Henestrosa,
 al que se va en un potro de casco mañanero.
 En él Cibele duerme como una tibia rosa
 y Alfa va caminando como un río en enero.
 Para entender su clima necesita el viajero
 huir de toda prisa y amar lo que reposa,
 creer lo que nos dice la leyenda piadosa
 y guardar en el alma rocío de potrero.
 Vuelan de ti las horas como garzas de estero,
 tu risa es la campana que al volcarse te glosa,
 y la fábula rinde su sed bajo tu prosa
 para colmar su vaso y escribir un lucero.
 ¿Cómo es San Andrés entre tantos millones
 de pueblos que se juntan para dormir despacio?
 Es ágil y violento, quema luz y canciones,
 su atardecer resume bermellón y topacio,
 y tiene, con sus brisas que se vuelven ciclones,
 tu corazón por plaza, tu amistad por palacio.

24 de noviembre, 1956

XI — FRIDA KAHLO († 13 de julio, 1954)

UN clavel deshojado en la aventura
 que desplegó su escándalo de abeja;
 una herida sangrante, verde y vieja,
 atravesando sueño y comisura.
 El dolor la hechizó con tal dulzura
 que a sus pies se tendió como una oveja;
 sufrió con arte, y entre ceja y ceja
 nos clavó largamente su pintura.
 Tan reciente es su ayer, tan hondo el día
 en que bordó la túnica del hombre,
 que al quererla me vuelvo lejanía

y al evocar su música me nieblo.
Esta fue Frida Kahlo. Y va su nombre
como un joven relámpago en el pueblo.

XII — *Elvira Gascón expone sus cuadros*

ELVIRA: la reunión de tu talento
en este bosque iluminado entregas.
Coleccionas Olimpos y navegas
por el mar de la fábula y el viento.
Te fuiste al mármol, dibujaste un cuento
y regresaste luminosa en siegas.
Elvira, yo diría que tus griegas
son como bisabuelas de tu aliento.
La eubea yedra que hay en ti, nos mira
desde los cuadros por los que te asomas.
Se dieron cita en este bosque, Elvira,
toros enamorados y palomas,
y una mitología entre las lomas
le grita al mar que tu pincel es lira.

28 de abril, 1960

XIII — *Agustín Ramírez, compositor popular*

EN las tierras calientes de Guerrero,
junto al mar y sus bocas palpitantes,
allá donde los cuencos de la tierra
se llenan de rumor, humo y fragancia,
prosperan las guitarras como helechos
y las canciones abren sus corolas
en grandes asambleas de pasión.
Tiemblan luceros líquidos: se beben
en copas de maíz y barro tierno,
mas la canción va envolviendo las almas,
mecen las madres su amor en un canto,
y el hombre canta bajo el infinito
su pena agraria, su clavo de amores,
y hecho fuego en pasión rasga la vida.
Uno fue por el mundo, se hizo cuerda de ruiñeñor,
Agustín Ramírez se llamaba. Tenía
el don vibrante que sólo es del ave,

y fue alumno del trino, camarada del viento.
 Cantó y cantó como un novio del cielo
 temas del sol, secretos del paisaje,
 vino y poesía, lágrima y estrella.
 Y un día fue silencio, gota pura,
 y se fue con sus muertos para seguir cantando.
 Campos del sur, hermosuras fervientes,
 muchacha que serás enamorada
 junto a la reja en flor de una canción:
 estas palabras digo para tu hermano umbrío.
 Guárdalo mucho tiempo y escúchalo pasar.

XIV — *Jesús Rasgado, compositor popular*

YO te debía un verso, Chu Rasgado,
 voz de ceniza, paz de los ahogados;
 un verso que dijera o recordara
 —lejos de tu guitarra incandescente—
 lo que depositaste sobre el alma
 del estudiante pobre, de las novias,
 en la cita embozada con la amante
 o en la reunión del vino y los amigos,
 allá en tu Juchitán de encendidas nostalgias,
 bajo un cielo prendido de jazmines mareantes.
 No creas, Chu Rasgado, que te hayan enterrado,
 o que el espino crezca sobre tu melodía:
 en cada corazón de tu pueblo persistes.
 y en las viejas hamacas amaneces cantando.
 Pobre como un pañuelo remendado,
 humilde como el musgo de las piedras,
 lleno de sed ardiente y madrugada
 fueron tus días de cantor del pueblo,
 Jesús Rasgado, trino terminado.
 Mal administrador: ¿Cuánto ganaste
 por tu caudal de lágrimas orales?
 Tal vez el vino, un peso o muchas gracias.
 Te invitaban, traían y llevaban
 de fiesta en fiesta, de fandango en luna,
 de boda en sol con tu guitarra a cuestras,
 y un día que nos vimos me contaste
 que te ibas a morir envuelto en música,
 millonario de coplas y "Lloronas"
 detrás de Juchitán y sus ocasos.

Y así fue, Chu Rasgado. Y desde entonces
escuchamos tu alma, conducida
por las carretas en la madrugada.

XV — *Título de libro*

Trampa al olvido he puesto. No es posible
que tantos gozos como tantos daños
sean pulverizados por los años
y un libro no les dé su techo audible.
Moran aquí los versos que sensible
deseaba rescatar, pues son rebaños
de días, cosas, hombres y peldaños
por donde fui escalando lo invisible.
El tiempo —que es rigor— salvará aquéllos
que puedan merecer de las mañanas
una cita de ajados esplendores.
Futuro amor los premie, no por bellos,
sino por utensilios de campanas
y estar hechos de llanto y ruiseñores.

REUNIDO AZAR

XVI — *Recuerdos de Alemania*

(a)

SI vais a Berlín,
visita el viejo teatro West,
de muy antigua tradición:
ofrece hermosas obras de colores,
con mujeres tan bellas
que parecen esculpidas en un bloque de cisnes.
Enfrente está la cervecería del señor Wilbricht,
frecuentada por gente joven
y uno que otro filósofo ignorado.
Tiene máquinas luminosas
de cuyos laberintos salen oboes,
o Loreleys peinándose,
o trompetas con óperas y dragones,
pero también las cuerdas de los negros

que han atravesado el mar
montados en sus delfines musicales:
así es la cervecería del señor Wlbricht.
Entrad. Seguramente encontraréis a Detlef
escuchando música grabada.
Lo reconoceréis por su tono del Rhín
y por la impecable distinción de su rostro.
No os importe el difícil idioma de Wolfgang:
pronunciadle mi nombre
y en seguida le veréis
brindando por su camarada de este lado del Sol,
sorprendido, sonriendo, feliz por la sorpresa.

(b)

EN una manzana comida por los gusanos
jugaban los niños.
Sobre las piedras negras, calcinadas,
mordidas por el espanto,
deslizaban sus risas
en la tarde.
Probablemente en ese sitio
hubo una catedral, alguna escuela,
o bien un edificio desde cuyas ventanas
se podía contemplar el atardecer de los dioses.
Pero ellos no lo sabían,
ignorantes como los pájaros,
y jugaban, poniendo besos en las piedras,
tapando con los crisantemos de sus almas
la cicatriz inmóvil del espanto.

(c)

BERLIN tiene una colina
hecha con huesos de niños:
un día cubrieron los huesos
con musgo, tierra y ramas delicadas,
y pusieron encima un tubo
con un ojo
para ver las estrellas.
Y ciertamente se ven desde allí
las estrellas, que temblando, a lo lejos
—blancas, tiernas, pequeñas—,

miran a quienes las miran
 como el alma infinita de los niños
 muertos, cuyos huesitos,
 debajo del dulce observatorio iluminado,
 el espacio sostienen, y sus mundos.

(d)

UNA muchacha como un Sol
 arrebató mi corazón,
 una muchacha que tenía
 flor de balada en su mirar.
 Su cabellera era un incendio
 y su cortesía la miel:
 en un torneo hubiera sido
 coronada por vencedor.
 Puse mi labio en su mejilla
 como quien besa amanecer:
 gotas azules de sus ojos
 en mí cayeron hechas luz.
 "Ingrid" me dijo se llamaba,
 nombre tan bello de escuchar,
 que lo expresamos, y al momento
 acuden cítara y rabel.
 Movi6, al partir, su mano al viento,
 como la brisa al fiel rosal. . .
 y las campiñas alemanas
 me despidieron en su voz.

1962

XVII — ¡GRACIAS!¹

YO nací en Costa Rica, la orquídea del Caribe,
 la dorada y ferviente juventud de mis ríos;
 costarricense soy por la gracia del trino,
 costarricense he sido, soy y pereceré.

¹ Para agradecer el homenaje que un grupo de escritores hispanoamericanos ofrecieron al autor, en la Ciudad de México, el 5 de diciembre de 1964.

Mi madre, cuya imagen es un barco a lo lejos,
o un tesoro enterrado con su mapa de sangre,
era de El Salvador: entre la noche siento
los barrores inmortales de Cuzcatlán arder.

Mi maestro en el sueño, pastor de la armonía,
era de Nicaragua; y esto quiere decir
que también Nicaragua se duerme en mi canción.

De Honduras he cortado los aromas del pino,
soy un poco de árbol por Honduras azul,

y a Guatemala, reina de las glorias antiguas,
bella como la llama de su ave matinal,
regalé una pequeña colección de palabras
y ella mi frente ornó con un laurel de paz.

Así, por vías fértiles, por musicales modos,
por designios serenos y lirios del sentir,
Centroamérica es mía,
y cinco estrellas arden junto a mi soledad.

Mas algo había, algo veteadado de misterio
dentro de mí,
algo que me llamaba con voces indecibles,
algo que era la cita con el tiempo, o tal vez
lo que el instinto advierte cuando invade cenit.

No sólo murmurante, sino áspera y terrible
era esta sensación de lejanía en mí,
pues cerrando los ojos veía como un viento
y en el viento presencias de jade y resplandor.

Salí de mis abuelos como quien deja un bosque
y en el bosque, perdidas, las llaves del nacer.
México abrió su vasta catedral de señales
y en él fundé mi sangre y aspiré mi verdad.

Rojo de heridas, verde en el trono de su selva,
blanco junto a la nieve discreta de sus sienas,
México dio a mi ser inspiración y luz.
En él amé y sufrí, y amor y sufrimiento
como un sello de fuego mi credencial firmaron
de hombre, en la llanura de una pasión sin fin.

Aquí me encontré a España: varones relucientes
que huían de traiciones, a México arribaron,
y en una antología de plumas y de espadas
me dio España su mano sobre el Valle de Anáhuac
como ofrece el origen sus números al Sol.

Pasó el tiempo. . . yo puse en mi trabajo
gozo tenaz, vendimias fascinadas,
fiestas del pueblo, pétalos mortuorios;
un rayo calcinó mi alegría, hice mis hijos
como quien hace versos en la noche. . .
Y de pronto me veo rodeado por vosotros,
que festejáis tan sólo lo que aumenta el cariño.
Pero cuántos amigos, cuántos hermanos, cuántos
aquí, presentes y ausentes, son más dignos
de alabanza y honor; cuántos han sido
más austeros y fuertes, y a lo largo
de sus contribuciones y sus libros
no han levantado un árbol más copioso de sombra.
Honor a los soldados de la idea,
a los que han preparado
con el sudor y el polvo de sus voces
el reinado social entre los hombres,
el practicado vuelo del volumen
y el traje de novia que lucirá la paz
cuando se case con el mundo
de los planetas próximos.

¿Qué he hecho junto a ellos?
Os contesto, dudando y afirmando, atribulado
al ver mi pequeñez agigantada
por las lentes de aumento de vuestra alma:
¡Nada! ¡Muy poco aún! Acaso un signo,
un fragmento de huella, un roto estilo
de sed desordenada, con algunos aciertos
de flecha temblorosa, que si ha dado en el blanco
ha sido por la ayuda generosa del viento.

No merezco esta noche.
Pero mi corazón se apresura a recogerla
como un pan circular de azúcar fino
iluminado por las velas de vuestras frentes.
¿Qué más decir, si sobran las palabras?
Reyes de la amistad, amigos míos:

¡Gracias por haber aumentado mi ración de esperanzas!
¡Gracias os da mi instante apasionado!
¡Gracias, en fin, porque sin vuestros campos
y sistemas de crédito,
no hubiera yo sembrado mi cosecha menor!

XVIII — *Balada de Javier González*

*Al Dr. José Amador Guevara, Embajador de
Costa Rica en México. (1968)*

YO trabajé en la finca y en el huerto,
medio litro de sangre me negaron.
No podía pagarla, y estoy muerto.

Medio litro no más, y me enterraron.
Tan poca cantidad abrió la fosa
donde yacen las venas que me helaron.

Mas decid a los hijos, a la esposa,
y a la culpa en sí misma avergonzada,
que mi muerte no calla ni reposa,

que puede hablar —oídla—, coronada
por la sangre piadosa de la Tierra,
hecha América mía desnudada.

Mi paz símbolos fértiles encierra.
Mi cadáver se mueve, y es tan fino
como un harapo al sol. Mi paz es guerra.

Miradla calavera del camino,
polvo iracundo, hueso de mis manos,
gritando por la sangre que no vino.

Me negaron la sangre mis hermanos.
Medio litro, no más. ¡Una miseria!
Mas aquí estoy cubierto de gusanos,

y debo hablar, porque la cosa es seria.
Ya no soy yo. Mi túmulo anodino
se ha vuelto multitud, dolor, laceria,

bandera de mi origen campesino
y argumento que el pueblo reivindica.
Grabad sobre la sombra de aquel pino

que el sollozo del pájaro rubrica,
esta verdad, resumen de mi huerto:
"Javier González soy. De Costa Rica.
Me negaron la sangre. Vivo muerto."

XIX — *Homenaje a Salarrué*

SALARRUE se internó en la noche alta
de los mapaches y los duendes;
llevaba unas alforjas de poesía;
el viento le hablaba al oído,
los animales le echaban su aliento,
y él a todos repartía
el pan terrestre de su corazón.
Atrás quedaron su casa anclada en el paisaje,
su hija monja, los niños que le visitaban
para abastecerlo de palabras de barro,
sus cuadros que tenían cicatrices del cielo,
libros, fotografías y señales,
toda la maduración de un espíritu
elaborado con oxígeno y pensamiento.

Salarrué salió ya pasadas las doce,
guiado por cocuyos y lagunas dormidas
(a nadie dijo adónde iba,
pero él lo sabía por el mapa
de su constelación interior);
caminaba sin mover los pies,
como un barco lleno de luna,
y el campo salvadoreño con sus aromas
y sus *madrecacaos* y *huachipilines*,
con sus pobres asesinados
y la derramada catedral de sus ríos,
salió para verlo pasar,
o se acurrucaba junto a su sombra,
o simplemente se hacía a un lado
murmurando al oído de las hojas: "Ese es".

Pocos días antes
de su excursión inacabable, lo fui a visitar;
hice el viaje desde México
porque últimamente la muerte se ha vuelto
muy platicadora conmigo,
llena de cumplimientos:
no pára, no se detiene, trabaja de sol a sol
la condenada;
unas veces se disfraza de cobardía,
acecha con un rifle y entonces cae
en un barranco el poeta del pueblo,
o el maestro, o el amigo;
otras veces llega tarde y se lleva
al padre viejo, o de repente
al pariente cercano: no se cansa de morir.

Les digo que unos días antes
estuve con Salarrué. Lo vi tan delgado
que parecía un gurú, pero sus ojos verdes
brillaban en el ocaso de la tarde,
y su lucidez maravillosa
bordó la conversación y fue iniciando
la elegante despedida.
Después le escribí enviándole un poema
en donde hablaba del sueño,
y en el sueño revoloteaba una mariposa blanca,
que era la muerte. (Ya no me contestó,
pero creo que pudo leer el poema,
o tal vez llevárselo,
porque era muy parecido a su noche inminente.)

Ahora veo a Salarrué desde este otro lado
de la realidad, con sus dedos como raíces
avanzando debajo del olvido, abriendo piedras,
tocando cabezas de muertos
o sentándose a la orilla de árboles
que tanto amó, para instalarse en los dominios
de sus reinos perpetuos.
Nadie como él para escribir cuentos de agua,
cuentos de piedritas y musgos, fábulas lindas
de peces y princesas, danzantes y tocadores de lluvia;
nadie como él para traducir el silencio
y bañarse en almas de voces silvestres.

Bueno y santo fue mi Salarrué,
 tan salvadoreño, tan profundo,
 de espaldas a ruido vano de ciudad,
 siempre con las manos y los oídos puestos
 en el caracol del universo, de donde recibía
 símbolos, vibraciones, palomas circulares.
 Dialogaba con los arcanos
 y contaba los pétalos de Andrómeda
 y se sabía de memoria nombres de pájaros,
 olores de frutas y palabras de indios
 que fueron su festejo, su alabanza y su obra.
 Obras de alfarero de Ilobasco,
 obra de carpintero y ebanista,
 no sólo umbilical, sino de todos los países,
 porque su cultura era un mapamundi
 que tenía en el centro la luz salvadoreña.
 Otros habrá más inteligentes y hábiles
 para la maniobra de los conceptos
 depositados en el doctoramiento de las letras.
 Nadie tan sabio y puro como él,
 que transformó la vida retirada
 en un compromiso con el arte,
 y la adivinación en una lealtad para consigo mismo.

En fin: leer sus libros es andar entre bosques,
 abrir su obra es como amar nacencia,
 lo dibujamos como a un demiurgo de alta eficacia,
 y al recordarlo dejo caer esta lágrima
 indefensa y tardía
 sobre la tierra de mi madre,
 en su homenaje, para siempre.

1975

XX — *Rimas para Juan Rejano* (1903-1976)

JUAN Rejano, pan desterrado,
 España fiel:
 polvo y espina suben temblando,
 cubren mi voz.

Juan Rejano, moro de Anáhuac,
 sollozo afín:

mientras te hablo cesa tu pulso,
ya no me escuchas,
oyes tu ser.

Va tu muerte en la nuestra
anticipada, sola:
huyes porque no huyes
cabalgando en la voz.

Créeme: no podría
analizar tus hojas
ni contar los duraznos
de tus poemas en hiel.

Sólo puedo escuchar
la sangre en que te escapas,
social como un camino,
ir filtrando en la tierra
su callado esplendor.

Juan Rejano,
pies en las piedras
y labio en las estrellas:
mis rimas en la noche,
como canarias ciegas,
vuelan hacia tu luz.

Vuelan hacia tu historia
de varón hecho fuente,
en México enterrando
su cuerpo y su verdad.

Te ven como una isla
rodeada por los jóvenes,
distribuyendo libros
al gozo de leer,

o cenar en el centro
de España en tu obsesión,
con León Felipe y tantos
que ahora mirarás.

(Aquéllos que enterraste
hoy desenterrarán

clausuras hechas luna.
Lo sé por Pedro Garfias,
parábola de sed.)

Se detienen mirando
tus niñas verdeazules,
y tu modo de hablar
gitano y perejil,

y a la tristeza mandan
sus hojas ateridas,
porque eras poesía
de nostalgia sin mar.

¡Ah, tu nostalgia!

(Volverán los domingos literarios
en tertulias de plumas a brillar,
y en históricas fotos los maestros
sus rostros mostrarán.
Pero aquellas reuniones de los sábados,
charla abierta al fervor,
aquéllas que puntuales patriarcabas,
ésas, no volverán.)

Forjado en don Antonio
Machado nos llegaste,
con el incendio adentro
de la España caudal
("Córdoba lejana y sola"),
y aquí, sobre este Valle
que tallaron los siglos,
humilde y silencioso,
guerrillero y laúd,
trabajaste un ejemplo
de bondad y dolor.

Será el recuerdo un niño
en harapos envuelto
cuando tu nombre diga,
breve e instrumental;
y cuando lea y ponga
oídos en tu afán,

mi soledad un trueno
será, y una canción.

Con matas cenicientas
y encinas de tus versos,
con retamas dormidas
y rocíos de olor,
cubro mi pena, hermano,
beso mi cicatriz.

Salud por tu victoria,
buen soldado en el viento.
Luz y amor a tu sueño,
camarada en la paz.

Ya sabes: por el arte
de tu muerte dignísima,
un resplandor humano
nos acompaña. Adiós.

PUNTO CRUCIAL DE LA CRÍTICA: VALORAR LA OBRA DE ARTE

Por Romualdo BRUGHETTI

INTÉRPRETE sagaz de la obra de arte, el crítico opera sobre la forma y el contenido o significado a distintos niveles de la obra y funda su difícil tarea hacia una meta más alta: la expresión artística. Atengámonos a ese esclarecedor itinerario.

En el comienzo fue la imagen, sensible, vital, y de la imagen surgió, por un exigente proceso mental en el artista, la forma; pero la forma parte de un lenguaje, de los elementos utilizados por el artista —dibujo, color, tono, masa, volumen, estructura, composición, espacio, ritmo y, sutilmente, oposiciones, transparencias y gradaciones de tonos, variantes lineales y cromáticas en el plano bidimensional y en la tridimensionalidad, relaciones entre la materia, la textura y el matiz sin olvidar los infinitos imponderables, esa magia que nadie ha podido a ciencia cierta explicar y que singulariza la existencia de una obra de excepción tratándose de pintura. Una vez examinados esos valores formales, vendrá la estimación del contenido, la sustancia que nutre la obra, sea un cuadro con figuras, un retrato, un paisaje, una naturaleza muerta, un símbolo o una alegoría. En el grado en que el pintor ha sabido usar la forma y la sustancia —la *formasustancia*—, la obra alcanzará o no una real jerarquía; patrimonio de los grandes creadores es y ha sido el lograrla. En definitiva: en el linaje de ciertas renombradas pinturas de Masaccio, Piero, Miguel Angel, Leonardo, Durero, Brueghel, Tiziano, Tintoretto, Velázquez, Greco, Rembrandt, Vermeer, Goya, Delacroix, Cézanne, Picasso, de las que se enorgullece la historia del arte, el crítico encontrará en su análisis que todos los elementos constitutivos convocados para el juicio, con su coincidente sustancia lírica, dramática o trágica, que los diferencia, se corresponden armónicamente, y por este conducto sólo cabe la contemplación —finalidad a la que conduce una obra auténtica— en la plenitud de su mensaje espiritual del que emana una misteriosa poesía. (Ha dicho bien Max Bense: "El arte se realiza esencial y verdaderamente cuando genera pureza espiritual de la conciencia".)

Ubiquémonos ahora en otro ángulo desde el punto de vista de la crítica en los siglos XIX y XX. En el siglo XIX el historiador, el profesor, el crítico, el gustador o aficionado del arte se atuvieron a ciertos órdenes o cánones que, en términos generales, se concretaron remontándose a la centuria anterior a lo "bello artístico", al "mito del arte griego", grato a Mengs y Wilckelman, que la Academia acogió bajo poses, movimientos y posturas convencionales e hizo suyo a través de los calcos de las estatuas y bajo relieves greco-romanos y de las reglas o constantes conceptuales, técnicas y artesanales acuñadas en el período renacentista, falsificadas por la reiterada sumisión a aquellos modelos extemporáneos, así como en la desconfianza con respecto al arte moderno y a la vida contemporánea, que incidió en el arte y en la crítica, según precisara Lionello Venturi. Contra esos prejuicios surgió la revolución pictórica impresionista: la visión tradicional, un tanto quebrada por el romanticismo, el realismo y el naturalismo, cedió ante una visión nueva, ante una luz captada por el pintor en plena naturaleza y expresada vivamente con una factura directa y espontánea, una técnica vibrátil de toques divididos y colores puros, pequeñas líneas, comas o rayas cromáticas yuxtapuestas; predominio de la luz, la atmósfera y el color, cuyo origen se remonta a las búsquedas científicas del Renacimiento, renovadas por las experiencias ópticas de Newton y otros científicos. El infatuado director de Bellas Artes, o de Museo, el meticuloso profesor, el módico crítico profesional, el servicial comentarista y el público acostumbrado a representaciones de formas consagradas por el hábito visual conservador negaron y ridiculizaron a los impresionistas, sin comprender que esa revolución de la luz equivalía también a una revolución por la libertad del hombre nacida de una nueva concepción filosófica, política y social del mundo.

En los primeros lustros del siglo XX, la ruptura iniciada por el impresionismo se intensifica. El creciente desarrollo de libertades y visiones de la plástica busca una amplia apertura hacia la obra viviente. Emergen los movimientos artísticos o tendencias renovadoras, del fauvismo al cubismo, del expresionismo al futurismo y la abstracción. Un aliado de ojos nuevos —el crítico— asume la defensa de esas legítimas expresiones. Echa por la borda al timorato comentarista, al profesor miope, y se ubica en una línea de avanzada junto a los adalides de la revolución vanguardista. Así, durante el curso de nuestro siglo, el crítico se sitúa a la ofensiva en defensa de los cultores intrépidos de la imagen, de la forma, de las concepciones estáticas, dinámicas, oníricas, abstractas, concretas, experimentales... En esa actitud teoriza, otea caminos, se lanza a la aventura apoyando las realizaciones de los creadores más intelligen-

tes y audaces, pero, en no pocos casos, se olvida de los valores, sólo cuenta para él la tendencia, la ruptura, el aporte novedoso, lo raro, lo absurdo, el "épater le bourgeois", que ya no espanta a nadie... Esa actitud, acrecentada después de la primera guerra mundial, se yergue desafiante desde 1945 especialmente hacia un antiarte como acción de rebeldía frente a la sociedad en su más flagrante fracaso. Se "decreta" la muerte de la pintura, del arte, y se ensayan "experiencias" que si por momentos hacen vislumbrar inéditas conquistas visuales, también se cierran sobre sí mismas en un callejón sin salida. Digámoslo de una vez: las tendencias artísticas operantes en el siglo xx, al margen de las virtudes que distinguen a sus principales representantes, son desprendimientos del árbol gigantesco de las artes primitivas, clásicas y barrocas tras la ruta de los maestros impresionistas y posimpresionistas. ¡Qué no debe en la pintura el fauvismo (de Matisse) a Gauguin y a la estilización oriental; el cubismo, a Cézanne y al arte negro; el expresionismo, a Van Gogh, a Munch, sin olvidar a Grünewald; la pintura metafísica, a Piero della Francesca y a los quattrocentistas italianos; el surrealismo, al Bosco; el abstraccionismo, a los planteos matemáticos de la antigüedad y del Renacimiento!

Cada artista se atuvo a un fragmento, un enfoque, una imagen o una forma dadas; los conjugó aguda y creativamente exaltando los valores implícitos en el estilo del modelo emulado, con eficacia expresiva; pero de tanto ir y venir, el pintor se lanzó a un mar sin orillas (informalismo, action painting, neofiguración, art brut, arte povera, etc.), indagó un fin hipotético y despersonalizado, interesado en el mero objeto elemental y en su inmediata función o rechazo en una sociedad de consumo (pop art), y se aplicó a problemas de luz y movimiento virtual y real (op art, cinética), o a otras experiencias (cibernética, etc.). Como corolario, los epígonos tras de aquellas energías descontroladas acumulan situaciones reiterativas, o atienden a un mero juego, para desembocar en la nada; en el mejor de los casos, ciertos atisbos en la concreción del objeto estético sólo podrán desarrollarse en profundidad en la escultura y en la pintura, con la disciplina creadora que la obra exige. De lo que no cabe ninguna duda: un ciclo concluido o abierto a una realidad inédita en su faz técnico-artística; lo evidente, el cese de la estética y antiestética nihilista.

¿Es que ha muerto el arte, la pintura? No estimo necesario detenerme en este modo de pensar a todas luces falso. Voy ahora a lo que aquí deseo señalar: si el arte contemporáneo aparentemente ha llegado a un callejón sin salida y obliga a una revaloración rigurosa, la crítica ha alcanzado un punto crucial en lo que hace a su destino. Atento a un profundo análisis de conciencia que le atañe

intelectualmente y fiel a los valores de la plástica, el crítico no puede ignorar que si el arte cambia de rostro aceleradamente en nuestra época industrial y tecnológica, invariable permanece en su esencia; y la teoría poco significa si no va acompañada de una certera práctica, ya que aquélla es el capitán y ésta el soldado, al decir de Leonardo. Coincidentemente, los artistas que acusaron los impactos desintegradores de los años 45 al 70, no pocos vuelven al comienzo, hoy se deciden por formas realistas, vitales y constructivas de contenido humano, simbólico o metafísico, actualizado por una compleja visión contemporánea de la existencia del hombre y, lo que es realmente auspicioso, se remansan o exaltan en ver y sentir una línea, un color, un tono, un plano, un volumen, un espacio; lo lamentable y desalentador sería ceñirse a un retroceso, no a un avance.

Acaso los mejores comprendan, con ojo certero y total, que la pintura y la escultura siempre renacen de sus cenizas, con vida propia, o aliadas de la arquitectura en su unidad plástica monumental, y se llega a ellas yendo a su raíz con una firme estructura y una segura técnica, con energía creadora y capacidad expresiva por la vertiente insustituible de la calidad que opera a modo de autocrítica en el artista moderno de avanzada; y no con actitudes antiartísticas, escapismos alucinantes, u objetos de relumbre efímero (los días de la obra "perecedera", hecha con materiales de fácil destrucción o de desechos, ya pertenecen al pasado). Se vuelve a la realidad —también la abstracción es una realidad, aunque de distinto signo—, realidad que en todos los planos de la vida y del arte exige una valiente política del espíritu, una mirada alerta y solidaria hacia un porvenir en el que se debate el tiempo histórico que apunta a la comunidad social, una realización sabia y libre de prejuicios y fórmulas gastadas por el uso. De hecho surge, por consiguiente, una tarea capital para el crítico en esta época de crisis escalofriante.

¿A qué valores? A los valores, como ya se dijo, o constantes plásticas y estéticas del arte. Esos valores que integran la obra —lo entendieron así los artistas fundadores de todo tiempo y lugar— asumen las formas y los contenidos de la época en que se vive y le otorgarán trascendencia. ¿De qué modo? Para una lectura legítima de la obra, el crítico deberá acudir al margen de nomenclaturas viejas y nuevas a la máxima objetividad, una objetividad no exenta de subjetivismo, no por individual menos rotundo en la concreción de dichos valores, o en la suma de los mismos. Esa objetividad-subjetividad estará basada en el conocimiento del arte en sus tiempos ahistóricos e históricos (en nuestra América desde la vigencia de los mitos precolombinos hasta las formas contempo-

ráneas), guiada por una percepción sensible del ojo y de la mente actuales en la fusión de lo intelectual y lo anímico, sin lo cual podrá haber un historiador de arte que acude al pasado a través de los libros leídos más que a las obras protagónicas, y no un crítico. Y la teoría, a semejanza del timón de la nave o de la brújula, fundamentará el rumbo en la sustancia que adensa el trabajo recreador, en la unidad de una exigente visión estética enaltecedora de la expresión artística, es decir, con la presencia inobjetable de la obra apta para el gozo de la contemplación o como fermento, estímulo y emulación para obras mayores en el incesante devenir.

Anotó Croce que el arte es la expresión de sentimientos concretados en la forma y no concepto, y apuntó Hegel que el arte es la representación del ideal y no de la naturaleza y que sucumbirá bajo el impacto de la razón... Si nos situamos en su justo término, y no por un complaciente eclecticismo, comprenderemos más claramente que el arte abarca el sentimiento y el concepto, el ideal y la naturaleza, y es a la par "hecho estético" (Croce) y símbolo paradigmático de una comunidad; mas en lo que concierne a la obra en sí misma, a su *autonomía*, lo válido son los *valores* que la misma encierra, y su concreción, la *forma-sustancia*, el hecho plástico y espiritual. No hay escapatoria posible. De ahí también que todo arte —del objeto de uso al destinado a la contemplación— sintetiza ontológica y visualmente los niveles culturales de una sociedad determinada.

Fundado en estos principios, lo he dicho alguna vez y lo reitero, considero que la máxima condición del crítico reside en ser fiel en estos tiempos harto confusos a una gran lucidez, a la evidencia de una segura inteligencia y una agudísima sensibilidad que no ignoran el grave misterio del arte. Nueva ciencia del hombre, la crítica de arte prefigura la existencia de valores que el crítico sabe evidenciar y a los que todo hombre puede elevarse, por conducto del arte, como instrumento de los designios de la más encumbrada creación humana. Por esto mismo, el crítico ideal, si así se denomina a quien vive y se desvive por los valores esenciales de la obra de arte, reunirá méritos nada comunes: méritos de historiador, de sociólogo, de psicólogo y de filósofo del arte, conocedor de las constantes técnicas y formales y de cuanto temporal e intemporal califica a la expresión artística para alcanzar el *juicio* válido universal. En ese ahondamiento o conocimiento de su función esclarecedora, entiendo que el crítico más esencialmente crítico es un poeta. ¿Por qué? Porque la afinada *intuición* del *crítico-poeta* contribuirá a la revelación, a la evidencia del *ver*, más allá de los argumentos que proporciona la razón, ya que todo arte —especialmente en la pintura— subyace el fluyente río de la poesía. Lo dice Baudelaire al sostener que "el

crítico debe realizar su tarea con pasión", abriendo "le plus d'horizons". Apollinaire, cuando sostiene que los nuevos artistas —e implícitamente los críticos— "requieren una belleza ideal que ya no sea solamente la expresión orgullosa de la especie sino la expresión del Universo, en la medida en que éste se ha humanizado en la luz". O Heidegger, cuando escribe que "lo permanente es fundación de poetas", o sea, de artistas, de "creadores puros" (en función del lenguaje propio del arte cuya sustancia constituye —en nuestra América— un diálogo vivo entre la naturaleza y la belleza). Sólo así la crítica de arte será digna de la creación más auténtica, de su ética y de su estética, y respirará el libre aire de grandeza y no la putrefacta mezquindad de la miseria intelectual y moral de la que tantas veces fue esclava.

ALFONSO REYES: VISION DE LA CAIDA

Por Ricardo D. AGUILAR y Fernando LARIOS

ALGUNOS ensayos de Alfonso Reyes se caracterizan por una marcada preocupación en cuanto al tema de la caída del hombre hasta su aniquilamiento y por consiguiente la del cosmos que lo alberga. Dicho tema, no es cosa nueva en el campo de las letras mexicanas ya que en algún momento muchos poetas y narradores lo han transformado en literatura. Sin duda ha llegado a ser favorito entre ellos dado al reforzamiento de la preocupación que este pueblo ha sufrido de parte de los sistemas religiosos, el cristiano y el precolombino.

De la mitología Náhuatl nos llega la leyenda de los cinco soles; una serie de calamidades que ocurren al hombre y al universo al finalizarse el período de cada uno de los cuatro soles y el pronóstico de la destrucción final al término del período del quinto: 4 terremoto. El Catolicismo trajo sermones incendiarios, el apocalipsis de San Juan y la promesa de nueva y eterna vida para los merecedores del cielo. Así, la confluencia de ambos puntos de vista en la mentalidad de un pueblo incita a la reflexión. Añádase el ingrediente de la muy real posibilidad de un inmediato Argamedón a través de la guerra nuclear y la imaginación se desborda.

Juan Rulfo hace patente el apocalipsis en su novela a través de la figura del Pedro Páramo¹ que se desmorona al final y que además se encuentra atestada de símbolos e imágenes inconfundiblemente aztecas. José Emilio Pacheco no se queda atrás al escribir poemas con fuerte tema de destrucción y pesimismo.² Efraín Huerta en "Tajín"³ no deja lugar a dudas en cuanto al tema apocalíptico y así muchos otros que son tan conocidos como Paz⁴ y Fuentes.⁵

¹ Juan Rulfo, *Pedro Páramo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1971).

² José Emilio Pacheco, *Irás y no volverás* (México: Fondo de Cultura Económica, 1973).

³ Efraín Huerta, *Poesía: 1935-1968* (México: Joaquín Mortiz, 1968).

⁴ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (México: Fondo de Cultura Económica, 1973).

⁵ Carlos Fuentes, *La región más transparente* (México: Fondo de Cultura Económica, 1971).

Es curioso el caso de Alfonso Reyes, ya que, aunque su predilección siempre permaneció arraigada dentro de las grandes obras del clasicismo helénico, no dejó de interesarse por el irresistible prospecto de la caída a la mexicana. Tan fuerte fue el impulso que en varios ensayos y cuando menos un poema Reyes traza un creciente desenvolvimiento del tema, desde su muy optimista "Visión del Anáhuac" hasta el total negativismo de "Máscaras Mexicanas."

Así entonces, en "Visión del Anáhuac" de 1915, Reyes sintetiza un sentido de espiritualidad característico del valle de Anáhuac valiéndose del famoso epígrafe de fray Manuel de Navarrete, "viajero, has llegado a la región más transparente del aire" que después sirvió también a Carlos Fuentes como título para una de sus novelas. De esta manera Reyes abre su ensayo hacia la representación de la esperanza con símbolos de claridad y renovamiento con estas palabras:

...La región más propia de nuestra naturaleza está en las regiones de nuestra mesa central: allí la vegetación arisca y heráldica, el paisaje organizado, la atmósfera de extremada nitidez en que los colores mismos se ahogan — compensándole la armonía general del dibujo; el éter luminoso en que se adelantan las cosas con un resalte individual; y en fin, para una vez decirlo en las palabras del modesto y sencillo fray Manuel de Navarrete:

"Una luz resplandeciente
que hace brillar la carta de los cielos."⁶

El ensayo prosigue hacia la visión del derrumbe que se desenvuelve dado al uso de imágenes como el polvo y la aridez. Sendas descripciones cuajan subsecuentemente en esa dialéctica de apocalipsis. Surge el polvo y empaña la pureza del aire, dicotomía en proceso de fusión cuyo resultado irá variando a través de estos ensayos desde la subjetividad de la esperanza hasta la objetividad de la inevitable destrucción, que fabrica el hombre mismo, Reyes dice:

De Netzahualcōyotl al segundo Luis de Velasco y de éste a Porfirio Díaz parece correr la consigna de secar la tierra... nuestro siglo nos encontró todavía echando la última palada y abriendo la última zanja.⁷

Este primer ensayo es importante por el tema que trata y por las técnicas que el autor utiliza con el propósito de ayudar al flujo de

⁶ Alfonso Reyes, *Antología: Prosa, teatro, poesía* (México: Fondo de Cultura Económica, 1963), p. 7.

⁷ Reyes, *Antología*, p. 5.

la narración de cada ensayo. Así entonces es importante examinar este ensayo con detenimiento.

"Visión del Anáhuac" se compone de cuatro secciones. La primera abarca una visión de la meseta central que recuerda la cartografía renacentista, es decir que para lograr el cuadro completo de esa región, Reyes trae a la narración técnicas cinematográficas; el "close-up" en este caso, el "quick-cut sequence" y el "follow through" más adelante. El "close-up" hacia la altiplanicie se comienza a enfocar desde el cosmos haciendo que el lector viaje desde el espacio sideral hasta Tenochtitlan con vuelo de pájaro y a la velocidad del cohete percibiendo a su paso la redondez, el color del planeta, las cordilleras y a medida que retrocede el lente "zoom" comienza a ver los lagos, la ciudad, los edificios y finalmente la dicotomía central, trágica, que habrá de destruir esta famosa aventura, el polvo que levantan las botas de los conquistadores y el aire que se vicia. Casi de inmediato, Reyes hace la transición entre técnicas para ligar esta sección que termina y la segunda que comienza. El "close-up" prosigue un poco hasta internar al lector en el vericuetto barroco que es la Gran Tenochtitlan. En seguida el lente cede a una rápida secuencia de "quick-cut."

Hasta ese punto, el lector experimenta dos sensaciones de lo infinito. El macrocosmos del espacio y el microcosmos, la ciudad pequeñísima que encierra otro universo en miniatura y la muerte, el polvo, que ha de destruirlo todo, por pequeño o grande que sea. Es interesante que Reyes escoja hacerlo así pues el elemento trágico aumenta en dramatismo al saberse que no se trata de una destrucción "deus ex máquina" sino del aniquilamiento fabricado por los defectos humanos.

Iniciado el "quick-cut," el lector experimenta una sicosis pues se confronta y recibe demasiadas impresiones audiovisuales en el contexto de un tiempo de lectura muy limitado, es decir que para el lector es difícil recibir y asimilar lo que parecen ser todas las imágenes al mismo tiempo: aire-transparencia-nieve-volcanes-polvo-sudor-hierro-conquistadores-chirimía-ulular-mercado-piedras preciosas-aves-comida-flores-jueces-articulaciones extrañas en que predominan la "ch" y "tl"-pulque-maguey, para finalizar a menor velocidad con imágenes de templos gigantescos, dioses pétreos, emperadores y el sentido de que todo mundo espera la llegada de Quetzalcóatl mientras que el polvo flota hacia la tierra. Aquí para un momento la cámara o narración y permite que cuaje en síntesis mental esa locura.

El efecto es sorprendente, pues el lector al recibir las imágenes no se ha dado cuenta de que cada una de ellas lleva consigo canti-

dad de alusiones simbólicas. Tomando como ejemplo "nieve," se puede afirmar que lleva consigo características simbólicas como son: pureza, frialdad, humedad, altura, cercanía al cielo, derrumbe y otras más y si se toma en cuenta el contexto en que aparece, entre aire y volcanes, ambas también plagadas de significados simbólicos,⁸ se da uno cuenta de la efectividad con que Reyes maneja estos instrumentos. Tengamos en cuenta también que se trata de una publicación de 1915 que aún en comparación con los adelantos cinematográficos de la época es algo muy meritorio.

Con la pausa sobre la imagen de Quetzalcóatl-Cortés, el lector recibe el impacto completo de la simbología. La trayectoria y el significado del polvo. Es verdaderamente aplastante la impresión.

Dentro de la secuencia es de notarse la presencia de un orden intuitivo, subconsciente, que permanece a través del viaje y aun dentro del caos de chinería que presenta la ciudad y que sólo se perturba a la llegada de los extraños, es decir que coinciden la pausa ante Quetzalcóatl-Cortés y el rompimiento del orden.

La constante reiteración de imágenes como el oro; los metales, y las piedras preciosas que ayudan a reforzar la impresión que el lector ya acepta, la condición original de limpieza y brillo luminoso, característica del lugar chocan fuertemente con la imagen de opacidad, polvo y muerte, fierro y ruidos cacofónicos amortiguados que despiden la condición de los conquistadores y que nubla la claridad anterior.

La tercera etapa se inicia con el sentido azteca de "flor," Xóchitl, metáfora que caracteriza a la poesía Náhuatl⁹ y que es objeto de distintas interpretaciones. En el ensayo de Reyes representa a la ciudad, Tenochtitlan, flor del lago. Antiguamente representaba el género poético y se le denominaba "flor y canto," sacrificio aceptable a los dioses en conjunción con el fuego sagrado y el sacrificio, trípico azteca que tradicionalmente se consideraba como el único modo de prevenir la destrucción del sol y del universo. Así también se explica la imagen de la lluvia de flores que aparece a la llegada de Cortés-Quetzalcóatl, pétalos que se desploman para ser pisoteados bajo las botas de los conquistadores, es decir que se convierten en ofrendas desdeñadas por los dioses y comienza el apocalipsis.

En seguida, Reyes lamenta la muerte de la "flor" y todo lo que ella significa y continúa la trayectoria hacia el derrumbe final.

Siguiendo el mismo concepto a otro ensayo, conviene citar "La

⁸ J. E. Cirlot, *Dictionary of Symbols* (London: Routledge and Keegan Paul, 1973).

⁹ Miguel de León Portilla, *Aztec Thought and Culture* (Norman: Oklahoma University Press, 1963).

Caída" publicado en 1928. Ahí Reyes propone el mismo tema sólo que esta vez el derrumbe se desarrolla entre dos conceptos filosóficos, el signo material y el espiritual. El primero hace alusión al fin del mundo bíblico y el segundo presenta la caída de Luzbel. En contraste con el ensayo anterior, aquí existe la esperanza de salvación. Y consiste en la posibilidad de que el aire (espiritual) pueda labrar a través del mármol (material) con signo de esperanza. Reyes lo define así:

Visto el objeto a contra luz, entre las venas caladas del marfil, entre la parrilla satánica, otro labrado inifinible —el labrado de aire— me daba la pauta del transmundo, del transmundo virgen aún para los sentidos y —debo decirlo— prometedor.¹⁰

"Palinodia del Polvo" de 1940 enfoca sobre el mismo tema, sólo que ahora los contrarios aparecen presentados en forma de estímulos sensoriales: el visual y espiritual provocado por el paisaje y el táctil terrestre y rastrero ocasionado por el polvo. Mientras que en el ensayo anterior el aire inspiraba esperanza y espiritualidad, en "Visión del Anáhuac" y en este ensayo, el aire se mezcla con el polvo y ocasiona el derrumbe; se ha viciado y Reyes se pregunta:

¿Es esta la región más transparente del aire? ¿Qué habéis hecho de mi alto valle metafísico? ¿Por qué se empaña, por qué se amarillece? Corren sobre él como fuegos fatuos los remolinillos de tierra. Caen sobre sí los mantos de sepia, que roban profundidad al paisaje y precipitan en un solo plano espectral lejanías y cercanías, dando a sus rasgos y colores la irrealidad de una calcomanía grotesca, de una estampa vieja artificial, de una hoja prematuramente marchita. Mordemos con asco las arenillas. Y el polvo se agarra en la garganta, nos tapa la respiración con las manos. Quiere asfixiarnos y quiere estrangularnos.¹¹

Al leer la cita anterior resulta clara la razón por la cual el antes limpio valle de Anáhuac se ve hoy asediado de polvaredas, es la nueva combinación aire-polvo, prueba de la afirmación hecha anteriormente acerca de la propensidad que Reyes exhibe hacia la visión negativa. Es decir que aquí Reyes cambia un elemento importante que en los ensayos anteriores apareciera como instrumento de salvación, para convertirlo en uno de destrucción.

¹⁰ "Homenaje a Alfonso Reyes", *Revista Iberoamericana*, 31, no. 59, (ene-jun, 1965), p. 96.

¹¹ "Homenaje...", p. 97.

A medida que pasa el tiempo, el mundo evoluciona hacia el terremoto polvoroso que acabará por reducirlo todo a, "polvo eres y en polvo te convertirás," la más completa nulidad.

Anteriormente se presentaba una relación entre un ensayo de Reyes y la tradición azteca, el sentido de allanamiento del universo ocasionado por la destrucción del sol. Ahora Reyes nos muestra cómo venimos fabricando la caída del Anáhuac desde tiempo y persona de Netzahualcóyotl y que se trata de algo inevitable, algo que el hombre es incapaz de controlar. Es interesante notar que Alejandro Aura, joven poeta mexicano, desarrolla también el tema en su poesía y coincide con la interpretación de Reyes en su "Balada del príncipe rojo" al escribir:

Había una vez un resplandor muy fuerte
con un arco iris en el centro.
Nadie sabía qué cosa eran los lirios
ni qué cosas tan grandes eran las rosas.
Estaban los nopales gordos en la sombra
como esperando, como esperando.
Las tunas estaban blancas
en los nopales
y el polvo no se movía
y el polvo no se movía.
Los cactus estaban blancos
como muchachas descoloridas
y el polvo no se movía
y el polvo no se movía
No había pájaros en jaulas
ni nada que hiciera ruido
ni los jilgueros, ni los jilgueros.¹²

En este caso, el poeta proyecta el apocalipsis apoyándose en la misma tradición indígena sólo que él atribuye el derrumbe a la oscuridad, circunstancia que acaece dada la inmovilidad del sol. Sin embargo, la constante mención de "polvo" hace que Aura suene bastante a Reyes. La correlación que existe entre los dos resulta aún más aparente a la luz de la comparación directa que se ofrece en seguida, un verso de Reyes y otro de Aura que aparecen dentro de las mismas obras que venimos tratando:

¹² Alejandro Aura, *Poesía joven de México* (México: Siglo XXI Editores, 1967), p. 29.

Reyes:

¿Será que el polvo pretende además ser espíritu?
¿Y si fuera el verdadero dios?¹³

Aura:

Venga el sol, hermanos, venga el sol.
(¿Y si nosotros hiciéramos un sol?)
Venga el sol, hermanos, venga el sol.
(¿Y si cantáramos tanto que se hiciera un sol?)
Venga el sol, hermanos, venga el sol.
(¿Y si éste que decimos fuera el sol?)
Venga con su campana loca el sol, hermanos,
venga el sol, venga el sol.¹⁴

Con "Meditación sobre Mallarmé" de 1942 Reyes vira hacia la visión optimista. Propone que la caída del mundo al abismo tocará fondo y entonces podrá emprender la subida. El aire aparece nuevamente como símbolo prometedor refrescante, renovador del espíritu.

La contrariedad reside entre la caída y el ascenso, concepto básico que sostiene el ensayo. Se cristaliza en una cadena de imágenes: "cirquero, nadador," y "ángulos de incidencia y reflexión," decididamente símbolos aéreos y acuáticos que cobran especial significado si el lector acepta las premisas de algunas leyes físicas como son las del ángulo y reflexión de la luz sobre el agua, es decir, la caída de un rayo de luz sobre una superficie densa y líquida como son, el vidrio, los espejos y el agua y la subsecuente reflexión en ángulo recto. De tal manera también surgen "topoi" que proponen lo contrario, es decir, la futilidad del esfuerzo que se desempeña en contra de un poder superior como es la imagen del nadador quien batalla contra de la corriente y que, como Sísifo, está condenado a permanecer en esa condición. O la imagen del escarabajo egipcio que trabaja enrollando las heces de la destrucción con la esperanza de crear con ellas un mundo nuevo. Aparentemente Reyes está convencido que en esta ocasión hay salvación y lo dice así:

Pensemos ahora que el derrumbe desde la cima de la realidad hasta la página muda... no sea necesariamente una angustia, sino un grá-

¹³ Alfonso Reyes, *Obra poética* (México: Fondo de Cultura Económica, 1952), p. 46.

¹⁴ *Aura, Poesía*, p. 26.

vido y acelerado placer, por cuanto encierra en sí el propio dibujo de una esperanza, el sentido de una ascensión ulterior, de un rebote hacia arriba, y lo que es mejor, hacia más arriba que antes... El ángulo de incidencia hacia abajo, lleva ya, en preñez geométrica, el ángulo de reflexión hacia arriba.¹⁵

En el siguiente ensayo, "Metafísica de la máscara" de 1945, Alfonso Reyes vuelve a su actitud pesimista sólo que aquí será llevada hasta el extremo y cesará de vacilar. De esta caída ya no se levanta el universo. Se apega fielmente a la realidad mitológica azteca sin variaciones y acaece la completa destrucción. El tema se desarrolla alrededor del marco que encierra algunas antiguas máscaras mexicanas. Es necesario explicar que el tipo de máscara ritual a la que Reyes se refiere forma parte del arte popular mexicano. Para poder comprender la impresión que uno se lleva de ellas es necesario saber que representan figuras bastante raras. Generalmente las máscaras son esculpidas en madera pesada y semejan demonios, animales y figuras humanoides que a simple vista son grotescas. Debe comprenderse también que cumplen fines rituales, es decir, que sirven para conmemorar, a través de la danza dramática, eventos o circunstancias extraordinarias. Algunas exhiben colores vivos y otras permanecen sin pintura alguna. Todas lucen orificios oculares y lagunas bucales y nasales. Sabiendo entonces algo acerca de ellas, es cuestión de que el lector se imagine una pared tapizada con 700 u 800 de ellas para que se aproxime a conocer el sentido de lo que dice Reyes en el siguiente pasaje:

Pero he aquí que este universo en series, en dimensión de multiplicaciones hacia adentro, (la máscara de la máscara de los ojos de los ojos), nos produce una impresión de vértigo, pesadilla de impalpable fondo. Por aquí llegamos a sospechar que la existencia puede ser un mero amontonamiento de la nada, cuyas leves coagulaciones se van espesando al encimarse y acaben por darnos el engaño de una sustancia verdadera.¹⁶

Reyes traza esta caída de un modo muy semejante al que utiliza Borges al describir el laberinto de "La biblioteca de Babel,"¹⁷ dentro de la cual una escalera asciende y otra desciende hasta el infinito. Caer en ella significaría perderse en un laberinto espiral sin salida, un tentáculo que lleva hacia la nada. Lo mismo sucede aquí, sólo

¹⁵ "Homenaje...", p. 98.

¹⁶ "Homenaje...", p. 99.

¹⁷ Jorge Luis Borges, *Ficciones* (Buenos Aires: EMECE, 1968).

que el vértigo no lo producen los espirales sino los ojos concéntricos, superpuestos y vacíos.

La visión de la caída de Reyes se puede llevar un paso más delante al hacer la relación con la visión, también apocalíptica, de dos importantes poetas mexicanos de hoy quienes llevan a la hipérbole la espera del cataclismo. Por ejemplo, se da el caso de Marco Antonio Montes de Oca quien en su "Ruina de la infame Babilonia"¹⁸ nos presenta un mundo ya totalmente destruido, llevado hasta ahí por la guerra nuclear:

Vino entonces una voz surgida por agrietamientos
del silencio,
nada más un tronar de hojuelas,
y el relámpago, la intuición colmada,
nos hizo pensar por un momento
que los más profundos muertos
son de oro.¹⁹

Así describe Montes de Oca el estallido de una bomba de hidrógeno. Después señala a las víctimas de la irradiación nuclear en los versos a continuación:

...vimos al instinto que dora regiones descarapeladas,
elear telarañas y arterias
cabezas y brazos triturados
piernas llenas de municiones
que se arrastran en el polvo como pájaros de plomo.
Tenías razón Tiresias,
no somos parte del mundo sino el mundo mismo;
somos cicatrices del universo
que deambulan en el éter...²⁰

Ambos Montes de Oca y Reyes llegan a proyectar el espíritu humano integrado al éter. Alejandro Aura crea un ambiente expectativo tomando como marco de referencia el conocido mito azteca de los cinco soles. En su "Balada del príncipe rojo," el sol no vuelve a salir y, ya que el sol representa la vida, Aura pretende provocar el amanecer después de ocurrida la destrucción. Pretende lograrlo a través de su misma poesía que se manifiesta en función de rito

¹⁸ Marco Antonio Montes de Oca, *Poesía reunida* (México: Fondo de Cultura Económica, 1971).

¹⁹ *Poesía reunida*, p. 356.

²⁰ *Poesía reunida*, p. 357.

poético-religioso en el que sobresale la repetición del verso: "Venga el sol, venga el sol..." Esta última es una técnica muy similar a lo que ocurre dentro del rito católico del rosario, pues en ambos parece la repetición de fórmulas que pretenden asegurar la salvación o la congraciación del alma con Dios. Más tarde, Aura explica que es posible crear un nuevo sol con la poesía, así que aunque no amanezca el quinto sol no importa, pues el poeta ha de inventar el suyo propio:

Viene una luz, algo desconocido,
una púrpura, un deslumbre,
una realeza nueva que inventamos,
un Príncipe Rojo
que estuvimos moldeando y construyendo.
Dejadnos,
Dejadnos, hermanos, seguir cantando.²¹

El contraste de enfoque que aparece entre los poemas de Montes de Oca y de Aura es aparente. Uno es totalmente pesimista, el otro extremadamente optimista. Ambos siguen la pauta establecida por Reyes. Uno a modo de "Meditación sobre Mallarmé," inyectado de esperanza por desviar lo inevitable, el otro a modo de "Máscaras mexicanas," no permite solución.

La influencia de Reyes es significativa ya que trasciende etapas y movimientos literarios rebasando tiempo y espacio para sentar una de las bases sobre las cuales queda montada toda la temática y la estructura que desarrollan estos dos poetas mexicanos en nuestros días.

Finalmente resulta interesante examinar un poema de Reyes antecedente a "Visión del Anáhuac," que se llama "La hora de Anáhuac." En él se sintetiza lo que ocurre a través de los ensayos estudiados: la gira hasta el pesimismo absoluto. En este caso ambos Moctezuma II y el Anáhuac, personificado, llegan a experimentar el final del Quinto Sol en visión profética. Viven la última hora antes de que el mundo emprenda su caída al infinito; el poeta exclama:

Y tú, Rey Sacerdote, los horóscopos meditando
eras miserable como la última flor...
¡Siégale, Conquistador, con el cuchillo que
llevas!
(Última hora de Anáhuac: llora sobre las naciones,

²¹ *Poesía joven*, pp. 34-35.

hora que tiendes el cuello a la hoz de las
horas nuevas)²²

La inevitable muerte de lo indígena precede al momento en que la cruz reemplaza al ídolo. Es una situación irreversible pues jamás renacerá el imperio y son múltiples las consecuencias de la caída.

En conclusión cabe decir que los ensayos y el poema de Reyes sintetizan una progresión clara del tema apocalíptico desde una posición relativamente optimista hasta una extremadamente pesimista. Concuérdo con la crítica que propone tal repuesta, sin embargo, añadiría que también ahí se sintetiza el sentido que han de desarrollar algunos poetas de esta generación lo cual me parece importante dado a que el nombre de Alfonso Reyes se conoce mayormente dentro del ensayo y la narrativa.

²² Alfonso Reyes, *Obra poética* (México: Fondo de Cultura Económica, 1952), p. 46.

UNA NOVELA DEL PROCESO CHILENO:
SOÑE QUE LA NIEVE ARDIA,
DE ANTONIO SKÁRMETA

Por Grinor ROJO

ENTRE las varias obras literarias que se han publicado recientemente y que se vinculan con el proceso de cambios que se inició en Chile en 1970 y que fue interrumpido, con brutalidad demencial —Jaime Concha ha dicho que el gorilismo chileno se rige, en el siglo xx, por una ley de la evolución al revés—, en septiembre de 1973, *Soñé que la nieve ardía*, novela de Antonio Skármeta, se destaca con particular relevancia. No sólo constituye una tentativa, necesaria y honesta, por recuperar vitalmente un trozo de historia climático en la evolución contemporánea del país y de América Latina en general, sino que, además, y esto es lo que preocupa sobre todo a este ensayo, se trata de una obra de arte cuya mayor virtud es el haber sido capaz de revolucionarse a sí misma a partir de la extraordinaria riqueza de la relación entre el escritor y su entorno. Me explico: *Soñé que la nieve ardía*, a la vez que el testimonio fidelísimo de unas transformaciones históricas concretas, es, también, la novela que interioriza, en la formulación de su escritura, la magnitud de tales cambios. Las transformaciones que se llevan a cabo en el mundo se convierten de este modo, en el fluir de la escritura, en mutaciones estéticas: la novela burguesa tradicional, de acuerdo a las pautas establecidas por los modelos europeos decimonónicos (y asimilados en Chile desde mediados del último siglo. *Martín Rivas*, de Alberto Blest Gana, es, a propósito de esto, la referencia indispensable), la novela "modernista" (según la descripción lukacsiana) y, por último, la nueva novela (la auténtica, de orientación ineludiblemente épica) confluyen y se combaten así, en el trabajo de Skármeta, reelaborando, en los niveles textuales del mismo, el sentido de las confrontaciones que adentro, en el mundo novelesco, y afuera, en la realidad novelada, se están sucediendo igualmente. Al análisis de este fenómeno entonces, el de la interiorización literaria del acontecer histórico, y por lo mismo a la estimación de los modos que en la literatura hacen posible su más profundo rescate, está dedicado lo principal de este ensayo.

UNA NOVELA DEL PROCESO CHILENO: *SOÑE QUE LA NIEVE ARDIA*, DE ANTONIO SKARMETA¹

"... Veo la América del Sur en un temblor. Aún no logro ver claro. Sabe Ud. que no creo en la mano militar para cosa alguna. Dios ayude a los buenos.

Recuérdeme algo que me preocupa desde hace años: Procurar que nuestra gente vea, palpe y comprenda que nuestra raza está dando no sé que clase de cultura que en nada mejora sus instintos crueles. De esto recuérdeme usted. Es una llaga parece la vida de nuestros pueblos en cuanto al simple amor al prójimo.

Ni el escritor ni el artista ni el sabio ni el estudiante pueden cumplir su misión de ensanchar las fronteras del espíritu si sobre ellos pesa la amenaza de las fuerzas armadas, del estado gendarme que pretende dirigirlos. El trabajador intelectual no puede permanecer indiferente a la suerte de los pueblos, al derecho que tienen de expresar sus dudas y sus anhelos. América en su historia no representa sino la lucha pasada y presente de un mundo que busca en la libertad el triunfo del espíritu. Nuestro siglo no puede rebajarse de la libertad a la servidumbre. Se sirve mejor al campesino, al obrero, a la mujer, al estudiante, enseñándoles a ser libres, porque se les respeta su dignidad..."

Gabriela Mistral. *Carta a Benjamín Carrión*

1

COMPUESTA a partir del entrelazamiento de tres historias con relativa independencia e historias que se unen en virtud de su coparticipación en un mismo marco espacial y temporal, *Soñe que*

¹ Pude leer el manuscrito de esta novela en septiembre de 1974, en Buenos Aires. En su redacción inicial, el presente trabajo se apoyaba en las notas que entonces tomé. En el mes siguiente, en octubre, creo que es útil consignarlo, fue cuando la revista *Crisis* publicó la primera de sus dos series de reportajes a exilados:

- ¿Tuvo lo que podríamos llamar período de adaptación?
- No. Yo aquí no necesito adaptación.
- ¿No necesita porque se siente bien?
- Ni pienso cómo me siento. Mi familia se va para un país socialista y yo vuelvo a Chile.
- A pelear.
- O a morir.

María Esther Giglio. "Los desterrados". *Crisis*, 18 (octubre, 1974), 26.

Poco tiempo después, en combate contra los soldados de la dictadura,

la nieve ardía es, en primer término, una aguda cuanto indispensable novela del proceso chileno. La primera gran novela de ese proceso, el primer esfuerzo que se hace por recapitular, conjunta y literariamente, aquella poderosa experiencia una de cuyas notas más características fue la variada y en verdad arrolladora extensión de su influjo. Personajes pertenecientes a tres posibles estratos sociales se reúnen así, en la capital de Chile, en una pensión del barrio San Eugenio (calle "Antofagasta"), en los últimos tiempos del Gobierno Popular. En rigor, incluso este deslinde podríamos hacerlo retroceder todavía un poco más si se reconoce la pertinencia a la anécdota del relato intercalado de los amores entre El Gordo y La Mari y con cuyo ingreso el encuadre espacial y temporal básico se distiende hasta abarcar también consigo algunos de los meses de la campaña eleccionaria de 1970. Tres posibles estratos sociales, tres líneas de intriga y una disposición en la que los estratos y las líneas exteriores buscan converger sobre el estrato y la línea central. Primera amplificación de orden semántico: asistiríamos aquí a una propuesta de rescate, como seguro reflejo, aun cuando no exento de las peculiaridades que por antonomasia afectan a un producto de esta índole, de ese complejísimo juego de interrelaciones que en el proceso chileno se establecieron entre la pequeña burguesía, el proletariado y una cierta forma de la marginalidad;² aquellos sectores que impulsaban el proceso y aquellos que eventualmente tuvieron que definirse a favor o en contra suya componen, de acuerdo a este esquema preliminar de lectura, el repertorio humano de la novela. La línea central convoca a los primeros; las líneas exteriores, que de este modo fluctúan entre el alejamiento y la convergencia, a los segundos. El desarrollo de la novela se lleva así a cabo mediante la narración de al menos algunas de entre las numerosas vicisitudes perceptibles en las vidas de quienes encabezaran la jornada, tanto como a través del cambio, o no cambio,

caería Miguel Enríquez en las afueras de Santiago. En Buenos Aires, la situación no era mejor. El 7 de octubre, una bomba, "plantada" en su automóvil la noche antes, acabó con la vida del General Carlos Prats. En medio de todo esto, en aquella tenebrosa estación del exilio, se fue escribiendo esta novela, la que sin embargo no es, y esto mucho me importa, una desesperanzada elegía.

Cito por la edición de Barcelona. Editorial Planeta, 1975.

² Reparemos en que esta es una identificación sólo aproximativa y que no reduce del todo la complejidad de los grupos que pretende designar. Por lo demás, se admitirá que ninguna lo hace, visto que la realidad es siempre más rica que sus designaciones. En lo que hace a nuestro texto la identificación en clases (o subclases: "fases", para el caso es lo mismo) se refiere a ese movimiento dialéctico que, en el curso cambiante de una coyuntura crítica, se establece sobre todo entre psicología y conciencia de clase.

operado entre aquellos que, sin haber sido sus iniciadores, pudieron, sin embargo, aceptarla. Pero ésta no es más que una primera expansión y en extremo esquemática, como ya dije. Porque ni la historia de Arturo es, en sentido estricto o puramente, la historia de la pequeña burguesía; ni la de El Gordo, El Negro y los otros, sola o exclusivamente la del proletariado; ni la de El Señor Pequeño y El Ángel (o La Bestia), la de una cierta forma de la marginalidad. Cada una de ellas es eso y más, mucho más.

2

Por ejemplo, la historia de Arturo. Arturo es, de nuevo, reeditando un tipo de recurrencia habitual dentro de las obsesiones de Skármeta, el "artista cachorro". "The artist as a young dog", según el burlesco decir de Dylan Thomas. Su virginidad sexual es virginidad total. Su condición de futbolista, siendo el fútbol intuición, dibujo, don y coraje, un modo del arte. Se comprenderá así por qué en este ensayo sostengo que su aventura retoma una especulación antigua e inaugurada por Skármeta en cuentos como "Giro incesante", "La Cenicienta de San Francisco", "El joven con el cuento", "Una vuelta en el aire" o "Basketball". Más todavía, se trata de una especulación que es preciso convenir en que para Skármeta continuaba estando abierta³ y que por ello ahora, además de retomarla, la corrige y desborda. De esta manera el asunto de fondo que en la actualidad le preocupa no es, como otras veces, el intimista misterio del ejercicio poético —aquellas relaciones, otrora enigmáticas, entre la Potencia y la Obra—, sino el vínculo, de pronto imperioso, por la nueva actitud que de él reclaman las circunstancias en torno, entre la Potencia y la Historia. En el registro de un quehacer disociado entonces, quehacer que se parangona y contrasta a una alternativa accesible de descubrimiento del otro, es que encontramos esa antinomia fundadora sobre la cual se asentarán los demás planos que dilatan verticalmente la novela hasta llegar a hacer de ella un sistema significativo de superior validez. Arturo sostiene en parte este nivel primigenio, el que no tarda en replantearse inserto en un amplio tejido de correlaciones. Su propio escrutinio se encauzará, supeditado al ensanche de la perspectiva, a lo largo de un curso bimembre y cuyas significaciones se establecen por medio de la incierta orientación de sus respuestas ante

³ Véanse "El último tren", "Primera preparatoria" y "Profesionales" en *Tiro libre*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, pp. 33-53, 89-102 y 191-206, respectivamente.

el asedio cotidiano de un doble dilema. Con una virginidad que a sí misma se debe el allanar el camino hacia un más profundo acto de entrega, ello a riesgo de preservarse por siempre, suspendida e intacta, y con una actividad, la del artista, que estaría procediendo a una histórica mudanza de su cumplimiento, hacia el cumplimiento en común y al cual los supuestos de la novela sancionan como la mejor o más bien la única esperanza que el oficio del creador tiene de no prosperar siendo un objeto de los tórpes trapicheos de la feria. Las acciones de Arturo podrían sintetizarse de este modo mediante su recolección en el casillero en abstracto de dos verbos nucleares. Estos verbos son vincularse y crear. Reproducirse en los otros y reproducirse en las cosas. Alusivos ambos verbos a una oportunidad de desensimismamiento, a una ocasión de "irse hacia afuera", es claro que ellos ratifican el nexo que existe entre la historia de Arturo y la historia paralela del grupo de clase en el que éste se integra. Como para Arturo, también para ese grupo de clase el desafío consistirá en redefinir, en las condiciones que las nuevas circunstancias determinan, el sentido más profundo de su ser y de su hacer. Arturo vive así su vida, pero vive además, tácitamente, la vida de ellos. La aventura de sus pares se superpone al diseño de su propia aventura. Las opciones de ellos, a sus propias opciones. Es decir que si bien es cierto que los elementos de esta fábula se organizan distribuidos en un campo semántico específico, y que es el que dice relación con el para Skármeta apremiante problema de la función social del arte, no es menos cierto que este mismo campo no llega a agotar el espectro de sus significaciones potenciales sino hasta haberse dispuesto integrado y rotando dentro del perímetro complementario, a la vez que más vasto, de otros campos semánticos mayores. Parábola de las tribulaciones del "artista cachorro" en un mundo que cambia, el doble dilema de Arturo acaba así por hacérsenos simbólico y su repliegue, trascendente. Temeroso repliegue en el cual, y a despecho de las incitaciones del contorno, insiste sin embargo en refugiarse, dando curso con ello al aflorar de una actitud que es menos su obra que la obra indirecta de una conciencia heredada. De aquí sus tanteos parciales. De aquí, también, sus resoluciones ambiguas. Gana y pierde. Triunfa y es vencido. El cuerpo de Susana le acogerá finalmente, mas como una muda e inhibitoria demostración de esplendor que ella le hace a sus carencias. Los aplausos del estadio, como el disimulo a la tasación, fría y certera, por parte de sus dueños posibles, del juguete exhibido.

3

PROCEDO a recordar en lo que sigue a un célebre maestro de Arturo. Provinciano como él, llega a Santiago allá por los años cincuenta del siglo pasado. Como Arturo, o en realidad con otro atuendo, sin la malla al hombro pero con un traje y unos zapatos indiscretos y los que ya desde lejos denunciaban su origen, acude a lo mismo que su joven discípulo ciento y pico años más tarde. Acude a apostar y a ganar. Muy otra es sin embargo su suerte. Así Martín Rivas, sin más credencial que sus virtudes, esas "nobles virtudes del corazón" con las que respaldara además su propio juego el romanticismo pipiolo de Blest Gana,⁴ logra hacer suyo el amor de Leonor; y, también, sin más auxilio que aquellas virtudes (¡y ya se ve qué vieja coincidencia es esta de que un solo talento responda por parejo al empleársele en la ejecución de dos labores tan diversas!), alcanza el *status* social anhelado. Proyecto de "caballero chileno", Martín se instala, sin quebrarlo, en el cuadro social. Siendo él mismo un ardiente discípulo de Sorel y Rastignac, su apuesta, que renueva la de ellos, culmina, no obstante, en un buen desenlace. Maestro de juventudes, los años depararán a su historia un enorme prestigio. Harán de sus máximas un catecismo a la mano para uso exclusivo de estudiantes sagaces. Uno de ellos es Arturo. Este Arturo que, a pesar de saber la lección como nadie, cosecha, al aplicarla, humillantes reveses:

Ella lo había visto jugar, aprendió con sus propios ojos encendidos la música de su gambeteo, la admiración de los chicos del club, la gula del entrenador. *El era alguien. ¿Si la tocara?*⁵

La vieja estrategia de Martín se repite de este modo, una vez más. Los merecimientos de Arturo están a la vista. A la gula del entrenador debería suceder, y cómo no, la gula de ella. No ocurre así, sin embargo:

⁴ Dice Blest Gana, en su "Dedicatoria" de *Martín Rivas*:

su protagonista ofrece el tipo, digno de imitarse, de los que consagran un culto inalterable a las nobles virtudes del corazón.

Alberto Blest Gana. *Martín Rivas*, 8a. ed. Santiago de Chile. Empresa Editora Zig-Zag, 1961, p. 7.

Sobre *Martín Rivas* y la aclimatación de la novela burguesa en Chile, dos trabajos excelentes: Guillermo Araya. "El amor y la revolución en *Martín Rivas*". *Bulletin Hispanique*, LXXVII, 1-2 (Janvier-Juin, 1975), 5-33; y Jaime Concha. "*Martín Rivas* o la formación del burgués". *Casa de Las Américas*, XV, 89 (marzo-abril, 1975), 4-18.

⁵ Skármeta. *Soné*, 51.

—¿Y qué tienes tú para que yo te quiera? ¿Quieres hacer el favor de decírmelo?⁶

Renuente a los buenos oficios de Martín, y renuente también al fiel discipulado de Arturo, la realidad se resiste esta vez a la aplicación de sus códigos. Hay algo en ellos que ya no funciona; que ha perdido, se nota, su secular eficiencia:

—¿Sabes lo que pienso que eres? —le dijo suave e intensa, como buscando que las palabras lo mojaran con la contundencia de una lluvia, y lo calaran, y lo mordieran, y se le quedaran impregnadas allá dentro de esa caparazón atlética, mientras él pesaba el rictus de sus labios y desviaba la vista hacia el bus. —Pienso que eres un maricón. Eso es lo que pienso.⁷

Como concentración del cauce de una de las dos direcciones a través de las cuales se moviliza la historia de Arturo, al mismo tiempo que como comprobación en el texto del fundamental desajuste que en esta historia se elabora entre las preconcepciones del personaje y los datos concretos de una realidad sometida a los vertiginosos azares de un proceso de cambio, me parece que los párrafos más arriba transcritos son un buen testimonio. Los reveses de Arturo son una consecuencia de este para él ignoto desajuste; se deben a aquellas dificultades que ante él se levantan en cuanto procede a hacer compatible la sólida rigidez de sus prejuicios con la índole revolucionaria y proteica de la nueva realidad. Naturalmente que este mismo fenómeno es posible observarlo también en la otra de las dos direcciones de su desarrollo (recordemos que nuestra afirmación inicial aludía a la progresión de la historia a lo largo de un curso bímembre y esto es, a lo largo de un doble sistema de opciones en el que las alternativas que se favorecen a un lado anticipan, sin nombrarlas, las preferencias en el otro), por lo que no creemos que valga la pena examinar sus elementos ahora. En cambio, sí vale la pena, y a ello obedece la invocación que en este apartado hemos hecho de la figura tutelar de Martín, empezar a sentar desde ya las necesarias premisas de una especulación adicional. Recortados en el trasfondo de la tradición, contrapuestos a la imagen legendaria del maestro, no cabe duda que los reveses de Arturo tañen campanas de exequias. Anuncian la muerte de un héroe, muerte mítica empero, ya que la liberalidad y el buen deseo skarmetianos se esforzarán por redimir al futbolista al llegar a las

⁶ *Ibid.*, 62.

⁷ *Ibid.*, 54.

últimas líneas de la novela, y el ostensible vacío. Muerte del héroe burgués y vacío, el que por otro lado es también autoasignación de tareas de parte del propio novelista, en la narrativa latinoamericana de hoy.

4

AL principio dijimos que en la otra de las líneas exteriores de la disposición de la novela se situaban El Señor Pequeño y El Ángel (o La Bestia). Retomemos ahora aquel juicio con la previa advertencia de que estos dos personajes hacen su entrada en la novela para poner en marcha una historia que avanzará en contrapunto con la historia de Arturo. Contrapunto este que al mismo tiempo es la antítesis que el final previsible de una de sus actuales opciones. Pues El Señor Pequeño viene de allá hacia adonde Arturo va, o pudo ir. Constituye por consiguiente una última y lastimosa prolongación al cabo de un típico y deplorable circuito. Es, también, y también a su modo, un artista. "De variedades", dirá. Bastaría, creo, con este simple indicio para conectar incluso al más inmediato de los niveles de significación de su historia con los contenidos primarios de la historia de Arturo. Bien que en otra etapa, más lejana, no antes, sino después del error. Mucho más tarde, cuando ese error en el que Arturo está ahora a punto de incurrir se ha concretado, adquiriendo a causa de ello las dimensiones de una decisión irrevocable, y cuando sus consecuencias se ponderan en la grotesca degradación de este otro actor. Envilecimiento que no sólo es el suyo, dicho sea esto de paso. No lo es, en el entendido de que tampoco se agotan las peripecias de esta fábula confinadas al magro terreno de un círculo único: lo personal se inscribe en lo social y el destino de uno se hace destino de muchos. Culminación previsible de una de las actuales opciones de Arturo, El Señor Pequeño es también el lógico término de una alternativa de clase. Error de esos mismos que hoy día se pliegan a un vivir vergonzante, que encanallan verdugos en armas y quienes se han encargado muy pronto de relegar a sus socios a la marginación: "Mírese bien, es Ud. ese hombre/ que remienda su única camisa/ llorando secamente en la penumbra...", recuerdo que escribía Enrique Lihn hace unos años en el "Monólogo del viejo con su muerte".* O sea que El Señor Pequeño ha hecho ya ese mismo viaje que ahora Arturo quiere hacer. Está, pues, de vuelta. Podemos suponer que alguna vez jugó

* Enrique Lihn, "Monólogo del viejo con su muerte" en *La pieza oscura*. Santiago de Chile. Editorial Universitaria, 1963, p. 23.

a ganar. Quizás si hasta ganó. Pero acontece que ahora, en esta otra esquina del tiempo, unos misteriosos apostadores le persiguen y que, por las noches y en terrenos baldíos, le salen al paso, cobrándole un robo que transforma su vida consciente en huida, en escape continuo. Es el fin del circuito: aquel periplo que se inauguró como empuje y soberbia se resuelve, a la larga, en fuga y terror. La salida es entonces el sueño. El Señor Pequeño sueña y su sueño le ayuda a cohonestar los terrores del mundo real. Paralelamente, el relato se enturbia. El ámbito clásico de la historia de Arturo cede su sitio al advenimiento de un espacio enrarecido, espacio este que desprecia las naturales fronteras entre el aquí y el allá, entre el ahora y el entonces, entre la vida y la muerte. Del mismo modo que la historia de El Señor Pequeño sigue a la de Arturo, o al menos a una de sus virtualidades, el paradigma de héroe que Arturo es, o al menos una de sus caras, se prolonga a futuro en la de este héroe degradado, pero al que sabemos el sujeto privativo de una especie distinta de literatura. De otra forma de novela. A la irrealizable novela burguesa la sustituye así, *en el propio texto*, la mal llamada novela contemporánea o "modernista", como no sin un dejo de sorna la prefiere designar Luckács,⁹ a la coherencia y la racionalidad del mundo de Arturo, la incoherencia y el delirio del de El Señor Pequeño. Es que la fuga en el sueño no es sólo la fuga de este personaje grotesco; lo es también del escritor. De un cierto tipo de escritor. De aquel que confunde el anacronismo del héroe burgués con la nada, para concluir, seguidamente, de la esterilidad de la novela burguesa, la muerte del género. Practicase con esto en la novela una espontánea inflexión autocrítica. Más ceñidamente, una inflexión que le otorga a la crítica su oportunidad de integrarse en la plenitud del hacer. El énfasis puesto hasta aquí en los contenidos del relato dará pie, cual nuevo objeto, al cuestionamiento de sus modos. Es la propia novela la que de esta manera se interroga a sí misma, la que se hace exigencia y conjetura de sí. Cierto es que El Señor Pequeño contamina con su ser el relato y que la forma que éste adopta es un claro homenaje a su inmenso delirio. Pero ¿Es esta la prueba de una servidumbre absoluta? ¿No está abocado Skármeta precisamente a lo contrario? ¿A irrumpir desde adentro? Mi criterio es que esta última sospecha requeriría de una confirmación sin restricciones. Como ocurriera con la historia de Arturo, en donde una forma clásica acompaña a una aventura clásica, hasta que los reveses de

⁹ Georg Lukács. "The Ideology of Modernism" en *Realism in Our Time. Literature and the Class Struggle*, tr. John y Necke Mander. New York and Evanston. Harper & Row, Publishers, 1964, pp. 17-46.

esa misma aventura hacen estallar el relato, en esta ocasión otra forma, sustituto posible de la forma anterior, experimenta un vuelco similar. El intermediario es allá como aquí la escritura, que es irónica (uso esta palabra con su valor de diccionario: "ironie ou anti-pharse", que "consiste á faire entendre autre chose que ce que l'on dit..."; es lo que al respecto anota Barthes¹⁰) y que con un ojo vigila lo que el otro escudriña. Con todo, se ve que la ironía no aparece en este caso en cuanto tal, sino mediatizada, convertida en el referente genérico de un arte auxiliar. Este arte no es otro que el de la parodia, favorito y hasta podría añadirse que indisociable recurso de las obras de crisis. Los dos relatos exteriores de la disposición de la novela son por ende narraciones paródicas y lo son tanto en lo que atañe a los contenidos del mundo, en lo que concierne al material sin elaboración de la fábula,¹¹ como también,

¹⁰ Roland Barthes. "L'Ancienne Rhétorique". *Communications*, 16 (1970), 220.

¹¹ En este sentido, un ejemplo que merece destacarse es el de la brillante parodia del generacionismo romántico, de terca longevidad en la historia de la novela chilena y en general latinoamericana, a través de la inversión del valor usual y reaccionariamente adscrito (reaccionariamente, puesto que el tal generacionismo no hace más que encubrir una concepción biologizante de la Historia) a la relación entre viejos y jóvenes. En efecto, en la novela de Skármeta las ambigüedades políticas y vitales de El Nieto se ven contradichas, al comienzo y al fin del texto, por la posición siempre resuelta de El Abuelo. Considérese, a propósito, el substrato conceptual implícito en los párrafos siguientes:

—Le voy a decir una cosa Arturito: si yo tuviera otro nieto, el otro nieto sería mi predilecto, no usted.

—Está bien, abuelo. Deje que yo lleve los bultos, ¿quiere?

El hombre esquivó el canasto.

—Cuando vengan los líos usted estará con la pelotita allá lejos. En vez de mostrar mi familia voy a tenerles que mostrar a los momios los dientes que me faltan. Una cosa no más le digo para que vaya sabiendo: usted es mi nieto porque no tengo más remedio, ¿me entiende?

El joven comenzó a dispersar piedritas hacia la acequia.

—No la embarre, abuelo. Páseme la maleta.

Cruzaron una mirada y el hombre apretó con más vigor las manijas de los bultos.

—De ser nieto mío tiene que serlo porque usted es el hijo de mi hijo. Yo le dije a su señor padre que tuviera más hijos. Si su señor padre hubiera tenido más hijos usted no sería mi nieto predilecto. Mi nieto estaría trabajando con nosotros, ¿qué le parece?

—Usted está obligado a quererme porque es mi abuelo auténtico.

—De quererlo lo quiero. Pero no me gusta nadita lo que hablan de mi nieto en el pueblo. Nadita me gusta lo que dicen.

—¿O sea?

y multifacéticamente, en lo que al modo narrativo respecta. En ellos la ironía se conmuta en la parodia, la que acto seguido pasa a ser aquel instrumento predilecto para el trasiego estético de una actitud de esencial irreverencia y que es una actitud que, no queriendo expresarse de un modo directo, como pura negación, elige en cambio una ruta aleatoria, la de la negación en o desde la afirmación. En la narrativa latinoamericana más reciente, y por razones que ya a nadie se esconden, es este un arbitrio que se viene reiterando cada vez con más firmeza. El escritor latinoamericano actual, espectador y hasta en ocasiones partícipe en el escandaloso espectáculo de una existencia histórica cuyas aberraciones se acumulan con prodigalidad increíble, acude a la ironía como a ese mecanismo que él estima el más apropiado para desenmascarar, y con el testimonio de ellos, los contextos —y pretextos— ocultos de ese vivir deformado. Pero no sólo eso. Esta misma ironía, mecanismo sin duda que idóneo para la iluminación del mundo externo, se revierte también, y con extraordinaria frecuencia, sobre la propia escritura. Puesto a ello, conminado al examen de los dechados rituales de su oficio, será entonces la parodia, este uso a contrapelo de las fórmulas literarias tradicionales, el que al escritor le ofrezca

—Dicen que usted no ha conocido mujer.

—¿Y usted cree?

—Que si no, yo hubiera oído algo.

Skármeta. *Soñe*, 10-11.

—Véamos por parte —le espetó el abuelo, agarrándole de un zapazo el libro que le pendía al final de su inútil abrazo. ¿Qué es esto que está leyendo? —Con el ceño drástico consideró el volumen de poemas de Neruda igual que un jugador ventila los naipes antes de mezclarlos y volvió a encajárselo en la mano. ¡Correcto!

—Abuelo.

—Vamos por parte.

—Abuelo, déjeme presentarle a Susana.

El viejo avanzó hasta la chica, y permitió que por un segundo su dureza exprimiera una veloz dulzura. Sólo que lo hizo cuidando que Arturo no la captase. El apretón de manos con la chica fue instantáneamente el de viejos compinches, el de compadres mutuamente imprescindibles. Como adivinándolo, Arturo quiso pasarle al menos un brazo por los hombros, para incluirse así que fuera. Pero ahí el abuelo, como haciendo un paso de tango, con un minúsculo sacudón del hombro, lo dejó desplazado.

—Vamos por parte. —Le alineó un dedo en el centro del pecho. ¿Sigue siendo virgen o ya no es el caso?

Arturo sintió que nunca nadie en la historia había enrojecido tanto como él en ese segundo maldito. El viejo asomó una sonrisa que

la mejor solución.¹² Parodiar es descalificar, en su mismo terreno, el modelo obsoleto. Es descartar, haciéndolo, lo que ya no se puede hacer. No otra cosa es lo que Skármeta pretende. Por eso es que las historias de Arturo y de El Señor Pequeño son historias paródicas, en la medida en que ellas asimilan, a la crítica de un mundo caduco, la crítica de los modelos literarios que a ese mundo corresponden. Lo que sorprende es la magnitud del esfuerzo. No contento

le autorizó relucir sus desiertas encías, y con esa misma sonrisa miró fijamente a Susana sin pestañear.

—Yo... —dijo el joven.

—¡Basta! ¡A buen entendedor, pocas palabras! —Hincharlo el cuello trató de que su postura resultara feroz. Tercera cosa: ¿es usted un hombre de izquierda?

El joven se encogió de hombros.

—No sé, abuelo. —Extendió su gesto hacia la muchacha.

—¿Cómo que no sabe?

—No sé, abuelo.

Susana se enganchó ostensiblemente el brazaletes sobre el brazo y en seguida se puso de pie.

—Abuelo —sonrió la chica—, a Arturo le falta...

—¡Cojones! ¡Eso es lo que le falta!

Ibid., 207-208.

¹² El problema no de la presencia (obvia), sino de la función (no tan obvia) de la parodia en la última narrativa argentina ha sido expuesto de una manera preliminar por Beatriz Sarlo en "Cortázar, Sábato, Puig: ¿parodia o reportaje?" *Los libros*, 36 (julio-agosto, 1974), 32-33. Beatriz Sarlo piensa, en exceso creo, en la última obra de Puig y de ahí sus conclusiones puramente negativas:

Cabe preguntarse qué sucede, en el área demarcada por algunas novelas argentinas de la década del 70, con este verosímil de la ficción. En general este verosímil se construía, respecto de lo narrado, como un nivel transparente, "sin peso"; lo narrado aparecía como "más importante" que el procedimiento textual (incluso en *Rayuela*, incluso en *Boquitas*). Esta hegemonía de lo narrado sobre el procedimiento contribuyó, en parte, a hacer posible una lectura ingenua de la obra y dio cuenta, aunque sólo sea parcialmente, de los fulminantes éxitos de mercado de la década del 60 (éxitos que hoy recoge una ficción que mantiene su hegemonía sobre el procedimiento, como en el caso de las novelas publicadas y traducidas por Emecé). ¿Qué se produce luego? Una inversión de las relaciones textuales descriptas: lo narrado se convierte en instancia segunda respecto del procedimiento que se dimensiona en dos niveles: el del procedimiento propiamente dicho y el de la puesta en primer plano de un código genérico específico.

Como vemos, tales conclusiones, adecuadas en el caso de Puig, resultarían inaplicables en lo que a Skármeta concierne. La parodia no es en Skármeta ejercicio pasivo, burla que elude, sino activo, burla que rompe para rehacer.

con parodiar a sus mayores, tarea en la que José Agustín o Eduardo Gudiño han hecho alardes de un virtuosismo que se diría digno a veces de mejores objetivos (y sin desdeñar por otra parte las novelas de Puig, aun cuando en estas últimas, adolescentes de una ambigüedad sin remedio, el ejercicio devenga en un oscilar a medio filo entre la exaltación y la parodia), Skármeta procede a arremeter contra el acuerdo conjunto de todo el sistema. Es la novela como tal, el género mismo, en la tradición heredada de sus modelos europeos burgueses y, más todavía, en la adaptación de esos modelos a nuestra propia e irredenta tradición, la que se torna en el blanco principal de su escarnio. En última instancia, será de la clausura de esta etapa, etapa que también es o fue la suya, a no olvidarlo, y del abrirse dialéctico de otra, de donde provenga el impulso formal de su escritura. Lejos de consumarse como puras manifestaciones del capricho, las líneas exteriores de la disposición de su novela comprobarán ser con esto genuinos despliegues de desgarramiento, despliegues de una dialéctica esencialmente creadora y que es a la vez poda y retoño, destrucción y construcción. Ejemplos en (de) estilos de vida, serán también ejemplos en modos de novela. Polos que se autodescubren y se asumen integrados en la esfera de una mayor contradicción. Difícil escoger un planteo más justo. La aventura perfecta de Arturo como el modelo de aquella novela que ya no puede hacerse, que la Historia ha cerrado. La de El Señor Pequeño, en cambio, como el modelo de una novela que sí puede hacerse, que se hace —y a qué se deben, si no, todas las "nuevas novelas" de este Mundo y del Otro—, pero a sabiendas de que es obra final, callejón sin salida, bancarota del género. A un destino sin destino, una novela sin novelística. Al final, un mismo silencio. Consistente con las etapas que jalonan la última parte del ciclo del derrumbe de El Señor Pequeño, y etapas que se desplazan desde la marginación a la soledad y desde la soledad al abandono de El Angel (y que es también, recordémoslo, su Bestia), el mapa del escritor contemporáneo o "modernista", si consentimos en hacernos un eco de la jerga de Luckács, se dibuja a su turno con los mismos hallazgos. Hasta que en un punto dado, las paralelas se juntan. Por eso El Angel es "otro" que El Señor Pequeño. Es ese otro que fue él, que cada vez lo es menos, hasta que por último, y culminando con una trayectoria que se le pudo vaticinar desde siempre, le abandona. Pero la verdad más profunda es que este abandono de El Señor Pequeño por parte de El Angel ha sido precedido hace mucho de un abandono a la inversa. Es El Señor Pequeño quien previamente abandona a El Angel, su Angel, y que es o fue su Bestia. El camino del regreso es el camino de la desintegración.

Abandonado en el mundo, El Angel no sabrá conducirse. Los milicos chilenos le harán pedazos.

5

El Señor Pequeño y El Angel arrancan de Beckett.¹³ Didi/Gogo, Pozzo/Lucky, Hamm/Clov, Krapp presente/Krapp pasado, las escuálidas parejas de Beckett son antecesoras muy poco secretas del dúo de Skármeta. Más lejos, con seguridad, George y Lennie, los personajes de Steinbeck (*Of Mice and Men*, 1937). Más lejos todavía, los innumerables desdoblamientos románticos, la escisión como autoextrañeza y fractura, como duda y desprendimiento, como renuncia y desbande. De Steinbeck, el contraste entre razón y afectividad, corrupción e inocencia. De Beckett, este otro desdoblarse que es prefiguración de la nada, que es anticipo y espejo de la muerte. Pese a ello, existe un aspecto diferencial importantísimo y al que deberemos atender en seguida. Sucede que el enlace entre el sector de la novela que aquí comentamos y sus presuntas raíces ha

¹³ Lo cual no quiere decir que no tengan precedentes dentro de la propia narrativa de Skármeta. En cuanto a El Señor Pequeño, desde "El Señor Avila", un relato que apareció hace ya más de quince años, en la antología *Cuentistas de la Universidad*, de Amando Cassigoli (Santiago de Chile. Editorial Universitaria, 1959, pp. 219-227), y hasta el relato final de *Tiro libre*, "Profesionales" (*Op. cit.*, ver Nota 3), es notorio que este personaje es, en su trabajo, de una gran consistencia. Pero no sólo eso. A propósito de *Tiro libre*, y no habiendo para mí en adelante posibilidades de tratar este aspecto con más detención, me interesa por lo menos dejarlo aquí apuntado: el caso es que, en su más rigurosa esencialidad, todos los materiales que concurren a la composición de *Soné que la nieve ardía* se encuentran ya en aquel libro. Los personajes, las historias, etc., que básicamente conforman los respectivos asuntos de cada una de las tres líneas de desarrollo identificadas por nosotros previamente en la novela, están ya allí. Están, sin embargo, *dispersos*. Tanto, que es su misma dispersión la que justifica el fraccionamiento de *Tiro libre* en tres secciones. A la primera, pertenece "El último tren", primicia del personaje y la historia (al menos, de un modo inmediato. Ya hemos dicho que es éste uno de los temas recurrentes en Skármeta) de Arturo; a la segunda, "Balada para un gordo", preclaro anticipo de lo que aquí hemos llamado la línea central de la novela; y a la última, "Profesionales", versión primera de la sólo a medias extraña odisea de El Señor Pequeño y El Angel. Concluyo que el escritor percibió, al componer este libro, la diferente cualidad de sus materias y que no llegó, en su experiencia creadora y por razones históricas a las que alguna vez habrá que referirse, a articular las conexiones objetivas que entre ellas existían. En una fase superior, la de la novela, escrita ésta en un "tiempo" distinto, tales conexiones tuvieron que ponerse de manifiesto, atrayendo, sobre el conjunto de la visión skarmetiana, un definido carácter totalizador, de *Weltanschauung*.

dejado en el texto skarmetiano de ser reiterativo y que ni siquiera es más "adaptativo", en el añejo y obsecuente sentido de la adecuación de lo específico al universal prestigioso. Mi opinión es que, con consecuencias que empiezan a ser ya predecibles en lo que respecta al futuro de nuestra literatura —y me refiero a *toda* nuestra literatura: a la literatura de América Latina, hoy—, nuevamente aquí, y acaso por primera vez con un espíritu definido y sistemático, se empieza a perfilar el ensayo de un estilo rebelde en lo que hace al trato hasta hoy rutinario con las influencias. Este estilo rebelde rechaza por igual la adhesión absoluta que el laborioso advenimiento, el mimetismo que la conformidad. En cambio, la influencia se condiciona ahora al papel que a ella le cabe en el trazado de un conflicto, a la participación que ella tiene en un combate previamente dispuesto, inobviable y en curso, y el que por lo tanto no trepida en convertirla en adversario, en un factor enemigo en esa lucha real. Porque es un hecho que Didi y Gogo, Pozzo y Lucky, Hamm y Clov, Krapp y Krapp son en Beckett los estados inertes de una situación sin salida: "The expression that there is nothing to express, nothing with which to express, nothing from which to express, no power to express, no desire to express, together with the obligation to express".¹⁴ Por consiguiente, son también el elemento necesario de una literatura sin salida, o de un hacer gratuito, que no se justifica y que concluirá al fin de cuentas por negarse a sí mismo: "My work is a matter of fundamental sounds (no joke intended) made as fully as possible, and I accept responsibility for nothing else".¹⁵ En Skármeta ocurre algo distinto, demás está indicarlo. En primer lugar, El Señor Pequeño y El Ángel no son estados, sino etapas. Por lo mismo, tampoco son inertes; en tanto fases de un desarrollo inexorable, ambos personajes están expuestos y existen en un equilibrio precario, el que apenas sí logra sostenerlos encaramados allí en la orilla más próxima de su ulterior transformación. De ser en algún sentido figuras terminales, ello es sólo de sí. Concluyen su ciclo, pero no cierran la Historia. El resultado es que su intervención en la novela se constituye con esto en objeto propicio de una nueva pesquisa, pero de una pesquisa a la que ahora se hace necesario proyectar a lo largo de un arco de mayor amplitud. Son la última etapa de Arturo (o de Rivas, o de esa parte de Arturo que es deudora de Rivas), pero son también, pa-

¹⁴ Samuel Beckett. "Three Dialogues" [Con Georges Duthuit. Sobre Tal Coat, Masson y Gram van Valde]. *Transition Forty-Nine*, V (1949), 98.

¹⁵ De una carta a Alan Schneider, fechada el 20 de diciembre de 1957. Esta y otras cartas igualmente reveladoras de Beckett a Schneider se publicaron por primera vez en *The Village Voice*, edición del 19 de marzo de 1958, pp. 8 a 15.

rásitos sociales, burguesía latinoamericana en su esencia, la incontestable metáfora de toda la clase. Llegamos aquí hasta a un nuevo círculo. La potencialidad metafórica de la novela se ha dilatado una vez más, para dar cabida en ella a la más sustantiva de las contradicciones. De la situación del artista a la de su grupo social y de la de éste, a la de la generalidad de la clase. Clase que no se agota en sí misma, por cierto. Marionetas estrellas de un teatro de barrio, su gesticular es flagrante remedo de actuaciones lejanas. Es trasunto de otros y serán esos otros quienes, en definitiva, establezcan las reglas. Leamos pues, en estos personajes de Skármeta y en este otro nivel del análisis, una doble metáfora. La de una clase decrepita, al borde del derrumbe, y que es una clase que para sobrevivir deberá de echar mano, como en efecto lo hizo, de recursos extremos, y la de todo un sistema, a cuyo ocaso nos es dable asomarnos a través de la pálida suerte de sus míseros dobles. La materia de Beckett es el sistema total. Su descripción, coincidente con el cuadro de Skármeta, allega las notas características de parasitismo, incomunicación, marginalidad y derrumbe. La explicación, y con la explicación el modo mismo de la descripción, diferirá, sin embargo, en uno y otro caso. Respondiendo a una metafísica de filia-ciones en último término románticas, el universo de Beckett está fijo, cristalizado en su horror. Contra esto, contra la universalización arbitraria de un mirar superficial, así como contra la petrificación de ese mirar entre las falaces fronteras de un axioma absoluto, por lo demás raíz indisputable de los "nuevos" melodramas, se alzarán, con socarronería y firmeza, la escritura de Skármeta. Lo que en el primero era destino, será en el otro proceso. Final que no es final, sino antesala. Indicio seguro de un heredar combatiendo.

6

EN la línea central, unos muchachos. El Negro, El Gordo, La Mari, La Susana. Otros personajes: Alcayaga, Cosme, El Cabo Sepúlveda, El Dueño del Local (y el Local mismo. La casa que hoy se hace posible. Condensación de un espacio que es o quiere ser de todos, conducente además a una condensación correlativa del tiempo y propiciatoria por eso de la aludida pluralidad de las significaciones), Don Manuel, especie de dios laico o de padre compañero. El Presi, que "con sus gruesos carrillos y anteojos de profesor provinciano y el orgulloso pecho de palomo con la cinta tricolor condecorándose",¹⁰ circunspecto y seriete, nos mira desde

¹⁰ Skármeta. *Soñé*, 35.

su retrato colgando en el muro. La Criada, una figura que crece, que al final e indefectiblemente crece (¿Cuántas criadas-objeto en la historia de la literatura latinoamericana?), hasta convertirse en persona. No hay aquí, por supuesto, héroe alguno. Al héroe lo mató El Señor Pequeño o, mejor dicho, murió con él, después de una riña grotesca, paisaje lunar de un sitio eriazos allá por los extramuros de Santiago. O, quizás, ni eso. Quizás si sólo se asentó o, lo que viene a ser lo mismo, que transó los sombreros de mago por la sopa a sus horas y las sábanas limpias. Skármeta nunca aclara este desenlace, sin embargo. Puede que él no sea más que un nuevo e impávido sueño. ¿El último? Cualquiera sea la respuesta, el dato que ahora nos importa rescatar es aquel que nos señala que aquí, en el centro, en esta otra línea de intriga, los protagonistas individuales no tienen ya cabida. Como tampoco las tiene la aventura personal, el vivir de espaldas a una contradicción que está siempre presente, pero que muy severos desarrollos, en aún más graves momentos, acaban por hacer inocultable. Es la novela que pedía Carpentier en uno de sus ensayos y que él mismo, seguidor el más eximio de los procedimientos de la novela histórica, parece no haber podido, o querido, concretar hasta hoy: "Contenido social puede tener la novela, desde luego. Pero a partir del momento en que hay un *contexto-épico* verdadero; a partir del momento en que el suceso *ha sido*..."¹⁷ Para los chilenos ese suceso fue, en efecto. Conmociónando el país y auspiciando con ello el consecuente viraje hacia una novela distinta. Si Skármeta logra desembarazarse de los graves peligros del ejercicio paródico, y no sólo desembarazarse sino superar lo que este ejercicio significa en tanto instancia eminentemente destructiva dentro del desenvolvimiento general de la dinámica novelesca, esto ocurre más que nada debido a su correcta percepción de las situaciones concretas que le harían el peso a su mucho talento. Es que el hecho se produce, en primer lugar, afuera. En los desplazamientos de la psicología y de la conciencia de clase y que, al reajustarse, descalifican, con su realidad sin excusas, las contestaciones ambiguas. El héroe burgués desaparece (o se degrada), porque, depositario favorito de una sutil paradoja, su excepcionalidad deriva siempre de su ser mucho de lo mismo. Espejo glorificante de aquellos que llegan y que, para legitimar su camino, se administran el mito del viajero perfecto. Este es su héroe, este que tiene por tarea el dar salida a la imagen rentable de una cierta conciencia cuya turbia verdad se agazapa en las sombras. El héroe burgués

¹⁷ Alejo Carpentier. "Problemática de la actual novela latinoamericana" en *Tientos y diferencias*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964, p. 38.

confunde al pueblo, pero confunde también, aunque cueste a veces admitirlo, a la propia burguesía. Engaña a todos, pues a todos adjudica, cual dispendioso Proteo, su ración de ilusiones. La diferenciación no proviene así del engaño de los más, contrastado éste con la astucia de los menos. Proviene de los efectos contrarios de un engaño común, salvación para unos e infierno de otros. Pero hace mucho que sabemos de ese carácter puramente vicario que los mitos sociales sobrellevan; que ellos existen con valor de reemplazo. Es decir que el día llega en que los engañados se reconocen como tales y que es cuando arrojan de sí lo que les lastra, para en seguida apropiarse, con claridad estupenda, de lo que es suyo de veras: de su propia conciencia y, a poco andar, en el decurso ascendente de la gran marejada, de su propia ideología. En estas condiciones, la mantención impoluta de la estafa es una empresa, por ajena, insostenible. Para empezar, puesto que su presencia ha dejado ya de ser útil para nadie, puesto que a nadie —y habida cuenta del descalabro simultáneo de otras estafas similares— representa. En el más cabal de sus sentidos, es este un acto de *anagnóris*. Convocatoria a un existir auténtico, conocimiento de sí y de los otros, reunidos al fin, con regocijo ardoroso, en el cruce al desnudo de una conciencia común. El pueblo descubrirá así, en este acto puro, la inmensidad de su fuerza. En la caída del mito individual y en el reencuentro, hasta entonces proscrito, con su auténtico ser. Por su parte, el héroe individual, al devenir en un modo de respuesta inverosímil para un presente que es su antítesis, no puede menos que sufrir igual fortuna dentro del permeable tejido de la antigua novela. Desprovisto de una atmósfera suya, el joven impetuoso será un payaso aterrado que despeje los códigos de su superación. El Negro, El Gordo, La Mari, La Susana ocuparán en adelante su sitio. Ese sitio al que los tiempos les llaman y para cuya ocupación ellos se brindan como la mejor avanzada. Personajes que son cifras del conflicto, se entiende que estos últimos apenas sí tengan un nombre. La antigua privatización de sus vidas ha dado paso en ellos a un tiempo de solidaridad y crecimiento, el cual les invita a reconocer y a asumir hoy, en el interior de sus vidas, las vidas de otros. Sus predicados narrativos no son ya psicológicos; son históricos. E inclusive sus diferencias, como la fraterna disputa entre El Gordo y El Negro, se explican sólo en virtud del contexto, como caminos diversos hacia un mismo objetivo. Protagonistas de un acontecer general y, más aún, de un acontecer en el que se halla comprometida la inmensa mayoría del pueblo, estos personajes, representantes genuinos de ese pueblo, prospectivan consigo el arraigo, en la novela latinoamericana, de un nuevo tipo de figuras, figuras estas cuyas acciones deberán per-

filarse recortadas sobre el entero trasfondo de un espacio y de un tiempo totales. Su escenario resulta ser por ende el cuadro histórico completo y su aventura, nada menos que la de la remoción, desde sus mismas raíces, de los injustos estatutos que hasta entonces lo rigieran. Con esto se rebasan sin duda las centenarias fronteras de la novela histórica burguesa, entre las que todavía pareciera debatirse entrapada la producción literaria de un Alejo Carpentier. Propositiones hay en el cubano que sugieren el inminente advenimiento de una épica, según ya hemos visto. Sus novelas, sin embargo, o la mayor parte de ellas, *El acoso*, *El reino de este mundo*, *El siglo de las luces*, *El recurso del método*, continúan acudiendo a los procedimientos de la novela histórica como a los provisores más seguros de la panacea formal. Por cierto que esto no es azaroso. La novela histórica, y a ello se debe la bien merecida preeminencia del modelo por sobre otros que le son colindantes en el pródigo acervo de la novela burguesa, proporciona al escritor progresista el uso de la estructura más apta que en el pasado del género se llegara a acuñar con vistas al tratamiento literario de la vida humana en términos de proceso. Como un existir en el tiempo, ligado a él. Más que por recontar la Historia, y ya se sabe adónde van a dar tales "recuentos" cuando en ellos mete mano la ideología burguesa, el atractivo que la novela histórica ejerce sobre el escritor de avanzada proviene de esta amplificación de principio que de la existencia ella practica. De esta conexión que el relato histórico establece entre la magnitud recoleta de una vida doméstica y la evidente potestad del entorno. El escritor progresista privilegia así el modelo, en la medida en que él le permite dar curso a una intuición que ese escritor sabe correcta y a la cual, por lo mismo, no quiere eludir. Esta intuición es la del nexo que vincula la aventura privada con un espacio y un tiempo a los que se conciben de antemano cambiantes. Pero también sucede que la novela histórica no es más que un peldaño, acaso el más firme, si se toman en cuenta sus limitaciones de origen, dentro de una escala que es todavía más larga. En última instancia, ella ignora, también por principio, la verdadera naturaleza del nexo que proclama. Sus personajes "sufren" la Historia; no la hacen suya, transformándola. "Grandes acontecimientos" manipulan sus vidas, pero sin que a ellos les sea concedido intervenir en su génesis. La novela histórica, con la que la moderna novela burguesa se inicia, conserva pues, a lo largo del itinerario de su desarrollo, los (para ella) insuperables parámetros del sistema que crea. La nueva novela, la auténtica es claro, deberá sobrepasar tales parámetros. Reinaugurar la tradición a partir del punto exacto en el que la novela histórica la deja. Tributaria del orden burgués, ebria

a menudo de hegelianismo, la novela histórica no puede ir más allá de ese punto al que sus premisas la confinan. Enseña que la vida humana es siempre un proceso, pero es incapaz de dar con el cómo concreto de su propia afirmación. Es que este último distingo entraña, y ya se ha dicho, un cambio afuera. Cambio en el material de la experiencia, en el orden estatuido del mundo, y cambio además, y desde luego, en las antiguas modalidades de captarlo. Expansión que habrá de producirse también en el mundo real, para abrir paso de este modo a una expansión correlativa, a la vez que dialéctica, en el disponible recinto de la conciencia del artista. Entonces, y sólo entonces, es que el peldaño que sigue llega a hacerse por fin accesible. Es lo que observamos en el desarrollo central de *Soné que la nieve ardía*, desarrollo que al mismo tiempo que relata la aventura de un amagar interrumpido hacia condiciones históricas diversas, anticipa asimismo, en el plano de las formas novelescas, las nuevas soluciones literarias que ese tránsito requiere. Consecuencia de este desplazamiento en el género viene a ser esa metaforización del espacio inmediato que al principio de este apartado mencionáramos. Ese espacio es aquí una pensión, es decir un sitio público, que sustituye, con su carácter abierto, el ambiente doméstico del novelar tradicional. La pensión es el país o, mejor, una introducción, en el espacio y el tiempo de algunos, del espacio y el tiempo de todos. En mayor o menor grado, un fenómeno similar de apertura es el que se irá produciendo también con las vidas de los personajes. El Negro, El Gordo, La Mari, La Susana han roto ya, o están en vías de romper, y son ellos los primeros, con las barreras que antaño forjaron su personal extrañamiento. Se han liberado, por tanto. Todo ahora les concierne. Los "grandes acontecimientos" son para ellos una magnificación cuantitativa, nunca ajena, de sus propias batallas. El Cabo Sepúlveda, que a diario padece la insolente soberbia de los automovilistas que bajan desde "la zona alta de la ciudad",¹⁸ no es ni puede ser indiferente a esa misma soberbia cuando ella se vuelca, por su antigolpismo, sobre El Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas. El mismo conflicto, en un extremo y en el otro. La misma agresión. El mismo enemigo. El asesinato de El Rucio Ahumada, que ensangrentara una de las concentraciones mayores del proceso, se transforma, en la doliente narración de Alcayaga, en el augurio fatídico de tantos otros asesinatos por venir. E igual cosa se comprueba con el relato del "tancazo", otro agüero siniestro y cuya narración se nos da doblemente enmarcada, como el relato de un relato. Skármeta prefiere que sean los propios personajes los que hablen. La cadena que los une, entre ellos y a ellos con él,

¹⁸ Skármeta. *Soné*, 82.

revelará de este modo la entera magnitud de su fuerza. La índole del acontecimiento que se cuenta deja así de obedecer, en este sector de la novela, a una clave privada, mensaje "de un narrador personal para un lector personal".¹⁹ Como definición de las leyes que regulan el acto lingüístico, es obvio que aquí esa clave ya no sirve. Como tampoco sirve su reemplazo "modernista", la "crisis" del narrador, la anulación lisa y llana de toda perspectiva. Por el contrario, con la conversión de la índole del acontecimiento narrado, con su "desprivatización, se están ofreciendo aquí criterios para el puntual enunciado de una clave distinta. Si el narrador cede su voz a las figuras, si el relato del acontecimiento corre entre ellas de boca en boca, y si es por sus bocas que el narrador lo incorpora en su conciencia (el capítulo último de la novela es de esto un magnífico ejemplo: el narrador se aproxima al lector y ambos se tornan en receptores conmovidos de la relación de Don Manuel. El narrador es en ese instante lector, de la misma manera que en otros momentos ha sido,

¹⁹ Dos ejemplos.

Del narrador como receptor:

Si de mí quiere sacarme algo, compañero, diga que nací de nuevo, que nací al revés como un muerto, que en vez de venir del vientre de mi madre salí de entre medio de esta sombra humillante, que así salí del Estadio, míreme los dedos estos y anóteme estas costillas, ponga como son mis ojos ahora usted que los conoció antes, y claro todo sin nombres, entre usted y yo, en silencio.

Skármeta. *Soñé.*, 214.

Del narrador como figura:

Además los chicos tocaban la versión de Lucho Zapata y la Máquina para el tema de Jaime Atria "Tengo un corazón que llegaría al sacrificio por ti", que venía a ser su mismo bolero predilecto que lo había oído en la fiesta de noviembre del 70 alrededor de la inmensa fuente presidencial y las chicas ya no se podían aguantar el amor y habían bailado boleros metidas en los brazos de los compañeros como astronautas, y ella había bailado con el compañero escritor jurado en Casa de las Américas y ya esa misma noche hablaron de que había que hacer talleres de creación en las poblaciones, que todo lo que iba pasando tenía que volver a pasar, recrearse, y a reinventarse mil veces en la literatura, en cine, en canciones, en los murales, en clubes de lectura, en el modo de vestirse, y hasta, lo había dicho, en el modo como los compañeritos nos estamos dejando estos bigotes sabrosos, ¿verdad Susana?, y ahí mismo le escribió un poema en una servilleta del "Indianápolis" y el poema se llamaba UPOEMA y lo único que hacía era describir los dientes de ella mientras bailaban "Tengo un corazón que llegaría al sacrificio por ti" y después copiaba textual la letra de "Tengo un corazón que llegaría al sacrificio por ti, si tú

legítimamente, figura²⁰), no es porque el narrador se niegue a asumir ese papel de raíz de perspectiva que es el que por necesidad le corresponde. Lo que pasa es que este narrador concuerda y participa del inequívoco sentido que las figuras asignan al hecho narrado. El mismo es ahora un asunto de todos. A todos toca; a todos concierne. Correlativa de la dilatación de las vidas de los personajes y correlativa igualmente de la doble dilatación del espacio y del tiempo, esta otra expansión adquiere así los visos de un requisito insoslayable. Son esta vez las acciones, el estremo hacer de las figuras, el que amplifica su sentido. En guerra con una tradición subjetivante, ciega en la fiebre del hurgueo interior, y que es una tradición al servicio de la cual el arquetipo narrativo será siempre el monólogo, esa excrecencia enfermiza y absurda de un narrar cuyo infalible destino es la parálisis, Skármeta elige, *como y con sus personajes*, el camino que lleva a la liberación. Actúan ellos y actúa él. Construyen ellos y él construye. Ellos, el mundo. El, la novela que cuenta a ese mundo. Novela en la que el narrador emula con su actuar el actuar de sus figuras. En la que, coincidiendo con el hacer transformador de sus personajes, homologa, en la estructura narrativa, y con su propio trabajo, la originalidad sin precedentes de ese hacer. Con esto se completa aquel tránsito que de superación de sí misma se venía insinuando en la escritura, a través de la alteración, en el nivel de las formas novelescas, de lo que de otro modo, en el nivel de las materias, estaba también siendo alterado. Cambio en los contenidos del mundo y con él, consecuencia y contribución a ese cambio, cambio también en la escritura.

7

PERO no se piense que Skármeta logra con esto la ecuación acabada de la nueva novela. No la logra, ni tenía tampoco por qué hacerlo. Así como la construcción de la nueva sociedad es un proceso que no ha terminado, ni en Chile ni en ninguna otra parte, tampoco la literatura que a esa nueva sociedad corresponde ha llegado, y ojalá nunca llegue, porque lo cierto es que el día en que tal cosa ocurra habremos vuelto de nuevo al principio, a conformarse

le dieras un poquito de amor" y al final ponía su nombre que era Antonio y ya con eso estaba listo el pescac.

Ibid., 140-141.

²⁰ Wolfgang Kayser. "Origen y crisis de la novela moderna", tr. Aurelio Fuentes Rojo. *Cultura Universitaria*, XLVII (enero-febrero, 1955), 36.

del todo. Lo de Skármeta es sí un anticipo. Anticipo entre nosotros, en la literatura de este lado del mundo, de un desarrollo cuyas proyecciones nos resultan a estas alturas por demás discernibles. La línea central de *Soñé que la nieve ardía* está dedicada a esta tarea, a la de apuntar las direcciones por las que habrá de venir el desenvolvimiento futuro y que es el único capaz de hacer posible, en la historia de nuestra novela, el ensayo de una ruptura al *impasse* genérico del cual Carpentier es el mejor exponente. Como totalidad estructural, como dinámica novelesca, *Soñé que la nieve ardía* se constituye por esto en la tentativa más seria que se ha hecho hasta ahora por levantar las compuertas de ese callejón sin salida en el que la novela latinoamericana se está hoy asfixiando. Los recientes fracasos de Sábato (*Abaddon, el exterminador*), de Roa Bastos (*Yo el Supremo*) y, hasta cierto punto, de Cortázar (*Libro de Manuel*) son pruebas al canto de esto que digo. Si *Abaddon* y compañía son los últimos destellos de un novelar periclitado, de una actividad que no cree en sí misma y que culmina, como es justo, en la irrelevancia y el eclipse —un caso patético es el que ofrece, en otro género, el fugaz antipoeta, Nicanor Parra—, *Soñé que la nieve ardía* constituye, al contrario, un concreto adelanto hacia la solución del *impasse*.²¹ Esta es su virtud cardinal: la de mostrar un futuro y, lo que es aún más promisorio, la de interiorizar, novelándolo, el arduo proceso del desplazamiento. A manera de epílogo, concluyamos diciendo que es esta la novela del principio de un tránsito. Que lo es desde el punto de vista de la estructura del mundo, de las contradicciones fundamentales que configuran su trama, tanto como desde el punto de vista del modo narrativo. Naturalmente que

²¹ Pregunta Skármeta en un artículo reciente:

por qué, cuando toda América Latina se debate en una difícil lucha contra sus opresores en la cual el proletariado es protagonista, héroe, y frecuente víctima, los nuevos escritores no han sabido interpretar lo. ¿Es que acaso el intelectual va a la zaga de la historia? ¿Descubre tal vez que el proletariado chileno existe cuando es masacrado el movimiento democrático y revolucionario de la Unidad Popular? ¿Cómo puede explicarse, más allá de los orígenes de clase, la falta de un concreto contacto con individuos y la totalidad de la clase obrera? ¿Se requiere, tal vez, que una revolución triunfe, y que toda una remoción de estructuras posibilite el desgarramiento del escritor para que su inserción en la realidad provoque el aireamiento de su obra? ¿No es posible encarnizar las declaraciones progresistas en las fuerzas progresistas? ¿Por qué el proletariado no ha dejado de ser un objeto de amores vagos o una referencia teórica?

Antonio Skármeta. "La novísima generación: varias características y un límite". *The American Hispanist*, 1 (noviembre, 1975), 5.

nada de esto habría sido posible de no ser por la honda percepción que Skármeta ha tenido de una experiencia histórica extrema, la del heroico proceso chileno. El carácter especialísimo de ese proceso, su condición de experiencia gradual e inconclusa, se reflejan en el que es hasta ahora el mejor de sus productos estéticos, obra de quien es también, sin duda alguna, el más talentoso de sus escritores. Allí donde el proceso chileno exhibió una fórmula de cambio respecto a la inanidad cien veces confirmada de un orden histórico caduco, *Soné que la nieve ardía* nos descubre esto mismo en el plano específico de las expectativas del género. Como siempre, la Historia es maestra de la literatura. Literatura que no sólo recobra la Historia, retratándola, sino que, más importante que eso, la interioriza, a través de la germinación de nuevas formas, y las que a su turno nos devuelven, en términos de un conocimiento más profundo, los de por sí decisivos alcances de la experiencia original. Es este, y no está de más recordarlo, el logro más válido de un arte revolucionario.

Junio de 1976

¿TE HAS PREGUNTADO POR QUE?

Por *Alberto CURBELO MEZQUIDA*

No es fácil comprender para algunos por qué una mujer lleva con gusto el trabajo de una casa, atiende a su esposo e hijos y encima de todo eso construye con su trabajo en las fábricas, en el campo, una nueva sociedad. . . No es fácil, repito, si ignoramos su pasado, su historia acumulada en cientos de años; por eso, no es extraña la respuesta que dio una mujer a alguien que aludiendo a su participación activa en el proceso revolucionario cubano, le preguntó por qué.

—¿Por qué? —repitió ella bajando sus ojos hasta el suelo para ver reflejado su envejecido rostro en los lustrados zapatos de su interlocutor. Y preguntó al instante:

—¿Cuándo los compraste?

—¿Qué cosa? ¿Los zapatos? —respondió él extrañado.

—Sí, los zapatos.

—Pero, ¿qué tienen. . .? No, no los he comprado. La semana pasada nos los dieron en la escuela junto con el uniforme. Pero. . . ¿qué tiene que ver. . .?

—¿Qué edad tienes? —repuso ella sin dejarlo concluir su pregunta.

—¿Eh? Diecisiete.

—Diecisiete años. Eres un hombre hecho y derecho. Estudias y comida no te falta.

—¡Claro! ¡No!

—Hace años, más de los que tienes tú ahora, yo era una niña de nueve años. A esa edad recibí mi primera gran alegría y entre las tantas tristezas de mi niñez: la más amarga.

Vivía con mis padres en una finca nombrada "San Antonio", en la que el marabú y la zarza cubrían la tierra, el ganado se criaba solo y los sembrados brillaban por su ausencia. Toda esta desolación pertenecía a unos "señores" a los que teníamos que estarles agradecidos por permitirnos vivir en su finca.

En total éramos once: mis padres, mis ocho hermanos y yo. Por no ser nuestra la tierra no podíamos cultivarla, mi padre para poder ganarse la vida tuvo que pedir permiso a los "dueños" para utilizar el marabú en hacer carbón.

Yo soy la mayor, por lo que ayudaba a papá en los hornos. Mamá trabajaba de lavandera junto con unas de mis hermanas (con siete años apenas) de criada en casa de los "bondadosos propietarios".

Así vivimos durante nueve años, años de duro trabajar, de acostarnos con el estómago vacío, o simplemente con un plato de sopa por comida. La sopa consistía en una ruedita de pan duro en un poco de agua caliente. ¡Que a veces ni sal tenía! ¡A eso llamábamos sopa!

A pesar que desde las cuatro de la madrugada hasta el oscurecer trabajaba incansablemente, no disponía ni siquiera de un vestido para por las tardes. Peor aún: en nueve años mis pies no habían recibido la caricia de un par de zapatos. He dicho pies. ¿Y es que se les podía llamar así? Anchos, callosos, deformados por el constante ir y venir. Como los animales, ni las espinas sentía.

De cada venta de carbón, mi padre me daba unos centavos. Yo los iba reuniendo. Una cantidad tan mínima, que si tú, en este momento, te la encontraras en la calle, la dejarías en el mismo sitio. Comparando esta cantidad con lo que le quedaba a papá después de pagarle a los "señores" por utilizar el marabú que ellos consideraban suyo, pagar el pan y otras boberías para la comida, comprenderás que para él era un sacrificio darme aquellos centavos. Así, día a día, año tras año, fui reuniendo los pocos pesos que me permitieron ver hecho realidad mi anhelo, mi sueño de toda la vida: comprarme un par de zapatos.

Todas las noches, junto a mi muñeca —una botella— contaba mis ahorros; una a una iban mis dedos acariciando las monedas reunidas, no por el valor del metal, sino por lo que ellas significaban para mí, para después soñar: verme correr por encima de las zarzas, sentirme los pies bien calzados, libres de pinchazos, de heridas. . .

Mientras yo soñaba, mi madre lloraba y pedía al cielo que le diera la oportunidad de poder complacer mi deseo. No sé cuántos sacrificios hizo inútilmente por aumentar mis ahorros. Era costumbre, ya, que cada seis de enero me prometieran para el próximo "Día de Reyes", un par de zapatos. Pero ni el cielo ni los Reyes me los trajeron. Esa era la suerte del pobre: sin cielo, sin reyes, sin nada. . .

Al fin llegó el día de mi mayor alegría. Pude completar mi fortuna. Mi júbilo fue tan grande que me parecía mentira y casi sentía miedo a que me los compraran. Contaba, mejor dicho: esperaba, porque ni eso sabía, las horas y minutos que faltaban para que mi padrino los trajera del pueblo.

Aquel fue un día de fiesta en casa. Mis hermanos se bañaron en el arroyo por el mediodía para poder estar lo más presentable posible en el gran acontecimiento. Mamá pidió permiso en el trabajo para salir más temprano. Papá y yo decidimos no trabajar esa tarde, aunque después lo hiciéramos toda la noche. Mis hermanos en hileras, a ambos lados del trillo, esperaban impacientes ver aparecer a mi padrino en su mulo portando el preciado paquete.

Así transcurrieron las primeras horas de aquella tarde, hasta que por fin vimos llegar a mi padrino, a lomos del mulo, trayendo en sus manos la ilusión de mi vida. A cada paso que daba el animal, se me oprimía el corazón más y más, hasta provocarme un fuerte dolor en el pecho. . . Me parecía que no llegaba nunca.

Quieta, inmóvil como una estatua, permanecí en el centro del círculo que me hacían mis padres y hermanos para ver cómo abría la cajita que padrino me ofrecía. En aquel momento sentía que la Tierra y el Sol se habían unido y yo me encontraba aprisionada entre ellos. No pude soportar más la tensión y rompí a llorar. Ni siquiera pude tocar los zapatos que todos insistían que me probara. Sentí como un mareo y caí al suelo. . . No sé en definitiva quién me los puso. Sé que me izaron del suelo con ellos puestos.

Como una criatura que aprende a dar sus primeros pasos, me sujeté de mamá para caminar hasta la puerta de la casa. Fueron horas de inmensa alegría, incluso para mis hermanos que así veían más cercano su propio deseo: tener ellos también su par de zapatos.

Al oscurecer, papá salió rumbo a los hornos. El no quiso que me parara del taburete en que me había sentado para mirarme los zapatos en los pies; pero yo insistí diciéndole que así los estrenaba caminando hasta allá.

Iba despacio con mucho cuidado para no ensuciarlos. Llegué a los hornos, me los quité y los puse encima de unos sacos de carbón cerca del lugar en que estábamos trabajando. ¡Qué poco pesaban los sacos aquel día! Tan contenta estaba que me creía que en vez de levantar sacos de carbón cargaba sacos de plumas. Papá compartía mi alegría y ambos reíamos como bobos. Cualquier cosa nos producía risas: las formas caprichosas del carbón, todo. . .

Bromeando cargamos los sacos que debíamos llevar a casa de los "señores". Recuerdo que papá quería que llevara los zapatos puestos. Yo me negué diciéndole que ellos tenían muchos pares lindos para que se fijaran en los míos.

La casa quedaba algo distante del lugar donde trabajábamos. Pero en esa ocasión hicimos el recorrido tan rápidos que el camino nos pareció más corto.

Cuando regresábamos, un resplandor rojizo nos llamó la atención, inquietándonos. . . Papá en seguida pensó en los sacos de carbón que habían quedado allá. Yo sólo pude pensar en una cosa, sólo en mi mente se repetía una y otra vez: los zapatos, los zapatos. . . Corrí, corrí como una loca por aquel camino que me parecía, entonces, tan largo, hasta llegar al lugar donde los había dejado. . . Era demasiado tarde. Todo aquello, sin podérmelo explicar, se encontraba cubierto por un mar de llamas rojas que parecían burlarse de mí, elevándose cada vez más hacia el cielo.

Grité horrorizada al mirar el destino de mis primeros zapatos, de los primeros que tenía en nueve años. . .

Mientras duró la candela estuve llorando, gritando por aquellos zapatos que había tenido solamente unas horas. Toda mi ilusión, mi dicha se desplomó en unos instantes ante mis propios ojos.

Cuando se extinguieron aquellas llamas aún me encontraba mirando desconsolada el lugar donde antes los había dejado. No sólo se quemaron mis zapatos, sino también algo muy grande dentro de mí. . .

Esa fue mi vida bajo aquella sociedad. La mía, la de mis hermanos y la de todos los pobres.

Y ahora tú me preguntas por qué.

NARRADORES MEXICANOS CONTEMPORANEOS

VERDADEROS dueños del lenguaje, los poetas tienen una percepción esencial de nuestros medios expresivos que se identifica con el mundo y sus múltiples manifestaciones vitales. Por eso cuando rebasan el ámbito de la poesía su potencial creativo, su riqueza ideomática, su irrenunciable y diaria tensión emotiva, vienen a ser los ingredientes sustanciales del cuento, de la novela, del ensayo.

En México, estos tenaces cultores de la poesía entendida como fuente de conocimiento, de la que derivan sus excelencias narrativas, son Rodolfo Usigli en *Obliteración*, Tomás Segovia en *Trizadero* y Esther Seligson en *Otros son los sueños*.

En un estilo sencillo, fidelísimo reflejo del lenguaje hablado, al que ni siquiera afean las repeticiones de vocablos en un mismo párrafo y, a veces, hasta en la misma línea, Rodolfo Usigli despliega una imaginación fértil en *Obliteración*, faceta novedosa dentro de su vasta obra de dramaturgo.

El argumento podría resumirse así: una extraña y fantasmagórica pasión surge de la visita de un viajero mexicano a una villa europea, *La Esperanza*, que, por las trágicas consecuencias que después se narran y allí se originan, pudiera haber exhibido con mayor propiedad el lema que Dante puso en la puerta del infierno: "Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate". El objeto de la pasión: la baronesa Anne van Herder (y su escultura), comprometida con la resistencia a la ocupación nazi. Tiempo después, desaparece la villa y sus antiguos conocidos niegan la existencia de la baronesa.

A partir de entonces el mexicano inicia una pesquisa, cuyos fracasos lo conducen hasta un intento de suicidio. En suma, la azarosa búsqueda de una escultura, con un empeño más obsesivo que el relatado por Maupasant en "La cabellera" y muy próximo al que muestra el personaje de Melville en *La ballena blanca*.

Pero adentrémonos en los detalles del relato, cuyo contrapunto de realidad e irrealidad, sueño y vigilia es sólo aparente, pues la vida solitaria y montañesa del protagonista de *Obliteración* no aparece, en esencia, distinta a la de todo hombre que se debate entre las arbóreas sombras de un camino a diario desandado.

En esta búsqueda del evanescente busto de la baronesa, el protagonista habla de un "vértigo doloroso y sutil". Y cuando se entera de la muerte del coronel Thornton (último vínculo con la baronesa) afirma: "Un golpe de vacío, repentino, contrajo mi estómago hasta hacerme sentir tan próximo

a la náusea", aunque más adelante, en una actitud reflexiva, sentencia: "suicidarse es proscribir para siempre toda posibilidad de cambio".

Estas ideas nos hacen dudar de la autenticidad de "una protesta excesiva contra el existencialismo contemporáneo", que anuncia Usigli en su "Nota y Advertencia", puesto que en los recovecos de *Obliteración* se deba ver la técnica sartreana, que en alguna medida también se advierte en *Trizadero* de Tomás Segovia y, aquí y allá, a pesar de la avasallante influencia joyceana, en *Otros son los sueños* de Esther Seligson. Recordemos que el personaje de *La náusea*, Roquentín, por cierto también entregado a la indagación de los pormenores de la vida de M. Rollebon, afirma: "No olvidar que M. de Rollebon representa, en la hora actual, la única justificación de mi existencia". Y en otro lugar: "...mi pasado ha muerto, M. de Rollebon ha muerto, Anny volvió para quitarme toda esperanza, estoy solo en esta calle blanca... solo y libre. Pero esta libertad se parece un poco a la muerte".

Hay, sin embargo, una radical diferencia entre *Obliteración* y *La náusea*. En tanto que Roquentín jamás escribe la biografía de Rollebon y el relato de las circunstancias de su frustración determina su único éxito, el personaje de Usigli sí encuentra el busto de la obliterada baronesa van Herder: "Había yo negado a *La Esperanza*, claro, y estaba, ahora sí, en la realidad". De este modo continúa dentro de la irrealidad que impregna las cosas reales y que culmina en la destrucción del busto y la pulverización del antifaz con los ojos azul zafiro y verde esmeralda, en cumplimiento de la decisión testamentaria de ella, escrita antes de su fusilamiento.

En *Obliteración* de Rodolfo Usigli se alían y se confunden la experiencia humana directa y el desborde de la imaginación para configurar, con el pretexto de "un viaje entre cuatro paredes" —¿Huis Clos?— en una Europa erizada de relámpagos como un cacto de espinas, un tiempo cíclico donde "en cada generación hay una mujer que repite a otra de una generación más vieja". Tiempo cíclico que, como en *Otros son los sueños*, oblitera hasta la imprecisión de los sueños más soñados.

Dentro del mismo tono de intimidad y delicadeza lírica se halla *Trizadero* de Tomás Segovia, cuentos elaborados con el desenfado del ironista; con el desplante que caracteriza al escritor hecho a un estilo propio; con una técnica que lo desplaza sin vacilaciones sobre las arenas movedizas de la creación pura. Subsuelo aparentemente deleznable, en el cual Segovia construye allí una cabaña, acá un templo, más allá un palacio.

De esta facultad creativa, que podría llamarse virtuosismo literario si no estuviera impregnada de un sustancial acoplamiento con la vida en lo que ella ofrece de sensualidad fascinante, ha nacido *Trizadero* como una incursión —privada y no repetida— dentro de la sutileza, el ingenio, la arbitrariedad. Incursión ejercida con admirable disciplina en la que se dan la mano la inteligencia del escritor con la sensibilidad del poeta.

En los originales de los relatos de Valente Reyes que el crítico Jorge Ernesto rescató en un poblacho de provincia y que torpemente trató de enhebrar como un arqueólogo que uniera piezas sueltas de unos tepalcates, hallamos esta afirmación acerca de la poesía y el cuento: "El pecado de la imaginación es irredimible. Añoro la terrible poesía: experiencia abismal, terrífica, vertiginosa, incluso infernal, pero no diabólica. La poesía no puede mentir, sólo equivocarse. La imaginación miente y así lo disuelve todo". Irredimible nostalgia del territorio poético que envuelve estas estampas como sus tentáculos, como paisaje de los hechos narrados, de los personajes llamados a cuentas, de un proceso que semeja, por su inacabado remozamiento, un mar sin orillas en que cada oleaje crea nuevas y frágiles creaturas. Por otra parte, lo que en Usigli es determinismo, conceptismo en las sutilezas y galanterías, en Segovia resulta contingencia, azaroso humor que sazona un vago y soñador romanticismo.

El insistir morboso en el cotejo de una fotografía con frustrado dibujo de "Cosa Mentale" nos recuerda a *Farabenf* de Salvador Elizondo, aunque en esta última la obsesión macabra corre más libremente y menos ansiosa de lograr imágenes poéticas. Por lo demás, Segovia se mueve entre brillantesces formales y pasatiempos eruditos unidos en un mundo íntimo de singular atracción. Unas veces son las sombras del rey Midas, de Cenicienta, "la muchacha tenía siempre que volver a la ciudad antes de medianoche", o de "El Avaro" de Moliere que discurren en "El río solitario"; y otras, los tardíos ecos de "Intimidad" de Sartre en "Desnudo" o la presencia de un Fausto desesperado y en subasta: "Invoqué al diablo para que se llevara mi alma por lo que quisiera dar", en "Relato de un sabio". Reminiscencias de autores y personajes que llegan a nosotros como desdibujadas visiones en un apenumbado sueño.

Como en la poesía, la hondura que Tomás Segovia alcanza en sus cuentos se da dentro del goce sensual de las palabras y los temas, que lo aproxima más a Esther Seligson que a Usigli. Sensualidad exaltada no porque su mundo sea exclusivamente sensorial, sino porque, para establecer una tabla de valores, comienza por considerar la vida como desgaste de los sentidos, disfrute de la imaginación, experiencia de las limitaciones de la contingencia humana. Todo ello en un estilo que juega distraídamente con las apuntaciones librescas, insaciable, comunicativo: "La infinitud del puro lenguaje es la infinitud del diablo".

Aunque no en el tono doctrinal y sentencioso de *Obliteración*, ni en el de los regocijados esbozos narrativos de *Trizadero*, pero sí dentro del mismo refinamiento depurado y exquisito discurre *Otros son los sueños* de Esther Seligson.

En la soledad de un tren con su rodar continuo, flotando dentro y fuera como en una niebla tenaz, la protagonista de *Otros son los sueños* busca dibujar su rostro evasivo. Esta es la situación efímera que unas veces conduce al lector a la evocación de un pasado que, más allá de toda memoria

personal, subestima la fugacidad del presente y del futuro; y, otras veces, magnífica la gravitación de los acontecimientos del futuro y el presente, entendidos como el receptáculo universal de una conciencia colectiva, como la fosa común de los más discontinuados sueños.

Pero a nuestro juicio este viaje no es una evasión, sino la búsqueda —al final infructuosa— de un punto de partida que sea razonable asidero de la existencia humana. Así, a través de historias aparentemente inconexas y de hechos futuros que se dan por ya acontecidos, vislumbramos la imagen perfecta de lo que quisiéramos ser y retener fuera del tiempo. ¿Será la protagonista una mujer de Lot contemporánea que angustiosamente vuelve el rostro a todos los rumbos y prosigue su viaje, que no se petrifica ni se convierte en estatua de sal, antes bien, su curiosidad es conocimiento, anhelo de una esencial aprehensión del ser?

Esta búsqueda que Esther Seligson emprende con imágenes situadas entre la fantasía, la vigilia y el sueño, acaba en pura poesía, aunque a la postre no sea sino un acarreo de frustraciones en forma de lánguidos recuerdos, que ni siquiera configuran una vida individual plena.

La frustración en el amor —que no tiene las características del determinismo geométrico de *Trizadero*— nos evoca el monólogo interior de Marion Bloom o, para citar un ejemplo más cercano a nosotros, a "Mi vida con la ola" de Octavio Paz: "...encontrándome en una cama casi gris casi-blanca, temblando en la oscuridad sin lograr la mínima exaltación necesaria para un acto de amor, pero cumpliéndolo tú, no obstante, fuera de mí, sobre las sábanas".

La maternidad tampoco responde a la búsqueda de un arquetipo de vida, y las escasas evocaciones infantiles de *Otros son los sueños* tan sólo se agotan en un atolondrado agitarse del mundo sensible: "niños sin recuerdos ajenos, sin tiempos en los espacios que corriamos con los ojos fuera del cuerpo y el cuerpo en un pegaso".

Por lo demás, su radical pesimismo no confía ni siquiera en un mesianismo social que satisfaga las inconformidades humanas: "Quien carezca de morada no construirá ya ninguna: las piedras que la sostengan serán un muro de lamentaciones".

Pero a pesar de tanto rechazo y negaciones, elaboradas en un texto premeditadamente oscuro, Esther Seligson vive en la nostalgia de un cíclico paraíso sin goces paradisíacos, porque a la posesión sucedería *in aeternum* la expulsión del mismo Edén, donde prevalecería una vida fuera del tiempo, el amor sin recuerdo, vacío de añoranzas, "creándose en esa mirada, en el mero intercambio presente del aliento de nuestras bocas, sin comienzo ni término". Vida absoluta, plenitud inmóvil en la eternidad que, sin embargo, tendría su acabamiento si "despertáramos del sueño a su realidad imposible".

Hablamos de una conjunción de vigilia y subconsciente, de reminiscencias que en imágenes vivas construyen un texto más próximo al poema que

a la novela. Como *Mirándola dormir*, aunque desde luego despojada de la obsesión erótica de Homero Aridjis; como *Tiempo destrozado*, pero sin el distorsionado terror que despliega María Amparo Dávila; como *El cuerpo de Giuliano*, aun cuando sin el desborde de ímpetus dispersos y dispares de Jorge Eduardo Eielson; como *La casa de Cartón* de Martín Adán, donde la adolescencia y la morbosidad adolescentes se combinan oscuramente, en *Otros son los sueños* el personaje único es el lenguaje poético de aquella trágica escapista del inmenso vértigo del tiempo.

Balbuente anhelo de perduración el de la autora, búsqueda a tientas de una razón de ser y permanecer, endeble indagar en las realidades más recónditas. En suma, inútil, afán de sustituir la religión por el principio original de la poesía, en un obstinado empeño de soslayar a Dios.

Con un trasfondo poético, en *Obliteración* de Usigli, *Trizadero* de Segovia y *Otros son los sueños* de Esther Seligson la sensualidad, la imaginación y la sutileza argumental se compaginan en la intimidad de la conciencia, para adentrarse en el acaecer de un misterio enteramente imaginado.

MANUEL MEJÍA VALERA

Se terminó la impresión de este libro
el día 29 de abril de 1977 en
los talleres de la Editorial Libros
de México, S. A., Av. Coyoacán
1035, México 12, D. F. Se impri-
mieron 1 650 ejemplares.

Cuadernos Americanos

HA PUBLICADO LOS SIGUIENTES LIBROS:

	<i>Precios</i>	
	<i>por ejemplar</i>	
	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
Rendición de Espíritu (I y II), por Juan Larrea .	12.00	0.60
Signo, por Honorato Ignacio Magaloni	6.00	0.30
Lluvia y Fuego, por Tomás Bledsoe	12.00	0.60
Los jardines amantes, por Alfredo Cardona Peña	12.00	0.60
Muro Blanco en Roca Negra, por Miguel Alvarez		
Acosta	18.00	0.90
Dimensión del Silencio, por Margarita Paz Paredes	18.00	0.90
Aretino, Azote de Príncipes, por Felipe Cossío del		
Pomar	18.00	0.90
Otro Mundo, por Luis Suárez	12.00	0.60
Azulejos y Campanas, por Luis Sánchez Pontón .	18.00	0.50
Razón de Ser, por Juan Larrea	12.00	0.60
El Poeta que se Volvió Gusano, por Fernando Ale-		
gría	6.00	0.30
La Espada de la Paloma, por Juan Larrea	18.00	0.90
Incitaciones y Valoraciones, por Manuel Maples		
Arce	18.00	0.90
Pacto con los Astros, Galaxia y Otros Poemas,		
por Luis Sánchez Pontón	18.00	0.90
La Exposición, por Rodolfo Usigli	18.00	0.90
La Filosofía Contemporánea en los Estados Unidos		
de América del Norte 1900-1950, por Frederic		
H. Young	12.00	0.60
El Drama de América Latina. El Caso de México,		
por Fernando Carmona	30.00	1.50
Marzo de Labriego, por José Tiquet	12.00	0.60
Pastoral, por Sara de Ibáñez	6.00	0.30
Una Revolución Auténtica en nuestra América,		
por Alfredo L. Palacios	4.00	0.20
Chile Hacia el Socialismo, por Sol Arguedas	40.00	2.00
Orfeo 71, por Jesús Medina Romero	18.00	0.90
Los Fundadores del Socialismo Científico, Marx,		
Engels, Lenin, por Jesús Silva Herzog	25.00	1.20
Indíces de "Cuadernos Americanos", por Materias		
y Autores, 1942-1971	180.00	9.00

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN DE LA REVISTA:

México	250.00	
Otros países de América y España		15.50
Otros países de Europa y otros Continentes		18.25

PRECIO DEL EJEMPLAR SUELTO:

México	50.00	
Otros países de América y España		3.10
Otros países de Europa y otros Continentes		3.65

(Ejemplares atrasados, precio convencional)

NUESTRO TIEMPO

Francisco Martínez
de la Vega

Jesús Cambre Mariño
Pedro Guillén

Los dictadores latinoamericanos, Nota, por MANUEL S. GARRIDO
La muerte de un gran latinoamericano, NOTA DE LA REDACCION

HOMENAJE A CARLOS PELLICER

Mauricio de la Selva

Nunca estuvo México alejado de España.

España, engranaje del imperialismo.
Con Miguel Angel Asturias

Homenaje a Carlos Pellicer, Poeta de América.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Francisco F. Igartua

H. C. F. Mansilla

José Ferrer Canales

A los cuarenta años de la muerte del heterodoxo Don Miguel de Unamuno.

La actitud escéptica ante la problemática social.

Una faceta de Hostos.

PRESENCIA DEL PASADO

Silvio Zavala y
Angel Losada

Gisela Bialik Huberman

Manuel Antonio Arango

León Pacheco

Aspectos formales de la controversia entre Sepúlveda y Las Casas en Valladolid, a mediados del siglo XVI y Observaciones sobre "La Apología" de Fray Bartolomé de Las Casas (Respuesta a una consulta).

El habla de los mozarabes ¿Un tesoro perdido?

Aspectos sociales en dos comedias de Lope de Vega, *Peribáñez* y *Fuenteovejuna*.

Dos personajes centroamericanos: El General Francisco Morazán y el Licenciado Braulio Carrillo.

DIMENSION IMAGINARIA

Alfredo Cardona Peña
Romualdo Brughetti

Ricardo A. Aguilar y
Fernando Laríos
Grinor Rojo

Alberto Curbelo Mezquida

Trampa al olvido.

Punto crucial de la crítica: Valorar la obra de arte.

"Alfonso Reyes: Visión de la caída".

Una novela del proceso chileno: *Soné que la nieve ardía* de Antonio Skármeta.

¿Te has preguntado por qué?

Narradores mexicanos contemporáneos,
NOTA por MANUEL MEJIA VALERA